VOY A HABLAR DE MI CASITA. ES LA PRIMERA VEZ que la menciono en la serie de crónicas de mi vida que he publicado desde que comenzó mi carrera de escritora. Antes he hablado especialmente de mi niñez, del despertar a la conciencia de una huérfana que tuvo tres hogares desapacibles y un temprano enfrentamiento con la injusticia y la sinrazón humanas. Mas al hablar de esa niña que había desaparecido al convertirse en adulta y ya no existía más, yo tenía la objetividad de quien se refiere a una tercera persona. Hablaba de percepciones y reacciones que ahora quizás son ajenas a mí pues se va cambiando incesantemente; las pasiones de antaño a veces parecen volverse irreconocibles y la misma estructura psicológica se transforma.

Uno de mis críticos ha dicho que soy incapaz de invención novelística. Tiene mucha razón. No puedo contar bien sino las cosas que me han sucedido. Es tan obstinado mi empeño de veracidad que son frecuentes las ocasiones en que me despierto a altas horas de la madrugada y corro a mi máquina de escribir para rectificar una falla de la memoria. Aquello no sucedió un lunes sino un martes; mi velador estaba a la izquierda de mi cama, no a la derecha; el traje tenía flores moradas, no azules. Quizás este prurito de recrear los detalles con precisión ha contribuido a la popularidad de mis crónicas que mis lectores muy a menudo califican de cuentos aunque no lo son. Quizás he logrado mezclar la elasticidad novelística con una verosimilitud que preserva la síntesis del constante drama humano.

Mas he aquí que voy a hablar no del ente que habitó mi cuerpo infantil sino de este otro, supuestamente más racional, que dirige las peripecias de mi existencia adulta. No sé si podré mantenerme al margen de mis propias emociones, es decir, separar a la escritora de la protagonista para que la primera describa con ojos imparciales a la segunda. Quiero contar un episodio autobiográfico que al mismo tiempo deslumbró, atormentó y consolidó mi existencia, aunque no contiene mucho de tensión o *páthos*. Infortunadamente los incidentes, cuando no son triviales, padecen de melodrama. Pecan de dulzones o de *Grand Guignol,* están en los dos extremos de la gama literaria e invitan a ser catalogados ya como bucólica, ya como novelón. Sin embargo, son incidentes que viví con tanta intensidad que puedo relatarlos verazmente. Sin ellos mi biografía carecería de sentido.

Mi casa es modesta, de un solo piso, tradicionalmente funcional: una sala, dos dormitorios (uno de los cuales he convertido en cuarto de trabajo), un comedor y una cocina. Aunque cada elemento decorativo ha sido escogido por su valor ornamental evocativo, no hay en mis muebles, cuadros y adornos nada que pregone riqueza o indique ostentación. Tras la casa hay un huerto de hortalizas y árboles frutales y delante, separando el edificio de la calle, tengo un jardín que cultivo asiduamente. Estoy orgullosa de él y un detalle que me satisface mucho es una pequeña arquería de tiras de madera, a un lado del jardín, donde se han enredado madreselvas formando un túnel aromático. Las flores perfumadas, que explotan con profusión, llenan el jardín de una nostalgia versallesca.

Vivo al final del *Cucharón* (así llaman los muchachos a mi calle sin salida que termina en una plazuela redonda para permitir que los vehículos den la vuelta). Es una calle de formación reciente, con varios lotes de terreno sin construir, dos de los cuales están a mi izquierda. La calle tenía pocos vecinos en la época a que voy a referirme y desde entonces no han aumentado muchos: una verdadera suerte porque mi paz se acrecienta con los espacios vacíos y, aunque la calle desemboca en una avenida bulliciosa, tengo la sensación de haberme refugiado en un aislado paraje campesino.

A la derecha de mi casa, frente a la misma plazuela redonda, se eleva una construcción de dos pisos, de frías líneas modernas, frente a la cual

hay media docena de arbustos ornamentales que apenas rompen la monotonía del césped generalmente mal cuidado. Esta casa había estado desocupada por largos meses en la época de mi relato y entre los ocasionales inquilinos anteriores no había habido un alma amante de la naturaléza que quisiera, como yo, darse el regalo de su propio jardín.

Aquel episodio de mi vida comenzó una mañana de sábado. La mayor parte de mis fines de semana –con excepción de las pocas ocasiones en que tengo trabajo en la oficina– me quedo en casa para atender mi jardín o mi huerto o para escribir o revisar un manuscrito. Estaba arreglando mi sala cuando vi que frente a la casa contigua paraba un camión de mudanzas y bajaban dos personas que yo al momento colegí eran los nuevos arrendatarios: una señora de alrededor de sesenta años, que inmediatamente fue a abrir la puerta de entrada, y un joven de más o menos treinta años que lucía una hermosa barba jesucristina. Este joven descendió dando un gracioso salto y casi simultáneamente se despojó de su camisa y, desnudo el torso, exhibió la viril energía de sus músculos cuando bajó del camión un cofre no muy grande, al parecer pesado porque lo alzó en vilo con un intenso esfuerzo de levantador de pesas olímpico, y atravesó a pasos firmes la puerta que había abierto la señora.

Aunque iba a revisar un manuscrito, no fui a mi escritorio sino que me acomodé ante la ventana de la sala. El atractivo mozo barbudo pidió ayuda al chofer del camión para meter dos muebles pesados. Las demás cosas, quizás porque el camionero quería partir lo antes posible, quedaron amontonadas sobre el césped. El joven completó sin ayuda la tarea y yo no podía desprender mis ojos de ese óptimo ejemplar de armonía física: un pecho musculado donde los bíceps y la intrincada red de tendones funcionaban con elegante precisión, convirtiendo el acarreo en un ballet de movimientos rítmicos. Es posible que al hablar de él me traicione la parcialidad porque confieso que su silueta y movimientos me atrajeron desde el primer instante y al contemplarle no pude encontrar otra cosa que gracia, elegancia, fuerza, rítmica belleza en movimiento o sugestiones sexuales.

Eran más de las dos de la tarde cuando el diligente trabajador que para mis ojos se había convertido en un disciplinado y excelso bailarín terminó de meter cajas, trastes y enseres. Cuando desapareció di un

suspiro y me levanté a prepararme un ligero almuerzo. Luego me dediqué asiduamente a mi manuscrito, ansiosa por recuperar algo de mi tiempo perdido. Muy abstraída estuve en esta tarea por varias horas, sin apartarme de la ventana, y un momento en que levanté la cabeza y eché una mirada afuera, vi a alguien a unos pocos pasos de distancia, de pie dentro de mi arco de enredaderas, observando con atención el follaje. Necesité algunos segundos para convencerme de que era mi nuevo vecino. Obviamente se había bañado y arreglado la barba recortándola con primor pero para mí había perdido el espléndido efecto del primer momento. Llevaba un traje de diario que le caía bien pero que, al ocultar la erótica imagen de su pecho y brazos desnudos, invitaba a escudriñar sus rasgos faciales.

Me llamó la atención su mirada sin lustre que parecía amar el sesgo, sus labios descoloridos que dibujaban un gesto de apatía y el efecto de anonimidad que producía el conjunto de sus rasgos comunes que eran además lerdos en expresividad. Hasta a su traje le faltaba una tonalidad que lo singularizara. Además se le veía delgado, casi frágil. Pensé que las ropas son enemigas de los dioses. Las prendas disminuyen y humanizan al esconder la armonía del cuerpo desnudo que está más cerca de la esencia de lo divinamente humano. Esto lo comprendieron los helenos cuando esculpieron las estatuas desnudas de los habitantes del Olimpo. Mi dios, el que yo había admirado esa mañana, se había plebeyizado al disfrazarse de común mortal –demasiado común con esa cara como fabricada en serie– pero de alguna manera, porque yo conocía ya una mejor versión de su apariencia, seguí encontrándole atractivo.

Alcé la ventana no más de un par de centímetros, lo suficiente para dejar pasar mi voz, y pregunté:

–¿Busca usted a alguien?

Entrecerró los ojos tratando de localizarme. El cielo se había encapotado y caía la tarde. Mi persona detrás de la ventana probablemente no tenía forma ni silueta pues él no podía ver sino el jardín y su propia imagen reflejados en los vidrios porque adentro yo no había encendido ninguna luz. Había un dulzón encanto de intriga en ese diálogo entre un individuo enmarcado dentro del arco de enredaderas, como si estuviera en un nicho, y una voz sin masa corporal visible que nacía tras el espejo

crepuscular de los vidrios de mi ventana.

–Dispense, señorita, mi tía Aurora arrendó la casa contigua. Hoy la ayudé a mudarse y como vendré todas las tardes para cenar con ella puedo presentarme a usted como un nuevo vecino. ¿Sabe usted el número de nuestra casa? No hay ninguno a la vista.

Le dije que él había arrendado la casa número 72. Esta información bastó para tender un puente a una larga conversación. Se llamaba Alejo Henríquez; era agente viajero, representante de fábricas estadounidenses y europeas, y estaba alojado en el hotel Central, que es el más caro de la ciudad.

Me contó que la señora Aurora era una amiga de la familia pero él la había llamado tía desde que comenzó a hablar y para todos los efectos prácticos ella era una pariente muy cercana y él un sobrino fiel y agradecido. Ella acababa de retirarse y había escogido mi ciudad para domicilio permanente. Había estado viviendo en un departamento del centro de la ciudad pero ahora quería más espacio, aire puro y tranquilidad. En algún momento el nuevo vecino me preguntó cómo me llamaba.

–Zoila Amada.

–Conozco ese nombre. Lo oí o lo leí recientemente. Déjeme recordar. Ya, lo leí en una revista que se publica en esta ciudad y que encontré en el avión que me trajo acá. Llego entonces a la conclusión de que usted es escritora.

–Sí, he publicado varios libros. Además soy una de las redactoras de la revista *Ecos* que usted leyó en el avión.

–¡Zoila Amada! Es como si me encontrara con una conocida. ¿Verdad que soy un hombre de suerte? Te confieso sinceramente que me gustó tu cuento y que considero un honor poder charlar con una persona que escribe tan perceptivamente.

¿Puede alguien arrogarse el privilegio de tutearme solamente por ser uno de mis lectores? Yo que tanta dificultad tengo para prescindir del ceremonioso "usted" contuve un ímpetu de reacción hostil pero inmediatamente, envalentonada quizás por mi invisibidad, reciproqué el tratamiento.

–¿De dónde eres tú? Tienes un acento musical.

–Soy cubano y confidencialmente prefiero tu acento al mío. Soy uno

de aquellos que huyeron de Castro, se convirtieron en ciudadanos del mundo, es decir en apátridas inconformes, y viajan incansablemente sin encontrar un paradero.

Hablamos de esto y aquello, de literatura, arte, viajes, sociología... y especialmente de política nacional. Para decir la verdad, cuando surgía este tema ya hablaba y él escuchaba. Una buena parte de los artículos de mi revista, *Ecos,* son de índole política y yo, por lo general, escribo el más importante de ellos. Y por eso, porque ando saturada de rumores, chismes, noticias reales y novedades del acaecer nacional, los temas políticos se posan en mis labios sin querer y muchas veces debo dar la impresión de que soy una charlatana incontenible. La verdad es. Aunque parezca inmodestia, que estoy al día en cuanto a política del país y puedo hablar con autoridad y mucha base.

Mi nuevo amigo me escuchaba con deleite. Ese era su mayor atractivo: sabía escuchar como si estuviera aprendiendo algo muy interesante, como si los asuntos del país abrieran en su mente hontanares de entusiasmo. Comentaba poco, no refutaba jamás, solo absorbía mis palabras con entusiasmo de *gourmet.* Y cuando me hacía preguntas, todas eran oportunas e importantes, como si su creterio quisiera alimentarse de lo más enjundioso, descartando lo baladí o secundario.

Incapaz de localizar los contornos de mi figura a través de vidrios con función de espejos, sin dejar de oir atentamente mis peroratas observaba con admiración la explosión cromática de mis matas de flores. Me interrumpió para decirme:

–¿Sabes, chica, que mi tía Aurora decidió venir a este barrio porque le gustó el espectáculo de este enorme bouquet que tenemos frente a la casa? Yo también encuentro encantador tu jardín. ¿Me permites que vuelva de vez en cuando a aspirar este aire perfumado? Tengo la sensación de hallarme en un ámbito de fantasía, dentro de un cuento de hadas. Creo que en cualquier momento veré pasar un fauno tocando una flauta o una bella princesa disfrazada de pastora.

¿Había ironía en sus palabras? ¿Era galante condescendencia de un hombre de mundo?

–No te burles de mis cuatro plantas.

–Créemelo, Zoila Amada, es una Arcadia en miniatura, llena de ecos

pretéritos. ¡Qué bien huelen tus madreselvas! Prefiero este olor al de cualquier perfume caro. No te sorprendas si regreso uno de estos días a disfrutar de este lindo parque.

–Agente viajero y poeta... Una combinación sospechosa.

–Espero que no te desengañes. Un hombre raro puede resultar interesante. Aunque en realidad no soy sino un forastero cualquiera que pisa firmemente en la realidad cuando es hora de ganarse su pitanza pero que en sus horas de ocio busca a su alrededor algo de poesía o aventura. Esta charla con una hada invisible es mi escapada de hoy de lo prosaico a lo misterioso, de la aritmética al madrigal.

Si antes me había hechizado el atleta, ahora empezaba a cautivarme este extranjero barbudo de voz musical. Hablaba con un ligero tono juguetón, insinuando que no tomaba en serio sus propias tiradas líricas. Yo, que soy muy observadora, estaba intrigada mucho menos por su vena poética que por su expresión básica de angustia contenida. Quizás sus negocios no andaban bien o algún contratiempo estaba zumbando en su mente, porque su esfuerzo de mantener una charla social sin trascendencia no lograba esconder bien la ansiedad interior. O quizás no se trataba de una condición pasajera sino de una actitud perenne ante la vida. En tal caso, pensé, tiene un rostro esculpido por el destino y aunque no hubiera podido racionalizar ese aserto supe desde ese instante que detrás del *bon vivant* que me embromaba con alusiones mitológicas había un ser esencialmente trágico –y por lo tanto hipersensitivo– que se volvía comediante cuando manejaba las naderías de un diálogo casual.

Llegó un instante en que ni él ni yo consideramos acertado prolongar este primer acercamiento. Alejo se despidió y yo le dejé ir sin protesta. Así terminaron las horas de ese sábado que cambiaron mi plan de vida. Nada extraordinario había pasado en realidad, pero yo había ascendido a otro plano de percepción existencial. Fueron las horas que –a igual que la varita mágica que en los cuentos de hadas convierte melones en carruajes, chozas en palacios y avechuchos en princesas– hicieron aparecer dentro de mi una feminidad antes adormecida por la presión de otras prioridades. Permitieron algo así como el renacimiento o redescubrimiento del potencial de mi propia alma.

–Zoila –me decían mis amigas en secundaria– ¿cómo vas a conse-

guirte un muchacho si todavía no te das cuenta de que existen gentes de otro sexo?

Yo les contestaba que sí había conocido unos cuantos muchachos pero ya no quería más decepciones. En realidad hubo uno solo que me galanteó unos días y luego dirigió sus ojos a una compañera mía muy coqueta. Esa experiencia no me hizo frío ni calor pero me dejó siquiera la ocasión de tener algo que contar cuando me preguntaban de aventuras amorosas. Yo insinuaba tintes de idilio trágico para un episodio descolorido que no había dejado mella alguna porque no quería quedarme detrás de mis condiscípulas, todas las cuales tenían episodios verídicos que contaban y recontaban con lujo de detalles. No perdí un minuto de sueño por aquel galán de unas pocas horas, pero lo conservé en mi anecdotario para no tener que explicar que la firme meta de mi vida era convertirme en buena escritora y periodista y que a ese empeño dedicaba todo mi tiempo y pensamientos.

En realidad mis años de secundaria y universidad fueron un avance terco a mis objetivos literarios. Cuando leía obras de ficción mi interés no se dirigía a las peripecias de los personajes sino al arte de saber contar con maestría. Esperaba poder descubrir el secreto de conquistar al lector, de atarle a las páginas del gran libro que yo iba a escribir. ¿Mi vida social? No faltaba a conferencias y actos literarios y más tarde, cuando me iniciaba en la carrera periodística, buscaba a todo personaje importante. Cada vez que entrevistaba a escritores, actores, músicos y otros artistas destacados dentro de mi mundillo de bellas artes y letras, mis preguntas tenían el escondido propósito de descubrir esos misteriosos resortes que alcanzan el éxito. Lo que descubrí no me sirvió de mucho. Después de estudiar todas las técnicas llegué al convencimiento de que ninguna contenía la clave. Lo único posible era, tras determinar las preferidas, usarlas sin más restricción que mi propio criterio. ¿Después? Ya no cabía sino esperar la buena suerte, el único complemento de cualquier mérito personal. Pues no triunfan todos los que valen ni valen todos los que triunfan. El éxito es una indeterminada mezcla de genio, persistencia y lotería.

Ahora, si quiero ser sincera conmigo misma, debo añadir que soy medianamente conocida, que me he quedado lejos de la fama y que nunca

estaré en el pequeñísimo círculo de las grandes figuras literarias nacionales, cruda realidad aceptada por mí.

Para ganarme la vida trabajo como editora de una revista popular, que es muy leída y aplaudida, tratando de mantenerla siempre en un plano de distinción literaria. Ya no me presto para muchas entrevistas pues prefiero redondear mis crónicas y artículos sin moverme de mi escritorio. He aprendido a aprovechar óptimamente de toda información posible. El material recogido por el personal de redacción cobra vida, veracidad y drama gracias a mi pulimento editorial. Unas pocas semanas antes de conocer a Alejo Henríquez, por ejemplo, me tocó editar –prácticamente, volver a escribir– la historia de una aventura política. Incluí detalles poco conocidos, presenté una secuencia ordenada y objetiva, e hice un análisis tan imparcial que los aplausos llegaron de todos los partidos políticos. Ese número se agotó a pesar de que el tiraje fue el triple de lo acostumbrado.

La revista ganó entonces un prestigio que se conserva hasta ahora. Los redactores me ofrecieron un coctel y el dueño de la empresa, un hombre cuyo espíritu innovador y visión periodística eran muy superiores a su habilidad oratoria, ofreció un brindis por el "mejor hombre de nuestro equipo".

Lo extraño estuvo en que todos levantaron sus copas fervorosamente sin darse cuenta de la *gaffe*. Si alguna feminista hubiese estado presente se habría maravillado al ver cumplido el sueño de la unisexualidad en las funciones y relaciones del personal de una empresa; al ver que se prescindía sin esfuerzo de diferencias biológicas y se daba atención exclusiva a los méritos y el desempeño. En realidad, a mí me molestó el *lapsus linguae* de mi jefe, y más todavía el hecho de que mis compañeros habían dado espontaneo asentimiento a la supuesta alabanza. Cuando regresé a casa tuve una sensación de fracaso hasta entonces desonocida. Me pregunté si era acertada mi selección de senderos y objetivos. ¿Había renunciado yo quizás inconscientemente a mi condición de mujer? Y lloré largo rato, desconcertada, porque no estaba satisfecha del estado de cosas y porque carecía de un esquema interno que pudiera hacerme cambiar. Fue el llanto de quien se siente golpeada por una injusticia ajena y no tiene medios para reaccionar en forma constructiva.

Solamente esa tarde, después de mi primera charla con Alejo Henríquez ("no te olvides, chica, Henríquez con hache") supe que mi alma producía por primera vez para su alquimia interna un ingrediente básico: la capacidad de amar.

Me había enamorado. Me lo confesé con vergüenza porque sentía dentro candores adolescentes. Mis emociones retrocedían en el tiempo para buscar un nuevo camino, pero nada más había rejuvenecido. El nuevo ingrediente, de repente activo y conquistador, se había instalado en la subconsciencia para cambiar el sabor de todas mis horas, para llenarme de antenas poéticas y hacerme sentir básicamente cursi pues contenía el regusto de la melancolía y el germen del suspiro; venía en las brisas del atardecer, me traía nostalgias de paraísos ignotos... ¿Qué podía hacer yo? Nada más que esperar que las cosas sucedieran por sí mismas mientras me abrumaba esa bienhechora maldición de amar unilateralmente y ver que de alguna manera se redefinía mi personalidad y cambiaba la tonalidad de mis horizontes..

*

* *

Pasó más de una semana hasta que en otro atardecer volví a ver a Alejo en mi jardín, acariciando mis enredaderas. Me dijo que ese túnel de paredes vivas, rebosantes de savia, era su sitio predilecto. Como quiso saber de mí le conté que la publicación de la revista que estaba a mi cargo ocupaba la mayoría de mis horas. Era bimensual (ahora es mensual), no tenía muchas páginas, pero cada artículo merecía tanta atención que las horas se iban sin notar y apenas me quedaba tiempo para otra actividad. Esos días estaba muy atareada sacando en limpio mis artículos porque los impresores solían entender mal las correcciones hechas en un borrador. Entonces no tenía como ahora una procesadora de palabras que me permitiera insertar, suprimir, ordenar, corregir y mandar originales

impecables a la imprenta.

–¿Muy ocupada? Ahora sé por qué no te he encontrado... o mejor dicho, por qué no he escuchado esa voz que nace tras la ventana encubridora. Empecé a creer que eras temperamental, que ciertos días te peleabas con el mundo y te metías dentro de tu concha para rumiar tus nuevos cuentos.

–No soy amiguera, lo confieso, pero me gusta conversar contigo y eres bienvenido en cualquier momento. Tengo días en que me acomete la misantropía pero entonces me voy a mi casa de campo, a dos horas de aquí en automóvil, a orillas de una laguna profunda. No hay casas cercanas y el único ruido de civilización es el de los motores de los vehículos que pasan por la carretera a medio kilómetro de distancia... Y no pasan muchos al día, te lo aseguro. El silencio es casi perfecto.

–¿Una casita de campo a orillas de una laguna? ¡Romántico! Debe ser un paraje hermoso. ¿Cuándo me invitas a conocerlo?

–¡Qué va! Rara vez tengo huéspedes. Es apenas una cabaña.

–Tanto mejor. Seré tu huésped en tu próxima rara ocasión.

Alejo me habló de sus viajes de una ciudad a otra, por lo general en avión. Lo más aburrido del mundo, me aseguró, aquello de ir de una nube a otra, a leguas de los paisajes terrestres, junto a pasajeros adormilados.

–¿Nunca te sucede algo especial? ¿Nunca una aventura?

–Algunas veces, en tierra, cuando menos lo espero, me pasa algo que sale de lo ordinario y es digno de recontar.

–Me encantan las aventuras. Cuéntame la tuya más reciente.

–¿La más reciente? Sucedió hace unas cuantas semanas. Estaba en el país vecino del norte, preparándome a venir a esta ciudad... cuando alguien me invitó a ir a su granja.

Me contó en forma animada, con detalles llenos de color que daban una gráfica vivacidad a su relato, que tuvo que visitar a un cliente radicado en un pueblo remoto. Fue allá en automóvil con un amigo y cuando se detuvieron en un camino solitario, unos bandidos les acometieron a tiros. No les quedó más remedio que contestar el fuego. Alejo disparó dos veces y uno de los atacantes cayó sin vida.

–No te creo. Es algo que te inventas por complacerme.

–Te cuento la verdad.

–¿Cómo saliste ileso si te atacaron varios hombres?

–¿Ileso? Uno de los tiros me atravesó la pantorrilla.

–No me decido a creerte.

–Aquí tienes la prueba–me dijo levantándose una manga del pantalón y bajándose el calcetín–. Mira, el proyectil entró por este lado y salió por el otro.

–¿Te impresionó mucho el percance?

–Mucho más de lo que yo mismo hubiera podido esperar. Desde ese día me despierto a menudo con pesadillas. Como viajo tanto, llevo una pistola por precaución. La había llevado por muchos años sin disparar ni siquiera un tiro al blanco. De repente, ahí me tienes, despachando al otro mundo a un desconocido, convirtiéndome en homicida. Fue un acto de defensa propia, pero todavía no puedo perdonarme. Simplemente no nací para matar. Me ha quedado una espina en la conciencia.

–Está a la vista que eres un buenazo, un hombre tranquilo, casi apático, pero muy dulce, incapaz de cualquier mal. Pero me alegro de tu buena puntería porque de lo contrario no estaría hablando contigo ahora.

–Gracias por querer consolarme. Pero, para mí, este incidente ha hecho más absurdo el misterio de residir en el mundo. ¿Hay la necesidad de enfrentar tanta brutalidad y tragedia con armas que derraman sangre y matan? Además, ¿te puedes defender eternamente? Hoy te acomete un borracho, mañana un virus, pasado una apoplejía. Tarde o temprano pierdes la batalla.

–¿Has tenido otros trances peligrosos?

–Tan trágicos como ese, nunca, pero más de una vez he pasado momentos difíciles.

–Cuéntame de todos ellos. Soy muy curiosa.

–En otra ocasión, quizás el día que me invites a tu casa de campo. Hasta pronto, invisible y amada Zoila. A propósito, tú eres una de mis aventuras extrañas. He hablado contigo más de una vez. He llegado hasta a mostrarte mi pantorrilla desnuda... y todavía no te he visto la cara.

Se alejó riendo y me quedé tan emocionada que me quedé inmóvil algunos minutos. Mi primera charla con él había sido como un episodio

completo que yo puse en un sitial de honor dentro de mis recuerdos porque no esperaba que Alejo volviera a mi ventana. Pero ahora mis expectativas se agrandaban. Alejo me estaba dando la oportunidad de hablar muchas otras veces con él; es decir, mis minutos de fruición iban a multiplicarse en el futuro inmediato. Alejo había jugado con mi nombre, invirtiéndolo, convirtiendo a Amada en adjetivo: "amada Zoila". No era la primera vez que alguien buscara en mi nombre un doble sentido o recurrfera al obvio *calembour* de "soy la amada", quizás con la idea de que yo había escogido a propósito un seudónimo que se prestara a juegos de palabras. En verdad no me he apropiado de nada ajeno. Zoila Amada son los nombres que escogieron mis padres el día que me bautizaron y más tarde, cuando yo tuve edad para protestar, ambos ya estaban muertos. Ahora estoy más bien agradecida de que ellos, quizás por premonición de su temprana partida, me hubieran dado nombres que pueden sonar afectuosos aun en otros labios que los suyos, si se los pronuncia sin hiel.

Hay unos cuantos que al articular mi nombre no pueden evitar cierto tono zumbón, pero Alejo fue distinto. Supo dar tanta dulzura al nombre-adjetivo de Amada que entre los dos surgió mágicamente un vínculo de cercanía, o de voluntad para dar y recibir.

Nuestras charlas, casi cotidianas, eran a menudo clases en política y socioeconomía nacionales. Yo me arrogaba el papel de maestra sin dificultad porque cuando surgen esos temas las frases acuden en tropel a mi mente y no hay quien me contenga. Alejo era un discípulo entusiasta. Me escuchaba con embeleso. Sabía poco de partidos políticos, clases sociales, producción agrícola, etc. y quería empaparse de detalles y estadísticas.

–Alejo estás más ávido de datos que un candidato al congreso. ¿Por qué no te quedas aquí? Te ofrezco un buen empleo en mi revista. Así te codearías con muchos personajes políticos.

–¿Crees que me iría bien en Orimiel?

–¡Orimiel! Ya estás enterado de que a esta pobre ciudad mía empiezan a darle un segundo nombre pedante y empalagoso. ¿Has encontrado miel y oro aquí?

–Tu voz sabe a miel y tus palabras son de oro.

–¡Alejo! También tú estás empalagoso... Lo que te ofrecí es en serio.

enes madera de buen periodista y quisiera tenerte en mi grupo de redactores.

Le vi sonreir con un gesto que descartaba tal posibilidad. Era lo que yo temía y en cierta manera deseaba. Alejo se había vuelto una parte primordial de mi vida y le quería cerca de mí hoy, mañana y toda la vida. Mas al mismo tiempo me afanaba por preservar el delicioso clima de misterio en el que se desarrollaba nuestra amistad. Nada más que charlas tras mi ventana, yo invisible para él, él expuesto al amoroso escrutinio de mis ojos. De esta manera el mutuo encanto se alimentaba de la palabra y se mantenía en un plano intelectual de enigma y poesía.

Alejo matizaba su charla con un humorismo sin hiel y tenía la habilidad de infundir confianza: Me trataba como a una amiga de la niñez, una condiscípula a la que hubiese vuelto a encontrar después de muchos años y tuviera muchas nuevas que contar, o quizás como a una maestra que todavía pudiera enseñarle mucho. Era un don especial si se considera que Alejo era esencialmente un ser melancólico. Algunas tardes cuando le veía regresando a casa con una bolsa de víveres al brazo sin detenerse a charlar conmigo, traía hondas arrugas de preocupación como si dilemas muy complicados le estuvieran abrumando. Mas los días que se acercaba a mi ventana y me daba unos minutos de su tiempo, su voz era afable, tranquila y juguetona y salían a lucir las facetas más luminosas de su personalidad.

Confieso que algunas veces le impuse exageradamente mi tema favorito del acontecer nacional. Y todavía admiro el embeleso con que me escuchaba. Me hacía pocas pero substanciosas preguntas aunque nunca aventuró una opinión que dejara entrever su propia ideología. De todas maneras era un interlocutor ideal que me dejaba redondear los pensamientos, en comparación con mis colegas que entonces, como ahora, me interrumpían a la mitad de una frase con dogmatismos llenos de saña y pasión.

El día que pronunció mi nombre con nuevo énfasis yo interpreté que quería ahondar su amistad porque tenía confianza en mí y me consideraba capaz de darle apoyo o respaldo. ¿Necesitaba un confidente, alguien que le protegiera en horas difíciles?

Si quisiera presentar en este párrafo un retrato psicológico de Alejo,

me sentirfa impotente aunque, como han observado algunas veces mis crfticos, soy una entrevistadora que con mis preguntas suelo desnudar el alma de una persona. Estudié todos los gestos, frases y manerismos de Alejo, quise llegar a su subconsciente a través de sus silencios, modismos, ideas, pasiones o preferencias, pero siempre me quedé distanciada de su yo. Mi única deducción fue que la angustia era una parte de su ser, que su ánimo se oscurecía quizás con un barrunto de tragedias futuras. ¿Es posible que en su rostro estuvieran grabadas las huellas de ahoras aún no nacidos?

Después de mi segunda charla, ya no tenía otro deseo que la compañía de Alejo. No se detenía a conversar con la frecuencia que me habría gustado y siempre me parecía que se había quedado conmigo muy pocos minutos. Yo me apropiaba de sus palabras que se volvían música de fondo para mis actos y pensamientos. Al mismo tiempo mi mente corregía lo que yo había dicho o querido decir, o no había logrado decir bien; y la charla original se convertía en una sinfonía con centenares de variaciones. Mas nada podía reemplazar la real aventura de su presencia y si Alejo hubiese querido, yo habría conversado con él el día entero, embelesada, bebiéndome sus aventuras grandes y pequeñas y festejando sus chistes. Cuando desaparecía de mi lado –por extraña coincidencia, varias veces se despidió porque empezaba a lloviznar –me sentía expulsada del paraíso... solamente a medias porque volvía a los ámbitos de mi fantasía donde le guardaba compañía veinticuatro horas al día.

Afortunadamente hubo semanas en que venía a hablar conmigo todas las tardes. Me consideraba afortunada a pesar de que no solía quedarse más de veinte minutos. Con cada instante que me dedicaba mi mente se enriquecía con una gema más. Pero mi regocijo se mezcló con angustia el día en que mencionó, como al acaso, que había terminado su trabajo, que no tenía más clientes en perspectiva y que pronto debería marcharse. Sentí dentro una opresión tan grande que era como si yo fuese a estallar. Mi rostro debió haber cambiado de color y expresión pero era invisible para Alejo. (Al revisar mi colección de la revista, comprobé que en las semanas subsiguientes a ese anuncio escribí una crónica sobre la miseria en los arrabales, una denuncia de robos ministeriales, una predicción de epidemias por la falta de higiene, un sombrío pronóstico de la decadencia

moral en el país. Los humores íntimos definen los panoramas que uno quiere contemplar en la realidad circunstancial).

Aunque nunca antes había hablado de intimidades, Alejo me contó un día con cierto fastidio que su amiga Aurora (a quien seguía llamando tía) no se acostumbraba en la ciudad y quería mudarse a otra. Como estaba retirada y tenía una pensión, decía ella, bien podía darse el lujo de escoger el lugar del mundo que más le agradara. Comenté que yo sospechaba que la señora estaba volviendose senil. Yo la había encontrado muy rara. Una mañana ella había salido a la calle cuando yo podaba mis matas. La saludé, me presenté como vecina suya y le ofrecí mis servicios. Ella me contestó con monosílabos, con la sequedad de quien rehuye una amistad. Pasó por alto mi sugerencia de visitarla uno de esos días. ¿Es ella usualmente malhumorada? Pregunté a Alejo. ¿Tiene tal vez problemas que le amargan la vida? Le conté que algunas veces la había escuchado hablando a solas, sosteniendo alguna larga querella en su mente con Alejo u otra persona. Una mañana, aunque los sonidos que captaban mis oídos estaban en la frontera de lo inaudible, yo habría jurado que ella hablaba con dos voces, como dramatizando una disputa con otra mujer. Cuando salía a la calle caminaba con cara adusta y paso varonil, en pos de una tarea perentoria, como si la vida no le permitiese ni siquiera el simple placer de una caminata.

Alejo comentó riendo que era difícil comprender a las personas por mucho tiempo que se viviera con ellas y habló de otras cosas. Evidentemente no quería ampliar sus confidencias ni dejarme entrever las quejas que seguramente tenía contra su tía. No me importó que cambiase de tema pues solo quería seguir gozando del placer irremplazable de su compañía, placer ahora invalorable por estar a punto de extinción, placer que creaba al mismo tiempo la congoja de la ausencia inevitable.

En mi último año de secundaria yo había colaborado en una revista estudiantil con un artículo supuestamente humorístico sobre el "amor a primera vista", una patraña –dogmatizaba yo– inventada: a) por escritores de poco vuelo; b) por fracasados que quieren achacar sus equivocaciones al destino; c) por los que no creen en el libre albedrío y la perennidad del razonamiento.

Ahora descubría que era mi artículo el que contenía patrañas forjadas

por una mente inmadura; que había fuerzas más poderosas que la razón que nos manejaban como peleles; especialmente que esa oculta voluntad de perpetuar la especie nos hace tomar senderos llenos de sinrazón. ¿Podía haber algo más ilógico, desesperanzado y unilateral que mi súbito enamoramiento de Alejo que no era sino una ave de paso? Me avergonzaba de mi propia estupidez pero el corazón no se dejaba mandar por la mente. Y ahí estaba yo ahora cada atardecer, invisible tras la ventana, esperando que el agente viajero se detuviera a hablar conmigo, sufriendo desesperadamente por su inminente partida, sin siquiera el consuelo de poderle confesar mi pasión. (Ese fue quizás el único triunfo de mi voluntad: el silencio que me impuse para ocultarle mis sentimientos a pesar de que la apasionada confesión estaba en la punta de mis labios).

Aunque estaba preparada para el desenlace, lloré mucho un sábado cuando, a las cuatro de la tarde, un camión de mudanzas paró frente a la casa vecina. El chofer había traído un ayudante y los dos hombres, con la cooperación enérgica y vehemente de la señora Aurora, sacaron los mismos muebles que Alejo había metido con tanto trabajo. Alejo no estaba presente pero la señora actuó con tanto empeño, urgiendo sin cesar a los hombres, que en menos de una hora quedó la casa vacía. En realidad, era muy poco lo que había que acarrear.

Pensé que no podía haber terminado de manera más insípida mi episodio sentimental. Se marchaba la hosca señora con todos sus enseres y Alejo ya no tenía razón de regresar. Vi desaparecer el camión y supe que el dolor por la ausencia de Alejo, ampliado ahora hasta el martirio, sería intenso e incurable. Ahí me quedé contemplando la casa vacía, sin el menor intento de contener las lágrimas que rodaban por mis mejillas. Y de repente, cerca de las siete, cuando caía la noche, vi asomar por la calle que estaba llenándose de sombras a Alejo, quien caminaba con mayor prisa que la acostumbrada. Avanzaba directamente a la casa con la llave en la mano. Le llamé repetidamente porque no iba a permitirle que se fuera sin despedirse. Como no me oyera, alcé la ventana y grité su nombre. Alejo cambió de dirección y vino hacia mí. Volví a bajar la ventana, dejando como de costumbre solo un pequeño espacio para no apagar mi voz.

–¡Amada Zoila, qué sorpresa verte! Es la primera vez que me

muestras la cara. En mi imaginación eras larga y nariguda. Mas ahora descubro que eres ñatita y carirredonda.

Alejo estaba mintiendo porque yo no soy ni lo uno ni lo otro. Deduje entonces que Alejo estaba con ganas de embromarme y poco después comprobé que esa actitud estaba en completo desacuerdo con sus facciones que delataban noches de insomnio y grandes contratiempos. Estaba pálido y había perdido peso. Parecía haber envejecido de golpe algunos años. Era en verdad extraordinaria su habilidad para sostener un diálogo ligero en sus peores momentos.

–Una noticia, Alejo, si aún no lo sabes. Tu tía desocupó la casa y se mudó.

–Así me dijo por teléfono. Pero dejó adentro algo mío y he venido a llevármelo. Voy a casa por unos minutos pero volveré pronto porque necesito hablar contigo. Te voy a contar mi aventura más extraña y confesar un pecadillo. En verdad, debería decir pecadazo. Más no quiero entrar por delante. Saldré por el patio trasero, pasaré a tu huerto y quiero que me hagas entrar por tu puerta de atrás. Enciende la luz de tu sala pero deja apagadas todas las demás. Haz exactamente lo que te digo.

En cualquier otra circunstancia habría considerado arbitrario e insolente que un amigo insistiera en visitarme entrando por la puerta de mi cocina y me ordenara cómo debía iluminar mi casa. Pero yo no existía para mí sino para Alejo y acepté sus "órdenes" sin objeción. Subí de prisa a arreglarme la cara y me puse un vestido de color verde oscuro que había comprado la víspera. Muy nerviosa porque no podía encender la luz de mi dormitorio ni verme bien en el espejo, traté por lo menos de poner las cosas en orden y desempolvar algunos muebles con un trapo.

Cuando abrí la puerta trasera de mi casa, que da directamente al huerto, Alejo ya estaba esperándome. Entró de golpe, con un gesto que era quizás un reproche por mi tardanza. Unos nubarrones bajos habían extinguido las últimas luces del crepúsculo y una vez más empezaba a lloviznar como si su cercanía fuese una orden instantánea a las nubes. ¿Traía misterios que amaban la noche y la humedad? ¿Tuvo alguna vez la oportunidad de contemplar mis flores a la generosa luz de un mediodía?

Alejo se apresuró a cerrar la puerta que comunicaba con el resto de la casa y quedamos encerrados en la cocina, totalmente a oscuras. La

–Lo último podría ser posible. Escucha lo que me pasó. Por lo general viajo en avión; pero esta vez viajé hacia el sur por el interior y entré a este país por un pequeño lugar fronterizo, un asunto arriesgado porque yo viajo con cajones de muestras y los inspectores suelen querer cobrar aranceles excesivos... que algunas veces se evitan solo con una crecida coima. Pero tuve la suerte de que el jefe de aduanas era un viejo amigo mío. Dos individuos que se enteraron de ello vinieron a tentarme. Como probablemente mi equipaje pasaría sin revisión, me propusieron pasar también un cajón de ametralladoras que habían adquirido para el Coronel Encalada.

–¿Te propusieron volverte contrabandista de armas?

–Sí, y yo acepté. Me ofrecieron una suma bastante generosa en momentos en que andaba escaso de dinero. El cajón pasó la frontera sin dificultades y lo traje a esta ciudad para entregarlo a un emisario de Raimundo Encalada. Entonces el Coronel tuvo el mal gusto de morirse y empezaron mis complicaciones.

Súbitamente el juego se había convertido en aventura real. Yo, que deploraba que nada emocionante ocurría en mi vida, me encontraba dentro de un episodio de conspiración e ilegalidad. No podía ver a Alejo pero sentía su tibieza y la música de su dialecto cubano. Me prometí contar algún día los detalles de esa conversación teñida de noche profunda que en mi recuerdo se convirtió en un luminoso jalón de mi vida.

–Déjame adivinar por qué se te han complicado las cosas –le dije con la docta voz que correspondía a una especialista en "encaladismo"-. Un liberal y un socialista se disputan ahora el puesto de líder de la oposición. En lugar de un cabecilla, ahora hay dos, Donoso y Peña. ¿Me equivoco mucho si te digo que tu dilema consiste en no saber a cual de ellos debes hacer llegar tus ametralladoras?

–¡Ya quisiera ser dueño de mi voluntad! Una voz desconocida me llamó por teléfono para prevenirme que si yo no entregaba las ametralladoras esta noche a los "verdaderos revolucionarios" bien podía despedirme de este mundo.

–Quieren intimidarte. Ni Donoso ni Peña son asesinos.

–¿Son ellos los que quieren mis ametralladoras? ¿O son quizás esos contrabandistas de drogas que, como tú dices, existen en sus filas? La

verdad es que están en esta calle esperándome dentro de un automóvil. Me han estado vigilando por muchos días y ya que en esta calle hay una sola salida, no tienen dificultad en controlar mis movimientos. Hasta tengo la sospecha de que han colocado micrófonos en mi casa y la tuya y pueden oir nuestras conversaciones. Por eso te hablo tan quedamente y debajo de este mantel que apaga hasta estos murmullos míos.

–No he observado nada raro. Bueno, el domingo pasado vi a un par de individuos fornidos que examinaron detenidamente tu casa y la mía. Pero de eso a la hipótesis de que han colocado micrófonos en mi casa hay mucha distancia. No veas gigantes donde solo hay molinos de viento.

–Zoila, en tu artículo dices que entre los partidarios de Encalada había hasta ingenieros y especialistas en electrónica. No es imposible que la gente que me amenaza aproveche de los métodos más modernos.

–Alejo, sean reales o imaginarios tus temores, tú quieres protección. ¿Qué es lo que piensas hacer?

–Muy simple: no voy a entregarles esas ametralladoras.

–¿Las tienes en tu oficina?

–No, están en casa. Traje las ametralladoras en un cajón, el día que nos mudamos.

–¿Un cajón de madera no muy grande pero pesadísimo? ¿El primero que tú metiste? Exhibiste una musculadora de Hércules cuando sacaste ese cofre del camión de mudanzas. Luego entraste en tu casa con la majestad de un Atlas que se carga el mundo.

–Zoila Amada, tienes la perspicacia de un detective o de una reportera muy avispada. Ahora la verdad es que en uno de los automóviles estacionados en la calle hay quienes quieren ese cajón pero no lo van a obtener... si tú me ayudas. Zoila, llévame esta noche a tu casa de campo y yo me encargaré de arrojar el cajón de ametralladoras al fondo del lago. ¿Verdad que no me vas a negar este favor? Aquí te doy las primeras gracias.

Los labios de Alejo, que hablaban quedamente a mis oídos, pasaron a mis labios y estamparon un beso de tanta intensidad pasional que hizo que ese forastero se apoderara totalmente de mi voluntad. Supe –y acepté con entusiasmo– que desde ese momento yo iba a vivir al margen del raciocinio, en la corriente de las horas, sin conciencia de tiempo ni

espacio. Las manos viriles que acariciaban mi rostro y la boca que se había pegado a la mía constituían de repente toda mi realidad existencial. Alejo, presente por muchos días en mis pensamientos, pasaba ahora a primer plano y se convertía en amo absoluto. Transformada en esclava incondicional, yo no tenía un átomo en mi persona que se atreviera a protestar. El pedido de Alejo equivalía para mí a algunas horas de su compañía. Me sentí llena de agradecimiento por darme la oportunidad de volverme su cómplice. Le dije que podíamos partir en mi automóvil el momento que él quisiera.

Le entregué las llaves. Alejo me dijo que pasaría a su casa, sacaría el cajón por el terreno de atrás, lo arrastraría por mi huerto y avanzaría hasta el automóvil.

–Zoila, cuando salgas deja encendida la luz de tu dormitorio. Deja la impresión de que estás en casa. Usa la puerta de atrás y no hagas ruido al entrar en tu camioneta.

Puse en una bolsa lo necesario para invitarle una taza de café en mi casa de campo. Cuando salí veinte minutos después, lloviznaba ligeramente y solo había la vaga claridad de las luces de la ciudad. Alejo ya me esperaba dentro del automóvil. Estaba acezando porque forcejeó mucho para acomodar la caja. Me contó que para evitar el riesgo de ser visto se había arrastrado por el suelo húmedo y lodoso, empujando el cofre. Pero, claro, la peor parte había sido acomodar el cofre o baúl en el vehículo.

Me pidió que saliera a velocidad normal. El, que estaba sentado a mi lado, se arrodilló en el piso y se dobló sobre sí mismo hasta el momento en que doblamos al llegar a la primera esquina. Me dijo que fuera hacia el norte por una de las calles menos iluminadas. Le di gusto y unos pocos minutos más tarde empezó de repente a darme una serie de órdenes rápidas:

–Vira a la derecha. Entra en esta plaza de máquinas estacionadas. Métete en ese espacio libre. Apaga las luces.

–¿Qué máquinas?

–Dispensa, así llamamos en Cuba a los automóviles. ¿Ves? Allí está la plaza. No te detengas, por favor, entra aquí. Magnífico. ¡Qué bien manejas!

–Explícame para qué quieres estas maniobras. ¿Quizás para abrazarme otra vez?

–Una buena idea. Aquí tienes este abrazo y otros vendrán más tarde. ¿Ves esa máquina que estaba parada en la esquina y que ahora vira a la izquierda? Venía detrás de nosotros, siguiéndonos quizás. Parece que les despistamos. Vuelve a salir, toma la derecha y en la próxima esquina, otra derecha.

Le obedecí de mala gana porque nos habíamos desviado de la ruta, sin que en verdad yo hubiese notado nada anormal. No parecía haber ninguna necesidad de escondernos. Me dije que mi pobre Alejo estaba demasiado asustado y actuaba como un muchacho tímido o quizás cobarde.

Así fue que, para ir al norte tuve que viajar un par de kilómetros hacia el oriente y regresar nuevamente a la carretera por un camino secundario no asfaltado, ya fuera de la ciudad.

–Y ahora, Alejo, ya no te atrevas a decir que nos siguen– le dije con tono irónico pues volvía a creer que mi compañero, cual desairado remedo de Quijote, se empeñaba en ver un enemigo en cada sombra o recodo.

Alejo se dio vuelta, se arrodilló en el asiento y observó la carretera por la ventanilla de atrás.

–Hay poco tráfico pero veo un par de faros que conservan una distancia constante.

Para mostrarle que sus temores eran pueriles disminuí la velocidad lo suficiente para que nos pasaran tres vehículos. Ahora no había ninguno que nos siguiera. Alejo dio un suspiro de alivio y volvió a sentarse. Luego descansó la cabeza en el espaldar ¡y se quedó profundamente dormido! Una siesta para mí desconcertante, pues me robaba preciosos minutos de verdadera compañía. Deduje que Alejo había pasado varios días de temor e incertidumbre, asustado más de la cuenta, con muchas horas de insomnio, y estaba demasiado cansado. La inoportuna siesta le haría bien, pero tuve que esforzarme para reprimir mi deseo de despertarle.

Abrió los ojos solamente cuando entramos en la vía angosta y abrupta que lleva a mi propiedad, quizás porque el vehículo avanzaba dando botes.

–Un par de kilómetros más y llegamos –le dije a Alejo.

–Tu casa de campo está más cerca de lo que esperaba.

–Quien duerme no siente el paso de los minutos.

–¿Me dormí, amada Zoila? Mil perdones. ¿Nos sigue alguien?

–Hubo un automóvil que se mantuvo por unos minutos detrás del nuestro, pero nos pasó cuando reduje la velocidad. Te aseguro que nadie nos vio entrar en este camino.

Había dejado de lloviznar pero la noche era tan oscura que cuando paré frente a la casa dejé los faros encendidos para poder acertar con la llave en el ojo de la cerradura. Apenas abrí la puerta, Alejo apagó las luces, descendió y vino a mi lado. Si hubiésemos llegado en una hora diurna yo habría podido señalar los mejores paisajes que se admiran desde ese punto. Pero en esa noche de cielo encapotado solo eran visibles las luces de los raros vehículos que pasaban por la carretera, la que se podía ubicar viendo los arabescos de luz que dibujaban los faros.

–Entra, Alejo. Tomemos una taza de café. Traje conmigo una bolsa de golosinas y bocados porque estoy convencida de que tanto apuro no te ha dado tiempo para cenar.

Mi mano buscó a tientas el interruptor y dije:

–¡Diablos! No tenemos corriente eléctrica.

–¿Te olvidaste de pagar la cuenta?

–No me atraso nunca. Simplemente esta noche hay un apagón en esta zona, algo que pasa con relativa frecuencia. Mira, no se ve ninguna luz a nuestro alrededor.

–Alégrate en lugar de apenarte. Así podré poner el cajón en la canoa que, según me contaste, tienes en tu embarcadero y arrojarlo al fondo de la laguna sin que nadie nos vea.

–Espérame aquí. Sé donde están mis cosas. Volveré con una linterna o una vela.

Tentando los muebles con las manos fui hasta una cómoda donde yo guardaba una linterna y un par de velas como precaución contra los apagones. Todo encontré en su sitio pero las pilas estaban agotadas y yo no había traído fósforos. Alejo, que no fumaba, tampoco los tenía.

–No te contraríes tanto, Zoila. Tenemos lo que necesitamos: manos, oídos y narices. Déjame dedicarme a mi tarea.

Alejo abrió el baúl de mi camioneta y luchó largos minutos porque

no tenía espacio para meter las manos y asir firmemente el cajón. Al fin, tras un enorme esfuerzo, acomodó el cajón en su hombro derecho y me pidió que yo caminara delante, muy cerca de él, para conducirle a la orilla de la laguna y mi "muelle" (que no era sino una pequeña plataforma a la que estaba amarrada mi canoa), avanzando por un atajo muy estrecho que ventajosamente yo conocía muy bien.

Algún fucilazo ocasional perfilaba por una fracción de segundo las lomas que se elevaban al otro lado del lago. Yo avanzaba con tino, acariciando los troncos de los árboles que bordeaban el sendero y advirtiendo a Alejo de los accidentes de terreno que yo conocía de memoria. El no pudo evitar que algunas veces el cajón golpeara troncos o ramas o que su pie tropezara con alguna piedra haciéndole zapatear en frenética busca de equilibrio. Un momento estuvo a punto de soltar el cajón e irse de bruces al suelo, pero era fuerte y ágil y logró apoyarse en las ramas de un pequeño ciprés que yo había sembrado tres años antes. De todas maneras se lastimó las manos y la cabeza. Le ayudé a que se enderezara mientras sostenía la caja con fuerza centuplicada. Sentí en mis dedos la tibia humedad de su sangre.

–Ya estamos en el muelle.

Alejo dejó la caja en el suelo y recobró el aliento. Luego buscó a tientas la cuerda que sujetaba la canoa y entró en ésta para formarse una idea de sus dimensiones.

–Es muy pequeña. Pondré la caja delante y me sentaré atrás.

–No puedes dejarme aquí. Insisto en ir contigo para guiarte y evitar que encalles o te vayas contra piedras sumergidas.

–Entonces pondré la caja en el centro.

La maniobra de pasar la caja del muelle a la diminuta embarcación exigió maña, fuerza y adivinanza, además de la tacaña ayuda de los relámpagos que orientaban por un instante y luego parecían quedarse en la retina para aumentar la confusión.

Cuando hubo acomodado la caja, Alejo me extendió la mano para ayudarme a entrar en la canoa. Luego empezó a remar con destreza a pesar de la oscuridad casi absoluta. Un continuo esfuerzo visual me permitió discernir tenues matices de lo negro que en cierta manera delineaban el horizonte. La borrosa masa de las lomas del otro lado de

la laguna guiaban nuestro avance y la cúspide más alta me servía de orientación.

Alejo había colocado el cajón en el centro de la canoa, arrimándolo al lado derecho. Nosotros estábamos sentados al lado izquierdo, frente a frente, tocándonos las piernas. Alejo remaba y yo acariciaba su pantorrilla. La noche era casi fría y los rumores del agua golpeada por los remos se volvían a veces voces estrepitosas que para mí eran los crescendos de un coro de aleluyas. Nunca había sospechado que una excursión furtiva por un paraje de tinieblas podía encerrar tanta poesía. Mi mano posada en su pantorrilla prolongaba esa deliciosa cercanía disfrutada en la ciudad cuando conversábamos tapados por un mantel. Aceptaba la aventura de arrojar armas al fondo del lago –un problema de cuya magnitud y necesidad yo empezaba a dudar– como un pretexto más para estar unas horas a su lado compartiendo un secreto que nos entrelazaba y nos convertía en conjurados.

–Este lugar, Alejo, es en mi opinión el más hondo.

–¿Sabes nadar?... ¿No? Si la canoa se voltea tendré que llevarte hasta la orilla, si no me faltan las fuerzas.

La advertencia de Alejo no me causó el menor miedo. El sabría salvarme con sus brazos potentes que yo consideraba tan infalibles como los de Superman.

–Siéntate al borde para darme más espacio. Hay un agujero en el cajón que quiero agrandar para que entre agua y se hunda.

Después de un par de minutos de diligente trabajo, Alejo me pidió que me sentara en el borde para mantener la canoa derecha mientras alzaba la caja y la ponía sobre el otro borde.

Casi caí al agua cuando Alejo botó la carga y se produjo un súbito desequilibrio. Pero él, que ya había previsto aquello, se dio vuelta y me tiró hacia sí. Unas vagas fosforescencias que estallaron alrededor de la caja dibujaron fantasmalmente su forma por un instante. Sobrevino una ansiosa expectativa porque a pesar de la precaución de Alejo el cajón flotaba sin hundirse.

–Espero que se vaya llenando de agua –comentó mientras se servía de uno de los remos para mantener contacto con el objeto cuya presencia solamente adivinábamos.

Contuvimos el aliento para captar el rumor de burbujas en la superficie del agua y por fin, después de un lapso que me pareció eterno, escuchamos el borbollón del agua desplazada que volvía a nivelarse y el chasquido de las diminutas olas que golpeaban suavemente la canoa.

–Capítulo terminado y paz en la conciencia –exclamó Alejo y soltó una carcajada que todavía resuena en mis oídos como una incógnita porque tenía más de lamento que de alegría. Era como un desesperado recurso para disimular una maldición o un acceso de llanto. Yo, siempre empeñada en evaluaciones psicológicas, me dije que un hombre tranquilo como él, medido en sus movimientos, deseoso de mantener su condición de agente viajero responsable, carecía de la fortaleza y desparpajo que tienen los que obran fuera de la ley. El contrabando y la conspiración en que se había visto envuelto habían destrozado sus nervios. Era, pues, un ser más debil de lo que yo había creído y sentí una inmensa ternura. Contenta de haber contribuido a la solución de su problema, de repente le estreché en mis brazos y le cubrí de besos.

Mi solicitud le fue calmando y después de unos minutos recobró el ánimo suficiente para esconderse detrás de su frecuente actitud humorística.

–Tendrás que pasar la noche aquí, en el lago, Amada Zoila. No sé cómo regresar.

Yo no tenía ninguna prisa. Estaba de rodillas, detrás de él abrazándole. Si en mi poder hubiese estado, aquel viaje habría durado siglos. De todas maneras, como yo estaba más familiarizada con esos ámbitos, tuve que mantener mi papel de guía. Después de algunos fucilazos que me sirvieron de orientación, indiqué la dirección en que debía avanzar hacia mi muelle.

Alejo me dijo que era una gran aventura aquello de navegar "por los túneles de tu infierno privado". Me embromó:

–Como tienes tanto empeño en ocultarte, este retiro campesino tuyo es una de tus mejores conchas. Tu poder psicodélico es tan grande que esta noche causaste un apagón. Eres la diosa de los anocheceres que se vuelven pura tiniebla, ya en tu calle sin salida, en tu arquería de enredaderas, en la misteriosa penumbra de la sala donde me esperas tras una ventana cerrada, o en la orilla boscosa de este lago que me imagino

eternamente crepuscular. Tú reinas en la negrura, en esas cuevas misteriosas y fantasmales donde te gusta esconder el alma.

Alejo decía tonterías. Deliciosas tonterías que me hicieron reir. Pero tras la última frase se le escapó un suspiro tan hondo que el fingimiento se hizo patente.

–No necesitas divertirme, Alejo. Has pasado unas malas horas y tienes derecho a no mantener todas las reglas del buen comportamiento social. ¿Estás indignado por las amenazas de esos individuos? Pues suelta unos cuantos tacos y desfógate. Como has cumplido tu propósito de no entregarles las armas, bien puedes reirte de ellos ahora y mandarles al diablo.

Alejo calló entonces y siguió remando sin prisa. Yo podía estrecharle con maternal celo protector, besar sus cabellos, pasar la mano por la áspera barba de sus mejillas. Ese avance indeciso a una orilla que no se podía divisar era como un poema sin tiempo. El canturreo de los remos, la vaga fragancia vegetal, el lejano grito de un ave nocturna, el diseño de nubes que por un instante demasiado corto aparecía con un relámpago, todo eso percibía yo como una captación por mis sentidos de una realidad poética hasta entonces desconocida. Era mi día de magia y embeleso, mi propio descubrimiento de un nuevo mundo.

De pronto nos llegó la música monocorde de un coro de grillos y vimos unos cuantos guiños de luciérnagas.

–Por fin estamos cerca de la orilla –dijo Alejo y unos instantes después su remo topó piedras y ramas. –¿Por dónde voy ahora, por la derecha o por la izquierda?

Esperé un rato, hasta el próximo fucilazo, y le dije que fuera a la izquierda, con la esperanza de estar equivocada. Alejo continuó remando con lentitud para que la canoa no sufriera mayormente cuando se iba contra obstáculos invisibles. Hubo por fin un momento en que casi por milagro Alejo consiguió dar con el muelle. Yo estaba ya completamente desorientada.

Para avanzar por tierra hasta la casa, Alejo se puso detrás de mí y me abrazó mientras yo avanzaba a pasos cautelosos aunque con cierta prisa porque volvía a lloviznar. Tan bien conocía el sendero que mi mano identificaba los troncos y las ramas. Al entrar en casa la oscuridad volvió

a ser absoluta.

–Tengo una cocina eléctrica pero por la falta de corriente no podré invitarte nada que necesite fuego.

–No te preocupes. Tienes otra clase de fuego que voy a aprovechar plenamente.

Avanzamos sin más ayuda que mis brazos extendidos, dedicados Alejo y yo a un fogoso diálogo de besos y caricias. Le llevé hasta el dormitorio y él empezó a desnudarme y yo le devolví la atención. Valiéndonos de un improvisado Braille descifrábamos los mensajes de la piel ya que ésta, la realidad tangible de nuestro universo inmediato, se convertía en medio de comunicación.

Fueron horas de embriaguez sensual alimentada por una doble sed de vida. En plácidos intervalos de reposo, mientras nos servíamos galletas y queso, canjeábamos reminiscencias y estampas biográficas. Alejo, cuyos recuerdos andaban entreverados con una serie constante de viajes, me contó algunos incidentes que estaban frescos en su memoria, cómicos algunos, trágicos otros, o en su mayoría simples viñetas de gentes y parajes. Sin embargo, puedo decir ahora que él se escabulló en lugar de presentarse. Habló de terceras personas mucho más que de él mismo y nada me hizo saber de sus padres o familiares. Tenía esa habilidad de ser ameno y prodigar relatos que nada informaban acerca de sí mismo o de su vida íntima. Además –y la culpa fue mía porque inicié el tema– hablamos de política nacional y la charla se volvió monólogo pues Alejo, confesando ser poco versado en el asunto, se limitó a hacerme preguntas que yo contesté con demasiado detalle.

Insensiblemente íbamos pasando de un intermezzo dialogal a una nueva eclosión de energía sexual. ¡Cómo se agrandó Alejo, mi dios, mi bello Hércules, en esa velada sin luz! Fueron pocas horas para ese mutuo descubrimiento y sin embargo cada minuto fue fecundo y me dejó un tesoro de sensaciones y hallazgos que a menudo exhibo dentro de mi mente, siempre en el empeño de pulir mejor la singular imagen de ese extranjero cuyos enigmas nunca pude descifrar a satisfación mía.

Correspondí con tanto entusiasmo a sus apremios que llegó un momento en que me sentí exhausta. Debía haber sido cerca de la madrugada. Aunque hice lo posible por no cerrar los párpados, me dormí

profundamente. En el claustro recóndito de mi existencia Alejo había abierto de repente demasiadas ventanas y yo, que en esa noche de tiniebla acariciante me embriagué de luz, en algún momento en que permití que mis ojos se cerraran descendí a un abismo de inconsciencia total. En verdad era imposible forzar hasta el máximo la atención intelectual y sensual sin consumir todas las energías disponibles.

Alejo, al contarme de sus viajes, de aislados episodios en docenas de capitales, de encuentros con individuos de todas las edades, había dejado entrever una visión liberal y ecuménica que se complementaba con un hambre de aventura solo parcialmente saciada por peripecias ocasionales. Puedo con mucha razón sentar la hipótesis de que su espíritu aventurero añoraba lo nuevo pero no lo extraordinario. Cuando la casualidad le hizo tomar parte en esa mezcla de contrabando y conspiración, el esfuerzo fue excesivo para esa innata gentileza suya que, en realidad, era el rasgo más atractivo de su personalidad.

Esa noche los paréntesis de coloquio entre un cosmopolita y una reclusa fueron fructuosos pues dilataron mis horizontes. Alejo y yo nos complementábamos, por decirlo así. Pues mientras él extendía sus preocupaciones por las amplitudes del globo y era un actor en un amplio teatro con multitud de escenarios, voces y razas, yo, inseparable amante del libro, había viajado por entre los grandes cerebros de la literatura mundial, o sea por rutas de meditación y reflexión, siempre queriendo ascender, siempre descubriendo cumbres más altas y ámbitos de maravilla en las mentes que engrandecieron nuestra civilización. ¡Cuán creadora pudo haber sido nuestra vida si la suerte nos hubiese permitido mantenernos juntos!

Desperté a las diez de la mañana, una mala pasada que me había jugado mi poca fortaleza física. Era un día luminoso, perfecto para una vacación campestre y mi primer pensamiento fue idear una excursión que nos llevara a varios parajes fascinadores de la región del lago. El ya no estaba a mi lado pero su chaqueta y corbata colgaban de una silla. Recorrí la casa buscándole y no le encontré. Deduje que había salido a dar una vuelta. En ese momento se encendieron las bombillas y me alegré de que hubiera terminado el apagón. Ahora podía prepararle un desayuno decente en mi hornilla. Así pues, me arreglé, me vestí, puse la mesa y practiqué

con ahinco mis artes culinarias que son escasas.

Una hora después, como no asomara, salí a buscarle. Fui hasta la orilla del lago y ví la canoa meciéndose junto al muelle. Recorrí los senderos contiguos que no eran muchos y volví al frente de la casa. ¿Había caminado tal vez hasta la carretera para comprar víveres? La mañana estaba aún fresca y el sol avanzaba por un cielo muy azul. Me pareció un mal presagio pues Alejo parecía siempre estar asociado con crepúsculos, nubarrones y llovizna. Como en mi mente Alejo era una corporización de la tristeza poética inherente a los atardeceres, una mañana soleada adquiría el carácter de un desacato.

Continué una larga búsqueda, todo sudorosa y llena de ansiedad, rechazando la sospecha de que Alejo simplemente se hubiese regresado a su hotel, porque parte de sus prendas estaban todavía en mi dormitorio. Agotada al fin, me encaminaba a casa cuando divisé un objeto en la mitad del camino. ¡Era la billetera de Alejo! Temblando de pies a cabeza, sacudida por un tumulto de suposiciones, examiné su contenido. Contenía una pequeña suma de dinero, tarjetas de crédito y de identificación y una carterita de apuntes abierta. Con letra desigual y confusa, que delataba extremada prisa, leí este mensaje: "Querida Zoila, debo huir. Adiós". En esa hoja de papel, en la billetera y en los pedruzcos donde ésta había caído había manchas negruzcas. Tardé algunos minutos en darme cuenta de lo obvio, de que lo que yo veía eran manchas de sangre.

Examiné minuciosamente los parajes cercanos buscando nuevos indicios o huellas de pisadas. La búsqueda se hacía inútil cerca del lago porque abundaban árboles y matas. Quería ordenar y dar forma a la multitud de hipótesis que bullían en mi mente pero lo único evidente era que Alejo estaba sangrando, aunque no mucho, cuando me escribió esa frase. ¿Le habían atacado a tiros o con puñales o palos? En todo caso, no tuvieron interés en robarse su billetera. Regresé lentamente a casa y solo encontré dos círculos de sangre, no mayores que el tamaño de una moneda, pero ninguna huella de lucha. ¿Qué habían hecho con Alejo? ¿Le habían secuestrado para obligarle a entregar las armas? Era la posibilidad más lógica. Pero también podía haber escapado y estar escondido en algún lugar. Se me vino a la mente otra conjetura: que los asaltantes eran imaginarios y que Alejo, víctima de confusión mental,

vagaba sin rumbo. Hasta podía haber una explicación muy simple: que Alejo recordó alguna gestión urgente y decidió regresar a la ciudad sin despertarme.

Al mismo tiempo mis ojos no dejaban de buscar entre matas y árboles...y lo que buscaban era el cadáver de Alejo. Cualquier esperanza no era suficiente para ahuyentar la morbosa certidumbre de que Alejo estaba muerto.

De regreso a casa examiné los bolsillos de la chaqueta de Alejo, colgada de una silla: un estilógrafo, unas cuantas monedas, cuentas canceladas de restaurantes, tarjetas de clientes y su pasaporte. Si Alejo estaba vivo tendría necesariamente que venir en busca del pasaporte para poder salir del país.

Nada más podía hacer en mi casa de campo. Regresé a la ciudad a las dos de la tarde y fui al hotel donde se alojaba Alejo. Un mozo me dijo que el señor Henríquez no había pasado la noche en su cuarto ni había regresado todavía. Pregunté si había desocupado el hotel. A cambio de una propina el mozo convino en subir conmigo al cuarto de Alejo. Sin dejarme entrar, me mostró que allí estaban sus maletas, sus muestrarios y, en un armario abierto, sus trajes que reconocí sin dificultad. El mozo sugirió que yo telefoneara más tarde o que regresara al día siguiente. Añadió que no había nada de extraño en que un pasajero del hotel pasara algunas noches fuera de su cuarto.

Dos días después me decidí ir a la estación de policía. El que me recibió me conocía como editora de la revista. Le dije que yo estaba preparando un artículo para el que necesitaba la ayuda de Alejo Henríquez y que éste no había aparecido por su hotel en los últimos tres días. Por supuesto, no mencioné que su pasaporte, su chaqueta y su corbata estaban en mi casa de campo. Para justificar mi interés mentí que mi revista había recibido una llamada telefónica anónima pidiendo investigar la desaparición del agente viajero. Dos policías fueron conmigo al hotel.

Encontramos tres maletas, dos de ellas totalmente vacías porque al parecer servían para los muestrarios aún exhibidos. La otra maleta contenía ropa interior y efectos personales. En el armario, como yo lo sabía ya, estaban colgados algunos trajes. Los policías dijeron que esperarían unos días antes de proseguir con la investigación. Lo único

que pude obtener para seguir averiguando fue la dirección del consorcio que Alejo representaba. Escribí una carta, como editora de la revista, indicando que Alejo Henríquez había desaparecido misteriosamente. ¿Estaban ellos interesados en pedir a las autoridades que hicieran una investigación concienzuda? Pasó más de un mes antes que yo recibiera una respuesta de pocas líneas en frío estilo comercial indicando que Alejo Henríquez había dejado de trabajar para el consorcio.

Otra persona a quien escribí fue el jefe de aduanas del pueblo por donde Alejo había entrado en el país. Este me contestó lamentando que no pudiera informarme nada de su "dilecto amigo de tantos años". Le parecía extraño que hubiese desaparecido y me rogaba que le escribiera unas líneas si yo recibía noticias de su paradero o me enteraba de cualquier novedad.

Inútil sería incluir todas las gestiones que yo hice para saber algo de Alejo. Aproveché de mi condición de periodista para ser insistente y hacer toda clase de preguntas. Mis compañeros, que conocían mi perserverancia como reportera, empezaron a embromarme por mi total fracaso. ¿Estaba yo perdiendo mi olfato? Lo que no sabían era que apenas me encerraba en mi casa me ponía a llorar, a recriminarme por mi escepticismo de aquella noche que no tomé muy en serio los temores de Alejo y que dormí como un lirón tantas horas seguidas. Me sentía culpable aunque no podía determinar la amplitud de mi culpa. El menor crujido –y toda casa está llena de crujidos cuando se aguza el oído– me ponía nerviosamente alerta, pues pensaba que los maleantes entrarían a buscar en mis cuartos esas ametralladoras que nunca recibieron.

El temor y la congoja ensombrecían mis horas y a menudo pasaba noches de insomnio barajando centenares de teorías que nunca podían confirmarse por falta de nuevos datos.

Mi sufrimiento hubiera podido llevarme a la depresión si no hubiese ocurrido una novedad que cambió mi existencia: encontré que estaba embarazada. Alejo no había desaparecido: una parte de él vivía dentro de mí. ¿No es acaso la semilla que se reproduce una continuación de la vida? Alejo había asegurado su supervivencia antes de caer víctima de sus asesinos. Cualquiera que hubiese sido el arma que le quitó la vida y dondequiera que estuvieran sus restos (en el fondo del lago junto a sus

ametralladoras, o en una fosa improvisada u oquedad inconspicua), Alejo había logrado sobrevivir porque su esencia cobraba nueva forma dentro de mí.

La corta temporada transcurrida entre el día en que vi a Alejo descendiendo de un camión de mudanzas y la noche que me dormí en sus brazos sirvió para cambiarme radicalmente. Mis compañeros y críticos dicen que mi estilo ha cambiado. Mis amigas me encuentran con otra personalidad y me felicitan porque ahora parezco pertenecer al mundo más que antes.

Los meses de mi embarazo no fueron fáciles. Traté de no hacer caso de las sonrisas, los comentarios en voz baja, las preguntas indirectas, las alusiones de doble sentido que abundaban especialmente en la oficina, entre mis colegas. Me había prometido a mí misma no hacer confidencias y nadie escuchó de mis labios la historia que ahora llevo al papel. ¿Me habría creído alguien si yo hubiese contado la verdad, que tanto tiene de melodrama y folletín? Yo habría necesitado inventarme una historia más sencilla, más cerca de lo común y corriente, para que no me tacharan de embustera pero preferí el silencio. Por supuesto, menudearon las versiones hipotéticas, a veces cercanas a la farsa o la cháchara, que circulaban para compensar malévolamente la curiosidad insatisfecha.

Un aspecto de mi manera de ser que cambió en forma notable, debo confesarlo, fue mi objetividad periodística. "Antes eras una escéptica", me decían, "no creías en rumores y tenías pocos prejuicios. Pero ahora padeces de xenofobia y crees que todos los extranjeros son matones. Ves terroristas y conspiradores hasta en la sopa". En verdad yo veía al diablo, al espíritu del mal en todas partes y había dejado de creer en la bondad innata de las gentes. Tenía la convicción de que el mundo estaba lleno de asesinos en potencia, que eran numerosos los que podían matar a sangre fría, que la crueldad era un rasgo común de los humanos. El paso del tiempo ha amortiguado algo estos sentimientos pero la ingenuidad de antaño ha desaparecido para siempre.

He experimentado también cambios de otra índole. Me dicen que me he dulcificado en mi trato con las gentes, que la maternidad me ha hecho más comprensiva, que he descendido de mi torre de marfil, que gasto más liberalmente y son más femeninas mis ropas. Circunloquios para

decirme que he dejado de actuar como soltera malhumorada y egoísta. La soledad en que vivía antes me iba quizás empujando a la misantropia pero cuando llegó mi hijo Alejo me olvidé de mí misma para dedicarme a él; al salir de mi universo exclusivo descubrí que yo no era sino una persona del montón, demasiado parecida a las demás. Lo extraño es que ese descubrimiento me consoló porque mi figura anterior de mujer de carrera amante de libros, ideas y teorías, fuera de contacto con el mundo real, me estaba suprimiendo ese gran capítulo de la vida que incluye la opción al amor y la descendencia.

No faltó alguna amiga virtuosa que me reprochara por mi condición de madre soltera, equivalente a una confesión en público de lascivia negligente, carencia de amor propio, incapacidad de mantener relaciones estables y otras deficiencias. "Has echado al suelo tu reputación". Terminó diciéndome. Yo no la refuté mayormente pero ahora puedo escribir aquí, tras largas y alertas observaciones del medio ambiente, que mis amigos y colegas me respetan ahora más que antes y que mis lectores disfrutan más de mis historias y artículos, quizás sin saber exactamente por qué. Tras la estructura de las convenciones sociales hay un tácito respeto a quienes no rehuyen los avatares de la existencia.

Personalmente, me siento más completa. En lugar de quedarme a la orilla, me eché al océano; descubrí fuerzas potenciales, activé emociones adormiladas y aprendí a ver nuevas realidades. Por encima de todo di metas precisas a mi vida pues me dediqué a criar a mi hijo y a disfrutar de su compañía.

Mi Alejo acaba de cumplir trece años. Ha crecido de repente con tanta prisa que ya debe ser más alto que su padre. Es el más desarrollado de su clase y ventajosamente, también el más aplicado. "Ese chico", suelen decir mis amigas, "no se parece a ti en absoluto. Tiene más bien los ojos de Fulano". Otras veces encuentran que su nariz es idéntica a la de un colaborador de la revista, o que el óvalo facial es semejante al de cierto individuo... audaces intentos todos ellos de averiguar quién es el padre de Alejo. Hace pocos días hubo alguien a quien le contaron la versión más ridícula de todas: que yo, luego de decidir que quería un hijo, me disfracé de sirvienta y me dejé violar por un vagabundo. El hombre que vino con este chisme parecía admirarme más al saberme

capaz de tal originalidad. Todos estos decires han dejado ya de ofenderme.

El crecimiento de mi hijo no deja de traerme novedades. Hace unos días, al mirar una fotografía de Alejo tomada en su cumpleaños descubrí que tiene la misma sonrisa que su padre perpetuó en la fotografía de su pasaporte. Otro día noté que mi hijo tiene la peculiaridad de subrayar la última palabra de una frase con un movimiento de mano muy propio de su padre. ¡Le imitaba a perfección sin haberle conocido! Hasta los ademanes vienen escritos en los cromosomas, como si el progenitor pugnara por repetirse todo entero en su descendiente. Al nacer mi hijo tuvo ojos muy azules, los que ahora se han vuelto una mezcla extraña de verde y castaño, que se aclaran o ensombrecen según les dé la luz, exactamente como los de su padre. La curva de la nariz ha ido cambiando también y ahora duplica el perfil paterno. Ayer no más, cuando yo estaba tras la ventana escribiendo estas páginas y echando una mirada ocasional a la calle, vi de repente asomar al agente viajero, dirigiéndose de prisa hacia la arquería de enredaderas con su acostumbrado desgaire. Fue una ilusión de no más de un segundo que me sacudió toda entera y revivió días de ensueño. Me acordé especialmente de que Alejo padre me había dicho que su deseo más vehemente era tener un hijo antes de llegar a los cincuenta "aunque fuese tan desgarbado como yo". Y he aquí que mi hijo Alejo, viniendo a casa con la graciosa desgana de su progenitor, volvía en cierta manera a darle nueva vida, a conservarle más cerca de mí en el mundo de los vivientes.

Tengo ahora buenas razones para ir avanzando por los años. Hasta la melancolía que me traen los vientecillos del atardecer y el llanto que suele acometerme son elementos positivos que me dan substancia y razón de ser.

Si algo deploro vivamente es que Alejo hubiera desaparecido sin cumplir su deseo de tener un hijo en sus brazos. ¡Qué orgulloso estaría de él si ahora pudiera verle en toda la lozanía y encanto de su adolescencia!

BUENOS DIAS, TIO FELI. ¿PUEDO VISITARLE?

–No soy tío de nadie.

–Ja, ja, usted tiene la suerte de ser mi tío. Soy Aquiles y no me diga que ya se ha puesto tan viejo que no se acuerda de su sobrino Aquiles.

–¡Que me lleven los diablos! Me acordé de esa risa medio insolente y viéndote con más detención reconozco al hijo de mi hermano Pedro. Se necesita un esfuerzo para substituir a ese muchacho dañino y díscolo que venía a pasar vacaciones conmigo con este hombronazo que se baja de un automóvil flamante con un traje de casimir que debe costar mucho... Déjame verte. Has engrosado y crecido pero básicamente tu cara no ha cambiado. La última vez que te vi... ¡quién sabe cuántos años hayan pasado desde entonces!

–Veintidós años justos. La última vez que vine a su quinta y me quedé por dos semanas, yo tenía quince.

–Te gusta comer bien. Se ve a leguas.

–Pero no soy obeso. Casi todo lo que me llena es músculo.

–Empiezo a creer en lo que dicen de ti. Un puñetazo tuyo debe ser mortal.

–Me hago respetar, tío Feliciano, y de eso no le quede la menor duda. Pero en cuanto a repartir puñetazos, tengo gente que se encarga de esa tarea.

–¡Qué traje el que llevas puesto! ¿Estás de camino a alguna función

de gala, o bautizo o boda?

–Es mi traje de diario para la oficina. Para días de más etiqueta tengo mejores. Lo que yo uso es siempre de buena marca y primera clase.

–Gastas harto dinero en vestirte, no cabe duda. Pero deben haber cambiado las modas porque en mi tiempo un hombre de importancia, un gerente, por ejemplo, no habría escogido ese color... ¿cómo diré? un poco carnavalesco. ¡Oh, veo que te enojé! Como has venido sin tu gente tendrás que golpearme personalmente.

–Ja, ja, tío Feliciano, usted es familia. En este mundo usted es uno de los contadísimos seres que pueden soltarme una grosería sin perder los dientes.

–Entremos en casa, Aquiles. Si has venido a visitarme a los veinte años es porque todavía te acuerdas de mí. Pues eres muy bienvenido. No soy tan pomposo como tú y de vez en cuando suelto, o trato de soltar, un chiste que nunca tiene mala intención y que no quiere ofender a nadie. Ven, pasa adentro, que no voy a recibirte aquí, en mi huerto de hortalizas. Es la misma granja que conociste. No encontrarás mayores cambios. Comercialmente no vale nada pero aquí es donde mejor entretengo mi vejez. Siéntate y, como hace un poco de calor, puedes quedarte en mangas de camisa. ¿Puedo ofrecerte algo? Déjame recordar. Desde muchacho te encantaba la cerveza. En tu visita anterior, aunque solo tenías quince años, bajabas a media noche a beberte mis botellas. Creo que llegué hasta a darte un tirón de orejas. Pero hoy toda mi despensa está a tus órdenes y me alegraré mucho si me haces el honor de pedirme cualquier otra cosa que desees.

–Gracias, tío. La cerveza sigue siendo mi bebida favorita, aunque mi posición comercial me obliga a aprender a beber los licores caros que están de moda, champaña, cocteles, vino tintos, blancos y rosé, vodka y otras pedanterías semejantes.

–Oh, veo que tienes una posición social en la ciudad que ahora quiere llamarse Orimiel.

–¿Orimiel? Ya llegó acá ese nombre? La ciudad de Oro y Miel, dijo un periodista en broma. A otros les gustó la idea. Nunca supuse que se volvería tan popular.

–No sería el primer caso. A París le llaman La Ciudad Luz y a Nueva

York La Gran Manzana. En cierta manera es un honor.

–Allá me llaman Espanto... que también es un honor.

–Aquiles, te miro, te remiro y me quedo boquiabierto. No puedo creer que frente a mí tenga al famoso Espanto.

–¿Hasta aquí hablan las gentes de mí?

–Aunque te fuiste a otro país y vives en Orimiel, la capital, tu fama ha llegado con mucha bulla a tu ciudad natal. ¿Cómo adquiriste ese... alias?

–¿No se ha dado cuenta usted? Es algo que está metido en mi nombre, en Aquiles Pantoral. Suprima unas sílabas y queda Espanto. Mis enemigos lo descubrieron primero y creyeron que llamándome así iban a ponerme en ridículo. ¿Sabe usted lo que hice? Como en tantas otras ocasiones, aproveché de lo negativo para torcerlo en favor mío. Pedí a mis amigos y hasta a mis subalternos que me llamaran Espanto como si ese fuera mi nombre, con toda naturalidad, delante de mí y también a mis espaldas. Que lo repitieran hasta que lo que sonaba a ofensa se convirtiera en elogio. Si a un tipo le ponen un apodo y lo repiten mucho, la palabra ya no suena a insulto, se vuelve un nombre como cualquier otro. Ahora me llaman Espanto casi con afecto. Y si el nombrecito insinúa algo, pues no me disgusta la idea de causar espanto. Desde que me llaman así me respetan más.

–Me haces reír, Aquiles. Tienes tu propio sentido del humor y eres además valiente. Tu nuevo nombre te ha servido de buena publicidad. Me han contado que en tu ciudad todos te conocen solo por ese espantoso nombre de batalla. No creo que seas muy amado pero en cambio eres un personaje popular. Hablando con la confianza de un sobrino a su tío, ¿hay mucho de verdad en lo que cuentan de ti?

–¡Que digan lo que quieran! No me interesa desmentir a nadie aunque bien sé que muchos hablan por pura envidia. Nunca he estado en la cárcel, ni me han acusado de ningún delito. Hago negocios muy limpios y hasta la fecha nadie se ha quejado de ser robado, estafado, engañado o abusado por mí. Los bancos se pelean por tenerme de cliente. Hasta me invitan a sus recepciones y me codeo con gentes de alto copete. Empecé como pequeño empresario en un barrio bajo pero no he dejado de subir. Cuando tenía quince años, después de la vacación que pasé aquí, quisieron volver a mandarme a la escuela pero yo odiaba libros y maestros. ¿Sabe lo que

hice? Le propuse a un camionero que me llevara como ayudante suyo en un largo viaje que hacía al país del sur. Cuando me encontré en tierra extraña pasé muchos días con hambre pero otro camionero me dio empleo. Me hacía dormir dentro de la cabina para cuidar su vejestorio. Poco a poco, sin querer, aprendí el negocio de transportes. A los dieciocho años yo estaba en el pleno vigor de la juventud, era más esbelto que hoy y tenía unos brazos de hierro, además de mucha pericia para componer motores. Todos me creían por lo menos de veinticinco. Un día me compré un camión viejo y empecé a trabajar por mi cuenta. Era un armatoste de porquería pero yo lo llevaba hasta el mismo infierno porque de alguna manera encontraba repuestos y a veces, cuando me faltaba una pieza, la fabricaba yo mismo. Ese camión se paseó por todas las carreteras del país por más de un año. Cuando lo vendí como chatarra ya tenía dinero ahorrado suficiente para pagar la primera cuota de un camión nuevo. El negocio fue creciendo, compré otro camión, después un tercero y, bueno, para acortar, ahora tengo la compañía de transportes más grande de la ciudad y tendré pronto la más grande del país.

–Entiendo que es un negocio difícil y si tú has triunfado, no hay duda de que tienes dotes especiales.

–Claro que es un negocio difícil. Hay que tratar con gente ordinaria e ignorante, con tramposos avezados, con obreros que no saben ni manejar una herramienta y solo piensan en hacer picardías, con ex-presidiarios que han aprendido todas las mañas. No es un negocio donde se da la mano, o se pregunta por la familia, o se hacen venias de cortesía. Con tipos de esa calaña hay que hablar claro, hay que echarles unos tacos sonoros cada vez que hacen un disparate, hay que prescindir de dulzuras y hacerles comprender que una orden del jefe es como una orden de Dios. Los que yo empleo aprenden desde la primera entrevista que tienen que portarse bien o no mostrarme más la cara. Muy bien han comprendido mis hombres que es demasiado arriesgado querer robarme o pasarse de vivos.

–Comprendo que tu primer empeño es hacerte respetar y temer pero no entiendo cómo puedas mantener buenas relaciones de negocio basadas en el terror o, para ajustarme más a tu caso, en el pregón de causar espanto.

–Es simplemente imposible trabajar con tramposos o inútiles. Los que se quedan son trabajadores, leales, decididos y a lo menos conmigo,

muy honrados. Ellos encuentran en mí un buen patrón. He hecho ricos a unos cuantos. Les aconsejé que se independizaran de mí e iniciaran sus propios negocios y cuando viene el caso, nos ayudamos mutuamente. Toda mi gente sabe que en un caso de verdadera necesidad cualquiera de ellos puede acudir a mí, que soy comprensivo y generoso como un padre. Sí, tío, los que trabajan para mí aceptando mis normas tienen buenos sueldos y mi total protección. A veces cometen una chambonada y la paso por alto. Pero nunca perdono a los vivos, a los que andan urdiendo engaños y perjuicios. Apenas se dejan sorprender, desaparecen definitivamente de mi vista.

–Espero, por lo menos, que nunca hayas matado a nadie con tus propias manos.

–De eso no puede acusarme nadie. Al principio me di muchas veces de puñetazos con tipos que me provocaron. He puesto a dormir a individuos más altos que yo y más fornidos, que no es solo una cuestión de coraje sino de pericia. El barrio donde trabajo definitivamente no es para damas pulcras ni jovencitos delicados. Es un lugar donde el que triunfa es el que ha convencido a los demás que nadie le hace tonto. Siento darle un desengaño, tío Feliciano, si usted esperaba un sobrino virtuoso, refinado y aristócrata. Nunca he tenido tiempo para cultivar gracias sociales. Hay ocasiones en que las necesito y me avergüenzo de ser chambón y maleducado pero nunca me ha sobrado tiempo para refinar mis modales y mi vocabulario.

–¿Quieres almorzar conmigo, Aquiles? Puedo prepararte algo.

–Me encantaría comer con usted, tío, pero debo marcharme después de muy poco.

–Entonces no has venido a visitarme. Estás aquí con un propósito concreto.

–He venido a hablar con Irma.

–¿Irma, la hija de mi hermano Pedro?

–Sí, hija de mi padre y media hermana mía, no se olvide.

–¿Quién te dijo que ibas a encontrarla aquí?

–Ella tenía la intención de venir.

–Me das una sorpresa, Aquiles. Nunca supe que te llevabas con ella. No creía que la conocieses siquiera. Cuando te escapaste de tu casa y

emigraste, ella no había nacido todavía.

–Nació unos meses después. Me fui de esta tierra precisamente porque no podía aguantar a mi madrastra, quien se casó con mi padre sin quererle, solamente para legitimar a la criatura que le hizo a espaldas de su marido.

–Hablas como las viejas chismosas de aquí... Bueno, dime, ¿cómo te relacionaste con Irma? ¿Te vinieron las ganas de conocerla? Para tu información, ella tiene su propia casa en la ciudad, a media hora de aquí en automóvil. Nunca ha vivido conmigo y rara vez viene a visitarme.

–Tío Feliciano, conozco muy bien a mi hermana. Ya es algún tiempo que no está en su casa. Ella ha emigrado también. Ha estado viviendo conmigo una temporada, muy bien atendida, por supuesto. Cuando se presentó a mí y me dijo que era mi hermana, la recibí con los brazos abiertos. Usted y mi hermana Irma son los dos únicos parientes que me quedan. Hubo una época, cuando yo era chico, que la casa se llenaba si se reunía la familia pero casi todos están muertos o viven muy lejos. No me quedan sino Irma y usted. Creo que un hombre no está completo si no tiene familia. Irma estuvo en mi casa, rodeada de atenciones pero se fue sin despedirse. Según averigüé, dijo a alguien que pensaba visitarle a usted. Si Irma estuviera aquí, me gustaría verla.

–Irma sabe que la quiero mucho y que ésta es su casa. Si tiene intención de verme, no ha llegado todavía pero ya asomará uno de estos días. Quédate conmigo para esperarla. Haz de cuenta que te tomas unas vacaciones.

–Me gustaría quedarme, tío, le digo sinceramente...

–Pero quieres volver a Orimiel... ¡A la bella Orimiel!

–No se ría, tío. Mi ciudad adoptiva merece ese nombre, ahora que lo pienso bien. Ha estado llena de oro para mí... y desde que llegó Irma, también llena de miel. La verdad es que soy un hombre muy ocupado y sin mi presencia todo se viene al suelo. Esta mañana tomé un avión, llegué al aeropuerto, alquilé un automóvil y vine directamente a su granja. El único avión de regreso sale de aquí a las dos de la tarde. Créame, tengo pena de estar tan apurado de tiempo pues me gustaría quedarme y hacerle una larga visita y disfrutar más de su compañía.

–Déjame poner las cosas en orden dentro de mi mente. Si dejaste tu negocio, tomaste un avión, alquilaste un automóvil y te molestaste tanto

para quedarte solo unos minutos, debe haber algo muy apremiante. ¿Viniste para hablar con Irma un rato y tomar inmediatamente el avión de regreso?

–Vine para rogarle que regresara a mi casa.

–¡Extraño, extraño! Aquiles, vuelve a llenar tu vaso de cerveza y cuéntame lo que sucede. Todavía puedes quedarte conmigo más de una hora. Irma está en plena juventud y no tiene paciencia para visitar a ancianos solitarios pero, claro, si ella viniera me llenaría de alegría. La quiero mucho y me interesa todo lo que se relaciona con ella... y también contigo.

–Gracias, tío Feliciano, por recibirme con tanto afecto. En verdad no vine solamente para hablar con Irma. Mi intención era consultarle a usted acerca de asuntos tan íntimos que no me atrevería a mencionar a nadie más.

–Empieza por el principio, Aquiles. ¿Cómo conociste a Irma?

–Una mañana, hace un par de meses yo estaba en mi oficina, en conferencia, discutiendo acaloradamente con unos subalternos que me proponían un plan que consideraban fantástico pero que yo encontraba confuso. Había dado órdenes a mi secretaria de no dejar pasar a nadie. De repente se abrió la puerta y entró una mujer joven con pasos decididos, y tras de ella entró la secretaria, desesperada, a explicarme que ella había tratado de cumplir mis órdenes pero que esa mujer le había dado un empujón y se había lanzado adentro como un bólido. Yo estaba de mal genio porque no avanzábamos en nuestro proyecto. Así pues, le grité a esa intrusa que se largara inmediatamente porque de lo contrario la haría sacar a puntapiés. Hubo un silencio total. La secretaria y mis empleados ejecutivos me miraban sin respirar esperando una orden. Debieron haberse quedado tan sorprendidos como yo cuando vieron que la intrusa avanzaba hacia mí, con las manos en la cintura, como desafiándome. A una señal mía se habrían lanzado a expulsarla de la oficina. Pero ella se había acercado, me miraba con unos ojos de acero muy brillantes y una sonrisa que desarmaba al más valiente. Mi ira se desvaneció de repente y me quedé lelo, boquiabierto como un muchachote de poco seso. Esa chica, tío Feliciano, tenía la cara más bonita que había visto en mi vida. Usted lo sabe. Decir que encontré a Irma simpática, linda, guapa, bonita, es quedarse corto. Me vi frente a un ángel de hermosura. Era una de esas

obras de arte que Dios nos manda al mundo de vez en cuando para mostrarnos que es todopoderoso. Me dijo con una voz como música y un acento muy refinado que había venido a quedarse una temporada conmigo. Nunca estuve tan desconcertado como en ese momento. Lo que pude contestarle fue solamente: "Es un gran honor para mí, señorita". Y entonces aclaró que era Irma Pantoral, mi hermana.

–Un chasco, ¿verdad? Juraría que tú creíste que era una beldad que venía a arrojarse en tus brazos... Nada de raro en que te hayas quedado tartamudeando frente a ella. Irma siempre causa ese efecto. Los mozos se quedan alelados y pierden el habla cuando ella les regala una sonrisa. Estoy de acuerdo contigo: esa sobrina mía es guapa como pocas y podría convertirse en una estrella de cine, a pesar de que es tan pequeñita. Lo curioso es que ese detalle se nota después, ¿verdad? En el primer momento no hay ojos sino para admirar esa carita de porcelana.

–Oh, tío Feliciano. La llegada de Irma fue un gran acontecimiento para mí. Me olvidé del negocio que discutíamos y creo que hasta de mi nombre. Suspendí la conferencia y llamé a mi chofer para que nos llevara a casa. No quería que una chica de esa calidad se quedara un momento más en mi barrio donde cualquier incidente desagradable sucede por un guiño de ojos o un quítame acá estas pajas. Tengo una casa grande, a la que usted, tío Feliciano, está invitado cuando quiera. Avíseme que se ha decidido a visitarme y le mandaré dinero para el pasaje y pondré un departamento completo a sus órdenes y le trataré a cuerpo de rey, tal como hice con Irma, a quien acomodé en un piso completo y le di una criada exclusiva.

–Me alegro de que hayas recibido tan bien a tu hermana. Y te sobran los motivos para estar orgulloso de ella. Tiene una figura diminuta que desborda gracia y una mente muy alerta y perceptiva. Lo que sí me gustaría es que tuviese un carácter menos cambiable. Ella no lo sabe, pero cada vez que me ha visitado, me ha dejado llorando.

–Yo, tío, eché a un lado mi mundo de matones y borricos y, por decirlo así, me tomé una vacación. Con una campañera como Irma podía irme a cualquier parte. La llevé a los mejores salones y al teatro y a un famoso encuentro de fútbol. Hice cosas que antes no me habría atrevido. Pude comprobar lo que yo siempre había dicho, que la familia es la base

de la buena vida. Si usted e Irma no existieran yo no tendría ganas de vivir. Una persona trabaja y hace una fortuna para poder gastarla con alguien y, claro, gastar dinero con Irma era un placer. La llevaba a los mejores restaurantes y no tenía sino que imitarla para mostrar buenos modales. Los jóvenes que pasaban cerca de ella... y no solo los jóvenes, la miraban alelados y a mí se me hinchaba el pecho de satisfacción. Por supuesto, si alguien quería excederse, a ese atrevido yo le echaba una mirada que decía claramente "desaparece o te rompo el alma".

–Quieres decir que les causabas espanto.

–Ja, ja, así era. En la mayoría de los casos, una mirada mía cumple mi propósito. Pero hubo un par de veces que ordené a mi guardaespaldas que tomara medidas más directas para dar una lección inolvidable a algún sinvergüenza.

–Vaya, vaya, parece que no todo marchaba muy bien. Dime, Aquiles, ¿disfrutaba Irma de tu compañía?

–A Irma le gusta buena comida, buen teatro, buenos espectáculos. Es especial, le gusta bailar y en ese aspecto no pude darle mucho gusto porque tengo poquísima práctica, además de que no sé los pasos de moda ni esas contorsiones que hacen los jóvenes ni esas músicas que ahora tocan. Por otra parte, aunque no soy un beato ni mucho menos, me parece intolerable que venga a mi mesa algún majadero, invite a Irma a bailar y me deje largos minutos sin campañía. Irma pasó muy bien conmigo pero no pude darle gusto en todo.

–¿Era Irma muy exigente?

–¿Exigente? No. Quizás difícil de manejar. Irma tiene muchos méritos pero no hay duda de que la han acostumbrado a hacer su real gana. Además, algunos de sus vestidos muestran más de lo debido, más de lo que cabe esperar de una damita. Y ella expresa ciertas opiniones que uno piensa que no son muy morales, además de que tiene costumbres o actitudes que me parecen intolerables. Quiero decir, que las tolero en otra persona pero no en una hermana mía de la que quiero estar orgulloso.

–No olvides que es solo tu media hermana.

–¿Qué diferencia hay? Papá murió cuando ella tenía quince años. Tuvo tiempo suficiente para educarla mejor.

–Pero Irma perdió a su madre cuando tenía solamente siete años.

Los padres, que generalmente trabajan fuera de casa, poco tiempo tienen para criar hijos modelos. Mi hermano adoraba a su hija y, en mi opinión, hizo por ella lo mejor que pudo.

–Papá murió y por eso Irma es ahora una responsabilidad mía. Si ha venido a vivir en mi casa yo tengo que cuidar por ella. No sé hasta qué punto podré hacerla cambiar.

–Aquiles, no te impongas responsabilidades que en verdad no son tuyas. Irma tiene veintidós años de edad y es dueña de su voluntad, en realidad, dueña de su vida. Tú puedes recibirla como huésped en tu casa pero no obligarla a que se someta a tus órdenes o deseos. Si has tenido dificultades con ella, probablemente ahí está la causa.

–Tío, a mí me pueden tachar de todo, menos de mojigato o anticuado. En algunos aspectos soy más avanzado que los demás. Pero si en algo creo es en el honor de la familia. Todo, menos consentir que Irma se vuelva una puta, ni siquiera una descocada.

–Oyendo expresarte de esta manera ¿debo deducir que Irma ha cometido alguna barbaridad? ¿Hizo algo que te sacó de quicio?

–Escuche, tío Feliciano, en los primeros días ella disfrutó de mi compañía y así lo manifestó más de una vez. Al tercer día de su llegada, mientras cenábamos en el Comedor Máximo, un salón muy moderno con orquesta y comida magnífica, ella me dijo mientras me mandaba su lindísima sonrisa: "Aquiles, mi hermano, un hombronazo muy tosco y quizás por eso muy *sexy*. Apuesto que las mujeres se enamoran de ti a pesar del miedo que te tienen". Ella siempre habla medio en broma y uno nunca sabe lo que verdaderamente siente dentro de ella, pero ese día, por lo menos, me mostró su afecto de hermana y me aseguró que quería conocerme a fondo. Le contesté que le había mostrado cómo soy al brindarle cariño, consideración y la billetera abierta.

–¿Cómo empezaron tus dificultades?

–A la semana de su llegada, me anunció que quería ir de compras a los almacenes del centro de la ciudad.

–Un deseo muy femenino, imposible de contrariar.

–No me opuse ni por un momento, al contrario, me presté a ir con ella aunque ese día yo estaba muy ocupado. Me dijo: "Siéntate, Aquiles y escúchame". Y entonces, como quien da una lección a un chiquillo me

dijo que ciertas decisiones, como la de comprar trapos, son muy personales y que no quería mi compañía. Me dijo, además, muy frescamente, que nunca conseguiría un enamorado si yo andaba todo el tiempo a su lado, echando miradas de fuego a cualquier bicho que la admiraba. Traté de explicarle que una muchacha decente no necesitaba ir por las calles repartiendo coqueterías para conseguir un hombre digno de sus méritos. Y lo peor que podría hacer sería ir sola a restaurantes, teatros o cafés, porque pronto perdería su buena reputación. Ella no estaba dispuesta a darme la razón y, al contestarme, en lugar de buenas razones me lanzó un torrente de sinrazones. Sin esperar mi autorización, salió de casa. Yo no he nacido ayer, tío. Olí algo que me puso desconfiado. En esos días había un derrumbre en una carretera principal y varios choferes y ayudantes no tenían nada que hacer. Les ordené que turnándose de dos en dos siguieran cada uno de los pasos de Irma. Esa tarde me presentaron sus informes. La habían localizado en un restaurante, cenando con un extranjero, con un agente viajero que se hospedaba en el hotel Central. El hombre debía ser muy chistoso porque Irma había soltado algunas largas carcajadas durante la cena. Pero después salieron a dar un lento paseo por la avenida principal y se pusieron a discutir acaloradamente. Mis hombres no pudieron oir la conversación pero vieron que si bien el forastero conservaba la calma, ella parecía muy enojada y quizás le estaba insultando. Irma y el extranjero avanzaron a pie hasta mi casa, una distancia de más de veinte cuadras. Al despedirse, él trató de besarla pero ella entró dándole un portazo.

–¿Por qué te muestras tan indignado al contarme esto? Es fácil colegir lo que pasó, algo que le pasa a toda muchacha que anda cazando marido. Aceptó la invitación de un cortejante y cuando éste quiso ponerse fresco le rechazó. O él le cayó simpático al comienzo y luego la aburrió. Nada hubo en el comportamiento de ella que quebrantara tus estrictas normas de honor.

–Tío, mis corazonadas son mejores que esa manera suya de no dar importancia a las cosas. Esa noche le pregunté a Irma qué había comprado y ella me contestó que nada. Sin rodeos, le dije que estaba bien enterado de cómo había pasado ese día supuestamente designado para compras. Ella se rio de buena gana, quitando importancia al asunto. El forastero

se llamaba Alejo Henríquez. Era un agente viajero que ella conoció aquí, en esta ciudad en los días de su graduación. Era solamente un buen amigo. Le pregunté por qué habían discutido tanto. Ella volvió a reirse. Por cuestiones de política, me aseguró. Ella tenía sus convicciones y cuando alguien la contradecía perdía la paciencia y a veces gritaba o argumentaba más de la cuenta... Lindas explicaciones pero, como el corazón ya me había dicho, ella volvió a verle.

–¿Qué había en ello de extraño?

–Que Irma me estaba mintiendo. Ordené a mis hombres que la vigilaran veinticuatro horas al día. Pues el agente viajero y ella siguieron viéndose todos los días, manteniendo esa misma relación tan rara del primer día, es decir, un rato riendo, otro conversando cordialmente, y de repente discutiendo como si estuvieran a punto de irse a las manos. En realidad, hubo un día en que Irma realmente le dio un golpe al individuo, en lugar de despedirse de él. Cuando me contaron eso me dije: "Bueno, ella se libró ya de ese mal amigo". No era cierto. Al día siguiente, ella le saludó con un tremendo beso en la boca. ¿Puede usted concebir algo parecido, tío Feliciano, un beso de pasión en la boca ante la vista y paciencia de los que pasaban por la calle, olvidando todo pudor o recato? Entonces confirmé mi sospecha: que eran un par de viejos enamorados.

–Vamos, se te va la sangre a la cara cuando rememoras ese beso que no viste, que fue descrito por tus espías. Cálmate por un momento, Aquiles, piénsalo bien: tú eres solo hermano de Irma. Las muchachas solteras se enamoran tarde o temprano de un hombre y muestran su interés pasional dándole un beso en la boca. Con ello, el honor de la familia no sufre en absoluto. Aunque tu caso es bastante común, Aquiles. Por lo general, los hermanos suelen ser más celosos que los padres y se imaginan que una hermana es una joya muy peculiar, llena de virtudes y desprovista de feminidad. Vas a tener que ser más comprensivo.

–Ese es mi problema, tío, el no poder comprender ciertas cosas. Para seguir mi cuento, yo vi en ese beso un anticipo de graves sucesos. Me dije: "Uno de estos días se van a la cama". Como no quería que llegara el día en que tuviera que avergonzarme de mi hermana, hablé directamente con Irma. Le dije que aunque ella ya no quería salir conmigo, mi afecto era el mismo. Y ella me contestó que el de ella hacia mí tampoco había

cambiado. Me dio varios abrazos calurosos, me besó en la mejilla y me aseguró que estaba muy orgullosa de tener un hermano tan respetado y tan atractivo. No se sonría, tío, eso es exactamente lo que me dijo. Así pues, tuvimos una conversación muy tranquila y pude demostrarle las razones por qué ella no podía continuar con un ave de paso que se iría pronto a otro lugar y la dejaría plantada.

–¿Te portaste en verdad como un hermano comprensivo?

–¡Ojalá pudiera, tío! Hay cosas que me tienen intrigado. Después de tratarla algunas semanas creí que conocía bien a Irma pero esa chica me tiene perplejo. Es un rompecabezas que uno está a punto de resolver y de repente hay piezas que faltan y piezas que sobran. ¡Es tan dulce cuando está de buen humor! Tiene una voz tan delicada, tan musical; tiene unos ojos que parecen encenderse con su propia electricidad, una sonrisa pícara que desarma a cualquiera. Cuando habla, como es muchacha graduada de la universidad, utiliza palabras bonitas y sabe de filosofía y de cosas que un ignorante como yo nunca ha oído. Esto me ha alegrado mucho. Si uno va a tener familia cercana, ésta es la que quiero: una hermana de quien pueda estar orgulloso. Algunas veces la he presentado a gentes de importancia, a verdaderos personajes de la ciudad donde vivo, y he visto cómo ellos cuidan sus modales y hablan con más tino y hacen atenciones reservadas para las reinas. Irma es una muchacha refinada que puede ser encantadora cuando quiere. Pero, tío, cuando Irma se disgusta o rebela, o amanece deprimida, me desconcierto y no sé qué hacer. Y ahora han pasado ciertas cosas que me han dejado más confundido que nunca. O quizás son cosas que sí he comprendido y que me asustan porque he comprendido demasiado.

–Te escucho, Aquiles, tienes que contarme toda la historia.

–Cuando le dije a Irma que, en mi opinión, ella debía romper con su enamorado, se rio de buena gana y me tiró de las orejas, diciéndome que yo no debía meterme en sus asuntos porque ella tenía suficiente cabeza y yo era un poco lerdo de sesos. Me repitió que no tenía ninguna importancia esa amistad con el tal Henríquez. Era un antiguo conocido que sabía hacer buenos chistes y a ella le gustaba de vez en cuando reir bastante. Además contaba cosas muy interesantes de sus viajes. Ella no le había aceptado sino en el plano de la amistad pero no tardó en notar

que el hombre se estaba enamorando. Una lástima, me dijo, porque los enamoramientos hacían perder las buenas amistades y a ella no le gustaban las escenas sentimentales con personas que no le tocaban el corazón. ¿Por qué le besas, entonces? Le pregunté y ella mi dijo que hubo un momento en que hizo un esfuerzo por corresponderle, que trató de enamorarse del agente viajero pero descubrió que este hombre no le emocionaba en absoluto. No había tratado de romper con él porque después de unos pocos días, el agente viajero saldría del país y desaparecería por meses o años. Así pues, yo debía tener un poco de paciencia pues pronto el asunto quedaría terminado y ella volvería a pasar muy buenas horas en mi compañía.

–¿La dejaste entonces en paz?

–Creí a medias lo que me dijo. Tengo algo adentro que me avisa que una cosa no anda bien. Por ejemplo, se presenta un tipo a pedirme empleo y me oigo algo como una voz bajita que me dice que ese hombre es un ladrón. Si a pesar de eso le tomo, no tarda en perjudicarme. Cuando Irma me habló con tanta docilidad, me dije que esa chica estaba mintiendo e insistí en que ella debía romper con Henríquez sin esperar que se fuera del país. Ella se quedó pensando y pareció tomar una decisión, Me dijo: "Aquiles, mañana voy a almorzar con él y darle calabazas. No le quedarán deseos de verme más". Como mencionó el restaurante adonde iban, hice que dos de mis hombres reservaran una mesa contigua y escucharan toda la conversación.

–¿Sospechó alguna vez Irma que tú la mantenías vigilada?

–Le dije en su cara que dos de mis hombres la habían seguido el primer día. Pero después instruí a mi gente que obraran con mucho tino y no creo que ella se dio cuenta, sobre todo porque se turnaban varias veces al día y hasta se cambiaban de ropas y facha. Pues bien, ese día, dos de los más listos se sentaron en la mesa contigua y no perdieron palabra porque Irma estaba alterada y pronto ambos se pusieron a hablar en voz alta. Irma contradecía al hombre en todo lo que quería. Cuando él le sugirió pedir pollo, ella pidió un plato de mariscos. Y cuando él advirtió que los mariscos del hotel no solían ser muy frescos pidió una ración doble. Ella además bebió varias copas de vino. No fue entonces nada extraordinario que al terminar el almuerzo ella se sintiera enferma.

Se quejó de retortijones e hizo tales muecas y contorsiones que Henríquez se asustó e insistió en llevarla a una clínica cercana donde él conocía un médico excelente. Llamó inmediatamente un taxi. Los dos hombres me comunicaron estos detalles al momento por teléfono. Mandé otros dos a la clínica. Cuando éstos llegaron, Henríquez e Irma salían ya de la clínica. Ella estaba contándole a él que, según el doctor, los dolores de estómago y los vómitos que había tenido al ir a verle eran los efectos de una intoxicación. El doctor le había dado una medicina y le había ordenado quedarse no menos de tres días en cama. Entonces añadió: "Alejo, pide un taxi y llévame a casa y vamos a despedirnos para siempre porque, como te dije ya, no quiero volver a verte". Mis hombres subieron a un automóvil y estaban ya frente a la casa, esperando algunos minutos, cuando Irma y Henríquez llegaron en un taxi que, como de costumbre, para cobrar más, había buscado adrede una ruta larga. Cuando salieron, ella estaba rabiosa y le negó rotundamente la entrada. Le dijo: "No quiero verte más en mi vida y no me llames más, ni me escribas. Hemos roto para siempre. Has dejado de existir para mí". Los hombres vieron como el pobre diablo, muy descompuesto de cara, volvió al taxi y dio la dirección de su hotel.

–Irma ha sido siempre extraña. Como tú dices, buen chasco debe haber teñido ese hombre que la invitó a un almuerzo, la llevó a una clínica, la devolvió a su casa... y después de tanto gasto y atención no consiguió sino una orden destemplada de no mostrar más la cara.

–Irma hizo muy bien. Por esa actitud le estoy agradecido. Cuando me informaron de la enfermedad de Irma regresé a casa y subí a su cuarto. La encontré pálida, quejándose todavía de dolores pero empezando a sentirse mejor después de haber tomado su medicina. Como quería curarse bien, me aseguró que iba a permanecer en cama los tres días que había ordenado el médico. ¿Va a creer usted? Me repitió dos veces: "Soy una de esas personas que obedecen al doctor al pie de la letra". Nunca estuvo Irma tan cariñosa como en las dos horas que pasé a su lado. Le gustaba mucho mi casa, la ciudad con sus buenos restaurantes y teatros y la compañía de un hermano. Se sentía rica al verse en el piso que yo había puesto a su disposición con todo servicio moderno y una criada. Me aseguró que ese piso era el doble de grande de la casa que ella tiene en

esta ciudad. Lo que la hacía más feliz era el hecho de que yo fuese tan bondadoso con ella. "Con todo eso me he vuelto millonaria de la noche a la mañana", me dijo y añadió con esa coquetería tan encantadora que solo ella tiene: "Te deben llamar Encanto en lugar de Espanto. Eres un hombre con un corazón de oro y una figura muy varonil".

–Vaya, vaya, la chica estaba agradecida de verdad.

–Para mí era una novedad y una cosa muy grata. Nadie hasta entonces, ni siquiera una de esas mujeres a las que pago tan bien para que me acompañen alguna noche, me había alabado tanto. Añada usted la gracia natural de Irma, las lindas palabras que usa, el trato que me da y que es tan distinto del que antes he tenido: de las malas caras, los insultos, la traición, el desagradecimiento que parecen haberme rodeado toda la vida. Me habría quedado charlando con ella hasta la madrugada pero la pobrecita estaba cansada y maltratada y al fin se quedó dormida.

–Entonces debo deducir que recobraste la tranquilidad.

–Tío, las cosas nunca son simples con Irma. Al día siguiente me habría quedado en casa, haciéndole compañía, pero tuve que ir muy temprano a mi oficina para cerrar un contrato de importancia. Claro, fui primero a su cuarto. Di unos golpes muy suaves y ella me dijo que entrara. La encontré sentada en su cama, escribiendo cartas. "No juegues tanto con tu salud, le rogué". "El doctor quiere que descanses, es decir, que duermas más y estés quieta. ¿Qué urgencia puedes tener para esas cartas? ¿Tienes enamorados en todo rincón del mundo?" Empezó a reirse, me alborotó el cabello llamándome hermano celoso y me invitó a leer sus cartas. En verdad, eran dos tarjetas postales para muchachas amigas de ella, felicitando a la una por su cumpleaños y contándole a la otra que estaba pasando feliz conmigo, que su hermano era el hombre más generoso del mundo. ¿Conoce usted, tío, la letra de Irma? Es grande, nítida, elegante y al mismo tiempo... ¿cómo diré? muy Irma. Usted ve una vez esa letra y la conoce siempre pues no puede ser de nadie más. Mi hermana y sobrina suya, tío, es una obra de arte en muchos sentidos. Es una miniatura muy valiosa que entre muchas otras dotes tiene una letra hermosa. Esa mañana, Irma estuvo tan dulce como la noche anterior pero no con tan buen ánimo. Me dijo suspirando que su vida había sido más penosa de lo que yo imaginaba, que ella a veces tenía razones secretas

para obrar de tal o cual manera y que yo debía perdonarla aunque no comprendiera sus acciones. Ella me había dado gusto al romper con Henríquez pues, aunque no lo quería como enamorado, era un compañero muy agradable y, sin mi oposición, habría seguido con él hasta que se fuera del país.

–Irma debe estar enamorada del agente viajero.

–No, no tío. Ella me explicó y esta vez la creí. Simpatizaba con ese hombre pero no le amaba. Irma se empeñó en repetirme que ella quería que yo tuviera una buena opinión de su persona. A veces ella procedía de una manera quizás rara, pero era incapaz de actos reprochables o mal intencionados. Le dije que yo debía partir porque tenía ese contrato importante que cerrar. Ella me pidió que me quedara acompañándola el día entero, pero el teléfono no cesaba de timbrar. Quien me llamaba, un hombre muy importante, gerente de una gran empresa, me estaba esperando. Irma me dio un beso y me pidió que me cuidara mucho. ¡Y de repente la gran sorpresa! Unas horas después me llamó la criada para decirme que Irma no estaba en casa. Me hice incesantemente la misma pregunta que nadie podía contestarme: ¿Qué pasó para que Irma decidiera de repente huir de la casa como de una prisión? Esa mañana fue la única en que mis hombres no vigilaron a Irma. Les ocupé en otros quehaceres creyendo que ella iba a pasarse todo el día en cama. Por supuesto la criada tenía órdenes de no dejarla sola ni un momento. Ella afirmó que Irma le había ordenado ir al supermercado que está a corta distancia y que su ausencia no duró ni quince minutos.

–¡Pobre criada! ¿Se atrevió a encararte?

–Contó la historia a uno de mis hombres pero no tuvo valor para verme la cara. Después de desobedecer mis órdenes, ella sabía que estaba despedida. Ni siquiera cobró su salario. Mi primer paso fue ordenar que se vigilara al agente viajero veinticuatro horas al día. Mis hombres, además, consiguieron listas de todos los pasajeros que ese día salieron de la ciudad en avión pero el nombre de ella no figuraba. Hablaron con muchas personas en las estaciones de trenes y de autobuses pero no encontraron a nadie que la hubiese visto. Nunca ha sido una persona tan bien buscada.

–¿Qué hacía ese día el agente viajero?

–Henríquez se ocupó el día entero en ayudar a una mujer, tía suya, a mudarse de un departamento a una casa. Los vecinos del departamento le vieron llegar muy de mañana y, a la vista de todos, ayudó a sacar los muebles y acomodarlos en un camión de mudanzas. Luego fue a la casa alquilada por su tía y volvió a ocuparse en el acarreo de muebles.

–Algo debiste haber averiguado.

–Absolutamente nada. Mis hombres buscaron empeñosamente a Irma por toda la ciudad sin el menor éxito. La única pista que no quise abandonar fue el agente viajero. Como mis hombres no averiguaban nada nuevo resolví obrar directamente. Fui a ver al agente viajero en el hotel Central a la hora de almuerzo y le encontré solo en una mesa. Sin ceremonia, me senté frente a él, tomé el menú que me tendió el mozo y ordené mi comida. Le dije que había venido a hablarle de algo muy urgente y Henríquez, creyéndome un cliente en potencia, quiso pagarme la cuenta. Le contesté que había venido a almorzar, que iba a hacerlo en su mesa y que yo pagaría mi cuenta porque no aceptaba nada gratis ni siquiera a mis amigos... y a él yo no podía considerarle amigo. Insistió entonces en saber mi nombre y cuando lo mencioné, se sorprendió como le estuvieran dando una gran noticia. ¿Era yo el Sr. Aquiles Pantoral? Tenía mucho gusto en conocerme no solo porque yo era un hombre tan importante en el mundo de los negocios sino porque era hermano de Irma, una chica que merecía toda su estimación. Dijo también que había estado ansioso por conocerme y que si yo no hubiese venido, él habría ido a visitarme uno de esos días.

–Por lo que oigo, no le causaste espanto.

–¡Tío, no son cosas de broma! Ese hombre era un vivo que quería granjearse mi amistad. Yo sabía bien que Irma había roto con él, pero tuvo la audacia de anunciarme su intención de casarse como si me avisara que me había sacado la lotería. Me dijo que tenía una profesión lucrativa, un gran conocimiento del mundo, un temperamento muy tranquilo que se adaptaba fácilmente a las circunstancias. Me dijo también que se había enamorado de Irma porque era una chica muy bonita y de muchos méritos. Yo le contesté: "Sí, mi hermana es una muchacha que vale mucho y que es muy hermosa pero por lo mismo tiene derecho a hacer un buen matrimonio, con un hombre que esté a la altura de ella y no con un

vagabundo que si tuviera dinero ya se habría asentado en algún lugar". El torpe siguió risueño y campechano. Me dijo que yo cambiaría de opinión cuando le llegara a conocer. Le clavé una mirada de desprecio y le dije que yo conocía bien a gentes de su calaña. El no era sino uno de esos extranjeros de mala fe que andan buscando la manera de conquistar a muchachas ingenuas y de estafar luego ya a ellas, ya a sus parientes. Esa profesión de agente viajero no era sino un pretexto para vagar por el mundo haciendo fechorías, viviendo al día con las pocas comisiones que puede ganar. Henríquez no perdió su calma. No es un hombre bien parecido pero sería injusto decir que es feo. Tiene una de esas fachas y caras comunes que se van de la memoria apenas uno les da la espalda. En otras palabras es un individuo ordinario, del montón. Añada usted que usa barba espesa, como ahora está de moda entre comunistas y trotamundos; y que es un apátrida porque nunca le dejarán regresar a su país natal, que es Cuba. ¿Qué porvenir podría tener mi hermana con un tipo barbudo a quien nada conoce, probablemente casado, que rueda por el mundo con una maleta de muestras, vendiendo unos centavos aquí y unos centavos allá? Su compañía quizás le paga hoy un hotel de primera, pero cualquier rato puede regresar en mala época, endeudado, y llegar al tugurio más barato. Conozco bien esa laya, tío. ¿Sabe usted? A pesar de que no tuve pelos en la lengua, de que le expresé mi mal concepto, él me contestó que quería pedirme un favor. ¿Podría yo hablar con Irma, como futuro cuñado, y mostrarla la conveniencia de que ella le aceptara sin dilación, le diera el sí y se casara con él lo más pronto, después de una o dos semanas.

–Te habrás reído.

–Me puse furioso pero no quise hacer un escándalo en un hotel distinguido. En otro lugar quizás le habría dado de golpes. En mi oficina, si hubiera ido a verme, le habría mencionado desde la madre hasta la tatarabuela. Pero en público, para mantener mi alta condición comercial, me porté como un caballero. Por eso no alcé la voz ni le rompí el hocico de un puñetazo. Pero en voz baja le dije que era un arribista, un gusano, un hombre de mala fe, un vago que abandonaría a su mujer once meses al año. Le dije que preguntara acerca de mí en la ciudad, para que se enterara de que era mal negocio despertar la furia de Espanto.

–No hay duda de que el pobre hombre se vería en un tremendo trance. Tus ataques no estaban fundados en nada y, al parecer, él te había tratado con suma cortesía.

–La verdad es que reaccionó en una forma que yo no esperaba. Me escuchó con atención como si yo estuviera hablando de otra persona. A veces meneaba la cabeza, como aprobando mis palabras y cuando callé hizo un comentario muy tranquilo, como si él y yo fuéramos dos muy buenos amigos. Me dijo en tono de quien hace una confidencia: "Parece que no tengo suerte con la familia Pantoral. Irma también, e igualmente sin razón, tiene mal concepto de mí". Me dijo que era natural que un extranjero infundiera desconfianza, porque nadie podía saber si decía la verdad o mentía. ¿Por qué no le daba yo la oportunidad de tratarle y conocerle a fondo? Le parecía que Irma le había dado calabazas por falta de reflexión. El era un excelente partido para ella y no había habido ninguna razón para que mi hermana rompiera con él.

–No te entiendo bien. Tú no fuiste a charlar con él, fuiste a averiguar si sabía algo de la desaparición de Irma.

–No pregunté nada de eso hasta el momento oportuno. Cuando se quejó de que Irma había terminado con él injustamente, yo le pregunté: "¿Y cuándo dijo ella que quería romper con usted?" Era una trampa porque yo estaba bien enterado de todos sus movimientos y cualquier mentira iba a mostrarme qué clase de hombre era. Pues lo que Henríquez me contó coincidió con lo que mis hombres vieron y oyeron, hasta en sus menores detalles. Que habían almorzado en el hotel, que ella se había enfermado, que fueron a una clínica, que el doctor ordenó que ella se quedara en cama. Entonces comentó que, en opinión suya, fue el malestar por la enfermedad y el malhumor consiguiente lo que hizo que ella, al llegar a su casa de regreso de la clínica, le hubiera dicho que no quería verle más. El había obedecido sus deseos pero tenía la esperanza de que todo no fuera sino una pelea de enamorados.

–¿Y cuándo fuiste al grano? ¿Cuándo preguntaste lo que tenías que preguntar? ¿No estabas acaso buscando a Irma?

–La cuestión había estado todo el tiempo en la punta de mis labios pero solo ese momento consideré oportuno preguntarle a boca de jarro: "Señor, ¿dónde está Irma?" y él me miró con extrañeza, como si yo

hubiera empezado a decir disparates y me contestó, como explicando lo evidente a un tonto: "Señor Pantoral, Irma está en su casa, en cama, enferma con una intoxicación estomacal. ¿No ha ido usted a verla todavía?" Y cuando dije, dando una palmada en la mesa, "pues en casa no está" él me preguntó: "¿Está seguro de que la vio esta mañana?" Le conté que yo había entrado a verla el día anterior, a las ocho de la mañana, pero que a eso de las diez había desaparecido. ¿Puede usted creer? Fue de repente él quien tomó las riendas y empezó a interrogarme con el mismo tono que yo uso cuando mis subalternos no hacen bien las cosas. Que si yo la había buscado, que si yo había preguntado a las líneas aéreas, que si había ido al aeropuerto y las líneas de autobuses, a los hospitales, a la policía. Y como si fuera poco me reprendió por no haberle buscado más oportunamente para ayudarme en la búsqueda.

–¿Le diste las explicaciones del caso?

–Le dije que yo era un hombre que sabía hacer bien las cosas, que ya había hecho lo que él sugería y mucho más, que tenía experiencia para hacer frente a emergencias y que él no necesitaba enseñarme nada. Poco a poco le pasó la alteración y entonces me sonrió y me preguntó, hablando de Irma: "¿No cree usted que es otra de sus escapadas?" Le pedí que me hablara más claro. "Usted, señor Santoral, lo sabe bien. Irma puede haber hecho ayer lo que ha hecho tantas veces, desde niña. Muchas veces ella me ha contado que desde que estaba en la escuela, si un día amanecía con ganas de cambiar de ambiente, se marchaba a otra ciudad, una costumbre que a su padre le causó bastantes malos ratos". ¿Es eso cierto, tío Feliciano?

–Así es. Irma tiene sus rarezas y sus días de depresión. De muchacha solía irse por lo general a la casa de una amiga, a veces en la misma ciudad, a veces en otra. Creo que a la tercera o cuarta vez, tu padre dejó de preocuparse porque Irma siempre regresaba a los pocos días.

–Entonces, después de la muerte de nuestro padre, Irma ha seguido con la mala costumbre porque Henríquez me contó que en esta ciudad, la primera vez que él la conoció y se relacionó con ella, un día que ambos estaban invitados a un picnic, ella desapareció impensadamente tres días y contó al regresar que había visitado unos cuantos pueblos viajando en autobús, aunque no había visto nada verdaderamente interesante.

–Debe ser la verdad.

–Una manía detestable, ¿no le parece? Un peligro tremendo, más bien, porque una muchacha bonita se expone a toda clase de peligros si anda sola por bares y hoteles. Henríquez estuvo de acuerdo en eso pero ella le había explicado que los viajes le despejaban el ánimo y le hacían ver más claras las cosas, especialmente cuando estaba indecisa o tenía problemas. Yo dije: "Entonces debo deducir que usted es el culpable porque la ha confundido con su propuesta de matrimonio". El me contestó que en ese caso, era seguro que ella regresaría después de unos días para darle el sí. Y me aconsejó que yo hablara seriamente con ella, que le hiciera ver los peligros de viajar sin compañía en estos tiempos de tantos raptos y violaciones.

–Irma necesita buenos consejos. Lo que a mí siempre me ha molestado es su tendencia a cambiar de humor. Por lo general es encantadora pero el día menos pensado se pone sombría como un día de tempestad. Así pues, cuando vuelvas a ver a Irma, debes preguntarle si siente algo positivo por el agente viajero. ¿Está quizás huyendo de él?

–Esa es la pregunta que me hecho estos últimos días. Cuando almorcé con Henríquez confirmé que nunca me mintió en las cosas de las cuales yo estaba enterado. Mire, ese hombre, tío Feliciano, no me gustó para cuñado mío pero tengo que reconocer que es sereno y, hablando francamente, valiente. No me tuvo miedo en ningún momento y me consideró su igual, nunca su superior. Se expresa con facilidad y es un hombre instruido, experimentado, buen conocedor de la naturaleza humana. En ese momento, ambos teníamos el mismo problema o, mejor dicho, sufríamos por la misma causa. A ambos nos afectaba la desaparición de Irma y solo de eso queríamos hablar. ¿Ha notado usted que cuando uno tiene una pena grande necesita desfogarse con alguien? Así pues, acabamos el almuerzo y seguimos charlando. Me contó mucho de Irma y de su manera de ser. El la conocía más tiempo que yo. Como es hombre de mundo y experimentado se da cuenta de muchas cosas que otros pasan por alto. Me contó que Irma soñaba en viajar y tenía horror de escoger una manera de vida que la atara a un solo lugar. Yo le hablé de mis frustraciones de hermano, es decir, de un hermano que acababa de conocerla. Y no le oculté mi desencanto de descubrir que le faltaban ciertas virtudes, o modales, o cortesías que corresponden a una chica de

calidad, pero me quedé menos resentido con Irma cuando él me dijo que en este mundo quien quiere a una persona tiene que aceptarla como es, con todas sus imperfecciones y rarezas, porque de lo contrario, como no hay nadie perfecto, uno no puede querer a ningún mortal. Yo le dije que estaba buscando a Irma y quería encontrarla lo más pronto y que mi casa estaría siempre abierta para ella, cualquiera que fuera su comportamiento. Le pregunté si recordaba algo que sirviera de pista, alguna alusión o referencia. Y entonces fue que Henríquez me dijo que en los últimos días Irma había hablado de usted, tío Feliciano, y se había mostrado deseosa de volverle a ver, de visitarle lo antes posible. Era posible, pues, que hubiera venido a su granja. Con esa esperanza, hoy tomé un avión y me vine acá, a su quinta directamente.

–¿De manera que, por lo que me cuentas, terminaste por convertirte en amigo y confidente de Henríquez?

–Nos despedimos cortesmente. No hay duda de que tiene dura la piel porque aguantó sin alterarse todas las groserías que le solté. Es difícil conseguir un hombre que disimule bien y conserve la calma cuando le sobreviene un mal rato y le admiro por eso. Si no hubiera puesto los ojos en mi hermana, ese día yo habría llegado a proponerle que trabajara conmigo, quizás que fuera mi socio. Pero solo fue un pensamiento pasajero, que no me quitó ciertas escamas que tenía adentro. Aún ahora mi corazón me dice que no es un hombre de confianza. Ordené que le siguieran vigilando día y noche pero resultó una pérdida de tiempo y hasta una decepción porque perdí el buen concepto que empezaba a tener de él. Pasaba el día en su hotel, atendiendo a sus clientes o escribiendo en su máquina. Unas pocas veces invitó a almorzar a uno de sus compradores, pero llegaba la tarde, iba a un supermercado a comprar víveres y luego a la casa de su tía donde se quedaba más o menos hasta la medianoche, creo que clavado ante la televisión. Regresaba al hotel y dormía solo. Nada de juergas ni relaciones con prostitutas. Pero hay algo que a mis hombres y a mí nos hace pensar que este tipo anda tras casarse con una mujer rica.

–En ese caso echó mal el ojo. Irma heredó de su padre una casa en la ciudad y ella ha arrendado dos cuartos a muchachas de su edad para vivir acompañada y tener una entrada adicional. Su padre le dejó un poco

de dinero, que pusimos en el banco a intereses y apenas alcanzaba para pagar comida y ropa. Aunque haya conservado ese dinero –y lo dudo mucho– está muy lejos de ser rica. Quizás se ha gastado ya su último centavo.

–Pero yo tengo dinero. Henríquez habrá calculado que si se arrima a mí va a prosperar y tener trabajo asegurado.

–Me haces reír. ¿Crees que ese hombre espera que le des una dote como si estuviéramos en otro siglo? Por otra parte, no olvides que existe la posibilidad, muy humana, de que él se haya enamorado de Irma porque es bonita y agradable.

–Usted no sabe lo que sé yo. Según me cuentan mis hombres, Henríquez está enamorando también a una escritora de más edad que Irma, que no tiene nada de buenamoza. En cambio tiene un buen sueldo en una revista, y es socia de la editorial que la imprime mensualmente, y tiene propiedades y dinero en el banco. Henríquez no pierde su tiempo y juega dos cartas a la vez.

–¿Has sacado algo de tanto vigilar a ese individuo?

–Ya no me preocupo de él. Hace un par de días dejé de vigilarle. Pero no me arrepiento de haberlo hecho antes. Mis negocios andan bien porque no descuido ningún camino. Me siento en la oficina y soy como ese Argos, ese príncipe de un cuento que dicen que tenía cien ojos, cincuenta siempre abiertos. Yo cuento con empleados leales y cada uno de ellos tiene dos ojos muy abiertos para observar lo que yo quiero. Tengo tantos ojos como Argos. Así pues, veo todo lo que tengo que ver y además escucho mucho de lo que se dice en la ciudad. A mis oídos llegan más secretos que a un jefe de policía o a un confesor.

–¿Por qué dejaste de vigilar a Henríquez?

–Porque hace dos días recibí una carta de Irma, enviada desde Panamá, que tardó una semana en llegar. Pues me quedé tan confuso que viajé acá y vine a su casa para hablar con Irma y, en caso de que no estuviera aquí, para mostrarle esta carta a usted y preguntarle si le parece racional la interpretación que le he dado. Es un caso del que no puedo hablar sino con un pariente que me infunda toda confianza, es decir, solamente con usted, porque es el asunto más delicado que he tenido en mi vida. Quiero leerle esta carta. No sé de literatura, ni comprendo el

significado de muchas palabras finas y, para decirle la verdad, me parece que no está bien que una persona, solamente por haber ido a la universidad, se empeñe en usar una sarta de frases que a uno le dejan perplejo, o expresar pensamientos confusos que bien pueden significar esto o lo otro. De todas maneras he leído y releído tantas veces cada línea que poco a poco se me ha hecho la luz en la mente. Creo comprender a Irma y por eso estoy desconcertado.

–Esa es sin duda alguna una carta de Irma. Su letra es inconfundible.

–Voy a leerla, tío. "Amado mío, aquí estoy de paso, un país, una ciudad, un cuarto de hotel, en verdad un solo punto en un sendero sin fin, una venta como las que acogían a Nuestro Señor Quijote para descansar entre batalla y batalla contra verdaderos gigantes que solían disfrazarse de molinos de viento. Mañana estaré en otra ciudad, otro país, otro cuarto, llevando a cuestas –una valija demasiado pesada– la necesidad de amar. Quien ama juega con el pecado y quien peca quiere huir obsesionado por escapar del ojo de Dios, que es lo mismo que andar por una planicie en un día despejado y querer huir del sol. Pero a veces huir es también poner distancia, adormecer la mente para que pierda de vista la intención pecaminosa. Y en tal caso es avanzar hacia el ojo de Dios, escapar de las exigencias de la carne, rebelarse contra la oscura génesis de los deseos inconfesables. Amado, estoy huyendo de ti. ¿Me perdonas que vaya en pos de una tardía inocencia? Tú y yo nos hemos hablado todos los días pero nada nos hemos dicho porque nos aterra poner en palabras esas urgencias de niebla recóndita que nacen espontáneamente y se hacen parte de la persona y sin embargo nos dejan con mala conciencia. Ambos sabemos cuáles son esas sensibilidades que nunca adquirieron sonido porque entre los dos nos hemos dicho todo sin habernos dicho nada. No me odies, no me busques, no me eches de menos. Que la separación ponga fin a este capítulo de bella iniquidad y nos vaya curando poco a poco. Irma", ¿Cómo entiende usted esta carta, tío?

–No sé qué decirte. Tal vez Irma no supera todavía las pedanterías de una literata primeriza. Quiso escribir algo bonito y no decir nada. Pero tú dices que sí has comprendido esta carta. ¿Qué significa para ti?

–Ante todo, tío Feliciano, una salvedad acerca de mi persona. Nací católico y soy católico aunque nunca he pisado una iglesia. Soy también

pecador y si algún día me confesara, mi lista de pecados sería tan larga como un directorio telefónico. Pero aunque no cumpla los Mandamientos, ni rece, ni coma hostias, tengo mis principios y tengo mi moral. Hay ciertas cosas que son sagradas para mí, es decir, mi conciencia reconoce ciertos límites y nunca voy más allá. Cuando comprendí lo que Irma quiere decirme en esta carta, se me fue la sangre a la cara de vergüenza ni que fuera un seminarista. Todavía estoy tratando de calmarme y tratar de comprender.

–Irma escribió una carta incomprensible, pero lo que ahora tú hablas tiene todavía menos sentido.

–Mi sospecha es que Irma siente por mí algo más que cariño de hermana. Absurdo, va a decirme usted, indigno. Pero también posible. Una atrocidad para casi todas las personas, pero también un sentimiento que puede nacer adentro y que no se puede evitar. Irma descubrió este sentimiento y se asustó y comprendió que el diablo la tentaba, que estaba cometiendo un pecado. Lo mismo que yo, ella debió haberse avergozado el primer momento. Se habrá llamado a sí misma anormal, descocada, viciosa. ¿Era en verdad su culpa? ¿Puede uno mandar sobre sus sentimientos? Aunque uno reconozca que una cosa está bien y que otra cosa está mal, ¿le es posible decir a su corazón que se porte racionalmente? ¡Pobre Irma! Habrá pasado malos ratos porque ella es mujer de principios y deben haberle inculcado normas cristianas. Como es una muchacha correcta, cuando temió que no podría resistir, se dio a la fuga como único medio de preservar la virtud. Como le dije, tío Feliciano, al principio me llené de bochorno, pero no por eso puedo dejar de sentir cierto halago. Ahora es una hermana a la que le tengo más cariño todavía. Si regresara a casa, aunque no sé si sería correcto, no volveríamos a hablar de nuestro secreto. En su opinión, tío Feliciano, ¿debo aceptar lo que ella ha hecho, debo dejarle con se cure mediante la ausencia? En otras palabras, ¿debo renunciar a volverle a ver?

–¡Vaya, Aquiles! La incertidumbre te está atormentando. Estás pasando un mal rato y, posiblemente por primera vez en tu vida, estás examinando tu conciencia y reflexionando en tus deberes morales. Lo extraordinario es que esta situación que a tí te parece trágica, es para mí sumamente graciosa. Reconozco una vez más que eres hombre de mucha suerte.

–¿Qué le pasa, tío? ¿Por qué se pone a reir a carcajadas?

–Porque lo trágico puede a veces ser muy cómico. ¿No es tremendamente divertido descubrir que eso que todos dicen que es negro es en verdad blanco? Cálmate, Aquiles, deja de mostrar esa cara que ahora ciertamente parece de espanto. ¿Puedo ofrecerte otra cerveza?

–No veo la gracia en ninguna parte. Esta situación me ha quitado el sueño, me ha hecho infeliz. Estuve contento que la presencia de Irma. Me pareció que solo el hecho de tener una hermana tan distinguida me elevaba de categoría. Ahora ando perdido, pensando que lo mejor que puedo hacer es dejar de buscarla y olvidarme de ella, borrarla totalmente de mi memoria.

–En tal caso, hiciste bien en venir a verme. Te acercaste a la única persona en el mundo que puede ofrecerte consuelo de verdad. Te conozco desde muchacho. Sé que eres hombre de pocas pulgas, testarudo como una mula y más activo que un huracán. No pudiste llevarte bien con tu padre. Cuando tu madre murió te fuiste a vivir con una tía. Eso le molestó mucho a mi pobre hermano.

–No creo que haya perdido el sueño por mi partida. En todo caso, no tardó en consolarse, como usted lo sabe bien. Vamos, yo, cuando me fui a vivir con mi tía, tenía cuatro años. A esa edad nadie hace su voluntad. Me fui porque mi padre consintió, porque quería librarse de mí.

–Quizás. La verdad es que en esa época tu tía podía cuidarte mejor que tu padre quien, por otra parte, le pasó a ella un mensual para cubrir todos los gastos.

–Cuando me preguntaron si quería vivir con papá o con mi tía, dije que con ella. ¿Sabe por qué? Porque solía darme golosinas. Pero no tardé en descubrir que tenía mal genio y que creía que los muchachos debían ser angelitos del cielo, y si no, que había que darles látigo hasta que les salieran las alas.

–Aquiles, no eras un muchacho fácil de manejar.

–Tal vez usted no se acuerda ya, pero a los siete años volví a vivir con mi padre y tuve que aguantar su genio. Me fue mal con mi tía y me fue mal con mi padre. ¡Qué vamos a hacer! He sobrevivido mi infancia de niño pelota. Unos años con mi tía, unos años con mi padre, unas temporadas con usted, largos meses en casas para estudiantes. A los

catorce años encontré que mi padre me trataba mejor y pasé con él un par de meses muy agradables pero mi buena suerte no duró. Mi padre, viudo alegre, mujeriego incorregible, se enamoró de la famosa Esperancita, la dueña de la pensión donde vivíamos.

–Esperanza Ruiz y tu padre hacían una buena pareja. Eras muy joven para comprender que el hombre que ha sido casado ya no se acostumbra a vivir solo y necesita una compañera. Tu padre se sentía muy solitario y quiso formar un nuevo hogar.

–Y escogió a Esperanza Ruiz, que por años estuvo de novia de un ingeniero con quien se cambió de aros, anunciando a todos la fecha del matrimonio. ¿Y qué pasó? Pues que mi padre se propuso echar a perder ese noviazgo. Enamoró a la mujer y no paró hasta dejarla embarazada. De eso comentaban todos en la pensión, pues ella pasaba al cuarto de mi padre con el mayor descaro. Y, claro, cuando ya todo se hizo público, a ella no le quedó otro remedio que romper con el ingeniero y casarse con mi padre.

–Tú cuentas las cosas como si estuvieras hablando de un par de malhechores. En verdad fue algo ordinario y común. Una mujer que se enamoró de un hombre a pesar de estar comprometida con otro. Algo que pasa todos los días.

–Lo quiera usted o no, fue una mala acción que tuvo malos resultados. El ingeniero se sintió tan humillado cuando ella le devolvió el aro que tomó su automóvil, aceleró hasta el fondo y se estrelló deliberadamente contra un poste. ¿Quién no supo de ese suicidio en el barrio? Aunque hubo la versión oficial de que fue un accidente, todos comprendieron lo que verdaderamente pasó.

–Y se equivocaron. La versión oficial fue la justa. El novio de Esperanza murió tres meses antes del matrimonio de ella con tu padre. Cierto que el día del accidente, Esperanza le devolvió el anillo delante de otros huéspedes después de una riña muy acalorada, pero esa riña no tuvo nada que ver con tu padre.

–¡Ya viene usted con cuentos! Yo era muchacho pero tengo buena memoria y recuerdo lo que oí. Me lo contaron los huéspedes que fueron testigos presenciales. Le oyeron al novio vociferando, tratando a Esperanza de mentirosa, de mujer de mala fe, acusándola de que había

quebrantado su palabra. El hombre estaba verdaderamente furioso y se fue dando un portazo. Todos comprendieron que el ingeniero se había enfurecido al enterarse de que Esperanza se pasaba las noches en el cuarto de mi padre. Y todos supieron que por eso se había quitado la vida.

–¿Hablaste alguna vez con tu padre? ¿Eso te contó él?

–Mi padre no me hacía confidencias. Pero los huéspedes y los vecinos se regocijaban contándome todos los detalles. Y a ninguno de ellos le admiró que tres meses después del suicidio mi padre se casara por segunda vez sin preliminares ni anuncios, pues el embarazo ya empezaba a hacerse visible.

–¿Cómo se portó Esperanza contigo?

–Le tenía rabia y antipatía pero, después de tantos años, debo reconocer que ella se portó decentemente. Me dijo que quería hacer las veces de madre. Pero no pude quererla. Más todavía, la presencia de ella se me volvió insoportable. Por eso me vine a pasar unos días con usted y después, en lugar de regresar a la pensión me largué del país y fui a hacer mi propia vida en otro.

–Tú eras un chico difícil, Aquiles. Bueno, como todo hijo, no querías que ninguna mujer substituyera a tu madre. No me extraña que tu padre no pudiera hacerte confidencias. En cambio él y yo nos llevábamos muy bien. A mí pudo contarme cosas que no se habría atrevido a compartir con nadie más. Esperanza tenía una pensión y todos los huéspedes aman los chismes y se observan unos a otros y sacan deducciones de cualquier gesto o acción que muchas veces son erradas. Aquiles, en esa pensión abundaban las fábulas. Solo yo puedo darte la verdadera versión.

–Que es muy posible que no yo pueda creer.

–Tu padre fue a vivir en la pensión de Esperanza Ruiz y se enamoró de ella como tantos otros huéspedes porque era guapa. Tu padre solía tener suerte con las mujeres y todos le creían un Don Juan pero, según me confesó, le resultó muy difícil conquistar a Esperanza, quien ya tenía novio y, por decirlo así, estaba fuera de concurso. Como sucede a menudo cuando las cosas se ponen difíciles, tu padre se enamoró más y persistió y recurrió a todos los medios para ganarse el corazón de ella. Tu padre, cuando quería, era un hombre muy agradable. Poco a poco, contra su voluntad, Esperanza le fue correspondiendo y un día le dijo que sí, que había llegado a quererle, pero que le era muy difícil romper con el

ingeniero, que tuviera paciencia hasta encontrar la mejor manera. Y de repente, una noche, Esperanza entró al cuarto de tu padre para una larga conversación. Algún huésped la vio entrando y contó a los demás huéspedes de la pensión que Esperanza y tu padre dormían juntos en el cuarto de él. La verdad, aunque tú no lo creas, es que no se fueron a la cama hasta que se casaron.

–¿Para qué entraba Esperanza entonces tantas noches en el cuarto de él?

–Entró solamente una noche, no lo olvides. Deja de usar el plural, como lo hicieron los huéspedes. Esperanza quería contarle a tu padre que estaba embarazada del ingeniero y que no le quedaba otro remedio que casarse con él. Ambos lloraron, se abrazaron y estuvieron de acuerdo en que el sacrificio de ella era necesario. Fue la trágica escena consabida de dos enamorados que se despiden para siempre.

–Los huéspedes nunca habían visto riñendo a Esperanza y el ingeniero. ¿Por qué entonces tuvieron esa pelea tan escandalosa?

–El ingeniero se encendió de ira cuando Esperanza le contó que estaba embarazada. El era un hombre planificado. Un momento para cada cosa y nada antes o después de su tiempo. La condición que había puesto a Esperanza para comprometerse fue que no tendrían hijos hasta después del tercer año de matrimonio. Y exigió que ella tomara las precauciones del caso para no echar a perder los planes ya resueltos por él. Esperanza, pues, estuvo recelosa de contarle que esperaba un hijo, pero jamás esperó reacción tan violenta. Le dijo que era desleal y falsa. El no creía que se trataba de un descuido sino de mala fe, del deseo deliberado de ir contra la voluntad de él e imponer los caprichos de ella. Así pues, le exigió que abortara. El conocía un doctor que se prestaría a ello con el mayor sigilo y prudencia, evitando cualquier embrollo con la ley. Pero Esperanza no aceptó, iba a dar a luz hubiera o no matrimonio. El ingeniero montó en cólera y toda la pensión se enteró de sus gritos y su indignación, aunque no escucharon sino medias palabras. Lo que los huéspedes jamás supieron fue que, como Esperanza no aceptó el aborto, el llegó al punto de darle un golpe, derribarla al suelo y marcharse en su automóvil. Lo que cabe suponer, entonces, es que el disgusto dejó tan alterado y tan fuera de sí al ingeniero que algún rato hizo una mala maniobra y se fue contra un

poste. Ni Esperanza ni mi hermano, que le conocían bien, juzgaron que fuera capaz de suicidarse. Una de las causas de que Esperanza se enfriara con él fue descubrir que el ingeniero, por lo general pacífico, era testarudo y se obstinaba en salir con la suya. Y cuando se enojaba, se volvía irrazonable, grosero y hasta peligroso.

–¿Por qué, entonces, papá se apresuró en casarse?

–El y Esperanza se casaron por dos razones; primero porque estaban muy enamorados; segundo, porque querían tener un hijo legítimo de ambos.

–Tío, usted me confunde una vez más.

–Tu padre y yo pasamos horas enteras hablando del asunto, tratando de buscar una solución decorosa que conservara la dignidad. Mi hermano era quisquilloso en cuanto al honor familiar, un defecto o una virtud que tú has heredado. Le parecía vergonzoso casarse con una mujer que esperaba un hijo de otro. "Van a comentar que me gustan las sobras", me decía. Al fin decidió casarse con Esperanza tras convenir en que dirían a todos que ella esperaba un hijo de él. Aunque no hubiera dicho nada, el barrio creía ya lo mismo debido a los rumores de que Esperanza pasaba muchas noches en el cuarto de tu padre y de que el ingeniero se había suicidado al descubrirlo. Todos encontraron natural que se apresuraran en casarse. Debo añadir que en la decisión de tu padre entró también un elemento de vanidad. El tenía fama de galán afortunado. Y la trágica historia de que el ingeniero se había suicidado porque la novia con quien estaba a punto de casarse había sido embarazada por tu padre... pues era una historia que reafirmaba sus dotes de conquistador irresistible.

–En otras palabras, era un sinvergüenza. Lo sabía ya.

–Sí, pero de esa laya que la gente envidia. Había cultivado con éxito al Don Juan que todos llevamos adentro y que muy pocos hacen florecer. Y, claro, quería mantener su prestigio. Como tú ya lo has descubierto, Aquiles, en este mundo más se admira al triunfador que al virtuoso.

–Si le entiendo bien, tío, usted me está diciendo que Irma no es mi hermana.

–Lo es en el registro civil. Lo es también en el sentido de que tu padre la colmó de cariño y miramientos, le dio su apellido y la crió como hija mimada. Biológicamente, Irma no tiene ningún parentesco contigo.

No te muestres tan aturdido, Aquiles. Te has puesto rojo, como si tuvieras vergüenza. Es un secreto que juré guardar cuando tu padre me lo confió pero hoy te lo hago saber para quitarte cualquier mala opinión que puedas tener de Irma. Aunque ella no lo sepa, aunque ella tema lo contrario, si se ha enamorado de ti no ha ido contra sus instintos normales.

–No estoy avergonzado, tío. Es como si me hubieran quitado una gran carga de encima. En realidad me siento contento. Irma no tiene necesidad de huir. Si viene por acá, dígale que regrese a casa cuando quiera. Es como si me hubieran mandado a un mundo nuevo. Todo cambia de aspecto. Por ejemplo, puedo acariciar a Irma, puedo darle un beso, diablos, puedo hasta casarme con ella, sin cometer ningún crimen. ¡Qué contento estoy, tío! Es como en los cuentos de hadas que a uno le tocan con una varita mágica y se acaban los sufrimientos y los sueños imposibles se vuelven realidad. Si ella me quiere, voy a gritarle: "Irma, tienes todo derecho, ámame cuanto puedas, ven a mis brazos y hagamos planes para formar un hogar". Porque la verdad es que esa muchacha me gusta mucho y que si me casara con ella me sentiría muy feliz.

–Cuidado, Aquiles. Desde el punto de vista legal vas a encontrarte en grandes apuros.

–Muchos obstáculos he vencido en mi vida. Unos pocos más no me van a acobardar. ¿Cómo puedo desperdiciar la buena suerte de que ella haya puesto sus ojos en mí? Lo importante ahora es encontrarla. Aunque se haya escondido bien, yo terminaré por descubrir dónde está. Iré en pos de ella por todos los rincones del mundo, para hacerle saber esa buena noticia que usted me ha dado hoy. Y después voy a casarme y hacerla feliz. No me pregunte cómo resolveré las cuestiones legales. Tengo buenos abogados y ellos me aconsejarán. Espanto es un hombre de suerte, de acción y de muchos recursos.

–No te vayas todavía, Aquiles. Toma otra cerveza.

–Tengo los minutos precisos para llegar al aeropuerto y tomar mi avión de regreso. ¿No se da cuenta de que estoy ansioso por comenzar mis gestiones, por hacer mis planes, por ir en busca de Irma y decirle que yo también estoy enamorado de ella y que los dos tenemos todo derecho para pregonar nuestro amor y para presentarnos con la frente limpia ante todo el mundo?

Agosto 22

PRONÓSTICO DEL TIEMPO: PARCIALMENTE NUBLADO. pronóstico de mi ánimo: consuetudinariamente nublado, posibles tempestades. Perico me invita a comer en *El Talismán*, con orquesta ruidosa, mucho baile y mala comida. El pide un whisky y yo solo postre porque el pobre Perico anda siempre apurado de dinero. Le digo: "He venido solamente porque me prometiste no hablarme de amor". El frustrado poeta, que me dedica versos de amor sin olvidar su propósito de llevarme a la cama y que aceptó suspirando mi condición como quien hace una inversión poco provechosa, ahora se prepara a quebrantar su palabra. La orquesta es incurablemente mediocre y Perico baila con poca gracia y pericia. Le digo que prefiero sentarme a contemplar las contorsiones de los adolescentes que por lo menos están llenos de fervor gimnástico. Aún no termino mi postre cuando llega la inevitable y temida pregunta: "¿Estás enamorada de mí siquiera un poco?" y tengo que pedirle que no hable de cosas absurdas. Nunca he podido comprender por qué un hombre, si le gusta una muchacha, decide algún momento convertirla en propiedad suya y se pone a ahuyentar a los demás y a pregonar que no consentirá ningún rival. Perico, mentalmente por lo menos, se ha apoderado de mí, me persigue a sol y sombra y exige que yo no tenga ojos sino para él. Pasa por alto mis rotundas negativas y a veces me obliga a tratarle con poca delicadeza.

Me pregunta: "Si no puedes enamorarte de mí, ¿qué clase de hombre

te gustaría?" Como Perico espera que yo enumere rasgos intelectuales y morales que después él me asegurará que sí posee, prefiero describir o inventar los rasgos físicos de mi Príncipe Azul. Le digo que me gustaría un hombre alto, atlético, consumado bailarín, desenfadado, humorista y rico: prácticamente la antítesis de Perico. Añado que ese hombre sería mi perfecto ideal si además tuviera el acento del amigo belga que me presentó la semana pasada. "Qué bello que habla ese hombre. Tiene el acento más *sexy* que he escuchado". Perico comprende que mi propósito es negarle toda cabida en mis predilecciones. Desalentado me dice, mordiéndose los dientes: "Eres una frívola que se interesa solo en las fachas y no en las mentes". Se va al bar donde acepta una o más copas que le brindan unos amigos, aunque sabe bien que necesita muy poco para embriagarse. Me siento aliviada como si en un día muy nublado apareciera de repente el sol. En verdad, es como si el cielo se despejara. Un individuo alto, de unos treinta y cinco años, de espaldas anchas y ojos entre tristes y soñadores se acerca a mi mesa y me pide sentarse a mi lado. Aunque no es exactamente guapo, es varonil y diferente. Y, como si fuera un milagro, habla con un delicioso acento francés, más atractivo que el del amigo belga que había mencionado poco antes. "Me llamo Jean-Paul Bertrand y solicito a usted el honor de hacerle compañía". Se apresura a añadir que nunca ha visto un rostro como el mío ni una figura tan etérea, tan frágil como la de una muñeca de porcelana. "Usted es como una deliciosa miniatura, un perfume carísimo..." Le interrumpo que si va a salir con aquello de que los perfumes valiosos vienen en frascos pequeños, le consideraré el hombre más cursi del mundo y le mandaré a paseo.

No aguanto que, ni a manera de piropo, me recuerden que soy bajita. Borbotones de excusas intercaladas con frases en francés que no entiendo mientras llama al mozo y le pide el vino más caro y todo lo que yo escoja en el menú. La murria se me va poco a poco porque el francés me habla de su infancia en un pueblo bretón, de sus años universitarios en París, de sus viajes por Latinoamérica, Asia y Africa. Para cada momento tiene una anécdota, a veces cómica, a veces sentimental, pero siempre agradable, que me transporta a mundos exóticos.

Como tenía que pasar tarde o temprano, de pronto regresa el

aguafiestas. Perico se acerca tamboléandose, paga su minúscula cuenta y está tan embriagado o tan enfurruñado en sus propias frustraciones que ni siquiera mira a Jean-Paul ni atiende mi presentación. Solo alcanza a decir: "Es hora de llevarte a casa". El francés me estrecha la mano y me dice en voz baja que me espera mañana a las siete de la tarde, a la puerta del mismo salón.

Agosto 23

Cuando llego sola a *El Talismán*, mi nuevo amigo está esperándome a la puerta. Beso en la mano, larga parrafada galante. Le pido que, como ya no está en Europa, se olvide de refinamientos cortesanos porque me gusta más cuando actúa naturalmente. Ha reservado una mesa para los dos, ha pedido un coctel con un nombre francés que no entiendo y –destino ineludible– me hace una de esas preguntas que preludian un ataque amoroso: "¿Le agrada a usted mi compañía?" La consabida rutina. ¡Oh, el súbito aburrimiento ante la comedia que empieza! El nuevo galán pide lo más caro para causar buena impresión, mientras me hace preguntas que indirectamente tantean mis sentimientos y que están preñadas de eufemismo, aunque traducidas a lenguaje claro no quieren decir sino: "¿Podemos acostarnos juntos esa noche para un ayuntamiento sexual?" Algunas veces, no sé si por curiosidad, aburrimiento o dejadez, desempeño mi papel y doy los rodeos que se esperan. En verdad, si pudiera cambiar las reglas, suprimiría este ridículo ritual, prefiriendo las preguntas directas y un sí o un no inmediato. Pero el mundo está mal hecho y, para determinar si uno quiere cohabitar o no, hay que tolerar la oblicuidad, la ceremonia y el presunto decoro que exige la gazmoñería social.

Esta vez, quizás porque el hombre es muy perspicaz, aparta su conversación de las pautas que me tienen fastidiada. Se interesa más bien en mis estudios, mis proyectos, mis opiniones políticas. Averigua de mi vida y mis planes y quiere saber por qué, habiéndome graduado recientemente, no estoy buscando empleo.

Paso por alto muchas de sus preguntas y le digo, mirándole atentamente para leer su sorpresa, que prefiero el ocio al trabajo. "*Magnifique*, Irma. Un alma libérrima. Una rebelión contra la maldición bíblica. ¡Que suden las frentes de los otros!" Le pregunto: "¿Entonces usted tampoco trabaja?" El ríe: "¡Claro que sí, porque soy hombre sin dignidad ni rebeldía! En todo caso, trabajo lo menos posible". Hace la apología del ocio. El *dolce far niente* que deja el cuerpo laxo mientras explosionan las aventuras de la mente. Es el ocio el que da tiempo para ir en pos del arte por galerías, museos, iglesias; o en pos de paisajes y panoramas para el pincel o la cámara; o por famosas salas de concierto para los grandes momentos musicales dentro de lo clásico o lo popular; o simplemente el ocio le permite a uno quedarse en casa, en su sillón favorito, frente a una televisión o un fino aparato estereofónico. Además, el ocio da tiempo para saborear los refinamientos de la *haute cuisine*, para conocer las interpretaciones de los grandes *chefs* internacionales pero especialmente franceses, con el complemento de un buen vino que necesariamente debe ser francés, si se busca la excelencia absoluta. "A eso quiero dedicar mi vida", añade con una mirada ausente, "por supuesto sin dejar a un lado el tema perenne, el placer que nunca se agota, *cherchez la femme*".

He aquí que de repente, mientras está entusiasmado en la exhibición de sus idiosincracias gálicas, uno de los clientes del salón se acerca a mi invitante, le pone una mano en el hombro desde atrás, y le dice: "¡Juan Beltrán, qué suerte tienes para conseguirte las mujeres más bellas del mundo!" Luego, muy risueño, el desconocido se dirige a mí: "Señorita, no le crea a este venezolano ninguna de sus palabras melosas... Bueno, quizás estoy exagerando pues si a usted le dice que es adorable y hermosa, estará diciendo la pura verdad".

El intruso me hace una venia y se aleja. Estoy roja de indignación, con la cara encendida, sintiéndome como dentro de un horno. Este tipo me ha estado tomando del pelo y cuanto más yo me enoje, cuanto más indignadas sean mis palabras, más grande será su triunfo. Me callo pues mientras él se pone a reir a carcajadas, me da un abrazo y me besa en la mejilla. Cuando vuelve a hablarme ha desaparecido su acento francés y la titubeante emisión de sus frases. Ahora me habla con soltura y rapidez

y me tutea. "Voy a contarte lo que pasó, preciosa. Anoche, cuando tú hablabas con Perico, tu enamorado, yo estaba en la mesa contigua y escuché que hacías un elogio del acento belga. Yo tuve un amigo francés, el original Jean-Paul Bertrand, que hablaba el español con un acento que yo aprendí muy bien a imitar. Como el francés y el belga son prácticamente lo mismo, encontré un pretexto para acercarme a tí. Te vi tan bonita, te encontré tan interesante, te escuché tan deseosa de descartar a Perico que me dije que tal vez podrías tolerar mi compañía no por mi cara sino por la magia de mi voz exótica". Sigue riendo y hablando, sin darme ocasión de espetarle los insultos que están a flor de labios. "Irma, tú tienes buen sentido del humor. Reconoce que te agradó el relato de mi infancia en un pueblo bretón, nada menos que en el golfo de Saint Malo. Te conté cosas tan lindas que en cierto momento se te escaparon las lágrimas de los ojos. ¡Y cómo me envidiaste por haber estudiado en la Sorbonne! Y cuando enumeré las virtudes del vino francés, me creiste un experto". Lo sorprendente fue que un rato de esos sentí que la ira se me había evaporado y me oí riendo a carcajadas. De todas maneras, estaba picada y necesitaba decirle algo que rebajara su efusión.

Le dije: "¡Qué decepción enterarme que te llamas Juan Beltrán! Y tú sabes que ser un Juan Beltrán es lo mismo que ser un N.N., un individuo del montón. ¡Qué elegante sonaba ese nombre francés con que presentaste! Y ahora solo puedo ver un Juanito, o Juancho, o Juanete... Y por eso me empiezas a aburrir". El hombre sigue de buen humor. Me cuenta que su pasatiempo favorito es imitar voces. En la escuela dio malos ratos a maestros y compañeros hablando tras las puertas con voces ajenas. Me dice: "Si pongo atención, necesito escuchar a un individuo solo unos minutos para hablar exactamente como él. Anoche, por ejemplo, escuché tu conversación con tu amigo, o novio, o enemigo Perico cuya voz algo tiple y plañidera es inconfundible... Y hablando de Perico, acaba de entrar, te ha visto y viene hacia nosotros. No te des la vuelta. Voy a hablar con la misma voz de él. No sabrá lo que pasa pero se sentirá tremendamente incómodo".

Viene Perico, Le invito a sentarse y le presento a Juan Beltrán, quien se apresura en ofrecerle una copa y luego le hace varias preguntas. Perico no tiene ganas de hablar con Juan pero como éste insiste, no le queda

otro recurso que contestar. Y entones me pongo a reir como una loca. No hay quien me contenga. Las dos voces son idénticas. Es un monólogo en dos parlantes. Perico se encoge en su asiento y me mira de soslayo. Está defendiéndose de un peligro que sabe que existe aunque no lo puede identificar. Al fin, desconcertado y colérico, le dice a Juan Beltrán: "Esta señorita está en su día blanco. Por eso ríe como si le hubieran dado cuerda, sin necesitar un motivo. Cuando está en su día negro, en cambio, frunce el hociquito, contesta en monosílabos y daña el buen humor de los demás. Hoy se la dejo a usted para que experimente ese especial suplicio que es la compañía de Irma Pantoral". Se levanta y se va sin haber probado la copa que le invitó Juan. Perico, el poeta absoluto, que sueña, piensa y razona en blanco y negro, no puede juzgarme de otra manera. Pero tiene razón. Días negros tengo en abundancia. ¿Y blancos? Este es el primero del año, quizás de los últimos dos o tres años. La magia de la carcajada, el don otorgado al hombre y negado a todos los demás animales. La facultad de contraer o expandir músculos, de abrir la boca y llenar la garganta de vibraciones acústicas como mágico remedio para ahuyentar los malos humores. Lo trágico está en que nadie carcajea a voluntad. Si quiero dar un grito, lo doy; si quiero cantar, canto. Pero soltar una verdadera carcajada no es un acto de voluntad. Es un bombón que alguna vez nos brinda Dios cuando se cansa de darnos bofetadas. Ese ordinario de Juan Beltrán, ese extranjero aficionado a bromas pesadas, me produce una mezcla de antipatía y atracción. Pero tiene la rarísima virtud de hacerme reir y por eso yo he aceptado volverle a ver cualquiera de estos días. Me siento más cómoda en su compañía que en la de Perico porque éste se parece más a mí en aquello de vivir al capricho de sus propios humores, peleando a trompicones por encontrar un momento de amenidad y fracasando casi siempre, hundiéndose cada vez más en la náusea de que hablan los existencialistas. Yo, por lo menos, he encontrado a Juan Beltrán. Es poco pero quizás estoy aprendiendo a contentarme con migajas.

Agosto 30

Mi nuevo amigo me ha invitado a una recepción ofrecida por un ministro. Este curioso individuo de cien voces ha venido a este país enviado por una sociedad internacional para tomar parte en una encuesta psicológica (cuyos detalles nunca tengo paciencia de escuchar o recordar). Por eso encuentra cabida en altos círculos políticos. Juan y yo nos hemos visto diariamente y hemos ido a los mejores salones y restaurantes. Tiene un buen sueldo en dólares, indudablemente, y puede gastar con indiferencia de hombre pudiente. Paso bien en compañía de él menos cuando se vuelve protector y quiere ayudarme a manejar mi vida. Por ejemplo dice que, si yo estoy de acuerdo, él puede conseguirme un buen empleo que me permita viajar a muchas partes. No puedo hacerle entender que me gradué hace muy poco, después de años de estudios, deberes, exámenes, conferencias, investigaciones, sobreviviendo los caprichos de profesores, la tirria de cursos odiosos, las envidias e intrigas de las compañeras, los asaltos de galantes paupérrimos tipo Perico. Me he ganado pues el derecho a un descanso y tengo la intención de pasarme siquiera un año sin hacer planes, contenta en mi pobreza pues de alguna manera he aprendido a vivir con una renta muy pequeña. Le digo esto pero Juan porfía: "Irma, aprovéchame ahora. Pronto se acabará mi misión. Si tienes paciencia para escucharme detenidamente, puedo decirte qué debes hacer para conseguirte un empleo bien pagado e interesante".

A ratos sospecho que es tímido, que está enamorado de mí y no se atreve a abordar el asunto. Por eso gana tiempo buscando por lo menos algo que merezca mi gratitud. Durante la recepción me saca a bailar al lento compás de una música romántica y lo menos que me cabe esperar es que aborde el tema del amor, inevitable entre dos solteros que se ven diariamente. Pero Juan vuelve a su manía: "¿Te hablo algo de ese buen empleo, con poco trabajo y oportunidades de dar la vuelta al mundo que puedo conseguir para ti?" Mas esta noche he venido de mal humor y su persistencia me enfada. ¿Qué le pasa a este hombre? Nos conocemos desde hace una semana y en tantas horas de haber estado juntos solo he recibido un beso en la mejilla que era más disculpa que caricia. Tengo

ganas de preguntarle: "¿Y tú, Juanillo, cuando vas a decir que quieres mi cuerpo?" Pero me porto prudente y me limito a reprocharle: "¿Crees tú que ofrecerme un empleo es una conversación apropiada para una noche de baile y buena comida?"

Juanillo sonríe y se pone a canturrear la melodía de la pieza que toca la orquesta. "Hablemos claro, Beltranejo. Tú no buscas mi compañía por altruismo en favor de una niña desvalida y desempleada. ¿Qué clase de relación buscas conmigo? Cuando salgo con cualquier otro, la meta es muy clara, porque dedica toda su pericia al arte de la conquista con fines obviamente sexuales. ¿Tienes tú esa misma intención? Entonces exprésala".

Juan deja de bailar y me invita a sentarme en un rincón tranquilo. "Me gusta tu manera directa de ir al grano, Irma. Voy entonces a hablarte con igual franqueza. Tú eres bonita y cualquier hombre desde el momento que te ve no puede evitar el pensamiento de cuán placentero sería estar contigo. No te quepa la menor duda de que cualquiera de los hombres que están aquí hoy, a menos que fuese un homosexual, se echaría a tus brazos a la primera insinuación. Tú eres la muchacha perfecta para las fantasías masculinas más exigentes, el ideal para quienes aspiran a lo más alto, prácticamente a lo inalcanzable. Tienes la rara fortuna de poder escoger al hombre que se te antoje, incluso a mí, que no es decir mucho. Por eso he creído que cualquier insinuación de mi parte resultaría supérflua. Indíqame tu deseo cuando quieras: yo estoy a tus órdenes".

Me ha hablado como quien expresa lo obvio, como si le hubiera forzado a decir perogrulladas pero yo me sonrojo, sintiéndome humillada porque todo esto suena como un rechazo. "Era solo por curiosidad", le digo, fingiendo indiferencia aunque el rostro delata mi perplejidad, "quería saber si me deseabas".

Contesta como si le hubiese preguntado si el agua es transparente. "¡Por supuesto!" Y añade en tono de comentario, sin el menor rodeo, que me considera la muchacha más atractiva que ha conocido en todas sus correrías y que tenerme en sus brazos sería el logro máximo en su modesta historia de donjuanismo. "Así pues, aclarada esta premisa, a ti te corresponde la iniciativa. ¿Quieres pasar una noche en mi cuarto, en el hotel? Simplemente dímelo. Pero no lo digas con cara trágica, sino

sinceramente, con tu linda sonrisa, pues no quiero que ello sea para ti un sacrificio sino una expresión de tu voluntad y libre albedrío".

Los ruidos que me rodean –música, conversaciones, vajilla en movimiento, taconazos– se convierten en algarabía ensordecedora. Juan me ha estropeado la fiesta. El trata de distraerme con chistes y anécdotas y recurre a sus gracias de imitador de voces. Remeda, por ejemplo, el discurso que nos espetó el ministro –doce minutos que me parecieron cien –con admirable maestría, torciendo las frases para hacerlas cómicas o ridículas. Pero se me ha desvanecido el sentido del humor por la incómoda sensación de que se han invertido los papeles. El, el macho pasivo; yo, la hembra en celo, precisamente lo que nunca he querido ser. Juan, al despedirse, juguetón, tira de mis trenzas como si repicara una campana y me da un beso convencional rozándome apenas la mejilla con labios desnudos de pasión.

Ahora, en mi cuarto, de regreso, mientras escribo estas líneas, el reloj anuncia al dar las doce que comienza un nuevo día. No tengo pizca de sueño. Juan ha presentado una nueva realidad de mi presencia en este mundo. Según él, soy un sultán de sexo femenino en un harem del tamaño de una ciudad o una comarca, con millares de esclavos a mis órdenes, listos a saciar, o tratar de saciar, mi lujuria. Para los hombres que me ven soy una mercadería codiciable que comprarían sin vacilar si insinuara que estoy de venta. Me llaman bella. ¿Hay una maldición adscrita a mi supuesta belleza? ¿Disminuye mi apariencia física el potencial o la importancia de mi mente, o la expresión de mi propia vitalidad ya que ostensiblemente soy un objeto para satisfacción real o imaginada de la lascivia de los machos que me ven pasar?

Al pensar en esto capto una clara visión de mi insignificancia y envidio a las muchachas feas, u ordinarias, o apenas guapas que tienen que conquistar un hombre mostrándole sus buenas cualidades o su inteligencia, haciéndose mirar más adentro de la piel, ofreciendo la realidad genuina de su persona. Es decir, a las muchachas normales que pueden establecer relaciones de alma a alma porque no son solo un pedazo de carne apetecible. Debe ser por eso que hasta ahora no he podido tener un novio satisfactorio que vea más allá de la carnalidad que obsesivamente parece desprenderse de mí; que descubra que mis impulsos de pasión

física son moderados y periódicos, despertados a veces por un deseo de huir del hastío, o de buscar aventuras o de conocer mejor a un hombre o, más perversamente si se quiere, por el suspenso que siempre crean las variaciones de acometividad fálica. Pero son mucho más largos los intervalos de mi vida dedicados nada más que a existir –a existir por no ser soberbia, para parodiar a Perico– tal vez esperando el día en que las gentes aprendan a ver en mí algo más que una hembra codiciable. Si Juan Beltrán ha hecho eso ¿por qué me siento injuriada y despreciada? La ambivalencia está en el ritmo de mi vida y empiezo a creer que no tengo un alma que merezca ser aquilatada.

Agosto 31 (3:OO a.m.)

No he podido cerrar los ojos hasta este momento pero de repente, rememorando las palabras de Juan, se encendió una luz en mi cerebro que me permitió descubrir el secreto de su rechazo. De repente me ha venido la calma y el sueño. Mañana comprobaré mi teoría.

Septiembre 3

Juan se marcha el 20 de este mes. Aunque habla poco de sí mismo hoy me ha dado a conocer sus planes y ciertamente he quedado intrigada. La próxima semana se termina su contrato con la sociedad internacional que le mandó a este país y, como se queda desempleado, dice que va a dedicarse otra vez a su primera profesión, o sea, a agente viajero. "Pero, Juan, tú viniste con un cargo alto y honorable, digno de un intelectual. ¿Es tu situación tan desesperada que te obliga a rebajarte tanto?"

El ríe. "Voy en ascenso, te aseguro. Representaré a firmas europeas y norteamericanas muy importantes en toda la América Latina y ganaré mucho dinero". No puedo ocultarle mi desencanto. "Cuando dejes tu

empleo y no seas sino un Juanetín Beltranejo –te alargo el nombre para que no sea tan insignificante– ¿encontrarás a alguien dispuesto a hacer negocios contigo?" El acepta mi observación como un buen consejo. "Desde que me conociste me has planteado un problema que estoy dispuesto a solucionar. Voy a cambiar de nombre para no dificultar mi negocio. Las mujeres tienen mucha intuición en asuntos de esta índole".

Trato de explicarle que he hablado en zumba y que no debe hacerme caso pues nadie está obligado a tener un nombre eufónico. "Si tú te distingues puedes dar fama a esas modestas tres sílabas". El insiste: "¿Pero no es verdad que tú preferirías otro?"

Le contesto que mi opinión es secundaria, y que si algo me admira es que él dé prioridad a minucias. Siento que crece dentro de mí una hostilidad apenas encubierta. Desde aquella noche de insomnio después de la recepción del ministro tengo un tumulto de dudas que ha crecido con esta última conversación. Aquella noche él me dijo que solamente un maricón no me desearía. Cómo él desde que nos conocemos no ha hecho el menor intento de enamorarme, ¿es acaso absurdo deducir que es uno de ellos? Es un secreto que deseo averiguar para tranquilidad propia. Soy demasiado sensitiva al rechazo y necesito comprobar que su actitud no implica un real desprecio a mi persona. En los últimos días estoy muy alerta a todo lo que hace o dice. Esta vanidosa decisión de cambiarse de nombre insinúa cierta feminidad y de repente tomo la decisión de atacarle directamente, de forzarle a traicionar su secreto.

Le digo sin rodeos: "Mañana de noche quiero ir a tu hotel y dormir contigo". Mi propuesta le toma de sorpresa. No le desprendo la vista y estoy muy atenta tanto a sus ademanes como a su voz. Juan frunce el entrecejo, arruga la chaqueta con dedos crispados y parece no encontrar palabras para su respuesta. Mas Juan es hombre de mundo y sabe cómo afrontar una situación embarazosa. Después de su instante de vacilación se acerca a mí sonriendo, me abraza, me da un rápido beso en los labios y acepta mi pedido con la cálida conformidad con que se complace a una nena. "Te espero a las siete de la noche para la cena. Voy a pedirle al cocinero del hotel, un maestro en arte culinario, que nos prepare un menú de banquete". Juan sabe luchar y no voy a vencerle fácilmente, pero me alienta haber escuchado en sus últimas palabras cierto dejo homosexual.

Somos ahora un par de actores. Ni él y ni yo deseamos un enredo amoroso. Si fueramos sinceros, él me habría dado un no rotundo y yo le habría confesado que no paso de ser una curiosa incurable. Ni él ni yo, sin embargo, estamos dispuestos a hacer concesiones. El me ha aceptado para forzarme a la derrota y, naturalmente, preservar su secreto. Yo no voy a contradecirme aunque en esos momentos le odio, porque ha aumentado mi voluntad de desenmascararle.

Como mi desconcierto va en aumento me despido para no pasarme al insulto, perder así la partida y confirmar la superioridad de Juan en el eterno duelo entre sutilezas masculinas y femeninas. Cuando me encuentro sola me siento derrotada, cualquiera que sea el desenlace. Si mis sospechas son válidas, no las he confirmado. Si me he equivocado he dado a Juan la oportunidad de usar mi cuerpo sin haberse molestado previamente en halagar mis oídos con promesas románticas, sin haber tratado de encender mi pasión y –lo que es más importante– sin ningún intento de evaluar mi valía intelectual y emotiva.

Empujones del destino. Soy un robot que ejecuta órdenes ajenas. He perdido control de mis acciones y mañana iré al hotel. ¿Es lo que siento la *nausée* de que habla Sartre? Me es más clara que nunca la conciencia de que la vida es absurda, de que la persona tiene una razón y una cordura que están a sus órdenes pero que no le sirven de nada cuando entran en acción los propios impulsos. Mañana iré al cuarto de Juan para la jugada definitiva. Si gano habré demostrado que Juan es, como dicen por aquí, "pérfido", una victoria balado e innecesaria que pondrá fin a nuestra amistad. Si pierdo, me enfangaré una vez más pues, como tantas veces en el pasado, habré hecho del acto sexual una función que enmaraña lo anormal, lo infecundo y lo perverso.

Septiembre 6

Este diario mío, tan personal, tan secreto, que no he dejado hojear a nadie ¿es un espejo de mi verdad? Me esfuerzo por separar al ser racional del ser emotivo, por hablar de mí desde fuera de mí misma, para

explicar por ejemplo por qué fui al hotel la noche del 4, hace dos días, y regresé a casa hoy a mediodía. Como observadora objetiva debo anotar que Irma y Juan forman una pareja común y corriente. El, un experimentador moderado, sin virtuosidad; ella, desapasionadamente dócil, indiferente a la cumbre o la exaltación. Ninguna contribución para un texto de arte en la alcoba. Nos portamos como dos obreros responsables que desempeñan bien su tarea. (Una mejor imagen sería la de dos actores diligentes en una película pornográfica). ¿Estás enamorada de Juan? me pregunta una de las dos chicas que viven en mi casa. Respondo con un ademán que no dice nada pero las palabras que estuvieron en la punta de mis labios fueron: "ni un ápice". Hay momentos en que me es hasta repulsivo y quisiera verle lejos no solamente del país sino de mi mente. Pero hay también momentos –por ejemplo las mañanas al despertarme dentro del aro musculoso de sus brazos– en que me siento protegida y adulada, con esa perfecta euforia de mi infancia en los brazos mi padre. (Siempre el círculo vicioso de emociones antagónicas: apenas pensé en mi padre me salí bruscamente de la cálida atadura). Como compañero, Juan es más tolerable. Cuando charla conmigo, cuando me atiende, cuando escucha con tanta atención mis comentarios, tiene el don de sacarme de mi fango y conducirme por rutas de la vida más apacibles. Vuelvo a mis momentos de buen ánimo y, si me cuenta algo cómico, la risa brota generosamente.

Vuelvo a mi casa y en la soledad de mi cuarto desaparece todo vestigio de lo cómico. No puedo ni sonreir entre paredes de un beige descolorido que es el color de mis días y mis humores. Veo en mi velador *A la búsqueda del tiempo perdido*, la novela de Marcel Proust. Pienso que, al fin y al cabo, el tiempo que él encontró fue el tiempo no perdido pues nadie necesita recobrar las horas inútiles de la vida, esas tantas que la mente hace la merced de arrojar al limbo de lo indistinto. Y los verdaderos recuerdos, los que perduran, son cicatrices... grandes, pequeñas o medianas. Instantes de terror mortal, dilemas inaceptables, meteduras de pata. ¿Qué recuerdos me quedan de los tres años? La enorme aguja cuando diez brazos me sujetaban y el doctor me ponía una inyección; los extraños dibujos que dejó la sangre en mi bata nueva cuando me rompí la frente; el rubor que me quemó el rostro cuando dije ante visitas "cacamelo" en

lugar de "caramelo" y la sala se llenó de risas. De los buenos momentos, si en verdad los tuve, casi nada concreto, solo una tristeza de añoranza por paisajes y luces anteriores a la expulsión del paraíso.

Para mi manera de ver, en mi gramática de las sensaciones, el pasado que se recuerda es el "presente continuo indefinido", el que da color y forma al acaecer. Lo nuevo se integra a ese estampado de cicatrices-recuerdos que aunque pertenecen al pretérito, siguen actuando como elementos de lo inmediato. A veces la superposición de lo recién acaecido abre las viejas heridas y las hace sangrar, recordándome que soy un ser espacial que vive en el tiempo, en el devenir de un tiempo que comenzó antes de mi nacimiento, de manera que a las cicatrices sentidas en carne propia hay que añadir muchísimas más que duelen sin saber por qué.

Mi madre me dijo un día: "Cuando te pones rabiosa frunces el labio superior tal como lo hacía mi abuela" y me mostró una instantánea (que hice desaparecer a la primera oportunidad) donde la lente había capturado ese gesto mío en el rostro arrugado de mi abuela. Pensé cuán ridícula podía ponerme y me avergoncé tanto como el día que dije "cacamelo". ¿Por qué mi abuela, que no dejó fortuna, me adjudicó en herencia un afeador espasmo de los músculos faciales?

Una vez escribí en clase que el ser humano lleva las cicatrices de muchas generaciones y el profesor descartó mi tesis como parrafada retórica. Todavía la sostengo aunque las pruebas que mi propia experiencia ha recolectado son tan íntimamente mías que nunca podría usarlas de respaldo.

Septiembre 7

Juan Beltrán es un rompecabezas que no puedo descifrar. Anoche, continuando una comedia que ya me ha conducido a excesos le dije: "Me entrego a ti porque estoy enamorada. ¿Tú me amas también?" Me contestó de inmediato: "Estoy loco por ti". Tengo ganas de abofetearle. Le he hecho mi pregunta con esmerado arte dramático, logrando un tono de

tremenda sinceridad, y él me contesta con una frase tan espontánea que no se queda atrás en habillidad histriónica. Quizás porque somos de la misma laya no podemos engañarnos mutuamente. Su embuste se agiganta en mis oídos por lo mismo que está maestramente disfrazado.

¿Qué razones tenemos para este juego que empíeza a hacerme daño? Las de él aún me son desconocidas. Las mías son obvias solamente para mí. Es testarudez más queimportismo más espíritu de aventura. Por encima de esto, curiosidad. Quisiera saber las razones por qué soy incapaz de avasallar el alma de Juan. Mis otros enamorados no han tardado en volverse insomnes y celosos, llenos de esa pasión posesiva que los lleva a considerarme como su propiedad exclusiva, aunque en realidad están subyugados a mí y son víctimas de mis caprichos.

En este diario he repetido varias veces un axioma propio, basado en mi experiencia: los hombres tienen mentalidad de esclavos y no lo sospechan. ¿Es Juan la excepción que confirma la regla? Me agasaja, me atiende, me hace buenos regalos, es cortés y medido hasta en sus malos momentos, dice gozar de mi compañía y mi cuerpo, pero le creo capaz de descartarme de su vida como quien echa un papel al canasto. Si hago algo para molestarle, me lo devuelve en igual moneda. Hoy le dije: "He resuelto dejarte de ver un par de días". El me contestó tranquilamente: "Que sean siquiera tres porque voy a ausentarme de la ciudad por tres días". En ese momento entró el mozo trayéndonos el gran desayuno de costumbre pero yo, enfurruñada, me fui sin tocarlo. Abrí la puerta y antes de salir murmuré un seco hasta luego. Lo correcto hubiera sido que Juan hubiese insistido en que no me fuera sin desayunar o, por lo menos, se hubiese acercado a despedirse con un beso. Juan tomó el periódico que había venido con el desayuno y, sin mirarme, meneó el índice a manera de adiós.

Septiembre 8

A Amalia y Sally, que entran a contarme chismes les pido que me dejen sola. El hecho de que vivan en mi casa y paguen un mensual no

les autoriza a trabar mi libertad. "Cada día es más duro llevarse con esta mujer" dice Sally a la otra. Finjo que no he oído nada porque necesito el dinero que me pagan y no puedo pedirles que se muden a otra casa.

Diario, inerte compañero, solo a ti te quiero en este día tan negro. Al escribir la fecha de hoy, septiembre 8, mi presente continuo indefinido ocupa el primer plano para recordarme que es un aniversario. Hace diez años mi padre fue al hospital en una ambulancia y no regresó. El chofer me hizo sentar a su lado y comentó con intención de consolarme: "Son muchos los que aguantan un ataque cardíaco". Pero cuando le dije que ese era el segundo no encontró una frase de aliento apropiada. Llevaron la camilla a la sala de emergencia sin objeto pues ya estaba muerto. Cada aniversario he revivido los detalles de la escena que presencié y he tratado de definir mis sentimientos de entonces y de ahora. Mi padre me sacaba de quicio, su celosa vigilancia me exasperaba, su método de criar niñas le convertían en un Frankenstein. Pero su desaparición me hizo saborear el desastre de ser huérfana y vivir con guardianes improvisados. Ir a casa de mi tía Pilar fue retroceder en el tiempo a fúnebres ámbitos de incienso y jaculatorias y a preparativos para la tumba. Me gritaba: "Me iré muy pronto al cielo y tú te quedarás un tiempo más, lo justo para ganarte el infierno". Ella, millonaria en indulgencias, se murió muy contenta tres años después, convencida de que se había comprado un pasaje de primera al paraíso.

Juan me preguntó cuál había sido la mejor temporada de mi vida. Le contesté que la vacación que, después de la muerte de mi tía, pasé en la granja de mi tío Feliciano, temporada muy placentera que no se prolongó por razón de mis estudios. Le conté que al cumplir los 18 años, mi mayoría de edad legal, me independicé jubilosamente sin sospechar que iba a hermanarme con la soledad y con la enorme carga de ser mi propia dueña. Juan quiso saber qué dinero tenía yo para mantenerme. Le conté que arrendaba dos dormitorios vacíos de la casa que había heredado de mi padre y que tenía además los intereses de un dinero dejado por mi madre: una modesta renta que se volvía cada vez más insuficiente.

"Por lo mismo debes trabajar". Eso es lo que directa o indirectamente me lo repite Juan a cada oportunidad pero, habiéndome graduado y recibido mi diploma, exijo gozar de un lapso de ocio. Quiero vivir sin

planes, sin objetivos, sin jefes, sin problemas, sin horarios, en vegetativa meditación.

Al acabar de escribir esto me he mirado en el espejo y me he preguntado: "¿Para eso has venido al mundo, tonta, para meditar y meditar?" Abundan los que dicen que un ser humano viene para algo o, más concretamente, para triunfar en algo. Pero miro a mi alrededor y encuentro muy pocos triunfadores. Tengo la sospecha de que no soy sino un subproducto cualquiera del azar biológico y por mucho que me pregunte para qué he venido al mundo, la respuesta no se atreve a plasmarse en mi mente, la verdadera, la que parece más evidente: que he venido sin motivo y que nada gano o pierdo si simplemente me dejo vivir hasta que mis órganos cesen de funcionar. Eso estoy haciendo: pasan los meses en fruslerías y empeños inútiles, siendo el mayor desperdicio el encaprichamiento con Juan, este episodio sin amor ni futuro. Habiendo tomado la decisión de no trabajar para evitar problemas, ¿no es el colmo de la trivialidad que me haya impuesto el problema de descubrir por qué el hombre cuyo único talento es imitar voces ajenas me lleva a la cama sin amarme? ¿Qué habré ganado el día en que llegue a saberlo? Lo lógico sería poner fin al desatino y olvidarme de este bicho migrante que va a marcharse cuando se le acabe la misión y se dedique al ordinario oficio de agente viajero.

10 p.m.

Cuando se tiene una vida que es una sarta de minucias, cualquier nadería se agiganta. Como todas las veces que pienso en mi padre, el estómago se me ha descompuesto. Y como he pensado al mismo tiempo en Juan y -para vergüenza mía- le he echado de menos, aquella *nausée* que se ha vuelto parte de mi ser llega a tal intensidad que me pone enferma. He vomitado dos veces y tengo insomnio. Mañana amaneceré con una cara de no mostrar a nadie.

Septiembre 12

Juan me telefonó ayer a las diez de la mañana para pedirme que fuera inmediatamente a su hotel. "¿Lujuria incontenible?", le pregunté. "Simplemente quiero hablar contigo. Te espero en el comedor del hotel para el almuerzo". Es la primera vez que he oído un dejo de impaciencia en su voz. ¿Voy a ir a su hotel después de haber decidido terminar con él? Hemos dejado de vernos y hablarnos cuatro días y la llamada de él que por fin llega más parece una cita de negocios. Salgo con ropa de casa, desganada, sintiéndome todavía enferma, reprochándome de ser tan dócil y después de avanzar unas cuadras regreso a casa, lleno una pequeña maleta, tomo mi cartapacio y pido un taxi a la estación de autobuses. Compro un pasaje a una ciudad que está a tres horas de distancia.

Cuando llego allá el cielo amenaza tormenta y tomo un cuarto pequeño, relativamente limpio, con una ducha que apenas funciona, en un hotelucho central –el dinero no me avanza para lujos– y no puedo volver a salir porque llueve a cántaros. Saco mi cartapacio que no he tocado por algunos meses y, sentada a la ventana que da a la calle, esbozo el tejado de énfrente y los nubarrones que trotan sobre él, una vista que cambia extrañamente porque hay ráfagas violentas que echan el agua contra los vidrios y la distorsionan. Trato de inmovilizar en mi cartulina esta visión cambiante que de alguna manera parece estar más en mi interior que en la variable superficie de los cristales. Aun no termino cuando el viento retorna con renovado ímpetu y derriba un árbol. Entonces bajo al vestíbulo del hotel y sentada frente a un ventanal hago mi segundo esbozo, el de ese árbol derribado por una furia extraña, castigado sin culpa alguna, que asimismo parece pertenecer a mis paisajes interiores.

Dos horas después, cuando escampa, escribo una carta a Juan rompiendo nuestra relación. No me aparto de la prudencia protocolaria y apenas insinúo que me siento asqueada de nuestros arrebatos de incontinencia carnal que no son sino desesperados esfuerzos por llegar a las almas a través de un orgasmo. Salgo, echo la carta en un buzón y voy a pasear por las calles casi solitarias, semidormidas de la pequeña urbe, deteniéndome para desadmirar las pocas vitrinas que solo exhiben

mercadería barata y provincial. De regreso al hotel me sirven una cena que a Juan le habría parecido un atentado culinario y subo a encerrarme en mi cuarto para una larguísima noche de meditaciones, entre modorra y pesadillas, que no resuelven ni aclaran nada.

Por fin amanece y me levanto para avanzar a la estación del ferrocarril donde compro pasaje a un pueblo próximo con fama de pintoresco pero que para mi gusto no es sino diminuto y deprimente. Este rato, a las once de la noche, estoy de regreso, aquí en mi cuarto, sin nada positivo excepto cuatro bocetos a los que voy dando forma definitiva en tinta. Habría progresado más pero he tenido dos o tres ataques de llanto y la sensación de que nada de lo que hago tiene razón o sentido, que me voy reduciendo a la condición de un pelele que actúa cuando tiran de las cuerdas. ¿Sé acaso quién me maneja las cuerdas? ¿Por qué he ido directamente al teléfono y por qué, cuando en el hotel me dicen que Juan no está en su cuarto, me lleno de ansiedad y tomo la resolución de ir a buscarle mañana a primera hora?

Septiembre 16

Solamente hoy, a las cinco de la tarde, respondiendo a mensajes que he dejado en el hotel, recibo llamada de Juan. Me dice que recibió repentinamente órdenes de viajar y que no tuvo tiempo para despedirse; y que al regresar de su viaje encontró la carta que le escribí durante mi escapada y se sintió muy apenado. "¿Cómo pensaste siquiera romper conmigo sin la menor explicación? No sabía qué hacer hasta que la telefonista del hotel me dio tu mensaje. Cuando ella me dijo que habías decidido buscarme mi angustia se convirtió en alegría". Añade que me esperará a las siete de la noche para cenar conmigo. Le advierto que no quiero pasar la noche con él y que si esa es su intención, que se ahorre el gasto de la cena.

Nuestra ausencia simultánea me plantea un enigma. Juan asegura que fue a una entrevista relacionada con su trabajo, que es una encuesta de carácter político o sociológico cuyos detalles me he negado a escuchar

porque debe estar relacionada con el empleo que Juan quiere ofrecerme. Al mismo tiempo yo abandoné la ciudad para visitar dos lugares que no me interesaban ni atraían. ¿Es posible que Juan esté huyendo de mí al mismo tiempo que yo huyo de él? Por otra parte no sé si huyo de él o de los ojos de Dios que atisban los vericuetos más recónditos de mi conciencia, y me ven manteniendo una pecaminosa amistad que vuelve a activar viejos conflictos insolubles. Dentro de los brazos de Juan me he sentido protegida, reviviendo plácidas memorias de la infancia de esa niña risueña que se sabía inmune a todo mal cuando era transportada en brazos paternos. Por eso, porque identifico a Juan con mi padre, mis perspectivas se emborronan y persiste la sensación de que una vez más entro en callejones sin salida.

Presionada como estoy por mi presente indefinido continuo, voy a hacer un experimento, voy a escribir acerca de aquella noche de aguacero en que inicié el gran desvío de mi conciencia. Nada he encontrado más difícil que dar forma de letras a las imágenes indelebles de mi pasado, que nunca fueron pretéritas porque han seguido coexistiendo con el presente.

Yo tenía once años pero he olvidado el mes. Me despertó un trueno muy cercano acompañado de un fulgor tan intenso que era como la encarnación del espanto. Dando gritos fui al cuarto de mi padre y me acosté a su lado buscando sus brazos y sus palabras de consuelo. El acalló mi llanto y para tranquilizarme trató de hacerme reir, primero con bromas, luego con cosquillas. Recobrado mi buen humor me puse a jugar con él y de repente el juego se convirtió en experimentación porque entonces yo era curiosa, activa y asequible. Al día siguiente, en la escuela, cuando hablé con mis compañeras les pregunté si me veían diferente. Me aseguraron que no pero yo me sentía superior porque tenía conocimientos prácticos inasequibles hasta para las alumnas más precoces.

Juan me espera en el vestíbulo del hotel y me lleva a una mesa reservada para los dos. Tiene un obsequio para mí: un estuche de terciopelo con una cadenilla de oro. "Es la que te gustó el otro día, cuando la viste exhibida en una vitrina. Vale muy poco y acéptala solo como un pequeño recuerdo mío". "¿Qué es lo que exactamente quieres de mí?" "Que estés contenta y dispuesta a escucharme". "Solamente si no me

hablas de política", le respondo porque él, como anda en círculos gubernamentales, vive demasiado interesado en partidos, elecciones, fuerzas de oposición y temas por el estilo que a mí me apasionaron por un tiempo mientras era estudiante pero que ahora me hacen bostezar. Juan acepta y la primera hora es deliciosa. El busca tinosamente otros temas, comenzando con una digresión y desarrollándolos solo si despiertan mi interés. Está en sus mejores momentos cuando relata experiencias personales. Me refiere, por ejemplo, que un hacendado le preguntó si era europeo y él le contestó que era africano y de religión musulmana. Me hace reir repitiendo la conversación que él sostuvo con su mejor acento "árabe". A la hora de la cena le sirvieron cordero y Juan hizo un elogio del manso animal bíblico y de la civilización "lunar". Los agricultores se levantan y acuestan con el sol, utilizando el último minuto de luz para sus labores agrarias. Los pastores, en cambio, son ciudadanos de la noche. Suelen conversar con las estrellas y ver en las constelaciones una ilustración gráfica de las aventuras de los dioses, son los precursores de la astronomía. Nadie como ellos puede admirar los sutiles paisajes del plenilunio. Están más cerca del cosmos, conocen las trayectorias de los planetas y los mensajes de las estrellas errantes. Tienen almas saturadas de inmensidad. El hacendado, cuya cultura era incapaz de admirar sutilezas sociológicas, le interrumpió para preguntarle: "¿Cree usted en Alá?" Juan respondió: "¿Hay alguien más en quien creer?" El hacendado le miró escandalizado e hizo la señal de la cruz. Dijo: "¿Quiere usted decir que he recibido en mi casa a un hereje?" Juan, testarudo en su papel de musulmán, alegó apasionadamente que Alá estaba sobre todos y por encima de cristianos idólatras y de infieles de cualquier otra laya. Cuando Juan vio en los ojos de su anfitrión una cólera santa que podía llegar hasta el asesinato, se levantó súbitamente de la mesa, corrió hacia su automóvil y se alejó de la hacienda mientras sonaban unos disparos que nunca supo si estaban dirigidos contra él.

Su conversación hubiera podido prolongarse toda la noche si hubiera continuado por ese camino pero de repente tomó un sesgo impensado. "¿Dime, Irma, te has acostumbrado ya a mi nombre de Juan Beltrán? Le contesto: "Francamente es una lástima que tengas un nombre tan...tan..". "Tienes razón, Irma, es un nombre tan, tan, que ni siquiera encuentras

un calificativo correcto. Pues bien, he decidido cambiar de nombre". Creo que se trata de una broma porque esa clase de decisiones no toma ninguna persona seria, pero Juan saca un pasaporte de su bolsillo. "Este es mi nuevo salvaconducto para rodar mundo". "¿Y quién es el barbudo dueño de este pasaporte?" "Soy yo. En todo caso, seré yo después de tres semanas, pues la barba me crece pronto. El que cruzará la frontera, entonces, será un cubano llamado Alejo Henríquez".

Pocas veces he tenido tanto desencanto. ¿Puede un hombre al parecer inteligente gastar tiempo y dinero en algo innecesario y, como si fuera poco, dar ese paso peligroso sin la menor gracia? "Vas a hacer un tamaño disparate. ¿Qué ganas con perder tu nombre y adoptar otro igualmente ordinario? Si fueras a convertirte en lord, o duque, o marqués, o si escogieras un apellido aristocrático, quizás sería perdonable tu niñería. Pero ¡Alejo Henríquez! Es tan, tan como el otro, si no peor". Juan me acaricia los cabellos, me da un beso en la mejilla y me dice, muy satisfecho de sí mismo: "Es el mejor que pude conseguir. Encontré un individuo que por razones muy privadas, quizás policiales, no puede presentarse en este país con tal nombre y está muy contento de convertirse en Juan Beltrán". Me pregunto si quizás tiene un tornillo flojo. No puedo creer que existan hombres que se presten a tales disparates. "Juan, consuélame diciéndome que todo lo que me has dicho es una mentira. Tu viniste como funcionario de una entidad internacional y quien es capaz de tener tal cargo no puede proceder como un irresponsable. Juan (¿o empezaré a decir ya Alejo?) alega que en pocos días, el 20 de este mes, terminará su contrato y quedará desempleado. Como le gusta vagar por el mundo ha escogido, como me explicó ya, otra profesión que si no tiene el prestigio de la anterior es en cambio más lucrativa. "Es mi oportunidad de hacerme millonario". Le han despachado ya muestrarios por carga aérea y se irá al país del sur por tierra, sin prisa, esperando que le crezca la barba, y cuando pase la frontera será un hombre de negocios libre, próspero y contento.

¿Qué opinas, Irma? No te parece interesante que me vaya a la afamada Orimiel?" Le contesto con desprecio: "¿Tienes que llamar a esa ciudad por el apodo cursi que le han puesto?" El me observa el rostro, como analizando cada poro de la piel y de repente veo que se le iluminan los

ojos. "Me ha venido una buena idea. Si a esta ciudad donde vives habría que ponerle un cornomento de cariño, ¿sabes cuál sería el más hermoso? Cinair, un nombre que suena a música". ¿Y qué quieres decir con eso?" Juan me acaricia la mejilla y acerca los labios a mis oídos. "Quiere decir Ciudad Natal de Irma. De hoy en adelante, esta ciudad se llama así". Juan espera que le agradezca por este piropo tan típicamente suyo. En verdad me siento halagada pero no voy a permitirle que se vaya por la tangente y eluda el tema importante. "Tu idea de cambiarte de nombre me parece detestable".

Está disfrutando de mi perplejidad y listo a refutar todos mis reparos. Aún no sé si miente o habla en serio pero ahora el asunto del cambio de nombre y pasaporte me afecta directamente. Lo evidente es que él va pronto a marcharse del país sin que yo haya sido en ningún instante una parte de sus planes.

Dejo de atenderle y le pregunto con tono de fastidio: "¿Esta es la cosa importante de que ibas a hablarme?" "No, de algo más imperativo". ¡Y el hombre me pone furiosa porque me dice que ha venido a ofrecerme un empleo! "¿Quieres acaso que trabaje contigo, ayudándote a exhibir tus muestrarios?" le pregunto con desprecio. Me contesta que no, que que yo tendría un trabajo en el que él no participaría. "Una razón más para no querer saber nada de ese empleo tan decantado".

Le he pedido tantas veces que no toque más ese asunto que su insistencia me pone colérica y escucho con creciente impaciencia su paternal sermón: he sido una estudiante aprovechada, me he graduado con honores y he cumplido ya mi deseo de tener unos meses de vacaciones: por lo tanto, ya es hora de pensar en serio. Añade que está en posición de influir creadoramente en mi vida. No es el amante el que me habla sino el hombre de experiencia y autoridad y por eso me pongo tan rebelde contra él como solía ponerme contra mi padre, cuyos consejos y lecciones jamás pude soportar. ¿Quién le ha dicho a este extranjero que se convierta en mentor mío y se ponga a manejarme el porvenir?

De todas maneras, conservo la calma y para subrayarle mi fastidio le hablo también con tono profesoral, como si fuéramos dos adultos dedicados a cambiar notas filosóficas. Le digo: "¿Sabes, Juan, cuál es la maldición del graduado? Que durante años, desde su mirador de

estudiante, tuvo a la vista todos los caminos. Podía optar por arte o ciencia, comercio o jurisprudencia; podía ser químico, decorador, bailarín, aviador. Podía escoger una de las quince mil profesiones que dicen que hay en el mundo moderno. Pero cuando a este ser humano rico en perspectivas le llega la hora de escoger, tiene que contentarse con una sola profesión. De todos los caminos hay uno solo que puede andar pues los demás jamás van a ser los suyos. Es como perder los horizontes, como entrar en un largo túnel y entrever a su extremo apenas un pedacito de cielo; es como tener millares de piedras preciosas de todo tamaño, color y forma y verse obligado a devolver todas ellas y quedarse con una sola, posiblemente de muy poco valor. Es como ser rico y encontrarse mendigo".

Juan me pregunta si me asusta la responsabilidad. Le contesto que me espanta el ámbito que se convierte en pasillo angosto, la tarea repetida que se vuelve rutina, la entrega del alma a los caprichos de un jefe y, más que todo, la comprobación de que quien acepta un empleo reconoce que está en el mundo solo para ganarse el pan de cada día. Se jubilará unos cuarenta años después de calentar el mismo asiento y se pondrá a esperar la muerte lo mismo que aquel que nunca trabajó. Yo tengo cierto plazo para vivir en este mundo y encuentro absurdo emplearlo en evitar los reproches del jefe, el retraso, la equivocación y el despido. Prefiero aprender a vivir con mi modestísima renta y conservar mi libertad por el mayor tiempo posible. "Esta es mi situación, Juan, y estoy satisfecha. Soy relativamente rica porque todavía tengo centenares de opciones y no quiero volverme pobre aceptando una de ellas. La indecisión es mi mayor mérito, y mi rebeldía contra las normas establecidas me hace sentir fuera del rebaño".

Juanillo Beltranejo está escandalizado y cuando logra decir en tono de alabanza "Irma, qué habilidad tienes para el sofisma" solo quiere esconder su desencanto. Añade que es la última vez que me habla del asunto porque es también el momento de la despedida pues va a salir del país por tierra, viajando lentamente hacia el sur, visitando puntos de interés turístico, sin la menor prisa porque necesita de dos a tres semanas para ponerse una barba que disfrace su identidad anterior.

Nos despedimos fríamente, solamente dándonos la mano,

mutuamente resentidos y decepcionados. Cuando camino de regreso a casa casi me siento contenta de haber puesto fin a un engorroso episodio de acercamiento físico que nunca pudo hacerse pasión. Nuestra separación es definitiva pues ni siquiera le he pedido su dirección en el exterior y nunca podré escribirle.

Octubre 2

La peor adición a mi presente indefinido continuo. Día negrísimo, color de cueva, de abismo subterráneo. Sally me despierta a las ocho de la mañana. "¿Te sientes mejor, Irma?" Le digo que tengo el estómago trastornado. "Te preocupas mucho, Irma. Bien puede ser úlcera o colitis". Ha venido a recordarme que esta mañana tengo cita con el doctor y debo vestirme de prisa. Le digo que voy a hacer una consulta inútil pues todo lo que tengo es un caso de hondo disgusto conmigo misma por haber terminado con ese hombre de una manera tan desabrida, sin tino ni cortesía. "No es una cuestión de sentimientos sino de *savoir vivre* y buenos modales. Juan iba de todas maneras a convertirse en Alejo Henríquez y desaparecer de mis horizontes, pero algo hubo entre los dos que sobrepasaba lo común, que no prosperó lo suficiente por falta mía y que pudo haber tenido un mejor remate. Así pues me ha quedado una impresión de impericia o chambonería que verdaderamente me ha enfermado". Si lo que tienes es mal de amor, ya te pasará pronto. ¿Quieres el remedio más rápido? Hazle un guiño a uno de tus admiradores, al que te guste más".

Sally me peina, me ayuda a ponerme el vestido y pide un taxi por teléfono. Llego con retraso y tengo que esperar que atienda a otros pacientes más puntuales. Cuando llega mi turno el doctor me hace un examen mucho más rápido de lo que yo esperaba y me anuncia con una sonrisa de mofa que descubre sus dientes ralos: "Lo que tienes, Irma, no es sino un simple embarazo". Me receta vitaminas y tabletas para combatir la náusea y me felicita con mal disimulado sarcasmo. Como me conoce desde niña insinúa que es el momento de que yo le haga las confidencias

del caso. Me despido secamente, sin darle gusto y al regresar a casa veo que Sally no ha ido todavía a su oficina. ¿Se ha quedado porque sospecha algo y quiere saber el diagnóstico del doctor? Evidentemente no. Está muy alterada y ansiosa de comunicarme la novedad que le comunicaron por teléfono. Da algunos rodeos como preparándose a observar mejor mi reacción. "Irma, pedí unas horas de permiso en la oficina porque no quería que otra persona te diese esta noticia".

Me cuenta con palabras entrecortadas que Perico, que hace unos pocos días compró una motocicleta, aceptó el desafío de un amigo a competir con él en una carrera de velocidad, a pesar de que el otro era un experto que había tomado parte en todo certámen del país. "Lo único bueno que puedo decirte es que Perico no perdió su apuesta porque no llegó nunca a la meta; tomó mal la peor curva que había en su trayecto, se despeñó más de cincuenta metros... y cuando le encontraron ya estaba muerto".

La noticia me hace estragos. Vomito inconteniblemente, lloro a gritos histéricos y hago una escena cuyo recuerdo ahora me llena de bochorno. Finalmente le pregunto a Sally, que hace todo esfuerzo por consolarme: "¿Por qué tuvo que matarse Perico?" Ella se pone pálida al escuchar mi deducción y aunque recurre a toda argumento para demostrar que yo nada tengo que ver con ese accidente, sé que comparte la hipótesis de que Perico se ha matado por la desesperación de no poder conquistarme.

Sally me hace acostar y como sé que está ansiosa por ir a su trabajo, fingo quedarme dormida. Apenas sale me levanto para buscar mi diario que es mi confidente e interlocutor, el que comparte mis horas de torbellino y puede devolverme un poco de calma.

Los astros se mueven con tanta precisión que los astrónomos conocen sus futuras andanzas por entre las constelaciones. Me pregunto si mi vida no es también una marcha circular por trayectorias prefijadas, o el desarrollo de un drama conocido que diferentes actores pusieron en escena antes y que ahora yo repito con pocos cambios, casi al pie de la letra. Por ejemplo, mi padre, una versión local del Burlador de Sevilla, se queda viudo, va a vivir en la pensión de Esperanza Ruiz– quien tiene novio y prepara su ajuar para una boda próxima– y decide conquistarla para sí. Tiene éxito y la deja embarazada. Cuando el novio se entera de

que le han adornado la cabeza, se mete en su automóvil, acelera todo lo que puede y se suicida estrellándose contra un poste. Yo, hija de Esperanza Ruiz y el Burlador, soy el fruto del innoble *affaire* y las comadres del barrio me señalan con el dedo cuando recuerdan la tragedia del novio traicionado. Mi padre me engendró y yo engendré un suicidio.

Ahora se repite el ciclo. Perico me encontró una mañana saliendo del hotel. Fingí no verle y él no hizo intento de acercarse, pero le bastaba un mínimo de sentido común para comprender que yo había pasado la noche en el cuarto de Juan. Ese fue el día que Perico compró su motocicleta, empleando los ahorros que hacía "para el día que quieras casarte conmigo". Hoy, con el pretexto de ganar una apuesta, se evadió discretamente de este mundo, incapaz de afrontar la realidad de una enamorada suya dedicada abiertamente a copular con un extranjero. ¿Qué momento escoge mi despechado admirador para matarse? Precisamente el día en que un doctor me anuncia que voy a tener un hijo, el mismo que, aunque todavía no tiene forma definida, conforme al absurdo patrón del destino escrito para él y para mí, necesita inducir un suicidio si quiere ver la luz. Si trato de explicar a alguien este galimatías, me va a decir que ideo rompecabezas muy complicados. Sally, por ejemplo, me demostraría diligentemente que mi hijo será tan inocente al nacer como lo fui yo, aún en el caso de que los dos accidentes hubiesen sido en realidad suicidios. Añadiría Sally que Perico nunca fue mi novio sino uno de mis amigos, como yo misma lo pregonaba en cada oportunidad. En verdad ¡cómo habría podido el pobre Perico pedir mi mano si ni siquiera se atrevía a pedirme un beso!

Mas hay realidades ineludibles. Perico estaba enamorado de mí hasta la médula de los huesos, no vivía sino para mí y mi frialdad le atormentaba día y noche. Su muerte es como un elemento más en mi vida, pues soy una especie de mujer fatal que para vivir necesita la muerte de los que más la quieren. Ahora tendré un doble lastre de culpabilidad, un doble pecado original: un suicidio me concibió y otro suicidio concibió a ese ser que está creciendo en mis entrañas.

Noviembre 23

Después del baño me contemplo en un espejo. Mi huésped invisible, llegado sin invitación, que desde que se anunció me ha indispuesto el cuerpo y el alma, hace su primer acto de presencia. Está agrandando su madriguera. Mi cintura empieza a ensancharse y esta mañana una empleada de almacén me trató de señora cuando yo me probaba un vestido. Mis amigas casadas, con la pericia que nace de la experiencia propia, preguntan capciosamente por qué tengo el cutis marchito. Presumo que apenas les doy la espalda inician sus murmuraciones y se ríen de mi trance. Necesito salir de este barrio donde tantos me conocen; más aún, de esta ciudad y de esta criatura, pero no tengo adónde ir ni a quien pedir ayuda. ¡Si por lo menos le hubiera preguntado al nuevo Alejo Henríquez qué dirección iba a tener en el otro país! Es lógico que, si él me ha hecho esta trastada, si él ha puesto fin a mi juventud y mi honor, por lo menos comparta mis malos ratos. Aunque sería probable que él sonriera ante la ironía de la situación. Yo le había dicho que preferría tener muchas perspectivas de empleo a la necesidad de conseguirme uno. Pues bien, ahora ya estoy empleada, iniciando la carrera más ordinaria y menos atractiva. Voy a ser madre y ama de casa, un número más en las estadísticas de miseria social que incluyen los hogares presididos por una mujer.

Quisiera pensar menos en Juan pero le extraño, por duro que me sea confesarlo, al mismo tiempo que lo asocio con climas nocturnales de culpa. Cuando Juan-Alejo es el tema de mis pensamientos vuelve a hacerse demasiado presente esa conciencia de pecado que adquirí en mi adolescencia.

¿Cuándo me nació el sentido de culpa? No aquella noche de tempestad, a los once años, cuando me refugié en los brazos de mi padre, ni en algunos años subsiguientes, porque mi inocencia original no se había quebrantado. La novedad se convirtió en un incidente casero más, en otro quehacer; y si bien aceptaba la necesidad de guardar el secreto, no sentía culpa sino engreimiento porque me veía perita en esos temas que mis condiscípulas conocían solo de oídas y musitaban con inexactitud

y recelo.

Poco a poco la inocencia se marchitó. Un día en un almuerzo de familia me preguntaron si tenía pretendientes. Dije sinceramente que no pero, como insistieran en que ya no era niña pues iba a cumplir los catorce, conté que Justiniano, un muchacho largirucho y flaco, solía esperarme a la salida de la escuela para acompañarme a casa. Mi padre se indignó, me ordenó poner al orden al indecoroso acompañante y juró que rompería las costillas a cualquiera que intentara seducirme. Hubo un silencio embarazoso como desaprobando la estrictez paternal. Lo que yo comprendí en ese momento y los demás ni siquiera sospecharon es que no había hablado el padre sino el amante. Ese fue el momento en que el pecado dejó de ser abstracción y ser hizo presente primero como una vaga disonancia, luego como un chirrido escalofriante –el de la uña que araña un vidrio– descomponiéndome la armonía conciencial. ¿Era yo un bicho distinto que guardaba un secreto para escapar de la vergüenza? ¿Tenía yo ahora un dueño con derecho a prohibirme el simple placer de toda adolescente de tener admiradores y escuchar galanterías y piropos?

Dejé de pasar al otro dormitorio y él no tardó en extrañarme. ¿Por qué estaba yo renunciando a una costumbre que hasta entonces no requería sugerencia? Cuando se puso a rogarme entré súbitamente en un período de maduración y descubrí los elementos contradictorios del pecado, los que hunden, abochornan y envilecen y los que exaltan y dan altanero poder.

Ahora yo mandaba y me volvía tanto más terca cuanto mayores eran las súplicas, regalos, seducciones, exigencias, barruntos de chantage y estupor. Al mismo tiempo me sentía fuerte y me despreciaba. El deseo de mantener mi ventaja fue poco a poco superado por el descubrimiento de que me había hastiado de él. ¿Facilita el hastío la conciencia del pecado? Ahora me contemplaba con horror, me consideraba un ejemplar de monstruosidad. Y al mismo tiempo me sentía más voluntariosa y perfeccionaba el arte de revolcar a un hombre y convertirle en esclavo.

La muerte de mi padre me trajo un período de adormecimiento emocional que me permitió continuar mis estudios y mirar más calmadamente alrededor de mí. Pero me había vuelto una cúspide nevada. Más alta que mis galanes, insensible a sus encarecimientos, a veces

deliberadamente cruel.

He aquí algunos párrafos de la autobiografía que me gustará publicar algún día, cuando entienda mejor mi presente, es decir mi relación con Juan-Alejo, el hombre que nunca se prestó a mis juegos, que me interesó porque no quiso conquistarme y que desapareció tras una escena sin lágrimas ni besos. Me habría enamorado locamente de él si no me hubiera recordado tanto a mi padre. Ahora le echo de menos. Me hacen falta sus anécdotas, su tranquila gracia para halagarme, su manera discreta de protegerme. Necesito volverle a ver. En este mal trance mío, es el único a quien puedo recurrir. Si le viese en este instante le llenaría de maldiciones por haber arruinado mi vida. Pero al mismo tiempo me arrojaría en sus brazos y le pediría no abandonarme más, porque solamente él, compañero de pecado y desatino, puede ver al ser humano que palpita dentro de la mujer caída y afeada, abrumada con estigmas que no es posible describir verbalmente.

Diciembre 14

He encontrado solución. Es tan obvia que debía haberla pensado desde el primer momento. He sacado mi pasaporte. Voy al país del sur. Como dijera Juan Beltrán, ahora Alejo Henríquez, me voy de Cinair a Orimiel, la ciudad donde vive mi medio hermano Aquiles que es también la ciudad donde hoy se encuentra ese hombre de dos caras, dos nombres y dos dialectos. En Orimiel podré pedir ayuda a dos personas. No conozco a mi hermano. Me han contado que es un hombretón que infunde miedo. Tiene un negocio de transportes que le ha hecho rico. Fui a mi banco y pedí informes sobre él. Me aseguraron que goza de buen crédito, que trabaja con las compañías más importantes del país y que no tiene ningún antecedente policial. Lo último es sorprendente si se toma en cuenta las cosas que cuentan de él y que le han valido el sobrenombre de Espanto. Corre como moneda corriente el rumor de que quien se enemista con él no tarda en desaparecer de la circulación. No sé qué pensar pero si es un hombre de pocos escrúpulos comprenderá mejor mi condición, aunque

no le diré nada en los primeros días hasta tratarle, conocerle a fondo y comprobar que puedo hacerle mi confidente. Como uso una faja apretada, mi figura todavía no me delata. Pero el secreto de mi embarazo que hasta ahora solo he compartido con Sally va a convertirse en un pregón público después de pocas semanas.

Diciembre 23

Mi diario y yo estamos ya en la mal llamada Orimiel, en casa de Aquiles, que es un caserón de nuevo rico vulgarmente suntuoso, dividido en departamentos que pueden funcionar independientemente. Aquiles me ha dado uno de ellos con más espacio de lo que necesito y ha puesto una sirviente a mis órdenes. El ocupa una suite enorme que incluye sala de billar, sala de bolos, sala de ejercicios, piscina cerrada con sauna y un dormitorio del tamaño de una pista de baile.

Aquiles me ha acogido mejor de lo que esperaba. Para ser justa, me ha acogido demasiado bien. Viajé sin avisarle. Al llegar en el aeropuerto tomé un taxi y di la dirección de su compañía de transportes. Me llevaron a un barrio de bodegas, galpones y talleres. Al bajar del taxi tuve que caminar por entre camioneros, cargadores, mecánicos e individuos con caras de asaltantes que me miraban con demasiado interés. Entré en un extenso patio donde vi algunos camiones pintados de verde y azul y un grupo de camioneros que formando un corrillo reían y fumaban. Después supe que hay una carretera cerrada por deslaves y que la empresa atraviesa un período de poca actividad. Mi impresión es que Aquiles, o mejor dicho Espanto, tiene más fama por su nombre que por la importancia de su negocio.

La secretaria, una mujer tosca y sin modales, relativamente joven, quizás una amante de mi hermano, me detuvo en su cubículo negándome paso a la oficina. Mas un momento en que atendía el teléfono me escabullí y penetré en el *sanctum sanctorum* del gran hombre quien, sentado tras un gran escritorio, discutía quién sabe qué confabulaciones con unos empleados. La secretaria entró tras de mí y llegó hasta a agarrarme por

los hombros, pero me sacudí y avancé desafiante, con plantaje de gitana en tablado flamenco, y me identifiqué. Mi hermano, que estaba de pésimo humor y que sin alzar los ojos para verme ya me había ordenado salir inmediatamente, se quedó como hipnotizado, congeladas en sus labios las palabrotas que me iba a soltar.

Tal como lo había previsto, Aquiles se rindió sin batalla ante mi sonrisa. Se levantó, vino hacia mí, me dio un abrazo que si se hubiera prolongado unos segundos más habría provocado un aborto y me presentó a sus subalternos como "mi hermana" con tono de vanidosa satisfacción, añadiendo que yo era una persona de talento, calidad y distinción. "Esta dama que nos honra con su presencia es mi hermana, se llama Irma y es graduada de universidad". Claro, yo le había mandado noticia de mi graduación hacía unos meses y nunca había recibido una contestación. Pero ahora estaba orgulloso de pregonar mi grado y fue recitando los nombres de los presentes, cada uno de los cuales se limitó a inclinar la cabeza sin atreverse a tenderme la mano, como si de súbito entre nosotros dos y ellos se hubiera agigantado la diferencia de jerarquía que existía antes.

Aquiles abandonó sus labores del día, llamó a su chofer y me llevó en su enorme automóvil a recoger la maleta que yo había dejado en el aeropuerto. Luego fuimos al restaurante más lujoso de la ciudad. "Desde hace tiempos he querido comer aquí pero nunca he tenido una compañera presentable". Finalmente me llevó a su casa y me dijo que la *suite* que me asignaba podía ser mía "por toda la eternidad". Como si mi llegada hubiese liberado energías reprimidas, me pidió que me cambiara de vestido y me llevó a bailar en un lugar lujoso recién inaugurado que también quería conocer. Tuve la impresión de que Aquiles estaba descubriendo un nuevo mundo que antes le estaba vedado o que no le atraía. Mi compañía le servía para desenvolverse mejor pues es evidente que le falta soltura social. Más de una vez, con prodigioso tino para no escamarle, insinué los modales que correspondían a la ocasión.

Aquiles –o Espanto como le llaman todos por detrás y algunos de sus amigos en su propia cara– es macizo, tosco y autoritario. Tiene de mi padre la mirada dura, la seguridad de su propia valía y los rasgos generales del rostro, aunque en una versión mucho menos pulida. Aquiles

es paradójicamente atractivo. Al verle uno piensa en un jefe de horda legendaria porque tiene una fealdad de prócer, exitante y majestuosa. Lo extraño es que entre él y yo no hay ningún rasgo común. Como él mismo comentó hoy "nos hicieron en moldes diferentes". Si se pasan por alto ciertas chabacanerías o la ramplona suficiencia de un *self-made man*, y si se atiende más a sus intenciones que a su comportamiento, es fácil llegar a la conclusión de que mi hermano es un buenazo, un cordero con piel de lobo.

Enero 3

Aquiles repite una y otra vez que mi compañía le está proporcionando su primera verdadera vacación. Como llegué para las Navidades y el Año Nuevo, se le han multiplicado las oportunidades de agasajarme. Mi embarazo progresa pero todavía no es visible. Me fatigo más pronto y necesito dormir más. De todas maneras hago esfuerzos por acompañarle sin mayor protesta con la secreta esperanza de encontrarme con Alejo en alguna parte. ¡Cómo me gustaría verle aparecer a nuestra mesa y, hablando con acento exótico, presentarse como bajá, o jeque, o mandarín! Pero no le he visto en ningún lado y no puedo buscarle directamente porque me queda muy poco tiempo para mí. He telefoneado a tres hoteles sin resultado. Tendré que seguir tratando de localizarle.

Mi apetito ha aumentado exageradamente y como a Aquiles le gusta comida abundante, me estoy poniendo gruesa, además de darle más grasas a mi huésped todavía diminuto, que hincha mi faja y pugna por anunciar su presencia. Mi hermano me dijo ayer: "Vas a tener que comer menos porque estás perdiendo tu cuerpo de soltera y volviéndote una matrona". Estoy preocupada porque vine a este país y esta ciudad para contarle a Aquiles el aprieto en que me hallo pero no puedo hacerlo. De tal palo, tal astilla. Aquiles, como mi padre, es quisquilloso en cuestiones del honor de la familia y tan celosamente vigila la pureza de su apellido que ve un violador en potencia en cada joven que me echa una mirada. Ayer, en una sala de baile, un muchacho se acercó a sacarme para una rumba.

Aquiles interpuso su enorme figura entre los dos y le preguntó qué quería con un tono que le hizo a mi admirador desaparecer al instante. Sin inmutarme, en son de broma, le dije a mi hermano: "Si pones en fuga a todo candidato ¿cuándo me consigo marido?" "Todos los que vienen a estos salones son basura" contestó con dogmática convicción y yo reciproqué al momento tirándole de la oreja: "¿Cómo te atreves a decir que tú y yo somos basura?" Es como si yo estuviera lidiando un toro. Suele enojarse cuando mis bromas van más allá de su capacidad de contestar con desenvoltura pero todavía me respeta absteniéndose de esos tremendos epítetos que están en la punta de su lengua para cualquier otra persona.

No hay duda de que soy una chica difícil, como tarde o temprano aseguran todos mis enamorados. Mi hermano hace todo lo posible por mantenerme contenta. Me ha comprado pulseras, aretes, vestidos, ha puesto dinero en mi billetera. Pero en lugar de estarle agradecida cada día le aguanto menos. Me vigila como a una monja, decidido a... ¡conservar mi virginidad!

Sospecho que a mi criada le ha dado órdenes de informarle de todo lo que hago o digo. Hace unos momentos, quejándome de dolor de cabeza, le dije a ella que fuera a una droguería a comprar aspirinas. La muchacha salió vacilante, con la inquietud de quien comete un delito pero por lo menos me dio tiempo para telefonear al hotel Central. Y esta vez tuve éxito. "El señor Alejo Henríquez no está en su cuarto. ¿Quiere dejarle un mensaje?" He tenido que decir que no pues si Alejo me llama a casa y la sirviente, como es probable, escucha la conversación, Aquiles va a asediarme a preguntas que no sabré cómo contestar. Pero la expectativa me ha puesto tan vehemente que he decidido ir a buscar a Alejo a cualquier precio, aunque tenga que pelear con mi hermano.

Enero 4

He vivido mis últimas veinticuatro horas a un ritmo frenético. Anoche mi hermano –o galán, tutor, patrón, carcelero, que de todo eso tiene–

insistió en llevarme al estreno de una película. Cuando tomé asiento tenía a Aquiles a mi derecha y a mi izquierda un jovencito muy guapo que empezó a observarme como embobado. Me cayó simpático y le sonreí. Más tarde, durante la proyección de la película, no protesté cuando me puso la mano en la pierna. Mi hermano, a quien le sobra la suspicacia y cuyos ojos parecen estar en cien puestos a la vez, no tardó en percatarse y me susurró al oído: "No te portes como una puta". Yo, fastidiada de su celo fraternal –que según presumo tiene la misma oblicua génesis que incitó a mi padre a defenderme contra todo admirador– no le hice caso y hasta cambié algunas frases con el desconocido. El guardaespaldas de Aquiles, a quien llaman Chepo, que es además nuestro chofer, estaba en el teatro sentado tras de nosotros. Es un gigantón de ojos sombríos con quien mi hermano se comunica por medio de algún código secreto pues cumple órdenes que no le oigo dar. Terminada la función Chepo, que por lo general es muy eficiente, tardó más de lo acostumbrado en llevar el Cadillac a la puerta del teatro. Al hacernos entrar en el vehículo, Chepo levantó la mano y meneó el dedo índice. Aquiles, muy complacido, le dijo "¡Qué bien, hombre, qué bien!" Cuando la luz roja de un semáforo nos detuvo en la esquina vi que tres o cuatro personas levantaban a un hombre a quien le sangraba profusamente la nariz. ¡Era el jovencito con quien yo había estado conversando! Le dije a Aquiles, sin ocultar mi disgusto: "Parece que te llaman Espanto por los puñetazos que das con mano ajena". Aquiles soltó una prolongada carcajada de hiena que me descompuso dándome una razón más para encontrarle repulsivo. Estaba hondamente complacido de que yo me hubiese percatado del incidente.

Hoy, al mediodía, resolví imponerme a cualquier precio. Aún no terminaba de vestirme cuando entró mi hermano a recitarme el programa del día. Iba a llevarme...¿qué sé adónde? No le escuché porque quería atenerme a mi propio programa. Procedí con tino. Le dije que iba de compras a varios almacenes para escoger prendas femeninas acerca de las cuales los hombres no entienden nada. Me dijo que le parecía muy bien y que iba a acompañarme para aprender algunos de esos secretos de las mujeres. Le contesté entonces más resueltamente que ese día tenía gana de estar a solas. El insistió en que temía dejarme sola en una ciudad que yo apenas conocía. Argüí que yo era mayor de edad, que estaba

acostumbrada a la batahola urbana y que desde hacía mucho tiempo me manejaba por mí misma. "Aquiles, te agradezco mucho por tu solicitud, estoy abrumada por tu generosidad y tu buen recibimiento, pero estoy acostumbrada a ser libre y tomar mis propias decisiones. No acepto que nadie me controle ni me quite el derecho de hacer mis propias amistades y de conseguirme un enamorado". Yo, conociendo a Aquiles, impulsivo y autocrático, incapaz de concebir que alguien contradijera sus órdenes, le hablé con mucho cariño y sonrisas. Le llevé hasta su automóvil, le di un beso en la mejilla y le dije que yo tomaría un autobús hasta el centro de la ciudad e iría a los dos grandes almacenes que había allí. Esperé largo tiempo el paso del autobús y cuando al fin lo tomé, su avance fue muy lento. Al descender de él me pareció ver una cara conocida: un hombre con facha de obrero, de pelo negro muy hirsuto y una cicatriz en la mejilla.

Pronto me di cuenta de que ese tipo y su compañero habían estado esperando mi autobús y ahora empezaban a seguirme. Mi hermano había decidido vigilarme. Como en estos días ha habido un derrumbe en una carretera principal, varios camioneros no tienen trabajo y mi hermano ha encontrado la manera de ocuparlos. Entré en un almacén y traté de despistarles pero los dos no me perdían de vista. Ya no podía avanzar al hotel Central y buscar a Alejo sin exponerme a los celos de Aquiles quien, bien informado de mis actividades, a mi regreso a casa tendría pretexto para utilizar todos los sinónimos de prostituta.

Yo estaba examinando un par de guantes mientras ideaba desesperadamente un plan que me librara de mis vigilantes cuyos ojos los sentía sobre mis espaldas cuando oí que alguien me llamaba por mi nombre. Al darme vuelta me estrecharon dos poderosos brazos. "¡Oh, eres tú, Juan!, casi te desconozco con esa espesa barba!". Sin dejar de abrazarme me murmuró al oído: "Permíteme presentarte mi nuevo yo. Soy el agente viajero cubano Alejo Henríquez". Era indudable que estaba contento de verme. Una mujer tiene un radar muy suyo que detecta las señales secretas del corazón. "Dame tiempo para acostumbrarme a tu barba y tu dialecto" le contesté igualmente jubilosa.

Me acompañó a mis compras y luego me invitó a cenar en su hotel, que lo mismo que el anterior es el más suntuoso y costoso de la ciudad.

El hotel tiene tres comedores y Alejo me llevó sin vacilar al más caro de ellos. "¿Te va muy bien en el negocio, Alejo? Veo que sigues derrochando como antes". "He comenzado con mucha suerte. He hecho unas cuantas ventas espectaculares".

Tal como yo lo esperaba, un minuto después de habernos sentado a nuestra mesa, entraron otros dos comensales y se acomodaron en la mesa contigua. Alejo le pidió al mozo que nos cambiara de lugar y nos pusiera cerca de una ventana con una buena vista. Le pregunté: ¿Te interesa el panorama de la ciudad o crees que esos dos individuos te espían?" "¿Lo has notado tú también? Nos han seguido desde el almacén" Yo le dije riendo que cenara con tranquilidad pues no eran policías que buscaban a un desaparecido Juan Beltrán, robador de pasaportes ajenos, sino un par de vigilantes de mi virginidad. Tuve oportunidad de contarle acerca de mi hermano Aquiles, cuyo magnánimo recibimiento se había convertido de repente en un acaparamiento de mi persona porque él era un ultramontano en materias de honor y quería mantenerme pura y blanca hasta el día de mi boda. Alejo encontró divertida la situación, hizo chistes al respecto y me mejoró de talante.

Necesariamente yo tenía que poner fin a ese intervalo, a ese corto período de escape a la carcajada, para hablarle de lo que más nos interesaba. "Alejo, viajé exclusivamente para verte y quiero que me escuches con atención. Voy a tener un hijo tuyo".

Yo estaba temblando como si esperara el estallido de un rayo. Alejo se sorprendió mucho pero en forma que yo no esperaba pues se puso muy contento y me dijo que por fin comprendía por qué se me veía más gruesa, por qué había más madurez en mi expresión y modales. "¿No es maravilloso? Dejé una linda muñeca y ahora me encuentro con una madre hermosísima". "¿Te divierte este acontecimiento?" "Me exalta. Tengo ganas de avisar a gritos que soy el hombre más feliz de la tierra". "Para mí ha sido una pesadilla. Quiero consultarte qué es lo que debo hacer. ¿Puedes tal vez ayudarme a abortar?" "Eso es un delito en este país, además de una cosa arriesgada. Sería imposible ponerte en manos de un médico experto y tendrías que jugarte la vida con aficionados y charlatanes. No, querida Irma, no quiero que abortes sino que des a luz ese hijo nuestro". "¡Qué fácil, verdad! ¿Qué hacemos después con la

criatura?" Alejo me miró largamente con mi mano entre las suyas. "La adoraremos y la cuidaremos, que es lo que corresponde hacer a todo marido y mujer". "Despacio, despacio, Juan Alejo Beltránquez. Como no te estoy poniendo pistola al pecho, no te veas obligado a proponerme matrimonio. Y dame tiempo de pensar, pues no encuentro fácil casarme con un vagamundo profesional que no quiere asentarse en ningún lugar".

Alejo me pidió que le dejara explicarse. "Toda la vida he ansiado tener un hijo y ahora que mi sueño se hace realidad, no voy a separarme de ti. Por supuesto, se acabaron los viajes. Escoge la ciudad del mundo que más te agrade y allí nos estableceremos y criaremos a nuestro hijo legítimo".

Mas otro rato me dijo que no podía casarse de inmediato por muchas razones, inclusive por el hecho de que viajaba con un nombre supuesto, pero insistió en que iba a arreglar las cosas de prisa. "Quiero que mantengas tu calma y tu paciencia por un corto tiempo. Iremos a otro país y nos casaremos".

Después de la cena, tanto para prolongar la compañía de Alejo como para fastidiar a mis vigilantes, le propuse que me acompañara a casa a pie, una distancia de dos kilómetros. "¿Te dijo el doctor que hicieras ejercicio? Me parece muy bien porque no debes aumentar mucho de peso". Alejo maniobraba ingeniosamente para mantener a los dos hombres de mi hermano a una distancia que les impidiera escuchar nuestra conversación. "Esta persecución me exaspera. Alejo, tienes que hallar una solución. Busca un lugar donde yo pueda esconderme hasta el día del parto o hasta el día en que puedas sacarme de este país. Después de muy pocos días mi hermano va a darse cuenta del embarazo y me aterra pensar en la clase de reacción que tendrá. ¡Podría hasta matarme!... Y a tí, Alejo, te haría desaparecer al instante".

Alejo me ha prometido tener listo un plan la próxima vez que nos veamos, es decir, después de dos o tres días. Me felicitó por haber tenido tanto tino con mi hermano antes de mi escapada y me pidió que continuara risueña y cariñosa con él. Me dijo además que él y yo debíamos vernos abiertamente, siempre en lugares públicos, mostrando que no teníamos nada que ocultar. Debía decirle a mi hermano que me había encontrado con un amigo de muchos años que podía estar algo enamorado de mí pero

hacia quien yo no tenía ninguna afición romántica. "Para que tus vigilantes confirmen tus palabras, quiero que me rechaces enérgicamente cuando yo trate de darte un beso al despedirnos".

Ahora, a medianoche, en el silencio de mi cuarto tengo una sensación de bienestar y optimismo. Todo lo acontecido desde el momento en que me encontré con Alejo, es decir, nuestro mutuo y entusiasta abrazo, su alegría de sentirse padre, su inmediata idea de matrimonio, fueron bálsamos sucesivos que aliviaron mi desconcierto. He vuelto a preguntarme –con menos angustia esta vez– si quiero a Juan y me he contestado que quiero mucho a Alejo. Es extraña la sensación que tengo de hallarme ante una nueva persona. La barba le sienta muy bien y el dialecto cubano parece más acariciador, más apto para la intimidad. Es el mismo y es distinto y cuando estoy con él todos los grandes problemas parecen tener soluciones fáciles.

Ahora que Aquiles me recuerda a mi padre, Alejo se convierte de súbito en pretendiente legítimo a quien puedo amar sin escrúpulos al margen de toda sensación de pecado o transgresión, como si por fin me estuviera permitido pensar y actuar como una muchacha normal. Si alguna novedad genuina he encontrado en este país es la de saber que soy capaz de sentir amor hacia alguien. He descubierto un sentimiento que antes carecía de realidad.

Enero 4

Como cabía esperar, mi hermano vino a mi cuarto a las siete de la mañana antes de partir a su oficina. Quería saber qué había hecho yo el día anterior aunque sus hombres ya le habían dado todos los detalles. Sin inmutarme ante un interrogatorio de tipo policial, logré mantener nuestra charla en un nivel de cordialidad. Le conté que había tenido el placer de encontrarme con un gran amigo de mis años de estudiante, que él me había invitado a cenar en el hotel Central y que habíamos pasado varias horas recordando nuestros buenos tiempos. "¿No quiso llevarte a la cama para cobrarte el agasajo?" Solté una carcajada. "Si tuvo intención de

acostarse conmigo no se atrevió a decirme". Añadí que nunca en lo pasado me había enamorado de él y que ahora no tenía ninguna intención de corresponderle si él se ponía a hablarme de amor. "Simplemente, Alejo no es mi tipo", le aseguré a mi hermano. Aquiles me dijo que ese individuo no valía ni para amigo y me prohibió volverle a ver. Yo festejé su orden con carcajadas, como si fuese una broma. Sin perder el buen humor le dije que yo era mayor de edad y ya no estaba sujeta a prohibiciones de nadie. Y además ¿por qué se preocupaba él de un asunto baladí? Mi amigo, agente viajero, saldría del país un día de estos y sería muy remota la posibilidad de volvernos a encontrar. "Una razón más para que pongas fin a esta ridícula amistad", insistió mi hermano. Siempre calmada y sonriente, buscando el eufemismo en todo lo posible, le dije que cualquier decisión al respecto la tomaría yo sola y que me sentiría más cómoda en la casa de mi hermano si él se abstenía de manejar mi vida. Si él insistía en coartar mi libertad porque mi comportamiento no se ajustaba a las normas de él o porque mis ideas diferían de las suyas, yo me mudaría inmediatamente a un hotel. "Lo cual sería una lástima porque te tengo mucho cariño, Aquiles, y necesito tu protección y ayuda".

Cuando mi hermano salió, sus ojos tenían el color de nubes huracanadas; mas no se atrevió a insistir y solo subrayó que le resentía mucho que yo rehusara su compañía y no aceptara su invitación a cenar con él esa noche.

Me encontré con Alejo a las dos de la tarde y le llevé a un parque donde hablamos de mil cosas mientras dos nuevos hombres de mi hermano rondaban por los senderos. Nos habíamos sentado en una banca aislada y cada vez que ellos pasaban frente a nosotros cambiábamos de conversación. Alejo ya tenía un plan para librarme de Aquiles. Lo examinamos largamente en todos sus detalles incluyendo posibles variaciones si algo se alejaba de lo previsto. Luego fuimos al hotel a cenar y después de una larga sobremesa, a las nueve y pico de la noche Alejo me mandó a casa en un taxi. Tan contenta estaba yo de haber gozado de la compañía de Alejo, tan enamorada me sentía de él, que antes de entrar en el taxi me lancé a sus brazos y le di un beso largo, sin importarme los ojos vigilantes de los dos paniaguados de Aquiles.

Enero 5

Hoy a las siete de la mañana, mientras me peino sentada a mi tocador, espero la inevitable visita e indagatoria de mi hermano. Anoche cometí una imprudencia y tendré que pagarla. Aquiles llega con la puntualidad de un eclipse, con cara apopléjica e ímpetus de blandir los puños, con ojos irritados y cabello desgreñado. No hay duda de que el informe de su par de fisgones le ha sacado de quicio. Apenas abre la puerta me ordena: "Explícame lo que hiciste anoche". Yo, que esperaba esa pregunta, tengo la respuesta preparada: "Buenos días, Aquiles, gusto de verte... ¿Qué te pasa? ¿Te han fallado tus hombres y no te han contado nada después de vigilarme dos días como malhechora peligrosa?" Le digo que sus empleados son todavía espías inexpertos: les falta soltura y delicadeza, están tensos y aburridos al mismo tiempo, bostezan, se desperezan, miran el reloj cada cinco minutos. "Pues, Aquiles, me dio pena de verles tan infelices y, como soy compasiva, les ofrecí algo interesante para que quedaran bien contigo. Le di a mi amigo Alejo un beso de los que se ven en las películas y estoy segura de que los dos vinieron muy contentos con su reportaje". El sigue hablando con la tronante voz de un dios olímpico: "No me mientas, Irma. Tú estás en amores con ese insecto, estás deshonrándote en una forma que no puedo consentir. O cambias de actitud o les mato a los dos".

Es un toro bravo que tengo que lidiar con maestría. Sigo quitando importancia al incidente y le pido por favor que no me provoque metiéndome sus espías por los ojos. "Lo que hice anoche es mi manera de indicarte que soy dueña de mis actos. No estoy enamorada de Alejo y si anoche le di esperanzas indebidas fue solamente por fastidiarte. Cálmate y escúchame: no necesitas intervenir. Voy a almorzar hoy con él por última vez y le diré que se olvide del beso de anoche porque no es mi tipo y no siento nada por él. Es una decisión espontánea, tomada por propia convicción y no vayas a creer que estoy cediendo a tus órdenes". El me abruma con razonamientos que suenan a desatinos. Le abrazo, le beso en la mejilla, hasta le seco unos lagrimones que le ruedan por los ojos, para ponerle en condiciones de ir a su oficina sin dar un

espectáculo de niño castigado. No tiene deseos de dejarme sola pero, por algún negocio urgente, le están llamando al teléfono a cada momento. Le digo: "Desde esta noche, habiendo terminado ya con Alejo, estaré libre para aceptar todas tus invitaciones. Vamos a pasarnos muy bien, te lo aseguro".

Aquiles está acezante; su sudor huele como los árboles caídos que se pudren en las selvas, un tufo que queda flotando en mi cuarto produciéndome una sensación de sordidez y decadencia. Un nuevo telefonazo le obliga a marcharse y dejo por fin de abrazar su cuerpo macizo. Me oigo murmurando "Quisiera verte muerto".

Ahora vuelvo a ser presa de mi presente indefinido, comprobando una vez más que la historia es circular, que hay una pequeña colección de temas que se repiten como si la persona viniera condicionada para hacerlos suyos.

Tengo ante mis ojos una escena que me dejó muy maltrecha a los quince años. La puedo reconstruir como si la estuviera viviendo en estos momentos. Antes quise narrarla en este diario pero me faltó coraje. Las circunstancias actuales la hacen tan viva y tan ajustada a mi presente que puedo incluirla como parte de mi historia de hoy.

Sí, tengo quince años y he invitado a Adalberto a venir a casa a mediodía. El ya ha cumplido veinte años y los cinco de diferencia le ponen en una categoría adulta que me infunde cierto respeto. Me ha dicho "No eres sino una colegiala, pero yo soy independiente y tengo negocio propio". Repara automóviles en un pequeño taller. Me es atractivo por su edad pues he empezado a cansarme de mis condiscípulos y ando buscando gente más madura. Adalberto ha aceptado mi invitación con lúbrico entusiasmo, sin importarle perder unas horas de trabajo. Soy una colegiala mas eso no impide que él, como tantos otros, esté loco por mí. Le hago subir al dormitorio y me pregunta con recelo: "¿Crees que está bien aquí?" "Puedes marcharte al instante si estás con miedo". Adalberto, que cultiva un ostentoso machismo, se saca la chaqueta con fingida tranquilidad.

Cuando mi padre abre de un manotazo la puerta del dormitorio y nos sorpende en la cama, sus gritos deben oirse en toda la ciudad. Con una capacidad para el improperio desconocida para mí, avanza hacia

Adalberto con las manos crispadas preparándose a un estrangulamiento mas Adalberto es ágil y flexible. Le derriba de un empujón, recoge sus ropas y se escabulle. Mi padre se incorpora con dificultad y avanza hacia mí. Estoy de pie al otro lado de la cama y una silla me sirve de débil barrera. El la alza en vilo, la arroja a un lado y logra agarrarme del brazo. ¿Va a golpearme hasta el cansancio, va quizás a matarme? Los labios han estado en movimiento pero su voz se va apagando y termina por hacerse inaudible, los dedos triturantes dejan de presionarme, los ojos pierden su brillo asesino y el cuerpo se le derrumba hasta caer parcialmente en la cama. Paso sobre él dando un salto, me visto sin prisa y dejo transcurrir largos minutos antes de tomar el teléfono y llamar una ambulancia.

En el hospital me hacen entrar en el momento en que el médico cubre la cabeza de mi padre con la sábana y menea la cabeza. La vuelve a levantar para que yo vea la cara lívida por unos instantes y me ofrece un sedativo. "Irma, lo que ha sucedido era inevitable. Tu padre no cuidó su dieta, ni rebajó sus horas de trabajo, ni aprendió a mantenerse calmado. ¿Pasó algo hoy? ¿Tuvo algún disgusto contigo?" Yo le cuento (arte de mentir con la verdad) que mi padre vino a mi cuarto a hablar conmigo y que yo le escuchaba sin contestar palabra cuando de repente perdió la voz y cayó sobre la cama.

Pasa una semana antes de que yo le dedique mi primer llanto. La orfandad empieza a doler y de alguna manera le echo de menos. Vivía tan dedicado a mí, tan deseoso de complacerme que a su lado yo tenía la tiranizante seguridad de una niña mimada. Yo le quería a mi padre y al mismo tiempo le odiaba. Que alguien me lo explique porque yo no puedo. Esa fue una de las tantas épocas en que mis sentimientos y hasta mis actos eran a veces extraños a mi razón. Y por no comprenderlos, me es difícil ser sincera conmigo misma. ¿Por qué no puse aldaba a la puerta de entrada como lo hacía usualmente? ¿Por qué no tomé en cuenta que él acostumbraba regresar al mediodía? ¿Deseaba quizás un buen enfrentamiento con mi padre para definir mi independencia? ¿Me olvidé verdaderamente de la recomendación del médico de que yo evitara cualquier disgusto? En otras palabras, ¿hasta qué punto tuve la culpa de que muriera de un ataque al corazón? Nunca podré saber en qué

proporción hubo ese día elementos de azar y de premeditación.

Esta mañana vi una variación del mismo argumento, un nuevo ciclo de viejas experiencias. En el sainete o drama de hoy, el protagonista no fue mi padre sino mi hermano, mas tuvo la misma pasión, el mismo complejo de apropiamiento; y de parte mía una provocación deliberada, el mismo anhelo de liberación y un odio tan intenso como antaño, también escondido e inexpresado.

Enero 10

Diario, te he abandonado por cinco días. Eres mi mejor confidente porque aceptas mi interpretación de las peripecias de mi vida sin reparos ni protestas. ¿Debo inferir que eres mi mejor confidente porque no me preguntas nada? Hay días en que intento abandonarte o destruirte porque ¿para qué necesito el pasado que se petrifica en estas páginas que nunca releo?

Mis últimas veinticuatro horas en casa de Aquiles tuvieron un extraño ímpetu vivificador. Volví a sentirme como un dínamo en óptimo funcionamiento pues hasta mis falsas expresiones de cariño a Aquiles fueron excelentes. Cuando hay acción y suspenso mi ánimo se robustece porque lo inmediato pasa a primer plano; en cambio, en horas de silencio e insomnio se anima mi tumultuosa vida interior llena de errores y torpezas y llego a la conclusión de que he destruido mucho y he construido apenas.

Al sonar las doce del mediodía llego al hotel Central donde Alejo me espera para almorzar. En el comedor no hay todavía comensales y los dos primeros que entran después de unos minutos son hombres de Aquiles, esta vez luciendo trajes flamantes de casimir y modales de carretoneros. Esta vez escogen la mesa contigua y se sientan en las sillas más cercanas a nosotros. Piden cerveza y la sorben lentamente mientras estudian el menú, al parecer con perpleja incomprensión. Nosotros hemos estado esperando a estos dos matones disfrazados de caballeros y nos alegra que puedan escuchar la conversación. Alejo me habla con voz clara y lenta de locutor de radio, repitiendo a veces las palabras para que

los dos escuchones no pierdan una sílaba. Me hace una declaración de amor y propuesta de matrimonio que me habría gustado escuchar en otras circunstancias aunque, en honor de los vecinos, peca de empalago y prosopopeya. Pero vibra de sinceridad y yo sé que, comedia aparte, se inspira en sentimientos verdaderos. Mi contestación no se queda muy a la zaga como arte teatral pero es falsa por necesidad. Le digo a Alejo que soy muy joven y que quiero más años de soltería para gozar de la vida, aparte de que mi intención no es vincularme a un vendedor ambulante que tiene como los marineros un amor en cada puerto y me convertiría en viuda intermitente. Alejo rechaza mi rechazo con razones vehementes y se niega a recibir mis calabazas. Me voy impacientando y cuando el mozo se acerca con el menú, sin ocultar mi mal humor, escojo "Joyas del mar" que es precisamente el plato que Alejo desaprueba. Yo subrayando mi afán de contradecir pido ración doble y una salsa muy condimentada. "¿Dices que va a hacerme daño? Pues la consumiré hasta la última gota".

Conforme a nuestro plan, después de haber comido los mariscos empiezo a sentirme enferma. "Estoy descompuesta, mareada y con un tremendo dolor de estómago". Alejo, muy solícito, insiste en llevarme a una clínica cercana donde trabaja un doctor amigo suyo. Acepto entre quejidos y nos levantamos de la mesa. Los dos hombres, que aún no han terminado de comer, se levantan también, quizás en busca del teléfono más cercano.

Quien me examinó en la clínica fue un ginecólogo con quien ya tenía una cita para esa hora. Me dijo que mi embarazo marchaba bien pero que yo estaba nerviosa y debía calmarme para evitar cualquier molestia futura.

Durante el examen, Alejo se quedó en una salita de espera que daba a un corredor. Me dijo al oído que dos hombres de Aquiles tenían las orejas pegadas a la puerta. Alejo inició un diálogo-monólogo con dos voces. Voz de doctor: "Señorita Irma, ha sido un placer conocerla. Me complace que el Sr. Henríquez, un buen amigo mío, me haya dado la oportunidad de servirla. No se preocupe. Todo lo que usted tiene es una intoxicación estomacal. Estará bien en menos de una semana. Le recomiendo que guarde cama por tres días. Tome usted este antibiótico".

Voz de Alejo: "Doctor, ¿está usted seguro de que no es nada grave?" Voz del doctor: "Moderadamente grave. Por eso insisto en que ella guarde cama por tres días. ¿La señorita Irma es su novia?" Me toca el turno, con una protesta vehemente: "Alejo es un buen amigo y nada más que un buen amigo". Voz del doctor: "Una noticia interesante, señorita Irma, para mí que soy soltero... No olvide de quedarse en cama un mínimo de tres días. Llámeme si hay alguna complicación. O simplemente llámeme para conversar. Buenas tardes". Ahora sigue un diálogo entre Alejo y yo: Alejo, con sarcasmo: "Ajá, te conseguiste otro admirador". Yo: "Déjate de bromas, Alejo. ¿Esta intoxicación fue idea tuya?" Alejo: "No, fue la imprudencia tuya de comer esos mariscos". Yo: "Creo que te has propuesto matarme con tus invitaciones. La de hoy fue la última. No quiero verte más". Alejo: "Estás enferma y tu malhumor es disculpable". Yo: "Te hablo muy en serio. No es un impulso. Es una decisión bien meditada. No siento nada por ti y rechazo tu propuesta de matrimonio. Vamos ya. Llévame a casa y no vuelvas a asomar más. Si insistes le diré a mi hermano que se ocupe de ti".

Cuando entramos en el taxi, Alejo me felicita por mi actuación. El taxi avanza lentamente debido a la congestión del tráfico y al fin de nuestro viaje ya nos están esperando los mismos hombres de Aquiles que para "despistarnos" se han cambiado a ropas de trabajo y fingen examinar los alambres de un poste cercano. Mi comedia necesita un epílogo. "Nada de besos, Alejo. La mano y se acabó. Te agradezco por tus atenciones pasadas pero no por el mal almuerzo de hoy. Que esta sea nuestra última despedida porque no quiero verte más". Alejo se queda mirándome con esa cara de perro latigueado que solía poner Perico y yo cierro la puerta de prisa para poder reir sin ser vista.

Aquiles regresa de su oficina poco después. Aunque está muy bien enterado de los acontecimientos del día, le doy detalles de mi intoxicación y le imploro que no vaya a romper las cabezas de los cocineros del hotel porque estos accidentes son inevitables. "La medicina que me dio el doctor me hizo mucho bien, pero me siento como apaleada y voy a quedarme tres días en cama".

A la mañana siguiente, como de costumbre, antes de marcharse a su oficina mi hermano entra temprano a mi cuarto. Me encuentra cantando

y escribiendo. Exige leer mis cartas (tal como lo había pronosticado Alejo) y le entrego dos inocentes tarjetas postales para amigas de mi infancia. Aquiles se da cuenta de que ha exagerado su papel de supervisor y se sonroja a pesar suyo pero yo me porto más cariñosa que nunca, le agradezco por preocuparse tanto de mi salud, le doy un beso y le digo que se vaya tranquilamente a su oficina. El dice que quiere pasar el dia a mi lado pero afortunadamente le telefonean desde la oficina para algún asunto que merece su atención inmediata y sale disparado.

Todavía en pijamas, miro por la ventana y por primera vez no veo a ninguno de mis cuidadores. Pero todavía queda una espía en casa, mi sirvienta, La llamo para que vaya a una botica cercana y compre tabletas antiácidas cuyo nombre escribo en un pedazo de papel. Ella, desconcertada, no quiere ir. "Señorita Irma, necesito más de veinte minutos y el Sr. Aquiles me ha dicho...". "Mi médico me ha dicho que debo tomar esas tabletas para sanarme y si tú no vas, me vestiré e iré personalmente". Como todavía duda, le pongo un billete en la mano. "Guárdate el cambio".

Apenas sale la muchacha, siguiendo instrucciones de Alejo, llamo a un teléfono cuyo número he memorizado y cuelgo el auricular después de dos timbradas. Alejo dice que mi hermano bien puede tener un aparato que grabe mis conversaciones y me ha pedido que me abstenga de hablar. Me visto a toda prisa, tomo mi maleta que ya tenía lista debajo de la cama y bajo por la puerta de servicio. Apenas la abro se aproxima una camioneta de carrocería cerrada, me recoge y parte.

Aurora Brett, la que maneja el vehículo. se presenta cordialmente. Es una señora que ha cumplido 65 años hace poco, se ha retirado y ha decidido establecerse en esta ciudad porque la ocupan ocasionalmente como enfermera. Alejo es muy amigo de ella y cuando supo que Aurora quería vivir en un barrio tranquilo pero no encontraba una casa que estuviera a su alcance, le propuso ayudarle a pagar el costo de la casa que le gustaba. En realidad Alejo ha pagado los primeros seis meses de arriendo a condición de que Aurora me reciba y me atienda hasta que que yo pueda salir del país, lo que no sucederá muy pronto porque hay que alistar pasajes y pasaportes.

Después de recorrer unos pocos kilómetros llegamos a una casa que

está al final de un callejón sin salida. Desde su asiento, Aurora abre electrónicamente la puerta del garaje, mete la camioneta y me hace pasar al interior por una puerta de acceso directo. Nadie me ha visto salir del vehículo ni entrar en esta casa y, por lo tanto, nadie se ha enterado de mi llegada.

La casa esta vacía pero Aurora me dice que va inmediatamente a devolver la camioneta y que regresará antes de una o dos horas acompañada por Alejo, trayendo los muebles.

Todas las persianas están corridas y Aurora me ha sugerido no alzar las que dan a la calle. Así pues me limito a andar por los cuartos que dan al patio trasero. Al fondo de éste hay una barrera erigida al borde de un barranco y más alla se ven barrios suburbanos que se extienden en un plano inferior.

El camión de mudanzas llega dos horas después trayendo muebles y enseres. Alejo y Aurora, que han viajado en la cabina del chofer bajan inmediatamente y se ponen al acarreo.

"Quédate dentro y no te dejes ver", me pide Alejo a manera de salutación. "Los espías de tu hermano andan pisándonos los talones. No van a dejar de vigilarme porque, como te andan buscando, soy la única písta que tienen".

Estas palabras han sido las de un juez que me ha condenado a prisión. Ya estoy aquí tres días, en un cuarto amueblado espartanamente cuya única ventana tiene un enrejado ornamental que pese a su complicado diseño no logra ocultar su función de barrotes de celda. Solo por la noche, cuando todas las luces están apagadas, alzo las persianas de los cuartos delanteros y echo una mirada a la calle, al jardín de la vecina de enfrente y a las pocas casas del barrio. Es decir contemplo una estampa donde predomina lo negro, un rincón dormido y quieto de fantasmal imprecisión. O suelo también bajar al patio trasero, arrimarme a la valla que me protege del barranco y ver otra estampa más amplia de luces urbanas y edificios en silueta.

Para matar el tiempo durante el día, cuando me fastidio de la televisión, tomo mi cuaderno de sketchs, miro por la ventana de mi cuarto y capto los mezquinos panoramas cuyos horizontes mueren en la niebla artificial que crea la polución, o lo poco que se ve de los barrios donde

hay vehículos en movimiento y gentes libres que transitan sin sentirse perseguidas. Cada vez que termino un bosquejo, dibujo en primer término los barrotes de mi celda para realzar el carácter de visión muy personal.

Quiero hacer gráfica la concepción que tengo de mí existencia. Siempre he vivido en una celda, mirando tras barrotes a un mundo exterior al que no me está permitido pertenecer. Este cuarto, este enrejado y este panorama de ciudad lejana han existido ya en mi tiempo y espacio. Desde la adolescencia me he sentido prisionera, retenida por barrotes que quizás son de mi propia creación, ajena al ritmo vital de los seres comunes, convencida de que el acaecer humano normal nada tiene que ver con el esquema de mi propia existencia.

Alejo me ha dado además de la televisión una radio, recomendándome que tenga en funcionamiento la una o la otra para apagar mi voz, pues suelo hablar o cantar demasiado alto y cerca de mí hay ojos y oídos muy suspicaces que asedian día y noche.

A veces tomo un naipe y juego solitarios. Aurora, además, me ha enseñado a tejer en palillos y quiere que prepare ropitas para mi bebe. Pero las horas son largas y los confines cortos. Me sobra tiempo para introvertirme pues tengo un cosmos turbulento en mi mente que embarga toda mi atención, aunque solo avanzo en círculos buscando en vano imágenes definidas.

Soy distinta. Lo digo humildemente porque todas las desemejanzas son peyorativas e implican inferioridad o desvío. Muy humanamente busco disculpas o justificaciones para demostrar que lo que he hecho en verdad me ha sido impuesto, ha venido en mis cromosomas o mis estrellas. En verdad es muy difícil definir lo que es obra de mi yo postfetal o lo que constituye solo un eslabón de mi cadena de misterios ancestrales o viejas maldiciones.

¿Existe alguna relación entre sucesos separados por un lapso de veinticinco años? El novio de mi madre se suicida al verla encinta de un individuo que le ha suplantado; Perico, mi seminovio, se suicida al saber que estoy en íntimas relaciones con un extranjero que ha venido a descartarlo. El sentido común atribuye estas similitudes al azar pero me quedo insatisfecha. ¿Por qué no sospechar que hay realidades arcanas más allá de la razón humana? ¿Por qué no aventurar la hipótesis de que

que mi madre y yo descendemos de una estirpe que necesita destruir al prójimo para poder sobrevivir?

En esa confusa sinfonía vital en la que tomo parte, hay ritornelos que tienen más lógica porque insinúan taras hereditarias pero, por lo mismo, son más aterrantes. Mi padre nació con una despreocupación o frescura que le permitió desechar un tabú milenario. Mi hermano Aquiles heredó de mi padre esa tendencia y también una autoritaria fiebre de posesión y el dogma de que la mujer es una mercadería que pertenece al primero que la encuentra. Lo que quisiera saber es por qué me ha tocado ser el objeto de ambas aberraciones.

Mi padre se lanzó con intenciones asesinas contra Adalberto y cuando éste se escabulló de sus manos, contra mí. Salí ilesa por milagro. Diez años después, mi hermano Aquiles, una de las tantas veces que me prohibió verme con Alejo, me amenazó: "Si sigues en amores con esa alimaña, les mato a los dos". Ahora bien, los temas se repiten no exactamente sino con variaciones. Si una vez salí bien librada de los celos de un familiar, ¿podré tener igual suerte por segunda vez?

Estos días en dos ocasiones me he despertado soñando que me apuñalaban. He visto con la sinestesia peculiar de los sueños, puntas de acero que me penetraban por la espalda buscando mi corazón. En las horas de desvelo subsiguientes el terror se ha ido convirtiendo en apatía fatalista. ¿Se puede escapar de la predestinación castigadora? Si Aquiles llega a matarme o hacerme matar, ese puñal fraterno en lugar de ser una arma de venganza ¿no será quizás el instrumento escogido por algún oculto dueño de mi destino para que yo pene por mis pecados?

"Tú fuiste quien vino todas las veces a buscarme y provocarme", solía decir mi padre con mirada ovejuna de víctima. Tenía razón. Mientras estuve dispuesta a continuar mi propia exploración de los rituales de alcoba, mi padre nunca me invitó a su cuarto. Tampoco me rechazó las noches que yo asomaba.

Perico y otros me han recriminado en forma parecida. "Tú sonreiste primero, Irma. Me atrapaste con tu coquetería. Tienes la fatalidad congénita de la chica cuyo deporte es conquistar hombres". ¿No estará alegando algo similar mi hermano, recordando que yo le brindé cariños y mimos que antes le eran desconocidos y que al hacer tal cosa creé en

su corazón pasiones irrenunciables?

Estas meditaciones ocupan muchas de mis horas. Quiero descubrir mi coeficiente de culpabilidad. ¿Soy la típica vampiresa creada para quebrantar corazones masculinos? ¿He nacido para la destrucción de los que me sirven, me atienden o me admiran?

Enero 16

Aurora es una mujer de buenas intenciones y creo que me estima pero, sin saberlo, tiene alma de carcelera. "Hoy es sábado, Irma. La periodista vecina no va a la oficina el fin de semana. Si ves al frente su camioneta, sabes que esa mujer está en casa. Ella, al descubrir que estás escondida aquí, tendría una historia para lanzar a los cuatro vientos. Procura hablar en voz baja y no salgas al patio a ninguna hora". Así pues, no puedo aspirar aire puro, o asomarme a una ventana o mirar a través de las persianas. Por añadidura no puedo hablar sábados o domingos.

No debo quejarme totalmente de la forma en que Alejo me ha librado de la presencia de mi hermano. Echo de menos las comodidades y hasta lujos que éste podía brindarme en su casa pero en cambio tengo la enorme satisfacción de no verle más la cara. Alejo me dedica todas las horas que buenamente puede, siquiera cinco en cada día ordinario y muchas más en el fin de semana. Una condición inviolable es que yo le deje partir a las once de la noche. Según entiendo, él recibe y hace llamadas telefónicas al exterior a partir de la medianoche porque durante el día no consigue conexiones. Los días ordinarios, Alejo está muy ocupado con su negocio pero siempre asoma a las seis de la tarde con una bolsa de víveres y con las golosinas que yo le he pedido. A veces él mismo prepara la cena porque le gusta la buena comida y quiere ensayar platos exóticos que requieren extraños ingredientes.

En las horas que Alejo permanece conmigo el ambiente se vuelve doméstico. Es como si nos hubiéramos casado ya y pasado nuestra luna de miel y estuviéramos en el período subsiguiente de plácida rutina. Para contento mío no hemos reanudado nuestra intimidad sexual. En cambio,

Alejo me trata con una ternura que antes nunca dejó entrever y tiene el don de ahuyentar las riñas que a menudo provoco en mis días de ánimo hostil. Está muy interesado en escuchar mis recuerdos de mis días de infancia, de escuela y colegio y quiere enterarse de todos mis gustos y antipatías. Pero no quiero contarle mucho de lo que pertenece a mi presente indefinido continuo y los recuerdos a que me refiero van adquiriendo un tono de novela rosa, aunque soy muy franca cuando le hablo de los muchachos que he tenido porque así puedo verle en el empeño de frenar sus celos. Es una forma de cerciorarme de que él sigue interesado en mí pero más de una vez le he dicho, con toda sinceridad, que me habría gustado que él hubiera sido el primero porque a ningún otro hombre he querido de verdad.

Hay ratos en que hacemos planes para nuestro hijo. Me dice que siempre quiso tener uno y que hoy se considera un hombre de suerte porque nunca encontró una chica tan hermosa y avispada como yo. "¿Hermosa yo, con este cutis manchado y este estómago que, ya libre de fajas y cinturones, crece con tanta rapidez?" Me contesta con diplomacia que el embarazo me ha dado una belleza más sutil e indeleble. Con ojos húmedos de expectante paternidad, Alejo trata de descubrir las donosuras de nuestro invisible vástago. Apenas puedo compartir su entusiasmo porque voy a ser madre antes de haber deseádo un hijo y no puedo extirpar esa mezcla de temor y resentimiento que me causa el advenimiento de un intruso que para hacerse substancia tuvo que eliminar a Perico.

Alejo me asegura que está haciendo todas las gestiones necesarias para nuestra salida del país. No sabe todavía si iremos a los Estados Unidos, a Europa o a un continente más lejano. Necesito nuevo pasaporte y una identidad diferente para burlar la vigilancia de Aquiles. Como en esta ciudad no tiene quien le ayude, se ha valido de un amigo –uno de los que le llaman por teléfono a la madrugada "cuando ya ha amanecido en Europa"– para que haga la falsificación necesaria. Estoy tan vehemente de recobrar mi libertad que le acuso de tardarse demasiado. La incertidumbre ha empezado a afectarme los nervios.

Enero 20

Si el locutor de la televisión no hubiera mencionado la fecha, no sabría en qué día me encuentro. Para mí los días no pasan. Se deslizan como gusanos por el fango. He mirado tanto los cuartos que sé de memoria hasta las imperfecciones de la pintura en las paredes o las pequeñas fallas en el piso. En ellas suelo encontrar cuando me concentro mensajes que nacen en el espacio infinito u mantienen contacto con esa molécula llamada Irma.

La otra noche, a la madrugada, me deslicé silenciosamente al patio trasero, entré en el huerto de nuestra vecina y dando la vuelta, pasando junto al automóvil que ella estaciona a un lado de la casa, llegué hasta el jardín y me robé unas pocas flores. Cuando lo supo Aurora, se mostró aterrada. "Son unos pocos días más de espera, Irma. Ten paciencia y no te arriesgues demasiado". Es verdad que después del jardín está la calle y que en ella hay un automóvil estacionado donde velan los hombres de Aquiles.

¿Le tengo verdaderamente miedo a Aquiles? Hay momentos en que me entran ganas de irme a su casa, mostrarle la barriga que está demasiado a la vista y dejarle que me mate o que obedezca cualquier otro impulso de su alma torcida. Después de todo él no es sino un instrumento más. Todos los que se cruzan conmigo, inclusive Alejo, Perico, Aurora y mi hermano, no son sino peones de ajedrez en el tablero de mi existencia. Cualquier maldición que haya caído sobre mí o mi hijo se va a cumplir aunque ninguno de ellos intervenga.

Alejo me contó que mi hermano fue a verle en su hotel y se sentó a almorzar en su propia mesa. Alejo no encontró en mi hermano un tipo peligroso sino un hombre débil que se esconde tras una pose de perdonavidas. Alejo tuvo la ocurrencia de pedirle mi mano en matrimonio. Aquiles se la negó con las palabras más soeces de su vocabulario pero terminó por hacerle confidencias. Para Alejo fue un triunfo personal aquello de amansar a la fiera. "No me cuentes los detalles, Alejo, porque todo lo que hace y dice ese hombre me revuelve las entrañas".

Las once y media de la noche. Alejo se fue hace un rato. Un concierto de grillos reemplaza a la radio y tendré que escucharlo toda una larga noche de insomnio. Mi mente se vuelve un manantial de ideas, proyectos e incógnitas y ya que no puedo dormir quiero aprovechar de este estado de aguda sensibilidad para examinarme, definir mi personalidad y ajustarme a mis posibilidades.

Enero 21

Fue una noche de maravilla y descubrimiento. Aprendí a manipular mi atención de tal manera que en ciertos momentos conversé con consejeros invisibles o escuché órdenes precisas. Una gran ayuda porque algunas veces las ideas se quiebran a la mitad de un pensamiento y se marchan por rutas diferentes, cada una de ellas definida y lúcida pero incapaz de expresarse en palabras.

A las seis y media de la tarde, apenas llegó Alejo, le llevé a mi cuarto y le di a conocer mi decisión. Quiero entregarle mi hijo para que él le eduque como es debido, lejos de mi presencia física y mis atavismos. "En primer lugar, Alejo, no siento por este feto que me deforma ningún afecto. Me apena decepcionarte pero quiero ser sincera". Le doy decenas de razones secundarias, por ejemplo que soy demasiado joven para sumergirme en la vida hogareña pues amo tanto la independencia como el ocio; que soy una pésima ama de casa; que quiero viajar y conocer el mundo; que me canso de los mismos escenarios y compañías...

Las verdaderas razones no atraviesan la frontera de mis labios porque aún me sobra el rubor. Más aún, Alejo me dejaría si se enterara de las deformidades de mi pasado y se asustaría si yo lograra convencerle de mis verdades íntimas, de que he nacido con taras de viejo ancestro y quizás hasta de génesis cósmica. ¿Cómo mencionar los secretos de mi padre y mi hermano? ¿Cómo decirle que hay vidas como la mía programadas por conjunciones de estrellas o por hados cínicos o por fuerzas vengativas o... ¿qué sé yo? Finalmente, ¿cómo desnudar mi conciencia que se deformó en años tempranos y desde entonces medra en la iniquidad?

"La simple verdad, Alejo, es que sería una madre indigna. No podría querer nunca a esa criatura. Llévatela tú y si no puedes tenerla a tu lado, entrégala para adopción. Lo importante es que esté lejos de mi influencia para que crezca normalmente". Alejo me toca la frente para ver si tengo fiebre. Está molesto e incómodo porque frustro todos sus empeños de cambiar de tema. Al fin me dice secamente que está bien, que me dará gusto. "¿Te llevarás la criatura apenas nazca?" "Así se hará". "No me trates como a una niña a quien se le sigue la idea para que deje de fastidiar. Quiero que me hagas un juramento solemne. Si yo cambio de opinión después del parto, simplemente no me hagas caso. Dame cualquier excusa. Dime, por ejemplo, que mi hijo nació muerto y que ya lo enterraste". "Prometido" me contesta Alejo y trata de cambiar de conversación, pero yo tomo una biblia de Aurora y le digo: "Tienes que jurarme, Alejo. Júrame que después del parto te llevarás mi hijo sin siquiera dejarme verle; que si cambio de opinión no me harás caso, aunque te lo pida de rodillas". Alejo me advierte: "Un juramento es algo que yo tomo muy en serio. Si juro algo lo voy a cumplir pese a quien pese". Le contesto que eso es exactamente lo que espero de él. Alejo pone la mano en la biblia y repite las frases que yo le sugiero.

Lo urgente ahora es que salgamos del país a tiempo, pues en otra ciudad podré ir a una clínica y ser bien atendida, libre ya de las persecuciones de mi hermano. "Tranquilízate, Irma, pronto recobrarás tu libertad", me asegura Alejo cuando salé del cuarto. ¿Libertad? ¿Quién puede dármela? ¿De qué me sirve huir de Aquiles e ir a otro país si mi alma nunca podrá salir de su celda ni romper los barrotes que la aprisionan?

Febrero o marzo

No sé en que mes ni en que fecha estoy, pero eso no tiene importancia. Todo mi cuerpo, todo mi ser, toda esta cosa absurda que se llama Irma Pantoral está gritando "¿dónde está mi hijo?" Me escapé de Aquiles y caí en manos de Alejo, dos monstruos de distinta catadura. Aquiles,

hombre ordinario y rico, quiere apoderarse de mi cuerpo y mi corazón por cualquier medio. Alejo es un beatón que debió haber nacido doscientos o trescientos años antes, en un siglo de fe fanática, pues no es capaz de romper un juramento. "Irma, tienes que creerme, tuviste un aborto, mejor dicho un mortinato", insiste Alejo y yo sé que me miente, que se atiene a su juramento y que, muy metido en su papel de hombre de honor, obedece exactamente el compromiso que yo le hice jurar sobre la biblia, ese juramento que yo formulé en una mala hora de desvelo y depresión. "Estuve despierta y lo vi todo, Alejo. Tuve un hijo prematuro a los seis meses de embarazo. El doctor me lo puso en los brazos. Vi sus ojos azules, toqué su piel suavísima y escuché su primer llanto". Alejo, perito en adueñarse del papel que representa –por ejemplo ni cuando estamos solos abandona su dialecto cubano– me da largas explicaciones de cómo tuve prematuramente un hijo que nació muerto.

¿Qué me pasó exactamente? ¿Por qué y cuando comenzaron los dolores? A este respecto mis recuerdos son confusos porque estuve enferma muchos días. ¿Cuatro, cinco, veinte? Cuando vinieron los dolores del parto, éstos estuvieron en desacuerdo con mis gritos porque yo no me quejaba de penas físicas sino de un destino que me mandaba un hijo indeseado. Para calmarme empezaron a drogarme con pastillas que me mantenían en mundos de penumbra mientras la carne se acostumbraba a la insensibilidad. Tuve un largo sueño insomne, si vale la paradoja, que las pastillas prolongaron por días, o semanas o meses. Deambulé por paisajes de fantasía que llenaban los intersticios de la realidad sin anularla. A menudo me asombra la magia de las percepciones paralelas, pues me siento viviendo horas y emociones diferentes al mismo tiempo.

Recuerdo que estuve en un hospital donde se paseaban enfermeras con sendas tocas de variados estilos. Me atendió un doctor de unos cincuenta años, de facciones fofas, que me examinaba solícitamente, con ese interés cargante de quien cultiva un romance en potencia a pesar de su facha mezquina. Sin embargo, tenía unas hermosas manos de adolescente, perfectas para el manejo de recién nacidos. Mi hijo estaba llorando cuando la enfermera lo puso en mis brazos por un rato. Lloraba con energía, como disfrutando de sus pulmones nuevos. Era minúsculo, arrugadito, de piel rojiza o amoratada: una pobre cosita, más cerca de la

caricatura que del cromo convencional del nene que aparece en los anuncios comerciales. Quizás precisamente por eso, porque le vi tan insignificante y desvalido, porque comprendí que necesitaba ser cuidado con mucho amor, decidí mantenerle a mi lado. Y ahora sé que, sin proponérmelo, solamente por milagro de los instintos naturales, yo seré una madre perfecta.

Mas tengo que sacarle a Alejo de su empecinamiento. "Olvídate de ese juramento fatuo que hiciste a insistencia mía. Tú sabes bien que tu hijo merece una verdadera madre y yo seré la mejor del mundo". Pero Alejo es un satánico hombre de honor, nauseabundamente honorable. Dio su palabra y va a respetarla. ¿Una más de las maldiciones que vinieron en mis genes? Yo misma preparé la trampa en la que he caído.

Aurora suele entrar a decirme: "Es la hora de tomar nuestras pastillas y de descansar para sentirnos mejor". Su odiosa manía de dirigirse a mí usando el "nosotros" aumenta mi mala voluntad hacia ella que, aunque no ha hecho ningún juramento, dice lo que Alejo le ha pedido mentir. Esta mañana decidí no tragar mis pastillas y me sentí menos sonámbula, con fuezas para retornar a mi diario. Cuando Aurora entra trayéndome la cena se sorprende de verme levantada, vestida y sentada al escritorio. "Te felicito, Irma, las pastillas comienzan a dar efecto". Le muestro las dos que no he tomado y le digo que gracias a ellos estoy consciente por primera vez en tanto tiempo. Espero que ella me reprenda e insista en darme la medicina con la insistencia de que es capaz una enfermera con treinta años de práctica. Pero Aurora se muestra contenta de verdad, da un suspiro de alivio, me abraza, y me asegura que ya no volverá a darme ese soporífero.

¿Febrero, marzo, abril?

Juan Beltrán, alias Alejo Henríquez, ¿a dónde te llevaste mi hijo? ¿Se lo regalaste a un desconocido, lo mandaste a un orfanatorio, lo mataste tú?

Un fino rayo de sol que se escurre por un agujero de la persiana cae en esta página como si quisiera agujerearla. Partículas de polvo marcan su

trayectoria. ¿Así flotarán las almas en el olvido? ¿Dónde flotan las de mi padre, mi madre, los dos suicidas? ¿Y cuándo me llegará el turno de empezar a flotar? ¿Me perseguirán entonces todos los que maltraté tanto? Soy un ente mínimo y sin embargo letal. Perico un día que sè enojó mucho me dijo: "Las avispas nacen con aguijones, los tigres con garras y tú naciste con una cara bonita". Debo haber sido demasiado hermosa desde el momento de la concepción porque anduve haciendo estragos antes de nacer.

He recobrado hoy mi don de conversar con compañeros invisibles y estoy atenta a las voces porque quiero escuchar aquella que me dirá la manera de encontrar a mi hijo.

Un día cualquiera

Mucho pregunté hoy pero olvidé de averiguar la fecha. Vino Alejo y me aseguró que yo estaba mucho mejor. "Aún se te ve pálida y marchita pero pronto estarás más linda que nunca. Los ojos te brillan de picardía y mantienes una conversación muy inteligente". Debo haber dado malos ratos a mis guardianes porque no se cansan de celebrar mi convalescencia, como si se les hubiera quitado de las espaldas un peso insoportable. Quizas ellos necesitan más descanso que yo y por eso no protesto cuando Alejo me dice que quiere regresar más pronto a su hotel. "¿Sabes que llegaron los pasaportes? Hoy los recibiré y te diré cómo vas a llamarte".

No hay duda de que me siento bien. No porque he dejado de tomar calmantes sino porque he hecho la paz conmigo misma. Puedo asegurar que el ser que ahora vive dentro de mí es la esencia purificada de esa pecadora que anduvo tantos años por antros de tiniebla y tortura. Nunca hasta ahora había creído en la redención porque estaba convencida de la inmutabilidad de la culpa pero hoy sé que es posible cambiar y regenerarse. El amor materno que nació de repente me ha mostrado caminos nuevos. Antes lo hubiera desechado como vulgar sensiblería pero hoy sé que hablo de algo infinito que trasciende toda pena y miseria. Después de una tranquila conversación con Alejo, se me ha abierto el verdadero camino y ya soy digna de ir en busca de mi hijo.

MAS PASA EN UNA VACACION QUE EN UN AÑO de trabajo -solía decir nuestro colega TU. Y su convicción tenía tal fuerza que se las arregló para perecer en un incendio durante una vacación.

Ahora bien las que llamamos vacaciones no son ias oficiales. Los que disfrutan de éstas suelen decir que están en presidio porque tienen que regresar a casa y eso significa averiguar si la mujer les adornó la cabeza (nada extraño cuando hay ausencias largas); escuchar prolongados recuentos de estropicios y descalabros; pagar cuentas vencidas; reparar la casa improvisándose de albañil, pintor, plomero, empapelador, carpintero; reparar o indemnizar las trastadas de los muchachos dentro y fuera de casa; pedir disculpas a los profesores; ir de compras con la señora y muchas otras miserias. Así pues, cuando interrumpimos una misión tenemos presidio y de vez en cuando, si somos diestros, nos damos vacaciones. Estas se fundan en el precepto de que uno goza verdaderamente de la vida cuando no cumple el trabajo encomendado pero hace creer que lo está cumpliendo. Una hazaña que en realidad es muy trabajosa. Te han mandado a una misión y esperan tus informes. Tú envías cumplidamente detalladas crónicas de tus actividades (que a veces merecen elogios de tu jefe) pero en verdad no haces nada. Eso es estar de vacaciones. ¿Qué ventajas obtienes? Muy pocas: te sientes libre, vas a donde quieres, haces sin prisa tus propios programas, cultivas únicamente las amistades placenteras. Además compruebas lo que toda la vida has creido: que básicamente tu empleo es inútil: muy a menudo tus

informes dan los mismos resultados sean reales o imaginarios. Pero lo más grato de todo es saborear la miel de la mendacidad, ese sutil placer que es la esencia misma de la burocracia y que consiste en ganar el pan con el menor sudor posible. La práctica demuestra sin embargo que tomar vacaciones es más árduo que trabajar pues además de gastar iguales energías hay que refinar la inventiva y volverse un maestro en el arte de la doblez y el subterfugio.

Además las vacaciones nunca están exentas de peligros como lo prueban la muerte de TU y las peripecias que tuve en dos países durante lapsos de improductividad disimulada. De acuerdo con las normas de la organización no mencionaré esos dos países vecinos entre sí. De la organización misma tengo poco que decir pues conozco solo unos pocos contactos, subalternos como yo. Mi correspondencia está dirigida a un apartado postal de alguna gran ciudad y otro subalterno se encarga de remitirla a su destino final. Para toda comunicación directa llamo por teléfono a mi jefe, Diez, aunque no sé todavía si es un apellido o un número. Diez y yo utilizamos un prodigio electrónico al que hemos dado el nombre de "araña", una pieza plana de plástico del tamaño de una tableta de chocolate con alambres a los costados. Mi araña viaja en un compartimento secreto de mi maleta de mano y cuando llego a un hotel la conecto a mi teléfono. Hablamos generalmente pasada la media noche. La araña distorsiona la voz normal que sale y normaliza la voz distorsionada que entra. Si hay algún escuchón intermedio queriendo oir directamente o a través de una grabadora o de una conexión subrepticia, no capta sino sonidos ininteligibles.

Diez me da todas las órdenes y a él le comunico mis problemas y necesidades. Es decir, tengo un jefe invisible de quien conozco solo la voz. Las misiones que me encargan muy rara vez son arriesgadas pero adolecen incurablemente de insipidez aunque a menudo usamos alta tecnología e inventos secretos. En veinte años de servicio he estado en más de treinta países y si llego a viejo tendría material para un grueso tomo de memorias pero no podría incluir mucha aventura. Intrigas sí, pero poca o ninguna sangre. Siempre ando armado para ajustarme a los reglamentos pero oficialmente no he tomado todavía parte ni en una escaramuza. Mi trabajo principal ha sido escribir centenares de páginas

de informes y predicciones porque tácitamente me consideran un especialista en análisis y agorería. Puedo analizar lúcidamente situaciones políticas o económicas y hacer pronósticos que, para suerte mía, se han cumplido en más de una ocasión. Me respetan como profeta y suelen pasar por alto mis equivocaciones que no son raras. La verdad es que reciben tantos informes y los leen tan de prisa que pronto se olvidan de su contenido. Yo, conocedor de ello, les he hecho creer que poseo dones singulares de adivinación aunque lo único que me sobra es el descaro. Procedo como si estuviera jugando a cara o sello. Tú dices "cara" y tienes cincuenta por ciento de probabilidades de acertar. Si por añadidura usas tu sentido común para prever las tendencias más acentuadas, esas probabilidades aumentan. Por ejemplo, encuentras que la gente anda muy descontenta de un régimen y escribes en tu informe que "el gobierno va a caer en los próximos meses". Para mayor seguridad echas aquí o allá frases de compensación: "Mas si esto no sucede, cabe esperar..." o "no sería imposible que, al contrario..." Si alguien leyera inteligentemente mis informes podría reprocharme con toda razón de que lo único que hago es jugar hasta el cansancio con esas verdades irrefutables del tipo de "si Blas no hubiera muerto, viviendo estaría".

Cuando me equivoco me quedo callado y confío en que la desidia burocrática me protegerá. En el hipotético caso de que alguien me reprochara, le podré señalar las frases protectoras. Cada vez que acierto llamo a Diez, le leo algún párrafo de mi informe que resultó clarividente, y le pido que lo señale a la atención de sus superiores. El lo hace gustosamente porque su departamento gana en prestigio. No sé hasta cuando podré lucirme con estos malabarismos pero soy algo diferente de mis colegas porque ellos no se arriesgan a ponerse en ridículo y, por lo tanto, nunca descubren su potencialidad para prever acertadamente lo futuro o para hacer creer que lo prevén.

Esta manía mía de especializarme en vaticinios me ha servido (no sé si por fortuna o desgracia) para desempeñarme bien en la mayor parte de las misiones pasivas de observador que me llevan a países donde pasarán muchos años sin que ocurran hechos de importancia internacional; es decir, países que se encuentran en períodos de calma relativa, sin peligro inmediato de revoluciones ideológicas o guerras con los vecinos.

Por supuesto no hay ninguno que no experimente malestares políticos y yo estoy encargado de evaluar la fuerza potencial de los partidos de oposición y las situaciones capaces de vigorizar a los grupos conspiradores.

La organización no cree en preguntas directas ni en encuestas oficiales de la opinión. Al contrario, parte del principio de que tanto los partidos que están en el poder como los que están en la oposición mienten descaradamente por la simple razón de que se engañan a sí mismos. El que está haciendo política cree que sus convicciones son las únicas perfectas en el mundo y que sus opositores son unos cretinos. Así pues tú tienes dos bandos de creyentes fanáticos, con la fe del carbonero, que solo ven lo que quieren ver. El que está con el partido gobiernista ve progreso y honradez; los bandos contrarios ven ruina, saqueo, quiebra moral. Y todos, por el hecho de estar dentro de su minúsculo universo patrio, pecan de provincialismo, más todavía, de parroquialismo.

En resumen, la organización cree que un observador extranjero puede ser mucho más objetivo, especialmente si nadie sabe que ha llegado con la misión de observar, si muestra una básica indiferencia política que permite a las gentes hablar con soltura y sin restricciones y si sopesa las opiniones con penetrante criterio cosmopolita. Yo, personalmente, creo que la organización analiza algo mejor la situación de un país que sus propios ciudadanos pero está lejos de ser infalible. Las posiciones ideológicas de cada observador son inextinguibles aunque se las relegue al subsconciente y el provincialismo medra en todas partes pero la organización ha establecido las reglas del juego y a ellas tengo que atenerme.

Lo curioso está en que, a pesar de su ropaje de intriga y misterio, la organización no hace otra cosa que absorber toda información posible. Así como un diccionario absorbe vocabulario. Hay muchas palabras que nadie ve ni usa, pero ahí están siempre con la esperanza de volverse útiles. La organización ofrece datos y opiniones que parecen más substanciosos porque nacen en un ambiente innecesario de niebla e intriga, gracias a la pericia de unos cuantos individuos que simulan ser espías. aunque todo lo que hacen es tener los ojos abiertos para buscar material más o menos útil para sus informes.

Los acontecimientos que narro en estas páginas comenzaron cuando yo, que estaba en Africa, recibí órdenes de trasladarme a Sudamérica. Viajé con pasaporte venezolano y el nombre de Juan Beltrán. Por cambiar de facha me rasuré la cara. Prefiero la barba porque obra como material plástico que retoca la apariencia facial general. Las posibilidades son innúmeras para quien ha aprendido a manipular bigotes, mostachos, sotabarbas, patillas, etc. Uno se vuelve escultor de su propia personalidad pues manejando la tijera con tino, tomando en cuenta hasta los juegos de luz, se puede endulzar la expresión, acentuar la vivacidad de las pupilas, dar sensualidad a los labios, ensanchar o reducir el óvalo facial. Esta vez, quizás por propia curiosidad después de muchos años de jugar con mis barbas, me desnudé el semblante. La visión de mi rostro rasurado me causó horror; me vi achicado, aplebeyado, con piel que tenía matices desteñidos y rugas avejentadoras. Me disgustó en especial la pequeñez de mi mentón. El nombre que me escogieron, Juan Beltrán, acentuó el apocamiento de mi persona, me colocó en los anónimos ámbitos de lo multitudinario, en el limbo de lo común y repetido. Desnudarme el cuerpo habría sido indecente; desnudarme la cara equivalió a realzar lo indistinto. Por supuesto a la organización le agradan mucho las caras y nombres ordinarios porque desdibujan a las personas. ¿A quién le importa un Juan Beltrán de desteñida facha? La organización está muy contenta cuando ni el nombre ni las apariencias de un miembro dejan huellas en la memoria, pues así disminuyen las posibilidades de una identificación futura inoportuna. Tu triunfo es completo cuando hoy vas a una fiesta y mañana los otros asistentes no te reconocen.

Tú tienes la función de quien está en un submarino y mira por un periscopio. Tienes un alto horizonte al alcance de tu vista y escudriñas los cuatro confines sin que nadie sepa que existes. El panorama te rodea pero no te toca.

En mis misiones soy el hombre que hace muchos amigos, que se codea con personalidades cuando es posible, que escucha largas charlas y que cualquier día desaparece. Soy esencialmente un solitario porque necesito taponar el hontanar de mis sentimientos para que amores y afectos pasajeros no dejen desgarrones ni creen nostalgias inútiles. He logrado desarrollar mecanismos automáticos que aíslan al corazón de influencias

afectivas. No son mecanismos perfectos porque uno busca instintivamente amor y romance pero por lo general salgo de un lugar libre de apegos y complicaciones, listo para iniciar nuevas amistades y relaciones con otro nombre y en otros escenarios.

La misión que me llevó a Sudamérica era usualmente sosa: averiguar si un régimen conservador estaba amenazado de sucumbir a la presión izquierdista. Tema perfecto para la ambigüedad porque nadie puede colocar una línea divisoria entre izquierda y derecha, además de que hay partidos que desafían toda clasificación. Un nuevo régimen –a menudo fruto de una de tantas revoluciones cruentas o incruentas– puede ir en cualquier dirección sin que nadie sea capaz de predecir si va a ser hostil al mundo occidental. La organización quiere mantener todos los contactos que ha establecido y, para justificar los gastos, quiere mantener ocupados a sus observadores. Cuando hay períodos de tranquilidad durante los cuales los antagonismos políticos carecen de fuerza, nada viene más al pelo que un estudio de esta índole.

Sean nimios o importantes los objetivos, las misiones se preparan con ejemplar eficiencia. Los durmientes, como llamamos al personal que nunca sale de sus oficinas, gastan miles de horas en coordinar los detalles. Esta vez comenzaron por hacerme miembro de una sociedad internacional dedicada a encuestas sociológicas y consiguieron que esta sociedad me nombrara ayudante de un experto en criminología quien andaba por el mundo buscando la relación entre crimen, pobreza y herencia biológica. Por oportuna coincidencia, este experto preparaba viaje al país adonde me había destinado Diez. Yo había tomado en la universidad algunos cursos afines a ese tema y gracias a ello, después de leer uno de los gruesos e indigestos tomos del gran sociólogo pude familiarizarme con su jerga. En los primeros días de nuestra llegada no faltaron reporteros que después de entrevistarse con el experto y no comprenderle vinieran a mí y me acosaran a preguntas que yo contestaba en términos más prosaicos, intercalando de vez en cuando algún polisílabo que daba cierta nebulosa autoridad a mis frases. Ventajosamente como ni el experto ni yo pertenecíamos a una actividad capaz de crear noticias de interés periodístico, en pocos días se olvidaron de nosotros aunque nuestros nombres, por cortesía a "visitantes distinguidos", quedaron registrados

para cocteles y recepciones oficiales.

El experto se enfermó a los pocos días –ecos de una vieja afección cardíaca– y regresó de urgencia a su patria dejándome de mala gana el encargo de completar su labor. De mala gana digo porque el experto se había percatado pronto de que le habían dado un mediocre ayudante. Yo hablé con Diez y le dije que no me sentía capacitado para seguir adelante con una labor tan especializada. Diez se alegró de que el experto se hubiera enfermado. Dijo que los dioses estaban en favor nuestro pues ahora yo tenía pretexto para quedarme en el país todo el tiempo necesario y dedicarme a mi verdadera misión.

–Apenas voy a tener tiempo –objeté–. El experto me dejó una tarea pesada y muy larga.

–No haga nada para el experto ni la sociedad. Vaya por su cuenta a juzgados, presidios, estaciones policiales y demás sitios y averigüe si es verdad que hay prisioneros políticos y represión gubernamental. Gracias a su categoría oficial, usted va a ser fácilmente admitido en esos lugares y podrá hacer toda clase de preguntas sin despertar sospechas. Y no se olvide de hacernos saber su propio diagnóstico y pronóstico de la situación. Además voy a darle un pequeño encargo extra, pues ahora usted es dueño de su tiempo. Necesitamos en ese país un contacto femenino, de preferencia una mujer guapa e inteligente capaz de ganar accesos negados a los hombres. Tomé un papel y anoté cuatro nombres sugeridos por su predecesor quien me los mandó con las direcciones correspondientes y unos cuantos datos.

–Está bien, pero ¿qué va a pensar la sociedad si no hago nada para ella?

–¿Sabe usted que el experto ya se quejó de usted y pidió un reemplazo? La sociedad al no recibir informes suyos no tardará en notificarle que le han cancelado su contrato... por ineptitud. Hasta entonces pasarán algunas semanas, ya le habremos mandado un nuevo pasaporte y el inepto Juan Beltrán se habrá evaporado.

Me di cuenta inmediatamente de que Diez me brindaba la oportunidad de tomar vacaciones. Una visita al director de cárceles, charlas con un par de periodistas, un almuerzo con el jefe de policía... y ya habría abundante material para un informe que prepararía en un solo sentón pero

que enviaría semanalmente en fragmentos. Había sin embargo una nube en el cielo veraniego: el incómodo encargo de buscar un nuevo miembro. Conseguir personal para la organización es una ciencia y un arte. Una falla de criterio, una pequeña imprudencia... y pierdes tu empleo o te expulsan del país o te meten en la cárcel por una buena temporada.

Los cuatro nombres enviados a Diez por el individuo que me precedió en la misión, más los datos biográficos, direcciones y teléfonos me hicieron deducir que mi colega también se había tomado unas vacaciones. Las dos primeras candidatas habían salido del país o dejado de existir o nunca habían existído. La tercera era una bibliotecaria instruida e inteligente pero enfermiza, tímida, virtuosa y honrada. Es decir, pésimo material para la organización. Además detestaba viajar, prefería un libro a una reunión social y huía de la gente chismosa. La visité brevemente, escuché sus opiniones, me enteré de sus hábitos y la borré de mi lista. Quedaba la última, la señorita Irma Pantoral, huérfana, de medianos recursos, lúcida estudiante de bellas artes, amante de la aventura, el baile y la buena comida. Acababa de graduarse y como al parecer sus gastos eran superiores a sus entradas, cabía deducir que estaría buscando trabajo. Yo, incurable optimista, al enterarme de tan halagüeñas perspectivas, me impuse el plazo de una semana para ponerla en un avión y enviarla al famoso trimestre de entrenamiento.

Por supuesto yo no iba a quebrantar las normas solo por salir pronto del encargo. Un buen reclutador primero observa a una persona y luego la entrevista. Lo mejor que puede hacer es oirla hablando con un amigo espontáneamente, sin recelo ni ostentación, con una inconsciente naturalidad que deje traslucir su personalidad. Si tú escuchas sin ser observado puedes llegar a una evaluación objetiva de un candidato, delinear su perfil psicológico y presentir su comportamiento, todo lo cual es muy importante porque tarde o temprano trabajará contigo y tendrá quizá que defender tu vida. En todo caso, esto es lo que asegura un folleto supersecreto que tuve a la vista durante mi entrenamiento. Si tú crees que el anónimo genio que perpetró esas instrucciones se equivocó, puedes atenerte a tu propio criterio... que es otra manera de equivocarse, quizás más cómoda aunque te deja sin excusas ante tu jefe.

No tardé en toparme con alguien que conociera a Irma Pantoral y

me indicara que ella solía frecuentar *El Talismán,* un restaurante con mesas alrededor de una pista de baile circular. Allá fui a cenar tres veces y observé el escenario durante largas sobremesas. A un mozo que también conocía a Irma le puse un billete en la mano para que me hiciera saber si ella asomaba por allí. "Viene siquiera una vez por semana. Si no es hoy, será mañana", me aseguró el mozo. Pues a la tercera noche, cuando le llamé para pagar mi cuenta, él me señaló una pareja que estaba entrando.

–Ahí llega esa linda señorita que a usted le interesa, pero no podrá hacer mucho esta noche porque viene con su enamorado.

Le di otro billete y le pedí que me acomodara en una mesa contigua. No había duda de que Irma era linda de frente y de perfil. Tenía una silueta tan bien proporcionada que a primera vista no se notaba cuan pequeñita era. Hablaba con voz melosa que conservaba un timbre infantil muy agradable. Sus ojos mostraban iridiscencias de azul acerado, con gran gama de expresividad de emociones desde el reproche hasta el cariño. Me interesó en especial su sonrisa que no solamente encendía la juventud de su rostro sino que parecía irradiar leves ironías. A menudo sonreía para sí misma, cual autofelicitación por alguna frase suya que había dado los resultados apetecidos. Su compañero, a quien ella llamaba Perico, no había venido con el mejor de los talantes y parecía empeñado en recibir respuesta a una pregunta hecha mucho tiempo antes y jamás contestada.

–Irma, es imprescindible que yo sepa si me amas o no.

–Te estimo porque eres mi mejor amigo –contestó ella dándole palmadas en el brazo que acentuaban la acerbidad implícita.

La orquesta estaba en un período de descanso que me permitía escuchar la conversación sin perder una sílaba. Era indudable que Perico, de unos veinticinco años, había caído como una mosca en una telaraña en las redes de la pícara hechicera. Las frases del muchacho tenían una dicción quebrada y lloriqueante que acentuaba su posición de víctima. Las ojeras denunciaban largas noches de insomnio, los músculos faciales se contraían para frenar los desbordes de indignación que ella provocaba con sus burlonas observaciones y delataban una constante tortura.

–Irma, yo sé que si te propones puedes llegar a quererme.

–Soy tu buena amiga y tú lo sabes porque eres un chico lleno de sentido común. ¿Cómo podría echar a perder una buena amistad con el

veneno de un enamoramiento?

Perico insistía en mantener una conversación seria. Abordaba el tema desde otros ángulos con obsecación masoquista. Había estado esperando un cambio gradual. Sabía que hasta entonces ella había sido incapaz de amar a nadie, que despedía a todos con cajas destempladas, pero ¿iba a seguir así toda la vida?

Irma, la gatita que jugaba con su ratón, echaba zarpazos cada vez más dañinos. Claro que ella era muy capaz de amar a un hombre si éste correspondía al ideal que ella tenía en su mente. Y enumeró rasgos y virtudes de las que Perico obviamente carecía añadiendo, para acentuar la ironía, que le gustaría enamorarse de un hombre que tuviera el encantador acento de un amigo belga que ambos habían conocido una vez.

–¿Ese muchacho tan feo y desgarbado? –preguntó Perico con voz de quien oye un gran desatino.

–¡Pero qué música la que sale de su garganta! Habla él y yo me siento en otro continente, en un medio más moderno y amplio, marchando hacia el futuro.

Irma consiguió que Perico llegara al límite de su paciencia. El muchacho la tachó de frívola y superficial, se levantó, se fue al bar, saludó con unos amigos y se quedó con ellos aceptando las copas que le brindaban.

Irma siguió a Perico con ojos complacidos y un pliegue de mofa en su sonrisa. Pensé que Irma tenía un desprecio básico al sexo masculino y encontraba placer en abatir y humillar a sus pretendientes; que se había acostumbrado tanto a este juego que repetía frases de éxito comprobado, puliéndolas cada vez más para reforzar su efecto. Dentro de ella había al mismo tiempo una actriz que refinaba su dicción y arte histriónico, y una observadora que calificaba cada escena y aplaudía las que tenían más éxito. Aunque admiré su gracia, eché de menos al mismo tiempo la espontaneidad de quien vive una escena en lugar de representarla.

De mi primera observación me quedó la certeza de que era fría e introvertida. Ella no venía como cualquier otra muchacha a buscar una relación sólida que condujera al matrimonio o por lo menos a un romance prolongado y serio. Parecía traer un propósito hostil contra el sexo

opuesto, como si estuviese empeñada en venganza o revancha. ¿Podía esa manera de ser tener utilidad para el desempeño de las tareas de la organización? Para averiguarlo mejor aproveché de la oportunidad que se me presentaba. Me acerqué a su mesa y me presenté. Nuestro Manual de Directivas y Normas, al que llamamos "Dino", aconseja tomar decisiones inmediatas. Es un buen consejo pero también es una invitación a meter la pata. Mas en nuestro oficio esta norma se vuelve tan vitalmente útil que la aplicamos automáticamente. Ha habido ocasiones en que he preparado un plan completo en el tiempo de un estornudo.

Cuando me levanté de mi mesa y pasé a la contigua para sentarme frente a Irma ya sabía lo que iba a hacer. Iba a convertirme en un francés llamado Juan-Paul Bertrand porque yo podía imitar excelentemente el acento con que un francés de ese nombre hablaba español y porque la diferencia con el acento belga solo existe para oídos muy expertos. Me acerqué corriendo el riesgo de fracasar. Mi plan era ganarme su buena voluntad y simpatía y convertirme nada más que en buen amigo pues mi rostro afeitado me había dejado con una cara que un director de películas nunca habría escogido para un galán. Mi potencialidad donjuanesca había descendido a cero. Hasta ese día las mujeres que yo había conquistado –inclusive las dos propias– me conocieron en épocas en que mi rostro estaba mejorado con una sagaz manipulación barberil. Yo había descubierto en especial dos o tres maneras de podar mi embarbecimiento que las mujeres encontraban adorables por razones incomprensibles para el mortal común. Mas ahora me presentaba a la batalla exhibiendo la básica realidad de una cara desnudada por la navaja, sin más armas que mi acento francés y mi calidad de extranjero.

Este recelo hizo que mis primeras frases resultaran largas, pulidas y empalagosas pero pronto comprendí que Irma debía estar harta de piropos y pleitesías porque quiso iniciar conmigo el mismo juego que con Perico. Supe, además, que Irma era muy sensible a cualquier alusión a su estatura aunque se la hiciera en forma de galantería.

¿De qué hablar para interesarla? Cuando me dijo que nunca había salido del país supuse que sus fantasías tendrían lugar en paisajes exóticos. Perico le causaba desilusión porque representaba quizás lo lugareño y lo estancado, los estrechos ámbitos del lugar nativo, los círculos sociales

consabidos. Así pues, renuncié a la elocuencia galante y recurrí a la narración. Le dije –siempre recordando lo contado por el original Juan-Paul Bertrand con quien trabajé durante varios meses– que había nacido en un pintoresco pueblo bretón y me había educado en la Sorbonne, en París; le conté "mis" aventuras en la universidad parisina, especialmente durante protestas estudiantiles, y algo de mis andanzas por tierras extrañas, mientras Irma me escuchaba fascinada y mi español se llenaba de sonidos guturales y acentos agudos que llegaban a sus oídos como música placentera. Irma se sentía viviendo en un fabuloso ambiente europeo cosmopolita que nunca había conocido personalmente. Sin cuidarme mucho de la exactitud hice un *tutti fruti* de mis recuerdos de viajero, incluyendo escenarios asiáticos y africanos. ¡Qué lastima que mis mejores desempeños como actor hayan tenido un solo oyente!

Perico, después de haber bebido unas copas, regresó más embriagado de lo que cabía esperar. Le dijo a Irma que era hora de llevarla a su casa. Ella trató de presentarme pero el pobre diablo no me echó ni un vistazo... o fingió no verme. Estaba en el papel del individuo que quiere revolcarse ostentosamente en su propia frustración quizás con la mal fundada esperanza de hacer florecer sentimientos femeninos de compasión o simpatía. Irma, antes de despedirse, aceptó con una encantadora sonrisa mi invitación a cenar con ella el día siguiente.

Irma acudió puntualmente a la cita luciendo su mejor vestido y un peinado que acentuaba sus rasgos aristocráticos y la frescura de su rostro. Procedí ajustándome fielmente a las normas de Dino sobre atrapamiento de nuevos miembros. Iba a avanzar paso a paso, deteniéndome si algo no estaba a mi gusto. El momento en que un contratador aborda el tema directamente comunica al interlocutor un secreto peligroso. Confiesa que está desempeñando un papel doble y sugiere que hay que viajar con identidad y pasaporte falsos. Para llegar a ese punto, uno tiene que haber establecido un clima de confidencia, una simpatía recíproca hacia la conspiración. Tiene que haber acumulado muchos datos del otro y dado muy pocos acerca de sí mismo; en otras palabras uno va abriendo una hendija a la vez, empezando por las más pequeñas hasta estar seguro de que el candidato tiene magancería potencial en su sangre y una sed de duplicidad más irresistible que sus escrúpulos. En otras palabras, un

contratador tiene éxito solo cuando trata con pájaros de su mismo plumaje.

Esa noche avancé muy poco. Irma no estaba tan asequible como la noche anterior. Daba la impresión de que había aceptado cenar conmigo porque cualquier otra cosa resultaba más aburrida. Los temas que inicialmente habían captado su atención hoy la volvían irritable y en su actitud había algo de instintiva defensa como si yo fuese un posible atacante.

De repente aconteció algo que estuvo a punto de echar a perder la confianza de Irma. Un periodista, conocido mío, con quien me había cruzado bromas ocasionalmente, se acercó llamándome por mi propio nombre y pregonando qué yo era venezolano. La sorpresa de Irma se cambió a indignación pero de alguna manera logré voltear las cosas en mi favor. Decidí confesarle todo como si mi broma hubiese sigo un homenaje a ella. Mi nadería humorística, que no hacía daño a nadie, había nacido primero del deseo de acercarme a una chica tan atractiva y, segundo, de la tentación o vanidad de exhibir mi don de imitar voces ajenas. Mis disculpas me permitían cumplir indirectamente el precepto de Dino de descubrir un poco de mi propia persona y evaluar la capacidad de la muchacha de disfrutar de una situación que involucrara engaño.

–Te he ofrecido, Irma, algo muy propio: una magnífica imitación del acento extranjero que mejor acaricia tus oídos.

–Tu acento francés no es ninguna maravilla. Suena a falso –mintió Irma con la cara encendida de resentimiento.

–Te hablé de muchas cosas que te gustaron. Genuinas. Si no me pasaron a mí, pasaron a otra persona, a aquella de quién yo me había posesionado al cambiar mi voz. Mi orgullo está en ofrecer imitaciones que no tengan nada de caricatura, que sean un perfecto reemplazo de la realidad.

Irma, rumiando todavía sobre su negra honrilla, no sabía qué actitud tomar. ¿Tenía vergüenza, rabia, pique o las tres cosas a la vez? Como no iba a desenojarla fácilmente, recurrí a una demostración algo más espectacular.

–No mires este rato, Irma. Tu querido Perico acaba de entrar, está dirigiéndose a nuestra mesa y va a sentarse con nosotros. Voy a hablarle imitando su voz. Como sucede siempre, él se sentirá desconcertado sin

saber por qué.

El pobre Perico –más sombríos los cercos de sus ojeras, más tensos sus músculos, más desolada su facha– besó ligeramente la mejilla de Irma y cuando ella me presentó, tendió una mano húmeda y sin vida. Insistí en darle charla. Con frases efusivas le dije que Irma había estado justamente contándome que escribía versos muy originales y de alta calidad. ¿Pensaba publicar pronto un tomo de sus mejores poemas? Contestó que no tenía dinero para esos lujos pero que si alguna vez encontraba un editor... La conversación era forzada porque Perico no estaba interesado en hablar conmigo sino con Irma pero no podía portarse descortés. Llegó un momento en que de tanto escuchar un diálogo con dos voces idénticas, Irma su puso a reir convulsivamente.

Aunque parezca extraño, una persona no conoce su propia voz. ¿Quién no se ha sorprendido al escucharse por primera vez en una cinta magnetofónica? Dirfase que las ondas que salen de los labios y curvándose y torciéndose llegan a las concavidades de las orejas pierden su calidad original al ser escuchadas por la propia persona. Perico presintió que había algo en nuestra charla que sonaba sospechosamente. La risa de Irma confirmó su malestar pero no aclaró sus incógnitas. Confuso y humillado abandonó de repente el salón murmurando unos cuantos epítetos contra las mujeres veleidosas y descocadas.

Poco después Perico murió en un accidente que muchos interpretaron como suicidio. Ahora, con la insulsa clarividencia del razonamiento *a posteriori* puedo añadir que nuestra burla le dejó mal herido y que él empezó a morir desde esa noche, si verdaderamente su accidente fue premeditado. Debo añadir como póstumo homenaje que Perico, a pesar de sentirse tan pisoteado, nunca perdió su dignidad básica y escapó de este mundo sin convertir su miseria en drama público, sin notas de explicación, sin reproches explícitos. Hablé con él una sola vez pero no dudo de que a Irma y a mí nos llamó asesinos en su postrer instante. Algunas veces en una pesadilla le he visto agonizar repitiendo esa acusación.

Esa noche, de todas maneras, mi bufonada alcanzó su objetivo de devolver a Irma su buen humor. Ni ella ni yo sospechamos que mi afán de reconciliación había sembrado semillas de tragedia. Mis planes de

convertirla en colega mía no avanzaron nada, entre otras cosas porque Irma se abstuvo de contestar claramente sobre sus planes futuros.

–¿Qué clase de empleo piensas buscar, Irma?

–Estoy en mi temporada de ocio. No busco nada, no quiero jefes ni horarios, no me atrae ningún trabajo.

–Después de absorber tanto libro de texto, algún entusiasmo tendrás por empezar tu vida profesional.

–El entusiasmo de un pavo cuando se acerca la Navidad.

¿Tenía Irma madera para miembro de la organización? Mi tarea previa era ahora averiguar primero eso.

Unos días después llevé a Irma a un coctel ofrecido por un alto funcionario. A una de esas recepciones que son aparentemente gratuitas. No te cobran entradas pero te hacen escuchar discursos y muy a menudo el precio parece excesivo. Esa noche yo estuve bien dispuesto a escuchar dos largas peroratas cargadas de intención política a pesar de que me consideraba en vacaciones y mis informes ya estaban escritos. Mi curiosidad por la alborotada corriente de las ideas sobre cómo gobernar a los pueblos y países no se agota nunca y muy adentro de mí no dejo de estremecerme cuando en cada país que visito surgen los mismos espejismos y falacias que van llevando a futuros desengaños, a revueltas y revoluciones.

Esa noche mientras escuchaba a los oradores tuve cerca de mí a una alta figura de la oposición que de pie, con una copa a medio vaciar en la mano, hacía comentarios llenos de indignación y acerbidad que para mis oídos escépticos eran tan endebles como las tesis de los oradores.

¿E Irma? Estaba junto a mí y de repente se marchó diciéndome que iba a desaparecer hasta que hubiera terminado la verborrea. Una lástima, porque me habría gustado, como posible contratador, escuchar las reacciones de ella a las opiniones expresadas. De todas maneras, cuando regresó cité algunos párrafos de interés y le pedí comentarios. Quise saber si en su opinión las pugnas ideológicas y los descontentos provocarían una revuelta popular como había sugerido uno de los oradores.

–Escucha, Juan: en mis años de universidad tuve mi buena ración de desfiles, huelgas, protestas, causas. Hasta abogatarme. Ahora la política me suena a comedia, me ha dejado de interesar y me provoca

bostezos. A veces me enferma.

Se dio vuelta, se acercó a dos invitadas jóvenes y pronto estuvo embebida en una discusión de cantantes de rock and roll. Como sucede en estas reuniones, se fueron formando grupos unisexuales. No me quedó más que ir en busca de un interlocutor masculino. Tuve la suerte de hacerme amigo de Tobías Rendón, un agricultor ricachón que aspiraba a convertirse en diputado. El estuvo dispuesto a contestar con detalles todas mis preguntas. Insistió en que el pueblo estaba todavía paciente, deseoso de preservar la democracia, y que los pocos extremistas carecían de causas populares suficientes para fomentar una revolución.

Los discursos de esa noche, los comentarios de la alta figura de la oposición y las opiniones de mi nuevo amigo me dieron material para ampliar los informes que todavía no había despachado. Interrumpí mis "vacaciones" con provecho pues esos informes merecieron de mi jefe el calificativo de "clásicos", quizás porque eran al mismo tiempo elocuentes, somníferos e inservibles. En épocas de crisis en un país, si se releían los informes de los observadores, saltaban a la vista sus deficiencias. Pero mientras los países que yo visitaba gozaran de prolongados intervalos de calma tendría carta blanca para la improvisación y hasta la sandez, con la seguridad de que mis comunicados eran leídos con poca atención, evaluados de prisa... e inmediatamente olvidados.

Tobías, el agricultor que soñaba en convertirse en diputado, me invitó a pasar unos días en una hacienda que "tenía la pureza de un paraíso porque estaba al margen de la civilización". La descripción que me hizo del lugar, pese a los embellecimientos poéticos, me dejó poco entusiasmado. Pero cuando mi amigo añadió que en esa zona había jovencitas con nostalgia de hombres de la ciudad y con ganas permanentes de baile y jarana, la propuesta se convirtió en la solución para esas vacaciones de primera calidad que yo andaba preparando.

No pude dar una aceptación definitiva porque seguía inconcluso el encargo oficial. Necesitaba unos días más para contratar a Irma, tarea problemática porque ella insistía en que quería una temporada libre de obligaciones antes de emplearse. Por añadidura, ciertas actitudes y postulados de Irma me causaban desaliento. Ella veía el mundo sin perspectiva del tiempo, dentro del ámbito de sus deseos del momento,

los que carecían de definición y cambiaban sin razón aparente. Además la mayoría de sus juicios parecían originarse en sus sentimientos más que en su razón. Lo mediocre y lo óptimo, lo cursi y lo refinado, lo importante y lo aburrido eran calificativos no intelectuales que nacían con los vaivenes de su estado de ánimo.

Por otra parte estaba surgiendo una complicación. Irma empezaba a escamarse porque yo la trataba como a buena amiga, sin el menor intento de enamorarla, rompiendo así la pauta que le era familiar. Trataré de explicarme aunque me aparte de la concisión que corresponde a estas memorias.

Si alguien me pidiera enumerar las diez mujeres más hermosas que he conocido, yo pondría a Irma en primer lugar. Claro, es una opinión muy personal pero compartida indudablemente con muchas personas. Cuando andábamos por la calle todos la seguían con la mirada y era evidente que ella sembraba envidia en las mujeres y en los hombres admiración a veces notoria pues había mozos que se quedaban lelos y boquiabiertos, se daban vuelta y se ponían a seguirla, aunque duraba poco la ronda quizás porque en los labios de Irma había un toque de desdén que la volvía inasequible. Ella era la corporización de los mejores ideales y, por lo tanto tenía algo de irrealidad, estaba más allá de las aspiraciones razonadas del cortejante común que no tardaba en presentir el fracaso. A un cliente de *El Talismán* le oí decir una vez: "Esta chica despierta todos mis complejos de inferioridad". Quien pensaba así era no solo perceptivo sino prudente si uno recuerda la suerte de Perico, el enamorado testarudo quitaesencial.

Irma había conocido varios Pericos (menos predispuestos a lo trágico, por cierto, pero igualmente insistentes) y esperaba que todo aquel que la invitaba y agasajaba se enloqueciera por ella. Yo estaba lejos de ser el prototipo del hombre que ella consideraba atractivo, como me lo insinuó más de una vez y con poca sutileza; hasta llegó a decir que aceptaba mis invitaciones porque la hacía reir y porque mis anécdotas de trotamundos la llevaban más allá del reducido perímetro de su propia ciudad. Por mi parte debo añadir que mi sueldo en dólares –que se volvía opulento en los países latinoamericanos infestados de inflación– debía obrar como atractivo adicional pues me permitía ser más espléndido en mis gastos.

Irma no estaba enamorada de mí ni mucho menos pero juzgaba absurdo, ofensivo e insultante que yo no estuviera de ella.

Irma consideraba indispensable que el sociólogo y funcionario internacional Juan Beltrán, venezolano, soltero, de treinta y cuatro años de edad, que había solicitado su compañía unas cuantas veces, le diera a conocer sus intenciones amorosas.

Irma ignoraba que ese individuo era una ficción temporal, un ente destinado a desaparecer pronto, una criatura manufacturada por una voz telefónica que se denominaba Diez. Varias otras ficciones habían existido y dejado de existir previamente y el ser humano original estaba ya tan despersonalizado que en los archivos de la organización no se llamaba sino WX, persona de cuarenta y cinco años de edad, casado por segunda vez, con dos hijastros. Irma se encontraba frente a una triple creación que más parecía una fantasía esquizofrénica. Cuando Irma quería apropiarse del corazón del venezolano Juan Beltrán, estaba también tentando la conciencia burocrática de WX y resquebrajando la estructura hogareña de un cuarentón, padre de familia. ¿Cómo separar al soltero Juan Beltrán –que vivía como tal sus últimos días– del observador WX con funciones de contratista y de ese marido ausente que sostenía a su esposa y a dos hijos que no eran propios? Yo no quería pensar siquiera en las calamidades que podrían sobrevenirme si Irma atrapaba el corazón de todos tres.

Por necesidad profesional –yo no podía permanecer mucho tiempo en un lugar y cuando abandonaba un país anulaba al mismo tiempo un nombre y una identidad– había aprendido a ahogar todo síntoma de afecto pasional, como lo dije ya. Hasta entonces mi corazón había salido ileso y cuando mi yo postizo ofrecía algo de sí, mi verdadero yo no tomaba parte. Solo había un apasionamiento teatral. Cuando me divorcié de mi primera mujer por "incompatibilidad" mi razón íntima nunca formulada fue que ella no podía tener hijos. Me casé luego con una viuda que tenía dos adolescentes, con la esperanza de que me diera además un par de hijos propios. Pero ella debió someterse a una operación que la dejó infecunda y echó a perder mis expectativas paternales.

A pesar de este desencanto le ofrecí un afecto tranquilo y razonado en las pocas semanas al año que podía pasar en casa. Cuando hay largas ausencias, un matrimonio se convierte en un acomodamiento que no

necesita pasión. Desaparecen hasta los celos debido a que uno se resigna tácitamente a pasar por alto posibles infidelidades porque es absurdo esperar la continencia perfecta. En las últimas cartas que había recibido de mi mujer, ella se quejaba de que la soledad y la abstinencia la aburrían. No quería dar el primer paso pero si yo le hacía el favor de pedirle un divorcio, aceptaría al momento. Yo pasaba por alto el asunto porque no tenía urgencia de malbaratar mis haberes, pagar abogados, perder mi casa y meterme en los demás líos de una separación.

En verdad, no quería líos de ninguna clase. Por eso cuando me encontré con Irma el corazón se había olvidado de enamorarse y mi cuerpo no quería desearla. Las cosas anduvieron bien al principio porque Irma no estaba acostumbrada a tomar la iniciativa. No era solo arrogancia de mujer bonita. Irma era esencialmente una introvertida y podía borrar el mundo exterior en cualquier momento como quien apaga un televisor. El caso era extraño: una mujer que esperaba en un hombre el amor a primera vista, sin hacer nada de su parte; y un hombre que practicaba la tacañería de sentimientos como elemento de supervivencia y no se atrevía a ningún avance que le complicara la vida.

Mantener la compañía de Irma prescindiendo de acometividad amorosa era como quitarle un caramelo a un niño y luego destrozarse los tímpanos oyendo sus alaridos. Para ella era un ultraje que un admirador no se presentase abiertamente a la conquista y que la agasajara y cortejara sin claros fines de unión sexual dentro o fuera del matrimonio. Pasaban de diez –según sus cuentas– los que habían querido llevarla al altar y eran incontables los que habían pedido luna de miel prescindiendo del matrimonio.

–Rechazaste a todos, ¿verdad?

Irma me dirigió una de esas sonrisas hirientes que Perico conocía tan bien.

–A unos pocos. A los demás dije que sí por curiosidad.

–¿Por curiosidad solamente?

–¡Qué sé yo! Quizás por aburrimiento o lascivia. Pero ninguna relación duró más de un mes. Cuando la novedad se convierte en rutina... ¿sabes? el acto sexual se me vuelve detestable.

Sus emociones –deduje– medraban exclusivamente en los preludios

y éstos terminaban el momento en que el amante se enamoraba demasiado. es decir, cuando creía que Irma debía ser su propiedad exclusiva y se volvían celosos.

–¿Por qué ustedes, los hombres, creen que con una noche de amor me han comprado el cuerpo y el alma?

Irma terminaba por despachar a los empalagosos sin circunloquios, intocada por el dolor de amar, en realidad, sin oportunidad jamás de experimentar las penas de amor que tanto parecían maltratar a los demás. Los reproches que le hacían los descartados de ser cruel, pérfida, traicionera, etc. le parecían excesos melodramáticos.

–¿Se figuran acaso que la vida es un bolero?

Un día Irma, harta de esperar una iniciativa mía, abordó el asunto sin rodeos. ¿Por qué no trataba de besarla siquiera, ya que no me atrevía a expresar aspiraciones más definidas? Yo tenía mi respuesta preparada. La había concebido en forma de que eliminara para siempre el retorno de este tema. Le hablé en el tono de quien escucha perogrulladas. ¿Cómo podía ella imaginar que hubiese alguien capaz de no admirarla, de no encontrarla deseable? Todo hombre, si no era homosexual, consideraba deleitosa la posibilidad de acostarse con ella. Irma sabía que todos los hombres y en especial los que trataban de cultivar su compañía la deseaban vivamente. Lo sabía desde el primer momento y todas las indirectas, eufemismos y circunloquios no hacían sino prolongar hipócritamente la confesión de las intenciones.

–Tú sabes que te deseo, Irma, y si el deseo es recíproco, dime simplemente que quieres pasar la noche conmigo.

Irma me tachó de desmañado, tosco e indelicado. Mis palabras le habían causado gran decepción porque yo mostraba ser como todos los demás un macho en celo que veía en ella un objeto sexual y era incapaz de ir más allá de los llamados de la carne en busca de alma e inteligencia. Mi respuesta, además de ser grosera y de disminuir mucho la simpatía que ella sentía por mí, era un rechazo tácito que aumentaba la ofensa.

Me felicité por haber conseguido mi propósito de ponerla en una situación de abandonar el tópico o de adoptar el papel de conquistadora activa que ella nunca había desempeñado. Esperé que, en el mejor de los casos, a partir de entonces ella me considerara solo un amigo. Para

sorpresa mía Irma, al despedirse, en lugar de decirme que no quería verme más o de mostrarse resentida me pidió "un beso de verdad". Entonces el sorprendido fui yo. Por primera vez vi a Irma obrando como conquistadora, renunciando su acostumbrada pasividad y ensayando el poder de sus hechizos. En un nuevo esfuerzo por desencantarla, le di un beso frío y rápido y, contra mi costumbre, no hice cita para el día siguiente.

Esa noche en el hotel desperté varias veces obsesionado por el temor de que me conocía muy poco, de que mantenía mi función de contratador solo como pretexto. Si era sincero conmigo debía confesar que no había sido más audaz en mis requerimientos por miedo a calabazas del tamaño de un rascacielo. Mas ahora, si Irma se ofrecía, yo podía convertirme pronto en su nuevo Perico, dando el detestable espectáculo de un hombre maduro que seducía a una muchacha que podía ser su hija e inevitablemente se veía repitiendo un ciclo consabido; la muchacha que pronto se hastiaba y el hombre que se volvía un esclavo indigno y babeante. Malos días me esperaban si yo, a pesar de haber previsto con claridad lo que me esperaba, me volvía incapaz de controlarme.

Esa noche me odié, entre otras cosas, porque era muy pobre mi criterio en materia de psicología femenina, porque al viajar con un pasaporte que me quitaba once años de edad me estaba identificando con un jovenzuelo que ya no existía más y porque no tenía dinero y libertad suficientes para cometer una locura y salir adelante con impunidad.

Irma vino tranquilamente a buscarme al día siguiente y se interesó para sorpresa mía por primera vez en mi trabajo, pasado, gustos y antipatías. ¿Me gustaba el teatro? ¿Qué opinaba yo de las modas? ¿Era casado? Le contesté que era divorciado pero omití el detalle de que me había vuelto a casar.

Irma persistía en sus preguntas con la diligencia de un detective que trata de confirmar sospechas preconcebidas y que no para hasta conseguir una confesión inequívoca. De repente, casi sin transición, me dijo:

–Quiero pasar esta noche contigo en tu hotel.

Me sorprendió su decisión y al mismo tiempo me intrigó que la anunciara con la entonación neutra de quien lee algo o lo ha memorizado, mientras me miraba ansiosamente los labios como queriendo beberse mi

respuesta. Comprendí en que consistía su juego. Irma me creía homosexual y, para confirmarlo, daba por descontado que mi respuesta sería negativa. En verdad me imploraba el rechazo con vehemencia tal que era como si quisiera hipnotizarme. Irma estaba defendiendo su amor propio. Iba a curarse del resquemor de una repulsa al desenmascarar el secreto de que mi corazón no se rendía jamás a una mujer.

Irma me había cerrado todas las puertas de escape aceptables y no me quedó otro remedio que mostrar entusiasmo por su ofrecimiento. Pues la cubrí de besos y abrazos y le dije que había esperado esa fortuna desde el primer día y que era un hombre muy feliz. Se lo dije sin reticencia, con el corazón en la mano, hablando más en mi nombre que en el de Juan Beltrán. Añadí:

–Ven a cenar conmigo. Diré al cocinero que nos prepare un menú de platos espectaculares.

Irma había calculado mal, había avanzado más allá de lo que le convenía y tenía tiempo para volverse atrás pero quizás creía que yo seguía mintiendo y decidió jugar todas sus cartas.

–Vendré a las siete... llena de ilusión.

Era admirable la soltura con que puso miel en sus palabras a pesar de que debía tener impulsos de insultarme. ¿Abrigaba aún la esperanza de que yo seguía fanfarroneando y me vería forzado a delatar mi comedia en el último momento?

Fui a mi oficina y encontré una invitación a visitar un establecimiento de corrección de menores. Encontré también un pasaporte enviado por Diez, junto con instrucciones en código para pasar al país del sur apenas me llegara la cancelación de mi empleo. Escribí cartas, puse en orden mis papeles y fui a conocer la casa donde cumplían sus condenas cerca de un centenar de "incorregibles" La ciudad estaba orgullosa de esa prisión modelo que aplicaba normas modernas de rehabilitación. Como esperaban mi visita, los corredores estaban muy barridos, las celdas bien arregladas, los uniformes muy limpios. Entrevisté a unos cuantos chicos siempre en presencia del director y el subdirector que me acompañaban. Estos maniobraban acusiosamente para controlar la conversación y los muchachos contestaban ateniéndose a las reglas aunque hubo alguien que añadió una pregunta por cuenta propia.

–Dígale al señor cómo le tratan aquí –sugirió el director a un mozo de quince años bajito, pálido y desmedrado.

–Me tratan muy bien y me dan buena comida –dijo éste sin pestañear y luego dirigiéndose a mí imploró: –Señor, ¿puede usted sacarme de este infierno?

Prisiones. Algunas quizás limpias, quizás modelos. Todas repletas de inhumanidad, bullentes de dolor, odio y desesperanza. El hombre que ascendió a la luna y captó las maravillas de la electrónica sigue sin avanzar un ápice a la solución de los problemas primordiales como el gobierno de los pueblos, el crimen, la pobreza. Los esfuerzos no faltan pero pasan siglos y las incógnitas básicas no se despejan. ¿Es que verdaderamente somos impotentes o estamos apenas en la prehistoria de la civilización y se requieren milenios para encontrar la clave perfecta?

Me sentí culpable de malgastar el tiempo de mis acompañantes sin objeto alguno, sin ningún aporte. Ellos estaban bien intencionados en mejorar una función esencialmente cruel y dispuestos a escuchar a un experto, sin saber que yo estaba lejos de serlo. La inutilidad esencial de mi vida se me mostró como en relieve y el desencanto se acentuó al pensar que aún en mi propia misión si yo fuese más productivo los resultados apenas cambiarían. Mi desempeño como analista político, una especialidad potencialmente fecunda, podía de vez en cuando arrancar aplausos de Diez pero mis informes, los brillantes y los sosos, los bien razonados y los improvisados, nada habían alterado los destinos y peripecias de los pueblos observados por mí. Mi visita al "establecimiento modelo" era una síntesis de lo fútil e innecesario de las actividades que yo desempeñaba como expresión de mi existencia.

Para olvidarme de mis frustraciones nada mejor que dejar en libertad mi egoísmo esencial y matar el tiempo en algo que por lo menos me causara complacencia. Ahora iba a vivir lo inmediato sin calcular los riesgos posibles. Yo quería vacaciones. Todo el diseño de mi vida quería interrumpirse en una vacación.

Irma y yo nos encontramos a la hora convenida y fuimos al comedor. Se me antojó que ella tenía la actitud medrosa de quien va al hospital a operarse. Por fortuna yo conocía los platos que mejor preparaba el cocinero y había encargado a éste un menú muy apetitoso. Irma, que

había iniciado escaramuzas para sondear mis intenciones, mejoró de ánimo casi contra su voluntad. De todas maneras ella parecía esperar todavía que yo me hiciera atrás a tiempo, antes de exponerme a un fracaso en el momento decisivo.

Fracaso no hubo esa noche pero tampoco satisfacción enaltecedora o sensación de triunfo para ninguno de los dos. Por supuesto, dejé bien en claro que no me faltaba aptitud y me sobraba virtuosidad. Si en ella la pasión fue tenue, abundó el arte teatral y se comportó como buena perdedora después de haber ido hasta el sacrificio para confirmar sus sospechas.

A la mañana siguiente, cuando el mozo nos trajo el desayuno desperté a Irma del profundo sueño en el que había caído de golpe esa madrugada. Me había estado contando que la noche anterior había pasado en vela porque "tú sabes,la decisión de tomar un amante deja un tufo de azufre" cuando a la mitad de una frase cerró los ojos y se quedó dormida como sólo los niños pueden hacerlo. Yo había despertado varias veces y me había complacido de sentirla en mis brazos tan apaciblemente quieta. Al amanecer, cuando entraba por la ventana una tenue luz, contemplé la pureza de su perfil que poco a poco se iba haciendo más distinto y escuché largamente el calmado ritmo de su respiración. Ella me había contado que tenía el sueño muy inquieto y que despertaba a menudo durante la noche pero lo que yo veía era serenidad y sosiego absolutos, como si mi cercanía le infundiese seguridad.

¿Podría yo disfrutar otra vez de esos momentos que tenían un regusto de cuento de hadas, que estaban al margen de pugnas emotivas y querellas intelectuales, como si el tiempo se hubiera congelado en un instante de máxima belleza? Ahora había claridad suficiente para admirar el cutis sin la menor imperfección, la simetría de las pestañas, el fino cincelado de los labios... y supe, estremeciéndome de angustia, que ya no podría renunciar a la presencia de ella, que como otros tantos estaba cayendo en sus redes e iba a sufrir mucho, empezando desde el instante en que ella despertara. Mis temores no andaban descaminados.

Irma se incorporó con sobresalto, se restregó largamente los ojos, me miró como si tuviera dificultad de identificarme, caminó hacia la ventana tratando de ubicarse y ordenar sus recuerdos. Suspiró, observó

a través de la ventana un paisaje urbano con un enfurruño de niebla matutina y dijo en voz muy baja, hablando al parecer consigo misma:

–Nada más melancólico que un amanecer de pecado.

Aunque se sirvió su desayuno con buen apetito, Irma no estaba dispuesta a dejarse sacar de sus propias meditaciones. Ensayé anécdotas, chistes, conversación ligera, pero ella persistió en su ánimo sombrío. Se vistió, peinó y arregló sin prisa y a las once de la mañana se despidió diciéndome que sería una buena idea no volvernos a ver.

Yo, que esperaba algo por el estilo, tuve fuerza de voluntad para no mostrarme afectado. Cuando salió del cuarto me dije que para suerte mía el desenlace previsto había ocurrido antes que yo me apasionara de ella con la impetuosidad de un adolescente.

Mas esa misma noche Irma subió a mi cuarto y procedió como si no nos hubiésemos separado en ningún momento.

–¿Estás de nuevo humana? –le pregunté.

Irma rió y me dijo que sus amaneceres siempre eran difíciles y que yo debía pasar por alto ese mal hábito. Y como observara que yo había estado escribiendo me pidió que continuara por todo el tiempo necesario pues ella había traído un libro que estaba interesada en terminar.

He aquí que de pronto, sin planes previos, lo que ella comenzó como baladronada se convirtió en un tácito acuerdo de convivencia. Compartíamos horas que más tenían de camaradería apacible que de pasión. Lo sexual era para ella un elemento convencional que aceptaba sin protesta pero del que podía prescindir sin ningún esfuerzo. En otras palabras, Irma estaba más cerca de la frigidez que lo que quería confesar. Mas nuestra relación no estaba exenta de fricciones ni mucho menos. Menudeaban los intervalos en que yo –y posiblemente ella– teníamos una sensación íntima de transgresión espiritual.

La paradoja de esos días consistió en que, si bien el intelecto reprochaba lo artificioso de nuestro acercamiento, había arcanos mecanismos psicosomáticos que nos impelían a estar juntos. Yo me dediqué en mis pensamientos a un ejercicio de autosugestión. Me mentía a mí mismo y fingía aceptar mis mentiras. Me decía que debía continuar el *affaire* hasta contratarla como nuevo miembro de la organización, que era capaz de romper esa relación cualquier momento sin hacerme daño,

que era una suerte haberla conseguido para mis "vacaciones".

Por otra parte, reconocía que abundaban los hechos reales que debía tomar en cuenta: la diferencia entre nuestras edades y –si quería volverme más detallista– entre nuestras estaturas, gustos, intereses y preferencias vocacionales. Además yo sentía la incomodidad de amoldarme a sus bruscos cambios de humor y sus inesperados instantes de desatención.

Una mañana, a la hora del desayuno, cuando el desgano postcoital incitaba a la pendencia y nuestros antagonismos se volvían beligerantes vi con fastidio que Irma olisqueaba la bandeja que había traído el mozo con ostentosa repugnancia.

–¿Por qué pediste eso? Más todavía, ¿por qué pides los desayunos sin consultarme? Tú sabes que tengo mis propios gustos y preferencias.

–Si quieres algo distinto...

–Hoy quiero huevos revueltos, tostadas, mermelada de naranja y té en lugar de café.

–Llamo al mozo al instante.

–¿Para que se tarde una hora en regresar? No, hoy estoy de prisa. Comeré algo de lo que pediste aunque me repugne.

El timbre del teléfono interrumpió la disputa que ella quería provocar. Era mi amigo Tobías Rendón, el agricultor que aspiraba a ser diputado. Me dijo que partía pronto a su hacienda donde estaría una semana. ¿Por qué no le acompañaba yo? Había muchas cosas interesantes que quería mostrarme y él, por su parte, disfrutaría de mi compañía y "mi brillante manera de verlo todo".

–¿Dice que usted parte hoy? ¿A qué hora?

–Puedo recogerle en su hotel después de dos horas.

Como tantas otras veces en lo pasado tomé una decisión sin detenerme a pensar dos veces.

–Acepto su invitación con todo gusto.

Cuando regresé a la sala –mi *suite* tenía dos habitaciones -Irma, masticando desganada un pedazo de pan, empezó a recriminarme por una serie de actos o frases que yo nunca hubiese calificado de ofensivos.

–¿Ves, Juan, que tengo muchas razones para estar descontenta? Lo único razonable es romper. Así pues, no trates de buscarme ni me esperes hoy ni mañana.

–Ni pasado tampoco. Voy a salir para un viaje que durará unos cuantos días.

Murmuré un adiós casi inaudible y retorné al dormitorio a preparar mi maleta. Cuando oí el portazo con que acompañó su salida me sentí aliviado.

Tobías Rendón fue al hotel a recogerme en un jeep que había rodado muchos kilómetros pero que, según sus propias palabras, podía llevarme "al mismo infierno". Empezó a manejar con agresiva prisa, sin mayor respeto a los semáforos, asustando con su bocina a los transeúntes. Pronto llegamos a una carretera asfaltada que para mi amigo se convirtió en pista de carreras. Para sobrepasar invadía los canales de retorno o se metía por espacios donde el vehículo apenas cabía.

Tobías, cuando empezó un largo ascenso que le obligó a reducir la velocidad, se quejó de que el modelo viejo de jeep que él manejaba no tenía fuerza suficiente.

–Nos tomará tiempo irnos al otro lado de esta montaña.

–Es muy alta. Espero que no tenga que pasar por el tope.

–Consuélese, amigo Beltrán, las carreteras nunca llegan a las cúspides. Seguiremos por las faldas en busca del paso más bajo. Si usted quisiera coronar este monte tendría que subir a pie, arañando las rocas para no resbalar, avanzando pulgada a pulgada... y posiblemente abandonaría el empeño a medio camino. ¿Le gusta a usted el alpinismo?

–Muy poco. Pero metafóricamente, diría que sí porque la vida entera es un alpinismo. Todos queremos llegar a la cima para dominar el panorama. Pero nos quedamos en valles, hondonadas y quebradas, con horizontes reducidos. Quisiéramos verlo todo, saber todo de arte y ciencia y de nosotros mismos... pero lejos de la cumbre se ve muy poco y no se sabe nada.

–No sea modesto. Usted sabe mucho.

–¡Qué va! Si se sintetizaran todos los conocimientos que hasta ahora existen en un millón de páginas, lo que yo sé no llegaría a llenar ni una primera página.

Tobías soltó una carcajada.

–¿Puedo entonces llamarle ignorante?

–Con todo derecho.

–Con más derecho puedo llamar ignorantes a todos mis enemigos políticos. ¡Qué satisfación!

–Es el deporte más fácil.

–Pero desconcertante por que tengo que incluirme en el número. Tiene usted razón. Sabemos muy poco hasta de nosotros mismos. Cuando era joven me echaron de un empleo. Hubo una causa, como es natural. Pero todavía no sé cual fue... Una novia dejó de quererme y nunca supe la razón. Estamos condenados a vivir viendo sólo lo que está ante las narices, aceptando enterarse de muy poco, comprender muy poco y gozar muy poco–. Calló por unos segundos y añadió riendo: –Pero el arte de la vida consiste entonces en gozar mucho de lo poco que tenemos para gozar. Y para eso viajamos hoy, ¿verdad?

Dos horas después pasamos de la carretera asfaltada a un camino polvoroso y estrecho que atravesaba bosques tupidos y, en ciertos trechos, pastizales o sementeras de reciente creación.

–Es una región vírgen donde van llegando colonos en número creciente. En pocos años, si usted regresa, esta magnífica zona agrícola estará transformada.

Hizo una larga digresión sobre las relativas ventajas de ciertos cultivos, un tema que yo mismo había buscado pero que no escuchaba sino a medias porque en mi mente vibraban todavía las resonancias de la escena de la mañana. Irma me había dejado y yo había tenido la satisfacción de reforzar el rompimiento con el anuncio de mi viaje, manteniendo así una actitud de indiferencia que había cesado de ser real pero que ayudaba a controlar mi comportamiento. Ahora sostenía un diálogo imaginario con Irma en el que yo enumeraba mis quejas: mi tensión ante los constantes vaivenes de su humor, su falta de interés por la política y otros temas que me interesaban, su nebulosa religiosidad que la llevaba a un laberinto de dudas casuísticas, sus desvíos a lo supersticioso cuando hablaba de castigos predeterminados como si ella y su familia estuvieran subyugadas por una cohorte de dioses arbitrarios y, finalmente, su rechazo de cualquier ayuda mía en la elección de un empleo o un trabajo futuros.

Conforme avanzábamos por ese camino que había perdido el lastre original y que aunque había dejado de ser polvoroso abundaba en baches

y curvas, me llegaba un hálito de selva húmeda que invitaba al adormilamiento, al predominio de lo puramente vegetal. Al cerrar los ojos, el monólogo de Tobías se convertía en fragmentos de sueños entretejidos de realidad. Irma estaba a mi lado, abrazándome, y yo le mostraba los frutos maduros que colgaban de un árbol, o una flor gigante que asomaba por entre grandes hojas, o unos pájaros de plumas vistosas que huían del ruido del motor. No, Irma no estaba a mi lado para compartir mis deleites turísticos pero los paisajes y yo estábamos saturados de su presencia. Confirmé entonces lo que no me había atrevido a formular en términos directos: en ese momento, mucho antes de lo que yo temía, estaba ya demasiado enamorado de Irma. Podía alargar la lista de sus defectos y deficiencias pero ello no servía sino para destacar la ceguedad y la sordera que hay en la génesis del amor. Uno ama, punto. Ninguna razón altera ese sentimiento tan distinto de lo cerebral.

Nos detuvimos para llenar el tanque de gasolina y almorzar en un pequeño negocio que apareció como por ensalmo en un claro de la selva. El propietario vendía combustibles y tenía además una abacería escasamente provista y un comedor con unas quince mesas. No había menú. Se pedía un almuerzo y se invocaba a los hados para que resultara comestible.

Cuando un mozo estaba sirviéndonos la sopa paró frente al negocio un camión del que descendieron unos veinte individuos uniformados, armados de fusiles, que también querían almorzar.

–¿Qué hacen aquí estos soldados? ¿Están jugando a la guerra?–preguntó Tobías.

El dueño se acercó a informarnos en voz baja:

–Ayer capturaron un contrabando de cocaína. Atraparon algunos peces pequeños y ahora andan buscando a los grandes, a dos famosos que tienen una inmensa fortuna en dólares y pueden comprar a todas las autoridades. No los agarrarán nunca porque si les falla el soborno les quedan las armas. Tienen hasta cañones y ametralladoras. Algunos de estos pobres diablos –añadió señalando a los nuevos comensales– no van a regresar nunca. Véales usted: qué gran apetito tienen para la comida y la cerveza, qué ganas de conversar y hacer bromas. ¿No tiene usted la impresión de que son como reses en camino al matadero?

Tobías se encogió de hombros. Me explicó que no había razón de preocuparse. Esas tropas andaban por los campos dando la impresión de que eran diligentes aunque solo capturaban, como ya había dicho el dueño, a los peces más chicos.

Reanudamos el viaje media hora después. El camino –que ahora era solo una trocha abierta en la mitad de la selva– iba ascendiendo moderadamente hasta una cima que se divisaba al fondo y, como cabía esperar, los baches eran más profundos, había piedras, lodazales y ramas caídas. Tobías, imposibilitado de satisfacer su manía de velocidad, avanzaba cautelosamente dando tracción a las cuatro ruedas si había que atravesar un trecho fangoso. Apenas coronamos la colina empezó un nuevo descenso. El camino que vimos frente a nosotros era como una hamaca muy larga colgada entre dos cimas. Bajaba y volvía a ascender.

–Tobías, vea usted la parte más profunda del camino. ¿Qué es lo que está tirado en la mitad?

–Parece un bulto, o unos cuantos trapos... Ya pronto lo veremos con claridad.

–Yo diría que son dos individuos tendidos, inmóviles.

–¡Oh, diablos!

Tobías pisó el acelerador a fondo, maniobró con rapidez al pasar junto a los dos cuerpos inmóviles y estuvo a una pulgada del zapato de uno de los caídos que, por lo que alcancé a ver, tenía el rostro ensangrentado. Tobías se salió del camino solamente a medias, manteniendo en él las ruedas izquierdas, pero las derechas se hundieron en la tierra floja del borde, dejando al vehículo sin movimiento por dos o tres segundos. Tobías dio tracción a las cuatro ruedas y el jeep, rugiendo como si fuera a desintegrarse, avanzó a pequeños saltos. Mas apenas una rueda más entró en el camino, el vehículo cobró velocidad y pronto tomamos una curva que nos dejó fuera de la vista de esa extraña escena.

–¡Idiotas! –exclamó Tobías–. ¿Quién no conoce el truco? Se fingen muertos o heridos en espera de un buen samaritano, de un viajero poco avispado. Cuando éste se baja a socorrerles, se levantan, sacan sus armas, atacan de sorpresa, generalmente asesinan a los ocupantes y se llevan el vehículo.

–¿No hay la posibilidad de que usted esté equivocado, por ejemplo,

de que los tendidos sean las víctimas de un atraco reciente? Pare, por favor, que soy muy curioso. Regresaré a pie, andando por entre los árboles y las matas de los bordes de camino, hasta un lugar donde pueda divisarles.

Tobías paró el jeep de mala gana. Yo bajé de un salto, regresé por el camino hasta la próxima curva y luego me interné en el bosque y continué avanzando a un sitio donde pudiera observar sin ser visto. Avancé cautelosamente mirando a través de unos matorrales de hojas enormes.

Tobías tenía razón. Como lo había previsto, los dos tipos caminaban ahora sin prisa, discutiendo acaloradamente, cada uno con un revólver en la mano. Yo, que ciñéndome al reglamento nunca salgo de viaje desarmado, saqué el mío, comprobé que estaba cargado y regresé cautelosamente sin despertar sospechas en los desconocidos aunque tanto mis pisadas como el roce de mi cuerpo con los matorrales producían ruidos que a mí me sonaban como cañonazos. De repente oí voces que venían del otro lado, de cerca del jeep. Apreté el paso y pronto vi que dos hombres se acercaban a Tobías quien, visiblemente asustado, muy pálido, salió del vehículo y se puso detrás, interponiéndolo entre él y los dos desconocidos.

–Déme la llave del carro o disparo –ordenó uno de ellos.

–La llave tiene mi compañero, el señor Juan Beltrán, funcionario extranjero, con visa diplomática, un sociólogo famoso que pertenece a una organización internacional.

–No sea idiota. Usted estaba manejando y el hecho de decirme una mentira le cuesta la vida.

Sacó un arma del bolsillo trasero del pantalón pero antes de que tuviera tiempo de apuntarla hacia Tobías, yo disparé. El hombre cayó de bruces y su compañero, cuyos reflejos debían ser excelentes, se dio vuelta, sacó una pistola y tiró dos veces del gatillo. Volví a disparar y mi proyectil alcanzó su antebrazo. El hombre dio un grito y soltó su arma. Cuando intentaba recogerla me vio asomar y empezó a retroceder.

–¡Sinvergüenza! Un cobarde que dispara por la espalda –me gritó mientras se cubría la herida con la mano izquierda. Avancé y él mantuvo la distancia. En el espanto de sus ojos había la angustia de quien vive sus

últimos momentos, los pocos segundos previos al fogonazo del arma que yo iba a disparar.

No disparé. Sin dejar de apuntarle, vigilando todos sus movimientos, recogí las dos armas y le dije a Tobías:

–Suba al carro y arranque el motor. Vámonos a toda prisa porque los dos muertos resucitaron y están avanzando hacia acá.

Tobías entró alelado, con una falsa prisa de movimientos torpes...¡y ocupó mi asiento! Pensé que era mejor así porque estaba tan nervioso que no habría podido maniobrar bien. La llave estaba en el tablero de instrumentos porque mi amigo no la había sacado. Cuando puse el vehículo en marcha vi por el espejo que los dos fingidos muertos corrían hacia el herido y que éste les urgía a que disparasen contra nosotros. Lo hicieron demasiado tarde, cuando alcanzábamos una curva que nos quitó de su vista.

–Tranquilícese, Tobías. Les hemos dejado muy atrás. Ya estamos fuera del alcance de sus tiros.

Tobías dio un estruendoso suspiro de alivio pero tardó algunos minutos en recobrar la calma y poder dirigirme la palabra.

–Ambos hemos vuelto a nacer –tartamudeó.

–¿Sabe usted, Tobías, que ésta es la primera vez que he disparado contra una persona? ¡Eh, mire, otro automóvil!

–No se detenga, no sea imprudente.

–El automóvil se estrelló contra un árbol y no va a moverse. Además no hay nadie adentro.

–No reduzca la velocidad. Vamos adelante, rápido.

–¿Ve usted esa rueda y esas piezas? Mi teoría sería que iban a gran velocidad, que cayeron en un bache profundo y que el eje se rompió.

–No vaya tan despacio, por favor. No tenemos tiempo que perder. Escapemos de aquí.

Aceleré el jeep y empezamos a imaginar lo que pudo haber acontecido. Por lo que discutimos entonces y por ciertos datos que leí después en los periódicos, la mejor hipótesis sería que cuatro individuos, los que se fingieron muertos y los que nos atacaron, viajaban en ese automóvil. Al quedarse sin transporte decidieron apoderarse del primer vehículo que asomara. ¿Por qué estaban separados entonces? Rendón me observó que

en el lugar de los cuerpos tendidos comenzaba un camino, y que nuestros dos atacantes estaban cerca de la intersección de otro camino. Eran vías menores, poco frecuentadas, mas ellos se dividieron en parejas para controlar todas las rutas del paraje.

–¡Malditos contrabandistas!

–Tobías, ¿cómo sabe usted que son contrabandistas?

–Los que nos atacaron son dos hermanos de apellido Vélez, de fama en todo el país. A ellos se refería el dueño del restaurante cuando dijo que tenían cañones y ametralladoras. No es imposible. Deben andar muy bien armados porque soldados y policías les tienen miedo. Lo que sé de seguro es que tienen mansiones muy lujosas y viven a todo lujo, como príncipes. Esos dos son los "pejes grandes" que los soldados quieren atrapar.

Me sentía lleno de sudor, un poco mareado y cada vez más débil. Hasta la vista comenzaba a nublarse.

–Voy a parar un momento, Tobías, y darle el volante. Tengo un extraño adormecimiento en la pierna izquierda.

Me bajé para cambiar de asiento y al tocarme la pantorrilla sentí húmedo el pantalón. Era sangre, bastante sangre. Uno de los disparos me había atravesado la pantorrilla dejando heridas de entrada y salida.

–No comprendo qué pasó, Tobías. El hombre disparó al acaso, sin apuntarme.

–Tal vez la bala tocó una piedra y rebotó.

Usamos nuestros pañuelos para vendar la pantorrilla. Las heridas sangraban todavía.

–En mi finca no podré atenderle como es debido. Por otra parte, como Vélez me reconoció, irá allá a buscarme. Tampoco podemos regresar porque nos enfrentaríamos nuevamente a ellos. Voy a desviarme hacia un pueblo cercano donde quizás encontremos un médico–dijo Tobías que, teniendo ahora un pretexto, hizo que su destartalado jeep fuera a la máxima velocidad posible.

Un par de horas después me hallé en el pobre cuarto del único hotel que tenía el pueblo, después de haber sido atendido solícitamente por un doctor joven, conocido de Tobías, que por fortuna estaba en ese lugar de paso. El doctor tenía medicinas en su maletín. Me dio antibióticos y

me felicitó por haber salido tan bien librado. Tobías consiguió un radio portátil para oir los boletines de un suceso sensacional: el millonario Abelardo Vélez, que presuntamente era el jefe de una famosa banda de contrabandistas de cocaína, había sido agazapado por un destacamento militar. Vélez, su hermano y dos hombres que los acompañaban se habían defendido con rifles y ametralladoras, pero después de reñido tiroteo Abelardo Vélez recibió un disparo mortal. Su hermano y los dos hombres que le acompañaban habían logrado escapar pero uno de ellos estaba herido.

–Así se escribe la historia en nuestro país –se quejó Tobías muy indignado–. El destacamento que encontramos quiere apoderarse de toda la gloria, pero no lo permitiremos. Vamos a dar a la prensa la noticia verdadera y relatar la gran hazaña de un hombre que con una sola arma venció a cuatro bandidos.

–Por favor, le ruego que no lo haga. Represento a una sociedad internacional que no me mandó para aventuras sangrientas. Mi viaje a su quinta no era un asunto oficial y me vería en aprietos para explicar por qué abandoné mis deberes y desatendía las funciones de mi cargo... Le quedaré muy agradecido si usted se abstiene de mencionar nuestro percance.

No es que me desagradara el calificativo de héroe. Me habría gustado contar al mundo entero que me había desempeñado como un combatiente profesional, pero no quería líos con Diez. Además me sentía avergonzado de mí mismo, deprimido como no lo había estado en muchos años. Durante mi entrenamiento, para prepararme a eventualidades de esta índole, había gastado centenares de cartuchos en ejercicios de tiro al blanco y había alcanzado una nota alta en buena puntería, aunque no llegué a los primeros puestos. En esa época, además, había levantado pesas, llevado a cabo caminatas forzadas, aprendido lucha libre... Cada oficio exige conocimientos y ejercicios básicos que uno debe aprender aunque no vaya a necesitarlos jamás.

Para cada misión, desde la primera, las instrucciones fueron siempre las mismas: observe mucho, analice creadoramente sus datos, recoja toda información posible... pero nada de broncas o borracheras, de opiniones políticas, de participación en desfiles o protestas. Especialmente, nada

de exhibiciones de destreza o actos de valentía. Cuanto menos advertido fuese un observador, cuanto menos recordaran su nombre, más útil sería para la organización. Pero, claro, si una misión se volvía peligrosa –algo que podía suceder en cualquier momento hasta en los países de mayor tranquilidad– y si se necesitaba defender la vida, había tácita autorización de usar el arma eficientemente sin esperar respaldo oficial. Creo que la mejor síntesis de los párrafos de Dino relativos a este tema sería la siguiente: si hay peligro, evítalo; si no puedes evitarlo, defiéndete; si te defiendes, allá tú.

Después de tanta misión insípida, de tantos años de vagar oscuramente, de tanto informe inocuo, lo que yo menos esperaba era debutar como *cowboy* de tercer orden durante una semivacación clandestina, al disparar por la espalda a un desconocido y herir a otro. Procedí serenamente, ajustándome a las reglas de defensa propia, cual correspondía a un individuo concienzudamente entrenado. Pero como persona, como ser humano, no estaba preparado para una iniciación tan dramática. En el hotel, cuando por fin me dejaron solo para que durmiera y descansara, mi cerebro estaba lleno de truenos, vendavales, confusión caótica, porque seguía recordando y reviviendo el incidente. Había hecho algo que me volvía despreciable y bajo. Tú ves una película muy violenta con plena tranquilidad. Tiroteos, personas que caen con rostros ensangrentados, exagerada destrucción y carnicería, nada de eso te quita la serenidad. La muerte puede andar suelta por el escenario sin arrancarte la menor protesta.

Pero cuando tú has apuntado un arma, tirado del gatillo, oído la detonación y visto a un hombre derrumbarse como golpeado por una enorme fuerza invisible, quedándose luego inmóvil, entonces ese acto adquiere una importancia descomunal. Es una acción irreversible realizada por ti y te empiezas a preguntar quién te dio el poder de quitar la vida ajena a voluntad.Al día siguiente me sentí débil pero el doctor me examinó y dijo que yo estaba en condiciones de viajar. Si él hubiera sido capaz de ver la languidez de mi espíritu y la persistencia de mis remordimientos, no habría sido tan optimista.

Tobías y yo emprendimos el viaje de regreso al mediodía formando parte de una caravana de cinco vehículos, en cada uno de los cuales había

por lo menos un hombre armado. (Tobías mantuvo al alcance de sus manos las dos armas de los hermanos Vélez que se habían convertido en sus trofeos). El camino estuvo tranquilo y contra lo que esperábamos no vimos ninguna patrulla.

Tobías tenía comezón en la lengua, una incontrolable urgencia de contar su aventura. Le sugerí que se llevara los laureles. Yo sabía bien, le dije diplomáticamente, que él habría disparado si hubiese tenido un arma, quizás con mejor puntería, matando de una vez a los dos hermanos y librando al país de ese par de facinerosos. Me contestó que él era incapaz de vanagloriarme y que nunca haría suya mi hazaña. Todo lo que quería era contar a otros que había tenido la fortuna de conocer a un valiente de verdad.

Apenas me encontré de vuelta a la ciudad, en el cuarto de mi hotel, llamé a Irma para pedirle que a la mañana siguiente desayunara conmigo. La excusa que me había dado a mí mismo era que era tiempo de solucionar en forma definitiva la cuestión de su ingreso en la organización. Así me quedaría libre del fastidioso encargo y podría buscar la forma de gozar tranquilo de una verdadera vacación. Ella aceptó venir pero al día siguiente no asomó. Llamé a su casa y me contestó Sally, una de sus inquilinas, diciendo que no la habían visto desde el día anterior. Dos días después recibí una carta extraña de Irma quien, impelida al parecer por un creciente misticismo, perseguida por ideas de pecado y predestinación, me anunciaba que había decidido poner fin a nuestras relaciones. Me escribía desde otra ciudad sin decirme cual era el objeto de su viaje. Pensé que me había llegado el turno de recibir las consabidas calabazas que tarde o temprano daba a todos sus admiradores pero acogí la noticia con relativa indiferencia porque la prioridad de mis pensamientos estaba dedicada a otras cavilaciones. Tenía en mi visión escenarios superpuestos donde se repetían en desorden una serie de imágenes: un camino cortado por un océano de flora, un par de falsos muertos, un individuo yéndose al suelo y quedándose inmóvil, otro individuo restañándose con la mano la sangre que brotaba de su antebrazo. Tú recuerdas ciertos instantes como una sola estampa aunque son una marcha de actos sucesivos: apuntas, tiras del gatillo, produces tres detonaciones pero oyes cuatro, derribas a uno, hieres a otro, oyes insultos... Y dentro de ese cuadro

figura también lo que no has visto: la trayectoria de proyectiles dotados del poder de rasgar carnes humanas. Esas visiones dividen tu existencia en dos mitades: antes y después de la "*hazaña*": el aprendizaje y el *graduado*, el *amateur* y el veterano. Ahora perteneces al grupo de los que han "obrado en defensa propia" y aunque suene bien el eufemismo, no eres sino un homicida.

El día de mi llegada, a la medianoche, Diez me llama por teléfono. La sociedad internacional me ha despedido por incumplimiento de mi deber (yo ya lo sabía) y es tiempo de iniciar otra misión que él considera más importante.

–A propósito, me han regalado un mes de sueldo. ¿Debo recibirlo como anticipo del que usted me manda?

–Es un extra. Disfrútelo en mi nombre.

–¿Como prueba de que la inutilidad es lucrativa?

Diez ríe porque a su manera tiene buen sentido del humor. Luego me anuncia el nuevo programa: otro nombre, otra cara, otro país, otra misión. En la nación del sur puede estallar una revolución cualquier momento y él quiere que yo sea un atento espectador. Por supuesto, me da unos días más para liquidar mis asuntos y terminar la contratación de esa señorita Pantoral. Nada de excusas. Es una orden.

Yo había hablado nuevamente con Sally quien me contestó que Irma estaba quizás viajando. No era la primera vez que desaparecía por unos días sin avisar a nadie.

Mas Irma me telefoneó por fin y yo me sentí aliviado del mal humor y despecho que me abrumaban y que habían aumentado después de la llamada de Diez. Pedí a Irma que viniera con buena disposición porque teníamos mucho de que hablar. Tenía el propósito de recurrir a mis mejores dones de persuasión para convertir a Irma en el nuevo miembro que necesitaba Diez.

La esperé con una cena espléndida. Cuando la vi llegar no pude evitar cierta sorpresa. Irma estaba desmejorada. ¿Aún la sacudía ese misticismo que había inspirado su extraña carta? Lo curioso es que no sentí decepción sino un fresco optimismo. Menos bella, menos perfecta y por eso más asequible para mí. Las reinas de la belleza, encumbradas en sus tronos, son siempre figuras lejanas a quienes se admira pero no se ama.

Pertenecen a la incorporeidad de la fotografía y a los ámbitos del ideal inasible. La muchacha ojerosa y marchita que tenía a mi lado invitaba al abrazo protector y al florecimiento del instinto paternal.

Basado en mi experiencia, para que Irma se sintiera bien y se animara recurrí a una benigna mixtura de poesía, reflexiones filosóficas y anécdotas cómicas. Le pregunté si había disfrutado de su viaje y me contestó que había terminado un par de dibujos a tinta y que por tanto su gira había sido fecunda. Esperé que ella a su vez me preguntase acerca de mi viaje porque quería contarle mi aventura con los hermanos Vélez y mi *debut* como matador, mas Irma no recordó o no quiso abordar el tema de mi ausencia. Decidí entonces buscar temas que no le ensombrecieran más el ánimo. Observé con alivio que una digresión mía sobre los pastores –que en sus noches de desvelo escudriñan los enigmas astronómicos– (digresión basada en ideas de Thomas Mann) hizo vibrar notas muy sensibles dentro de ella quizás por sus sugerencias escapistas.

Para acercarme indirectamente al tema de la contratación le recordé que alguna vez ella había encontrado muy ordinario el nombre de Juan Beltrán. Era una manera de avanzar a la confidencia conforme a los preceptos de Dino de descubrir un secreto menor antes de llegar a los de índole más delicada.

–¿Por qué te gusta tan poco mi nombre?

–Fue más bien una cuestión de contraste. El primer nombre con que te presentaste, ese nombre francés, tenía una sonoridad romántica. Te convertía en uno de esos personajes que se evocan al oir un nocturno de Chopin. ¡Qué decepción después oir tu verdadero nombre! Mejor habría sido que tuvieras un número.

Resistí a desentrañar la razón por qué para oídos femeninos Jean-Paul Bertrand suena a nocturno y Juan Beltrán a anatema.

–Quería decirte, Irma, que he decidido cambiar de nombre.

–¿Quieres que te escoja uno?

–Ya lo escogí. Me llamaré Alejo Henríquez.

Irma me miró como si de repente me hubiera convertido en un gusarapo. Le pareció idiota que yo cambiara mi nombre por otro igualmente ordinario. Le conté que iba a viajar a Orimiel, usando para la capital del país del sur el nombre que le daban algunos a manera de

alabanza o cebo publicitario.

–Aunque la gente de allá lo acoja con orgullo. Orimiel es un apodo ridículo –protestó Irma–. Ojalá a nadie se le ocurra buscar un sobrenombre para esta ciudad.

–Yo tengo uno precioso: Cinair, o sea Ciudad Natal de Irma.

No añadí que Cinair era el código que usaba la organización. Un estremecimiento de placer me recorrió el cuerpo al descubrir que podía usarlo como un piropo. Una coincidencia. ¿O quizás no? El misterio comienza cuando se duda de la coincidencia y se aspira a ser parte de la inmensa computadora del cosmos, la dueña del espacio y el tiempo. El enamorado que ya tan bien plantado estaba dentro de mí compartía ahora con Irma el deporte de jugar con lo inescrutable.

No pude contarle que yo iría como observador político ni que haría mi viaje por tierra y me quedaría un par de semanas en casa de un contacto hasta que me creciera la barba; que cruzaría la frontera en un pueblo fronterizo donde el jefe de aduanas –un contacto nuestro en el otro país– aceptaría mi nuevo pasaporte y pasaría todos mis bultos sin revisión, inclusive un cajón de armas. Me contenté con decirle a Irma que había resuelto volver a ejercer mi "antiguo" oficio de agente viajero, esta vez con acento cubano.

Rememoro ese desayuno con Irma como un diálogo cargado de duplicidad, ignorancia, desencanto y resentimiento mutuos. Queríamos expresar ciertos sentimientos y fingíamos otros; hablábamos de temas secundarios reprimiendo los principales.

Yo no podía definir aún cuál era mi trabajo y cuál quería ofrecerle. Titubeaba ahora más que nunca al comprobar que su indiferencia se había acentuado. Yo tenía aún infectada la herida de la pantorrilla, había perdido peso y estaba pálido, además de que cojeaba un poco...¡y ella no lo había notado en absoluto!

De mala gana continué con mi tarea. Le dije que conocía una firma internacional que podía ofrecerle trabajo bien pagado. No pude avanzar más porque Irma se demudó aunque fingió hablarme con mucha calma mientras me exponía razones sofísticas. Hizo un elogio de la incertidumbre. Hasta que ella no escogiese un trabajo tenía abiertos todos los horizontes mas al tomar una decisión limitaba sus confines y se aprisio-

naba. Todo lo que dijo me llevó a sacar mis propias conclusiones. Simplemente, ella no quería que yo programara su vida porque entonces me parecía demasiado a su padre cuyas ideas y planes rechazó rotundamente quizás para proclamar su absoluta independencia. No era la primera vez que yo llegaba al umbral de la propuesta concreta y tenía que detenerme pero ahora por fin creí descubrir el motivo principal de su repugnancia a aceptar toda oferta mía de ayuda. Un motivo frágil, por decir lo menos, pero yo veía a Irma ante una nueva luz. Para ella, el mundo que la rodeaba, las personas al alcance de su vista, sus interlocutores, todos existían en ámbitos de niebla. Ella vivía dentro de un mundo propio, exclusivo, del que no tenía la menor intención de salir. Recordé que las únicas preguntas que me había hecho hasta entonces de carácter personal estaban encaminadas a descubrir si yo era homosexual. Y había muchos otros ámbitos de interés que ella mantenía al margen de su mente. Nunca se interesó por averiguar el objeto de mi llegada al país, ni el carácter de mis actividades de funcionario internacional. Si su atención a los sucesos políticos era mínima, también lo era a los hechos económicos y sociales contemporáneos. Aún el arte, la literatura y la música por los que ella decía apasionarse eran solo decoraciones de los escenarios de su teatro interior. Pero la mente de Irma era ágil y activa cuando enfocaba hechos exteriores que estaban en colisión con su mundo íntimo.

Esos fueron los momentos en que la descarté como candidata. Diez tendría que seguir buscando una persona con los pies mejor plantados en la realidad. Pero, como dije ya, ese día hubo muchas cosas que yo aún no sabía. Por ejemplo que Irma estaba embarazada. En verdad ella también tardó unos días más en saberlo y muy intrigada debía haber estado por no poder explicar su náusea, malestares, creciente pesimismo y apariencia enfermiza que yo, a mi vez interpretaba como una manifestación más de un perenne estado de depresión que empezaba a fastidiarme.

Ella, por su parte, tuvo también desilusiones. No halló explicación lógica para mi decisión de cambiarme de nombre y pasaporte, un empeño que se le antojaba inútil y pueril. Y le parecía el colmo del absurdo que yo, para cometer ese disparate, escogiera un nombre tan poco distinguido. Además, en opinión de ella, el convertirme de funcionario en agente viajero era un descenso en la escala social y en la valía de mis aspiraciones.

Y debió haberle sido intolerable que ese individuo de pocos cascos que se metía en líos para cambiar su identidad se atreviera además a ser tan irrazonable y entremetido como su propio padre.

Yo había venido –para ser sincero conmigo mismo– con la ilusión de abrazarla, de decirle que la echaba de menos, de afirmar una relación más duradera. Hasta mi empeño de contratarla se basaba en la esperanza de no perderla pues dentro de la organización nos mantendríamos en contacto más directo y continuo.

Ella, por su parte, me buscó tal vez para hablar de las dudas e inquietudes que originaron su viaje y para buscar en mi compañía un alivio a sus inexplicables trastornos físicos. Pero durante ese desayuno nuestras almas perdieron contacto. Fuimos dos solitarios que por incapacidad de abrirnos mutuamente nos desviamos al resentimiento y la incomprensión, nos sentimos desengañados, incómodos en nuestra mutua presencia.

Fue nuestro último encuentro antes de mi viaje. Nos despedimos con frialdad, casi con apresuramiento, sin que ella me pidiera ni yo intentara darle las direcciones adonde podía escribirme.

Al día siguiente empecé mi viaje al sur. Fui a una pequeña población donde mi contacto me había conseguido un cuarto cómodo y una posadera gentil que me preparaba buenos platos. Me quedé allá diez días, dejándome crecer la barba. Llegué un día de mucho sol pero siguieron días de llovizna y viento. El pueblo, cuyos habitantes apenas se dejaban ver, era muy pequeño. De todas maneras yo salía a dar largas caminatas por ámbitos rurales en cuya soledad podía estar más cerca de mis propias cavilaciones.

"Soy un enfermo que no quiere convalecer", me decía. Me había sanado ya de la infección en la pantorrilla pero mi diseño de vida nunca me pareció tan trivial. Me recriminaba por haber estropeado tanto mi presente y mi futuro. Me despreciaba por tener un empleo que no me llevaba a ninguna parte mientras me hacía rodar mundo, por haberme convertido en homicida, por haberme enamorado de una niña que tenía la mitad de mis años, por carecer de verdadero hogar, por estar sempiternamente a fojas una.

Te dan una vida, la única que vas a tener, y también la posibilidad

de convertirla en algo valioso. ¿Qué haces tú? Pues la dejas correr al acaso mientras la magullas cual juguete barato. Se van amontonando los años sin que la hayas dado forma y un día descubres que ya es tarde para sacudir la inacción. No te han faltado consejos. "Puedes ser un gran sociólogo con esa afición tuya a analizar el devenir político". "Puedes ser un maravilloso actor con ese don de imitar voces". "Puedes ser un gran padre con esa afición a los niños". Pero tu escoges un trabajo cuya clave es lo equívoco y te dedicas a un perenne comienzo. Una temporada con cierto nombre, edad y nacionalidad. Y de repente, otro nombre, otra edad, otro dialecto. Tú nunca encuadras de verdad dentro de ninguno de esos personajes, cada uno de los cuales es un empeño fallido de ubicación. Peor aún: nunca tomas en serio ni respetas la labor que desempeñas, la que podría justificar tu existencia camaleónica. Te ves como parte de una entidad que es una aberración burocrática, que hace alardes de técnica y refinamiento y alta planificación pero que podría desaparecer sin que nadie la echara de menos.

Lo absurdo estaba en que ese vagabundo desteñido que era yo se hubiera enfermado de pasión adolescente, que suspirara y sufriera por una jovencita queriendo fundir dos generaciones. En verdad había huído a tiempo porque me era imposible hacer otra cosa, pero haberla dejado era una herida fresca que recordaba mi inmadura necesidad de romance, mi condición de ente frágil y malogrado que se buscaba sin poderse encontrar.

Pasé la frontera diez días después. Mi contacto vino a tomarme una fotografía para el pasaporte de Alejo Henríquez, cubano, de treinta y dos años de edad. Hasta esa época mi rostro se había mantenido lozano y todos me atribuían menor edad. Diez me dijo una vez: "Los hombres jóvenes que no adolecen de matrimonio se desenvuelven mejor y consiguen amigos más decididos. Por eso le mantengo soltero y treintañero. Pero no olvide de ajustar su personalidad a sus tiernos años. Si las secretarias le atienden bien y le hacen favores, recalque su juventud oficial y explote su soltería". El consejo me sirvió mucho más de una vez.

Mi contacto me acompañó hasta la población limítrofe y me presentó a un colega nuestro: el agente de aduanas del otro país, que ya estaba informado de mi llegada. Pasé pues sin revisión de mi equipaje, el que

incluía un cajón sólido de pistolas-ametralladoras que yo tenía la consigna de entregar a otro contacto aún no identificado.

Cuando llegué a la capital me alojé en un hotel de primera clase donde me dieron también una *suite*. Exhibí mis muestrarios en uno de los cuartos pues me había presentado como agente viajero y era en realidad un genuino representante de varias casas de exportación. Diez, que no me había alzado el sueldo en los dos últimos años, me permitió a manera de compensación que me guardara mis comisiones "si es que usted se gana alguna". Ni Diez ni yo queríamos que mis tareas comerciales interfirieran con mi misión pero anduve de suerte desde el primer día porque conseguí clientes que me hicieron pedidos importantes, detalle que me guardé bien de mencionar en mis charlas con Diez. Las instrucciones que me había dado eran las siguientes: pasar por la frontera la caja de pistolas ametralladoras para uso del personal que viajaba al país o laboraba dentro de él; y averiguar si Raimundo Encalada, un popularísimo líder de oposición con ambiciones presidenciales, estaba en condiciones de hacer una revolución.

Conociendo a mi gente, Raimundo Encalada, demagogo de derecha, visionario, aladid de virtudes tradicionales y católico, debía gozar de la cálida simpatía de la organización la cual, por otra parte, perdía la calma al oir de comunistas o iconoclastas. Aunque no me habían dado órdenes precisas, la organización esperaba que yo buscase un acercamiento cauteloso a Encalada y, si las circunstancias se hubieran vuelto favorables para éste, no me cabe duda de que habrían terminado por ofrecerle ayuda.

Mas a los pocos días de mi llegada el líder falleció. Las generaciones venideras seguirán preguntándose si fue asesinado. Las tesis en favor y en contra van de lo prudente a lo inverosímil pero todo bicho con quién hablé tenía alguna convicción inquebrantable. La mayoría achacaba la culpa de la muerte de Encalada al régimen; unos pocos insinuaban la intervención de un marido celoso y eran contados los que aceptaban la versión más simple y más obvia: que don Raimundo se había tropezado, caído y roto el cráneo porque estaba borracho.

El suceso me ofreció una vacación mucho mejor que la que había tenido en el otro país. En lugar de decirle a Diez que nada útil podía hacer y que me mandara a otro lado, sugerí la importancia de confirmar

los rumores de que había dos candidatos para remplazar a Encalada como caudillo y llevar adelante la idea de una revolución. Conseguí permiso para prolongar mi estadía y cumplí mis ocupaciones oficiales escribiendo informes basados en chismorreos pescados aquí y allá y en rumores de propia invención para insinuar que el ímpetu conservador era incontenible. En verdad los dos líderes que querían suceder a Encalada eran tan débiles e ineptos que en pocas semanas los partidarios les dieron la espalda y se dispersaron, perdido ya el fervor que don Raimundo inspiraba. Mas los chicos de la prensa no renunciaban a esa fuente de noticias y, ansiosos de preservar una hoguera ya extinguida, echaban cualquier combustible. Ellos me proporcionaban los recortes de periódicos que complementaban mis informes.

Mas también esta vez había un detalle que frustraba mi vacación: no se presentaba el individuo que debía reclamar las ametralladoras y yo no podía librarme del peligroso cajón. Diez me pidió mostrarme más paciente. Yo podía ser muy paciente porque estas "vacaciones" me permitían dedicarme con empeño a mi flamante oficio de agente viajero que estaba resultando muy lucrativo. Pensé proponerle a Diez que, al mandarme a otro país, me dejara con el mismo nombre y oficio, porque si añadía a mi sueldo las comisiones que estaba ganando, podía amasar una pequeña fortuna.

Me sumergía de lleno en las actividades comerciales para no pensar en esa gran claudicación que era mi vida y para irme curando poco a poco de mi caída en la trampa de Cupido, cuando de pronto mi temporada de libertad tomó un sesgo impensado. Me encontré con Irma que había viajado expresamente para buscarme. No podía pagarse un hotel y había llegado a casa de su hermano.

Irma me trajo una noticia que era una fresca inyección de optimismo, un sendero de avance que podía sacarme de mi laberinto. Me anunció que estaba embarazada y esperaba un hijo mío. Por fin yo iba a cumplir uno de mis grandes deseos insatisfechos. Me había casado dos veces para tener un hijo y dos veces había quedado defraudado. Como lo inconseguible aguza el deseo, la falta de un hijo había ahondado mi sensación de fracaso. Me iba a morir sin descendientes, es decir, me iba a morir de verdad, como si el destino quisiera extinguir una mala hierba. Las

pocas veces que sentí verdaderos odios personales fue cuando me topaba con hombres que lamentaban la desgracia de tener un hijo tras otro.

De pronto Irma se engrandecía ante mis ojos. Había venido a buscarme de Cinair a Orimiel una muchacha de gran belleza física que era además la creadora del mejor tesoro que yo podía esperar. Era la colaboradora para el milagro de nuestra supervivencia pues el hijo es el único atisbo de inmortalidad que percibimos los humanos. Irma adquirió un carácter que merecía delicadeza y respeto y por eso no volví a requerirla sexualmente aunque Irma era mi primera pasión verdadera. Me hubiera gustado estar constantemente a su lado, veinticuatro horas al día, para proteger a ella y al invisible huésped de sus entrañas pero...

Había por medio una comedia aunque nadie estaba riendo. Irma dejó su casa y su país tanto para eludir la malevolencia de su círculo social como para buscar el apoyo y comprensión de su hermano. Mas se había encontrado con un individuo rústico, de estrecho criterio que, aunque andaba del brazo con los siete pecados capitales, creía en el honor de la familia lo cual, traducido a términos concretos quería décir que exigía que su hermana fuese un modelo de virtud y modestia.

–No te busqué antes –me dijo Irma– porque solamente hoy me rebelé y salí sola a la calle. ¿Ves esos dos hombres que nos siguen? Son dos empleados de mi hermano que irán a darle cuenta de todos mis movimientos.

Mas no eran ellos los únicos perseguidores de Irma. Estaba asediada por recuerdos viejos y frescos que le producían complejos de culpa indefinidos. ¿Quizás incurables traumas de su niñez? Más de una vez estuvo a punto de hacerme confidencias pero yo, sintiendo una extraña reticencia, maniobré para evitarlas. Los psiquiatras aficionados suelen ser más ramplones que los verdaderos pero unos y otros descubren a veces secretos desconcertantes. Yo quería preservar el aura de idealismo en que había envuelto a Irma. Además consideraba que su empeño de buscar paralelismos entre sucesos separados por generaciones se basaba en enfoques supersticiosos. ¿Debía admirarme de ello? ¿Acaso no me estaba también yo volviendo supersticioso?

Pues por lo mismo, por el prurito de depender exclusivamente de mi razón, desperdicié la oportunidad de entrar en íntimos recodos de su

mente y me quedé sin saber por qué Irma pensaba que había desafiado a dioses desconocidos que iban a castigarla quitándole la vida el momento menos pensado. Tú puedes refutar, argüir brillantemente que nadie tiene la culpa de que dos pobres diablos se maten porque los han dejado plantados: hay millones que pasan por el mismo trance y no lo hacen. Puedes argüir que un padre que dice "voy a matarte" está acentuando un efecto retórico sin la menor intención asesina y que un hermano fanático, por bruto que sea, no puede castigar a una hermana que acaba de conocer y que es mayor de edad, peor todavía hacerla matar. Sí, tú puedes exponer elocuentes razones pero no consigues nada. Quien ha convertido una hipótesis en realidad existe en otro plano que no puedes alcanzar.

Lo evidente era que Irma estaba incómoda en casa de su hermano, más aún, que le tenía miedo. Me pidió que buscara la manera de liberarla de él lo antes posible. Acepté la sugerencia de Irma de idear un plan porque, en mi opinión, era imperativo que ella visitara regularmente a un doctor para cuidar su embarazo.

Afortunadamente esos días me había encontrado con una antigua colega mía, Aurora Brett. Era enfermera profesional y una época había trabajado para la organización. Varios meses anduvimos juntos en una misión complicada y nació entre los dos una buena amistad. Ahora pasaba ya de los sesenta, estaba retirada y se había establecido en la ciudad porque el cambio de moneda era ventajoso y porque de vez en cuando se entretenía trabajando como enfermera substituta en un hospital. Cuando me vio saliendo del hotel se acercó a abrazarme con gran efusión. Más que a mí, abrazó a sus añoranzas. La organización le había deparado horas que para ellas fueron muy buenas porque tenía las cualidades que faltaban a Irma: el placer de jugar con el misterio y el peligro, un innato amor a la aventura, una aguda percepción de las personas y circunstancias, una energía inextinguible.

Me contó que tenía que mudarse. Quería desocupar un departamento central que estaba cercano a su trabajo porque era minúsculo y estaba en una calle bulliciosa. Le había gustado mucho una casa de un vecindario muy tranquilo pero el arriendo era más alto de lo que Aurora quería pagar.

Concebí entonces un plan ventajoso para ella que al mismo tiempo

solucionaba el problema de Irma. Tuve que contarle a Aurora los detalles: mi inesperado romance, la llegada de una chica que esperaba un hijo mío y las dificultades que ella tenía con su hermano; mi intención de sacar a Irma del país y casarme con ella apenas me saliera el divorcio. Le propuse a Aurora pagarle tres meses de arriendo para que se mudara a la casa que le gustaba, a condición de que acogiera temporalmente a Irma. Mi permanencia en el país duraría unas semanas, lo que le daba suficiente tiempo a un especialista que Aurora y yo conocíamos en Europa para preparar y mandarme el pasaporte que usaría Irma. Era una suerte para mí tener cerca a un persona discreta y disciplinada como Aurora, familiarizada con los métodos de la organización, a quien podía confiar secretos oficiales y personales.

Aurora encontró "extraño, por decir lo menos" el hecho de que por mi culpa me encontrara en un atascadero. Me dijo que me estaba metiendo en honduras, jugando arriesgadamente con el porvenir y bienestar de Irma, poniendo en peligro mi vida y mi empleo. Mas ella comprendió que no había compostura y que era prudente sacar a Irma de la casa de su hermano.

Me preguntó si ello sería peligroso y cuando le dije que los que vigilaban a Irma siempre andaban armados, aceptó mi plan con entusiasmo. En sus buenos años –antes de mi tiempo– Aurora había dejado fama de osada y había participado en complicadas correrías. Ahora vi en sus ojos un fulgor de nueva juventud.

Preparé un plan que no tenía muchos bemoles. No hay nada más eficaz que lo simple. Irma desempeñaría una pequeña comedia en presencia de sus vigilantes: por una parte, rompería conmigo; por otra, se fingiría enferma y aceptaría una recomendación médica de permanecer unos días en casa. De esta manera Aquiles Pantoral –un individuo pernicioso según Irma– suspendería la vigilancia lo suficiente para que ella pudiera huir de su casa.

El día en que Aurora se mudaba a su nuevo domicilio, alquiló un *van*, a una hora convenida de la mañana paró frente a la puerta de servicio del caserón de Espanto, recogió a Irma que la estaba esperando y que desapareció dentro de la carrocería cerrada, y la llevó a la casa alquilada, entrando directamente al garaje que tenía una propia puerta de comuni-

cación con el resto de la casa.

Aurora devolvió el *van* y fue a su departamento donde la esperaba yo con un camión de mudanzas. Para que los hombres de Espanto pudieran seguir mis pasos yo había dado la dirección del departamento a un portero del hotel que hacía buenas migas con ellos. Le di la dirección de la casa donde estaría toda la mañana si alguien me buscaba de urgencia. .

Nadie me buscó mientras desocupábamos el departamento de Aurora pero los hombres de Aquiles Pantoral no tardaron en aparecer, exactamente setenta minutos después de la fuga de Irma. El sistema policial de Espanto no era de primera clase pero tampoco era deficiente. Yo me mantuve en todo momento a la vista de ellos y antes de su llegada había conversado con algunas personas del vecindario, pudiendo así establecer una buena coartada.

Aurora, que tenía por allá más conocidos que yo, reforzó la comedia. Entabló charla con una conocida a pocos pasos de los espías de Espanto y le contó que su "sobrino predilecto", el representante comercial Alejo Henríquez, era un hombre tan servicial y diligente que estaba ayudándola a mudarse. No, dijo, su sobrino no vivía en la ciudad. Estaba de paso, como todo agente viajero. Pero ella aprovecharía bien de las pocas semanas de mi estadía porque yo había aceptado cenar y ver televisión con ella todas las noches. Para una mujer tan sola como ella, una corta temporada de buena compañía era una bendición que por mala fortuna duraría demasiado poco pues un agente viajero tarde o temprano tiene que levantar el vuelo.

Cuando después de bajar y acomodar todos los muebles y enseres de Aurora partimos en el camión de mudanzas, los hombres de Espanto nos siguieron en automóvil. Era una ventaja para nuestros vigilantes que la casa estuviera situada en un *cul-de-sac* porque no tenían que vigilar sino esa calle. A partir de ese día estacionaban el vehículo a unos cincuenta pasos de la puerta de casa y nos observaban con binoculares.

Pasé algunas horas en meter en la casa los muebles y cajones que el chofer del camión dejó amontonados a la puerta de entrada. Después de bañarme –había quedado empapado de sudor– salí por una puerta que daba al patio posterior, entré en el terreno de una casa vecina y, avanzando al otro extremo, pasé a un jardín con muchas matas y enredaderas desde

donde pude espiar a mis espías. Memoricé el número de la placa del automóvil y traté de grabarme los rasgos de los dos hombres.

La dueña de casa me vio y me llamó la atención. Di alguna excusa para explicar mi presencia en el jardín y tuve oportunidad de entablar amistad con esa vecina de la casa contigua. Cuando me mencionó su nombre, Zoila Amada, recordé que había leído uno de sus cuentos en mi último viaje por avión y que me había parecido de buena calidad literaria. Ella, me dijo, era una de las editoras de la revista donde se había publicado ese cuento. Posteriormente leí en otro número de esa revista un artículo de ella sobre el pretendido asesinato de Encalada que me ayudó a entender algo del clima político del país. Con cierta frecuencia en los días posteriores me paraba junto a su ventana para charlar unos momentos, generalmente sobre política, y en cada ocasión escuché algo que sirvió de inspiración para mis informes.

Como los hombres de Espanto seguían todos mis pasos tuvimos que tomar precauciones: mantener bajas las persianas, hacer funcionar la televisión o la radio para ahogar el posible rumor de nuestras conversaciones, pedir a Irma que no saliese bajo ningún pretexto ni siquiera al jardín o al patio.

Pronto me sentí harto de mi "vacación". Quería terminar mi misión y salir del país lo antes posible pero tenía por una parte que esperar órdenes de Diez y por otra que recibir el pasaporte de Irma quien tendría que adoptar el nombre que el falsificador europeo le había dado.

Fue un desencanto, entonces, que una noche me llamara Diez a felicitarme por mi último informe y ordenarme que me quedara un tiempo más observando a los dos caudillos y siguiendo el desarrollo de los acontecimientos. Le dije que la oposición estaba desintegrándose y que no iba a pasar nada por mucho tiempo, pero Diez insistió en que yo esperase unas semanas más.

Para aburrir a mis vigilantes me impuse rutinas estrictas. Atendía a mis clientes en el hotel, escribía mi correspondencia, almorzaba a la una de la tarde, regresaba a recibir otros clientes y a las seis salía a pie, me detenía en un supermercado a comprar víveres o golosinas y me encaminaba a casa de "mi tía". Los hombres de Espanto, que no siempre eran los mismos, llegaban a la calle en su automóvil, sin haber dejado un

momento de observar mis actividades y a las once de la noche, hora en la que puntualmente yo regresaba al hotel, me seguían y esperaban hasta que yo tomara el ascensor. No sé si pasaban la noche en vela, esperando una posible salida nocturna mía. Supongo que más bien pagaban a un empleado del hotel para que diera la voz de alerta si yo me apartaba de mi rutina.

Así pues todos los días pasaba algunas horas con Irma, horas cortas a veces, larguísimas otras, en las que yo trataba de poner freno u orden a mis reacciones pues, si bien era maravilloso observar a quien estaba formando mi hijo en sus entrañas, era muy difícil guardar la ecuanimidad ante los cambios de humor, o los silencios hostiles. Había días de grata sorpresa en los que encontraba a Irma de muy buena disposición. Nada había comparable a la gracia de su sonrisa y sus frases juguetonas; nada me gustaba tanto como reencontrar esa chica vivaracha y bromista que conocí la primera vez y nada podía ser más simplemente delicioso que el afecto que me mostraba en sus mejores momentos, que ella llamaba amor y que, según me aseguraba, era el único verdadero que había sentido hasta entonces.

Pero había otros días en que la asediaban ideas saturadas de mito y misticismo y su ingenio se agudizaba para suplir razones que justificaran su visión de lo presente y lo futuro, una visión de penumbra o aquelarre, de morbidez, de tragedia incurable, que a veces me causaba escalofrío.

Me preguntaba por qué la quería a pesar de eso, y cuánta solidez tenía ese amor mío mezclado de desencanto y perplejidad. ¿Por qué me había vuelto de súbito capaz de volcar todas mis reservas de cariño hasta el punto de convertirla en objeto de adoración? ¿O quizás solamente adoraba esa condición suya de ser como un templo para oficiar los ritos de una nueva vida, de un pequeño y escondido corazón que hacía circular mi propia sangre?

No sabía explicarme por qué la quería y por qué ella también decía quererme. Dentro de mí bullía a veces un celo muy extraño. ¿Se había enamorado Irma de Alejo Henríquez, un hombre con una barba muy *sexy* y una jovialidad muy cubana que poseía atractivos que habían faltado a Juan Beltrán?

Aquiles Pantoral asomó un día en el comedor de mi hotel y tomó

asiento a mi mesa, frente a mí. Irma le había descrito tanto que le reconocí al primer vistazo. Era grueso y fornido, de rostro dictatorial. Vestía trajes juveniles muy caros. Para mantenerse a la altura de Espanto, del alias que le había hecho célebre y que él quería convertir en presea y título honorífico, el hermano de Irma ahuecaba la voz, alzaba la cabeza a lo Mussolini y echaba majestuosas miradas de hombre superior.

Aquiles se veía más grande de lo que era. Su negocio de transportes consistía en unos veinte camiones, destartalados en su mayoría. La enorme casa que tenía estaba en un barrio en decadencia y debía haberla comprado a precio de ocasión. Y se daba el lujo de vigilarme veinticuatro horas al día porque, hasta que limpiaran un derrumbe en una carretera principal, varios de sus camioneros no tenían nada que hacer.

Me propuse averiguar qué había de genuino y espontáneo tras su estampa de arrogancia pues siempre me fascinó el juego de localizar al pobre diablo que cada uno de nosotros –sempiterno actor y *poseur*– esconde a la vista de los demás.

Le defraudé desde el primer momento porque no reaccioné con palidez y miedo cuando se identificó. Al contrario, puse cara de pascuas y con mi mejor acento cubano le aseguré que yo había proyectado visitarle uno de esos días pues tenía mucho interés en conocer a quien podía llegar a ser mi cuñado. Le dije que estaba muy enamorado de Irma y que ese encuentro me venía al pelo porque entre Irma y yo había temporalmente un *impasse* que podía solucionarse con su ayuda.

–Quiero saber dónde está mi hermana –me conminó con el tono de un elefante que habla a una pulga.

–Usted lo sabe mejor que yo, señor Pantoral. Está en su casa, probablemente acostada. Cuando me despedí de ella tenía una intoxicación estomacal y el doctor le había ordenado que se quedara en cama por unos días.

–Irma no está en casa.

Me mostré alarmado y como insinuando censura comenté que ella debía estar mejor cuidada. Aquiles Pantoral me informó que la había buscado por toda la ciudad, inclusive aeropuertos y estaciones de buses y ferrocarril. Me dio sus explicaciones con tono de indignado desprecio que no lograba borrar su disculpa involuntaria. Yo le calmé y me puse

a hablarle como quien hace confidencias. Irma era una chica difícil de comprender y tratar. La última vez que había estado conmigo me había dicho que quería romper conmigo y me había ordenado no mostrarle más la cara. Todo cabía esperar de su temperamento. Algunas veces se le antojaba salir de viaje sin avisar a nadie a donde iba, pero después de unos días regresaba. Irma podía asomar en cualquier momento. Esperaba que no sucedieran tales cosas después de casada conmigo.

Aquiles, personificando a Júpiter Tronante, me aseguró que tal disparate no sucedería jamás. En su opinión, yo era hombre ruin y buscafortunas, un vagabundo incapaz de mantener un hogar.

Recibí la andanada sin inmutarme. Le dije que estaba ansioso de reconciliarme con Irma y le pedí intervenir en mi favor. Ella necesitaba orientación y buenos consejos y él, que en mi opinión parecía un hermano comprensivo, debía recordar a Irma que los buenos partidos escasean en el mundo entero.

Espanto me dijo que preferría verla muerta a casada conmigo. Sin embargo paulatinamente, sin abandonar su actitud autoritaria y superior, fue dejando escapar sus sentimientos íntimos. Convino conmigo en que Irma era voluntariosa e indócil. Había tratado de enderezarla sin mayor resultado.

Tras el déspota fue asomando el solitario que desesperadamente buscaba un confidente. Pantoral necesitaba alguien ante quien exponer sentimientos que le habían tomado de sorpresa. Necesitaba un interlocutor discreto a manera de pretexto para hablar consigo mismo. El confesor y el psicoanalista suelen cumplir esta función cuando escuchan con un mínimo de interrupciones a quien está poniendo en palabras sus pensamientos. Aquiles, sin renunciar a su lenguaje vulgar, mirada fulminante y dedo amenazador, sabía que hablaba a un oyente comprensivo.

Cuando Irma llegó, me dijo, él volvió después de muchos años a ser un miembro de familia. Para que ella no le abandonara otra vez, él le ofreció amplio acomodo en su casa y le prometió atender todas sus necesidades y satisfacer todos sus gustos. Cuando a Irma le llegara la hora de casarse, él buscaría un rico heredero de la alta sociedad porque ella era una mujer de calidad y no podía desperdiciarse con cualquier advenedizo. Pero hasta que llegara ese momento, él exigía que Irma fuese

una muchacha modelo incapaz del menor desvío moral, guardiana del honor familiar.

Me hizo un recuento de los pocos días que habían pasado juntos con tanta felicidad. Repitió frases dichas por ella que sonaban como poesía sublime. Canturreó piezas de moda a cuyo compás él había bailado con Irma quien era "liviana como una pluma y elegante como una palmera." Yo le escuchaba con gran atención y cada vez le comprendía mejor.

Cuando se dio cuenta de que había hablado un rato muy largo me repitió que "lo sentía mucho" pero que yo jamás sería su cuñado y que cualquier empeño mío de insistir en lo imposible podría acarrear daños irreparables. Me lo dijo con voz tranquila pero no menos imperiosa. Antes de despedirse insistió en que yo tratara de recordar algún detalle que pudiera facilitar su búsqueda. Yo fingí honda concentración.

–Recuerdo que la última tarde que estuvimos juntos Irma me dijo que tenía ganas de visitar a un tío que vivía en una granja y que se llamaba...Juliano, o quizás Aureliano.

–¿Nuestro tío Feliciano?

–Exactamente. Ese fue el nombre que me dijo.

–Debo irme ya. Si llego a descubrir que usted me está ocultando algo... pues le mato.

Espanto se marchó sin sospechar que me había confiado su secreto muy suyo que él mismo ignoraba. Simplemente, Aquiles se había enamorado de su hermana. Nunca mencioné esta observación a Irma para que no la añadiese a la serie de los malos agüeros que según ella asediaban su destino.

Claro, la peor sorpresa habría tenido el propio Aquiles. Esa verdad le habría ocasionado un patatús. En el fondo, él era una virtuosa figura paternal que había creado un código moral propio, ciñéndose al cual los camioneros de su próspero negocio de transportes eran honrados, sus empleados eficientes y sus mujerzuelas dóciles. Pero quien hurtaba algo no vivía para gozar de su botín, quien cometía una torpeza o se mostraba lerdo perdía su trabajo y las levantiscas salían con ojos hinchados. Los hombres que rodeaban a Espanto eran los que habían aceptado este código que exigía castigo inmediato, mantenía una disciplina lucrativa y premiaba a los obedientes y bien dotados. Como alguien dijo, en país de canibales

el canibalismo es una virtud.

Pero hasta los más rufianes aceptan ciertos tabús y ponen límites a sus excesos. Ni Pantoral ni sus incondicionales habrían sido capaces de cohonestar un incesto.

Irma, aunque era una nota discordante en la armonía de ese mundo cerrado, había venido a llenar un vacío en la vida de Pantoral quien, dedicado a su negocio y poco exigente en la calidad de compañeras para sus ratos de expansión, había carecido de familia. Limitaba su vida social al agasajo de clientes y rehusaba pasatiempos no lucrativos, como enamorar a muchachas. De repente pudo exhibirse junto a una hermana bonita, refinada e instruida; frecuentar lugares vedados para él si hubiera asomado con una compañera de su propio círculo; conseguir que su dinero le allanara el camino a ámbitos sociales más elevados.

Aquiles, que enumeraba solo estas ventajas, no podía sospechar siquiera que Irma había conseguido al mismo tiempo despertar una pasión desorbitada que le impelía a quedarse de dueño absoluto de ese modelo de belleza y aristocracia. ¡Pobre tipo el que se hubiera atrevido a explicarle que sufría los estragos del amor y que el carácter de sus sentimientos era delictuoso hasta dentro de las pautas de moralidad que aceptaba para sí!

Ahora que pongo en orden mis recuerdos y quiero ubicar la verdadera imagen que Pantoral dejó en mi mente, debo confesar que la encuentro matizada de cierta admiración y simpatía. En un mundo que se divide en ganadores y perdedores, Aquiles era obviamente un ganador. El mismo hecho de que hubiera valorizado el potencial de Irma y hubiera querido aprovecharlo hasta el máximo probaba su dinamismo. Se había levantado de la nada para fundar un pequeño imperio pero no se cansaba de ascender. Cuando quería algo lo buscaba con tesón, sin detenerse ante obstáculos porque estaba acostumbrado a enfrentar la vida a trompadas.

Tomé especial nota de la personalidad de Aquiles porque, a juzgar por lo que había visto hasta entonces, no se parecía en nada a la de Irma. Pantoral tenía mucho del dinamismo que yo había buscado en ella y la comparación entre dos hermanos tan disímiles acentuaba mi desencanto. Sí, decididamente Aquiles era un ganador e Irma era una perdedora... como yo. Aunque sería presunción mía el querer pertenecer de verdad a

cualquiera de esas categorías. Los que ganan o pierden son los que van a la batalla. Yo me contentaba con pasar oscuramente por el mundo sin dejar huellas, apropiado de los nombres de desvaídos personajes que Diez creaba adrede para el anonimato. En esos momentos, de todas maneras, Aquiles era para Irma y para mí un hombre peligroso. Teníamos que cuidarnos de ese autócrata que defendía el honor familiar sin sospechar que él quería pisotearlo.

Mi detestable vacación se prolongaba. El pasaporte de Irma tardaba en llegar y Diez seguía obstinado en mantenerme en la ciudad. Un día, al revisar un traje mío, encontré la carta que Irma me había escrito la ocasión en que quiso romper nuestras relaciones y salió en "gira artística." La carta, escrita en una de sus frecuentes horas de murria conciencial, no tenía fecha ni mencionaba mi nombre ni indicaba donde la escribió. Se me ocurrió hacer llegar esa carta a manos de Pantoral. Las frases oscuras y el toque de misticismo sumirían al pobre diablo en confusión pero le mostrarían la inutilidad de seguir vigilándome.

Ese mismo día vino a verme el contacto que yo esperaba para la entrega de las armas. Me dijo que viajaba de urgencia a Panamá y que otro contacto se encargaría de recibirme esas pistolas que tan fácilmente podían convertirse en ametralladoras.

–Por favor, colega, ¿quiere usted echarme esta carta al correo cuando llegue a Panamá? –le dije dándole un sobre dirigido a Aquiles Pantoral.

–¿La organización le está metiendo en alguna intriga?

Respondí crípticamente:

–Estoy rematando un asunto con un toque de refinamiento.

–Buena suerte, compañero, pero no corra demasiados riesgos.

En realidad, sin correr riesgo alguno, gracias a esa carta, Pantoral tendría información de que Irma ya no estaba en el país, que no quería mencionar adonde iba y que su fuga era una velada confesión de que ella sentía una atracción inconfesable hacia él.

Si la ciudad se estaba volviendo para mí una prisión, la casa al final del callejón sin salida debía ser para Irma calabozo y lugar de tortura. Aunque reiterábamos nuestro mutuo amor, en realidad solo existía un compañerismo asexual que fluctuaba entre la beligerancia y el cariño. De todas maneras ella esperaba con vehemencia mi llegada a las seis de

la tarde y quería que me quedara toda la noche pero yo insistía en salir a las once tanto para recibir mis llamadas telefónicas como para llevarme conmigo a nuestros vigilantes. Los sábados y domingos yo pasaba mucho más horas con ella pero el resto de la semana, cuando Aurora salía de compras o iba a prestar servicios en un hospital por algunas horas, Irma se quedaba sola y no tardaba en meterse de nuevo en su bullente mundo interior lleno de amenazas metafísicas. Yo y Aurora le habíamos llevado varios libros que ella comenzaba pero no lograba terminar. La música de la radio solo servía de fondo para sus lucubraciones y rara vez veía hasta el final un programa de televisión. La necesidad de no dejarse ver ni oir la exasperaba crecientemente.

El encierro y las divagaciones estaban enfermando a Irma pero ella no aceptaba ningún plan que pudiera sacarla a otra población. Su humor fluctuaba entre luz, penumbras y tinieblas: iba de la lucidez a la disquisición nebulosa. Quería que su hermano, un asesino en potencia según ella misma, no llegase a atraparla, pero tenía ratos en que sugería buscar a Aquiles y contarle toda la verdad, cualesquiera que fuesen las consecuencias, porque ella no podría escapar a su destino. Su castigo, decía, llegaría tarde o temprano, mas no nos indicaba qué culpa necesitaba expiar.

–¿Qué delito has cometido, Irma?

Ella barajaba los sofismas. Sus pecados personales "que eran muy graves" se añadían a deudas de generaciones pretéritas, como si hubiere heredado delitos tribales de amor o falta de amor, o amor depravado. Si se le pedían ejemplos concretos mencionaba el suicidio de Perico y el del novio de su madre "y cosas peores que nunca voy a mencionar".

Una tarde la encontré más exaltada que de costumbre y creí que tenía fiebre.

–No, hoy estoy más sana que nunca. Pero acabo de tomar una resolución. Tras largas meditaciones he llegado a la conclusión de que carezco de instintos maternales. Nunca podré querer a ese feto que hincha mis entrañas y me deforma.

Me sometió a un engorroso ceremonial. Me hizo jurar con una mano en la biblia de Aurora que yo me llevaría a nuestro hijo, apenas naciera, sin dejar que ella le viese siquiera, a un lugar donde ella nunca pudiera

encontrarle. Me dijo que ella se conocía demasiado bien y que no haría feliz a nuestro hijo. Me hizo prometer, con insistencia que casi me sacó de mis casillas, que yo diría, si ella cambiaba de opinión, que la criatura había nacido muerta y ya estaba enterrada.

Sus exigencias me habían puesto de mal humor.

–He jurado lo que me has pedido pero no olvides que soy un hombre serio que respeta sus juramentos.

–Eso es lo que espero. Te agradezco mucho. Ahora déjame sola porque quiero escribir. Cenen ustedes sin mí.

El esfuerzo de explicarme sus deseos y arrancarme el juramento la habían dejado exhausta. Nunca había visto en su rostro tanta tensión y cansancio.

Aurora y yo estábamos cenando abajo, en el comedor, cuando Irma nos llamó, quejándose de una súbita serie de dolores que iban creciendo en intensidad. Aurora, que harta experiencia tenía, se dio cuenta al momento de que Irma estaba a punto de un parto prematuro. Por suerte, Aurora mantenía un buen botiquín en casa y le dio a Irma una medicina que podía detener el proceso. Mas los dolores fueron haciéndose más frecuentes y tuve que alzar el volumen de la radio para ahogar sus gritos. Aurora, cuando vio que ya no podía ayudarla más, me dijo que llamara una ambulancia. Traté frenéticamente ante el teléfono de comunicarme primero con un hospital y luego con una agencia de taxis pero algo andaba mal con las líneas y perdí quizás diez o quince minutos. Aurora me dijo que de todas maneras ya era demasiado tarde y que más bien la ayudara. Ella sabía lo que había que hacer pues había atendido muchos partos y abortos.

Fueron dos horas de angustia e incesante quehacer. Subí y bajé las escaleras docenas de veces y corrí de un cuarto a otro llevando agua y utensilios y a veces moviéndome sin objeto alguno en un vano empeño de ser útil. Aurora, por suerte, pudo hablar con un médico del hospital donde trabajaba, que era amigo suyo. Este dijo que tenía enfermos graves a los que estaba atendiendo en esos momentos y no podía venir a casa. Pero recetó unas medicinas que Aurora no tenía en su botiquín y fue menester ir a buscarlas en una botica de turno.

La botica estaba a unas seis cuadras de distancia y caminar era más

rápido que tomar un taxi. Al andar por la calle solitaria observé con sorpresa que mis espías no estaban presentes. Deduje que Pantoral había recibido la carta de Irma franqueada en Panamá y que había decidido cesar su vigilancia.

Regresé con las medicinas y pocos minutos después Irma dio a luz un mortinato. Nunca sabré si fue una ocurrencia inevitable o la falta de un médico. La realidad es que me encontré sosteniendo en los brazos una diminuta figura humana desprovista de vida. Le pregunté en voz baja a Aurora si debía mostrar la criatura a Irma pero ella me contestó que se había vuelto tan agitada e incoherente que tuvo que ponerle una inyección y hacerla dormir.

Pasada la medianoche fui al patio trasero de la casa y a la luz de una luna creciente, sin más herramienta que un cuchillo, cavé una ilícita tumba para mi hijo en una esquina donde crecía césped tupido entre viejas matas de flores. En mi entrenamiento me enseñaron a esconder objetos al aire libre sin alterar el paisaje. Primero corté una franja rectangular del césped, luego fui poniendo sobre una sábana la tierra extraída e hice un hoyo hasta donde daba mi brazo. ¿Cómo habría llamado a mi hijo? Posiblemente Alejandro, el nombre de un abuelo a quien quise mucho. Lloré todo el tiempo sin hacer el menor esfuerzo por contener las lágrimas y me sentí extrañamente culpable cuando dentro de una pobre caja de zapatos puse al fondo del hoyo aquello que pudo haberse convertido en mi Alejandro. Rellené la cavidad con tierra apretada, aunque, como cabía esperar, quedó un poco sobre la sábana. Luego volví a colocar la franja de césped en el mismo lugar y posición y arrojé por sobre el tapial que daba a un barranco el exceso de tierra. Días después no pude mostrarle a Aurora el lugar exacto donde estaba la tumba.

Al día siguiente Irma tenía fiebre y seguía intranquila e incoherente. Nuevamente Aurora tuvo que ponerle una inyección pero me aseguró que en tres o cuatro días Irma quedaría completamente restablecida. Mas no fue así. Aunque físicamente estaba mejor, su mente no andaba bien. Confundía los hechos y había perdido cuenta de los días. Como las tabletas que le dábamos para calmarla inducían al sopor, cada vez que despertaba creía haber estado narcotizada por semanas enteras.

Una tarde la encontré algo calmada y deseosa de hablar. Me pidió

disculpas por haberse mostrado tan testaruda conmigo. En verdad había hecho una mala evaluación de su propia persona que le llevó a la conclusión de que nunca sería una buena madre. Había cambiado de opinión al descubrir que tenía instintos maternales muy vivos, quizás más intensos que los normales. Le contesté que nunca había dudado de ello y que le perdonaba ese capricho suyo de hacerme jurar algo que era obviamente absurdo.

–Me alegro de que no hayas tomado en serio tu juramento. ¿Cuándo me traes mi hijo?

–Tú lo sabes bien, querida Irma. Para gran dolor tuyo y mío nuestro hijo nació muerto y ya está enterrado.

–¿Me estás tomando del pelo? O, peor todavía, ¿te has propuesto honrar tu juramento? Como tú mismo dices, fue un capricho absurdo de parte mía. Así pues, olvídate de tu promesa porque quiero tener a mi hijo en mis brazos este momento mismo.

Fue un largo diálogo que no condujo a ninguna parte. La calma que Irma tuvo en los primeros momentos se desvaneció con el calor de sus propios argumentos. Me contó que durante tantos días de encierro y soledad había rememorado centenares de incidentes que la mostraban enfangada en torpeza y pecado. No solamente que los factores habían sido adversos sino que ella había olvidado de crecer moral y espiritualmente. Pero ahora estaba decidida a revisar sus pautas de vida y reconstruir sus bases morales. Por supuesto, ella iba a ser la mejor madre posible. No había tenido tiempo de echar sino una mirada a su hijito, un muñeco de ojos azules, frágil y arrugado, con facciones que muy pronto se volverían hermosas, para saber que iba a quererle muchísimo.

Recordé entonces que cuando los dolores de parto se volvieron agudos, vi a Irma como sumida en un trance, hablando confusamente, pasando por alto las instrucciones de Aurora. Ahora me narraba como cierta la visión que pasaba por su mente en esos momentos de alucinación. En verdad, nunca tuvo oportunidad de mirar la forma sin vida que Aurora recibió en sus manos por un rato y que después depositó en el suelo, sobre una sábana. Pero Irma describía con minuciosos detalles un cuarto de hospital con enfermeras uniformadas; un doctor de rasgos físicos casi repugnantes que en cambio tenía unas manos delicadas y bien manicura-

das, casi femeninas, perfectas para la misión de traer un niño al mundo. Luego refería cómo ese doctor le puso el niño en los brazos y le aseguró que era una criatura sin la menor imperfección, afortunada porque tenía una madre hermosa e inteligente que sabría cuidarla como a un príncipe.

Cuando sugerí que todo aquello parecía un sueño inducido por la tabletas que le había dado Aurora, Irma se irritó, perdió la compostura y se puso a hablarme a gritos. Fue una deplorable escena de llanto, recriminaciones e insultos. Aurora, que al principio la había tratado con frialdad, ahora la mimaba y tenía más paciencia que yo. Ella fue quien consiguió que Irma aceptara un calmante y se acostara a descansar "siquiera por media hora". Yo me quedé como de costumbre hasta las once de la noche y cuando entré a despedirme para regresar a mi hotel encontré a Irma profundamente dormida. Aurora me contó después que no había despertado hasta el mediodía y que estaba más tranquila.

–Por lo menos hemos comprobado que esta medicina le sienta bien... Claro, las ideas de ella no han variado mucho.

Irma había despertado con la sensación de haber estado narcotizada más de una semana. En sus conversaciones con Aurora insistía en que le devolviéramos su hijo y como su insistencia subía de tono y preludiaba un nuevo berrinche, Aurora volvía a darle la nueva medicina. Yo solía encontrarla ya acostada, ya sentada en un sofá sin arreglarse, lista para un belicoso llamamiento a mi bondad y mi sentido moral. ¿Cuando iba yo a traerle su hijo para empezarle a cuidar como era debido?

Poco paciente estuve en ese período. El mal parto, primero, y su obsesión después, despertaron en mí un vago pero invencible rencor. Había perdido mi sueño de tener un hijo y había visto desintegrarse la personalidad de una muchacha a quien seguía amando y con quien quería casarme. Mi mujer me había contestado de inmediato por cable aceptando con entusiasmo mi decisión de concederle el divorcio y, bien asesorada por un abogado, comenzaba la tarea de quitarme la mejor tajada posible de mis bienes. Por razones que nunca analicé y que adrede relegaba a los recodos de mi mente, echaba a Irma la culpa de todos los aprietos que yo estaba pasando a pesar de que desde el día del parto el celoso hermano de ella había dejado de vigilarnos.

Una mañana Aurora –que se pasaba el día entero en casa pues por

el deseo de cuidar a Irma ya no aceptaba las horas de trabajo que le ofrecía el hospital– me telefoneó para contarme que la crisis había pasado. Irma se encontraba mejor gracias a la medicina. Irma aseguraba que su curación se debía a que el día anterior no había tragado las tabletas y bien podía estar en lo cierto. Aurora explicó que esa medicina, recetada por un psiquiatra amigo de ella, había dado buenos resultados. Irma había dejado de tomarla cuando ya no la necesitaba más.

–Se negó a tomar las tres últimas –me contó Aurora–, y en verdad no le hacen falta por lo pronto.

Esa tarde cuando llegué a casa encontré que Aurora salía de compras. Había dejado la mesa puesta y quería darnos una oportunidad de estar a solas. Cuando vi a Irma su transformación parecía un milagro. Había usado con maestría sus afeites, se había puesto un vestido que le sentaba muy bien y estaba tan bonita como en sus mejores días. Me habló con el tono mesurado y cordial que parecía haber perdido después de nuestras primeras entrevistas. Por supuesto, echó la culpa a Aurora quien, como Frankenstein, había tratado de convertirla en un monstruo. Mas apenas ella había dejado de tomar el veneno que le cambiaba la visión y enmarañaba sus pensamientos, por primera vez en muchos días tenía la mente clara y podía conversar conmigo manteniendo un diálogo mesurado y escuchándome con ecuanimidad y comprensión.

–Así pues, Alejo, cuéntame exactamente lo que pasó el día que di a luz impensadamente..

Le conté todos los detalles: nuestros aprietos, la dificultad de usar el teléfono, la rapidez del proceso del parto, la suerte de que Aurora fuera una enfermera experimentada que podía asistirla, la absoluta falta de tiempo para llamar una ambulancia y llevarla al hospital. Le dije:

–Aurora cree que el feto murió quizás el día anterior. Ella ha tenido varios casos de esta índole, casos que a menudo sobrevienen tan intempestivamente que no dejan tiempo para la intervención de un doctor. No fue culpa nuestra... ni tampoco tuya.

–Posiblemente fue culpa mía. Soy de esas muchachas que nada hacen bien y nada terminan.

Me lo dijo en tono despreocupado, con una sonrisa de autocensura que yo solamente había visto cuando Irma quería hacer bromas a costa

propia, es decir, cuando estaba de muy buen ánimo.

–Aurora me contó los mismos detalles de esa noche que me cuentas tú. Comprendo que me están diciendo la verdad.

–Escucha, Irma: si aún te queda un rezago de duda, podemos ir juntos al patio y desenterrar el feto. No será una vista agradable pero quedarás convencida de que no te he mentido.

–¿No te apena haber dado a esa criatura una tumba tan insignificante? ¿No merecía algo más?

–Tuvimos que acomodarnos a las circunstancias. No te apenes tanto. La próxima vez tendremos mejor suerte.

–Te agradezco, Alejo, por tu paciencia durante los días en que me porté tan incrédula. Ahora te creo y no habrá más discusiones. ¿Todavía piensas que soy capaz de dar hermanitos a ese primer hijo nuestro tan infortunado?

Si quizás había burla en esa pregunta no quise confirmarlo. Veía a Irma lozana, optimista y atractiva. Había recobrado su silueta juvenil y esa discreta coquetería que era tan suya cuando estaba en lo que Perico llamaba "sus días blancos". Estos no eran frecuentes y por lo mismo yo había aprendido a apreciarlos. Allí era cuando salía a relucir esa innata travesura de su mente y esa claridad de percepción que la convertían en un rival formidable si uno quería recurrir a sutilezas intelectuales. Esa era también la Irma que a mí me habría gustado contratar para la organización a fin de contar con una persona diestra para un duelo de ingeniosidad o cualquier tarea de observación penetrante.

Esa tarde, además, Irma fue más que nunca lo que yo siempre quería que fuese: la compañera agradable. Elogió el postre que Aurora nos había preparado, encontró que mi barba me daba un carácter distinguido, me contó buenos chistes y festejó con carcajadas los míos aunque muchos resultaron malucos. Finalmente me cantó unas coplas humorísticas.

–¡Irma! No sabía que tuvieras tan linda voz. Es afinada y precisa, además de melodiosa.

–No eres el primero que me lo dice. Un cantor de fama me propuso que viajara con él y su orquesta. Y pronosticó que pronto me haría popular y recorrería el mundo con mi propio grupo; algunas veces he estado a punto de tomar cursos de música y solfeo.

Era el descubrimiento de una nueva muchacha con un mágico potencial de realización, con enormes y fecundas reservas de vitalidad. Sentí remordimiento de mi impaciencia, de mi pueril empeño de atribuirle la culpa de mis malos ratos, de mi poca sensibilidad durante sus horas de crisis. Ya no tenía ninguna duda: la amaba y pronto estaría libre para casarme con ella y formar una verdadera familia sin hijos postizos.

Cerca de las once de la noche, Irma me abrazó y me dijo muy tiernamente mientras me besuqueaba las mejillas:

–Eres el mejor encuentro que he tenido en mi vida. En realidad eres el único a quien he podido querer. Eres tan agradable que tus pequeños defectos casi aumentan tu atractivo. No, no eres vicioso ni malhumorado... pero nunca has hecho un verdadero esfuerzo por llegar a mi alma. Sé que me quieres y sé que te sobra la bondad y sé sobre todo que eres capaz de perdonarme mucho. ¡Es tan grande mi capacidad de hacer daño a los que me quieren!

Estaba tan sensual, tan bien dispuesta a la sonrisa efusiva, con brazos desnudos perfumados que parecían querer apropiarse de mí, con un vestido que dibujada sus formas todavía núbiles que, a pesar de que esperaba una llamada de Diez, le pedí que me permitiera pasar la noche con ella.

Irma me dio un largo beso y dijo:

–Me desperté muy pronto y me siento cansada. ¿Puedes disculparme si te digo que no?

Cuando entré en el cuarto de mi hotel encontré un paquete que había llegado por correo aéreo expreso y cuando vi el nombre del remitente supe que era el pasaporte de Irma. Ahora podía ya preparar nuestro viaje.

–Señor Henríquez –me dijo el mozo del hotel entrando después de golpear mi puerta– ¿recibió ya su paquete expreso? Pues llegó también este otro, marcado "urgentísimo".

Me aprestaba a abrir el bulto que el mozo puso en mis manos cuando sonó el teléfono. Era Diez, que nunca solía llamarme antes de la una de la mañana.

–¡Qué suerte encontrarle en su cuarto tan temprano! ¿Ninguna palandusca al alcance de su oído? Quiero hablarle de una reencarnación suya anterior, de Juan Beltrán. ¿Se acuerda usted de ese mal funcionario

público que estuvo hace poco en Cinair? ¿Sabía usted que ese sinvergüenza salió de la Capital donde desempeñaba su misión para irse de parranda a una hacienda? ¿Y sabía que ese imprudente se dio manos a boca con unos contrabandistas de drogas, que éstos le atacaron y que tuvo que matar a cuatro, inclusive a un personaje del hampa, y herir a otro gran señor, rey de la cocaína? ¿Quién le mandó a Juan Beltrán meterse en aventuras peligrosas? Otra es la organización que lucha contra los estupefacientes, no la nuestra. No he recibido todavía su informe detallado, señor Henríquez. Me llegó primero otro, oral, de boca de un señor Rendón, agricultor y candidato congresil, quien me narró minuciosamente los hechos.

–Déjeme explicarle lo que pasó.

–No tengo tiempo para oir la misma historia por segunda vez. Le he llamado porque tengo noticias para usted, Alejo Henríquez. ¿Sabe que el herido ha jurado vengarse convirtiéndole a usted en una criba con una ametralladora? No solamente que el rey de las drogas conoce su nueva dirección sino que, gracias a la información gustosamente proporcionada por una señorita Sally, sabe que usted se cambió de nombre.

Cuando le pregunté de qué Sally me hablaba, pues yo no conocía a nadie de ese nombre, me recordó que era la arrendataria de un cuarto en la casa de la señorita Irma, una señorita cuya dirección él tuvo el mal acuerdo de darme haciéndome un encargo que yo nunca había querido cumplir.

Siguió un largo sermón sobre indisciplina, machismo matonil, imprudencia. Las fuentes de información de que disponía Diez eran excelentes. Por eso me llamaba de urgencia para decirme que el famoso Vélez, a quien yo rompí el brazo de un tiro, había enviado a través de la frontera a dos de sus matones para liquidarme.

–Lo lógico sería dejar a esos brazos de la justicia que llevaran a cabo su noble misión, pero la organización no puede permitir ni la posibilidad más remota de ser lastimada. Para evitar una investigación policial que descubra su falsa identidad y su verdadera tarea, le autorizo a usted, WX, a matar inmediatamente a Alejo Henríquez, de acuerdo con el capítulo V de Dino.

Me preguntó si ya había recibido un bulto enviado esa mañana por

valija diplomática a un costo prohibitivo. Le contesté que lo tenía delante de mí y que estaba abriéndolo.

–¡Qué alivio! Un buen servicio que nos costó una fortuna. Ahora usted querrá saber qué pensamos hacer con un empleado tan poco eficiente como WX. Lo discutimos esta mañana. Le podríamos rebajar de grado, o traerle a la sede y convertirle en durmiente, o despedirle. Consulté con la Junta y dos o tres exigieron su inmediata expulsión con perdida de todos los beneficios. ¿Qué cree usted que merece WX?

–Para facilitar su tarea le enviaré hoy mi renuncia.

–¿Otro alarde de machismo? Procedamos por partes. El asunto más urgente para usted es seguir al pie de la letra las instrucciones que fueron en el paquete si no quiere verse mañana dentro de la tumba fría. En cuanto a nuestra decisión... ¿sabe lo que piensa de usted su amigo Rendón, el agricultor y candidato? Que es un prócer, un héroe, un superhombre. Según él no hay mejor pistola en el continente. Y él nunca ha visto tanta sangre fría, ni ojos tan serenos, ni tanta precisión de movimientos. Amigo, quizás a usted le espera una carrera en televisión como *cowboy* o detective. Bueno, usted está esperando nuestra decisión. Hemos decidido ascenderle. En lugar de ser WX, de hoy en adelante usted es X7P. Es como lucir cuatro charreteras en lugar de dos.

No supe si agradecerle o maldecirme y me contenté con emitir un gruñido neutro. Mi amigo Tobías Rendón con su relato fantasioso había puesto fin a mi descansada vida.

–Descanse unos días cuando llegue a su nuevo destino y espere órdenes. Le vamos a mandar con un cargo de responsabilidad a uno de nuestros polvorines.

Abrí el paquete y encontré una chaqueta de fino casimir manufacturada en México, unos cuantos frascos y un pasaporte emitido para José Robles, mexicano, de 33 años de edad. Uno de los durmientes, especializado en retoques, había añadido un grueso mostacho a mi cara lampiña y un cabello muy lacio y negro. Para José Robles ya estaba reservado un asiento en un avión que salía a las diez de la mañana, dándome un plazo de unas treinta y cinco horas para todos mis preparativos.

Me puse a trabajar febrilmente. Escribí al consorcio comercial que

representaba enviándole los pedidos conseguidos hasta ese día y dándoles mi nueva dirección. Luego, para Diez, escribí no solamente mi último informe sino otros anteriores que estaban sin terminar y un recuento de la aventura de Juan Beltrán en el país del norte que contenía prodigios retóricos para decir mucho y muy poco al mismo tiempo pues yo ignoraba las exageraciones de Rendón y no me convenía desmentirle. Cuando terminé ya estaba entrada la mañana y el tiempo se volvía cada vez más corto para tanta gestión. Hice por teléfono arreglos para devolver la casa arrendada por Aurora pues ella había conseguido un empleo mejor remunerado en un hospital de otra ciudad y quería mudarse lo antes posible. Además, escribí dándole instrucciones detalladas para que llevara a Irma en un *van* cerrado al aeropuerto de otra ciudad, de donde pudiera partir con su nuevo nombre dos o tres días después de mi partida. Yo estaría esperándola cuando Irma llegara en avión a su destino.

Era sábado, el llamado "sábado inglés", y a mediodía los almacenes y oficinas estarían cerrados. Sin abandonar mi cuarto logré hacer todas las gestiones por teléfono.

Continué trabajando, sin más alimento que el desayuno que me trajeron por la mañana, hasta cerca de las seis de la tarde. El día siguiente, en un avión que salía a las siete de la mañana, José Robles, mexicano de tez morena y mostacho poblado, que nunca había entrado en el país, lo dejaría para no regresar jamás.

Salí del hotel llevando a la mano un maletín de negocios donde había apretujado el contenido del bulto enviado por Diez. Abajo, en el vestíbulo, miré de reojo mi rostro en un espejo y me vi cual despojo humano ambulante, apaleado por la noche en vela y la falta de alimentos. Los músculos entumidos apenas obedecían los apremios del cerebro cuando me puse a andar por calles casi solitarias combatiendo la tentación de sentarme, cerrar los ojos y dormirme en el primer asiento que encontrara. Tenía los minutos contados y no podía detenerme.

A pesar de mi agotamiento no pude menos que notar que dos hombres caminaban detrás de mí. Tanto me había acostumbrado a que me siguieran los pasos que no necesité voltear la cabeza para comprobar la presencia de nuevos perseguidores. Mas este par no eran aprendices como las gentes de Aquiles Pantoral cuyo chambón desempeño me hacía sonreir, sino

asesinos expertos al servicio de Vélez. Me detuve frente a una vitrina donde se reflejaba la calle y los observé. A ojos vistas eran forasteros. Entre los dos países había obvias y sutiles diferencias en el tipo racial, el vestuario y hasta la manera de caminar y yo, bien entrenado por razones de oficio, podía observarlas casi mecánicamente.

Mientras andaba sin detenerme traté de tomar un taxi pero no pasó ninguno. Teoricé que los dos matones, por prudencia elemental, actuarían en un momento que no hubiera testigos para escapar con impunidad. A diferencia de los hombres de Aquiles no tenían la consigna de limitarse a vigilar mis pasos. Iban a disparar en el momento preciso.

Continué andando a paso normal aunque quizás un observador me habría considerado ebrio. Un momento hubo en que creí que habían abandonado mi pista pero no tardé en observar que habían subido a un pequeño automóvil japonés que avanzaba y se detenía para mantenerse a la velocidad de mis pasos. Fue al llegar a la calle sin salida a cuyo término estaba la casa arrendada por Aurora que me entró verdadero miedo. Ahora me podían disparar desde el vehículo y desaparecer antes que alguien se diese cuenta de lo que había pasado. Ventajosamente de una casa cercana salía un grupo de visitantes o invitados que charlaban animadamente. Yo me metí en un grupo de tres que avanzaba en mi misma dirección con la teoría de que los liquidadores de Vélez no querían víctimas innecesarias, pero pronto volví a verme solo. Una brisa que yo sentía en mi nuca parecía traer consigo un hálito de muerte. ¿En qué instante sonaría la ráfaga de disparos que terminaría con mi vida? ¿Tendría yo tiempo de escuchar las detonaciones o moriría antes? Ya estaba a unos pocos pasos de la casa pero era quizás demasiado tarde.

–Alejo, Alejo, ven que tengo algo que decirte.

Era la oportuna voz de Zoila Amada, la escritora vecina nuestra, quien había alzado su ventana más de lo acostumbrado para que yo pudiera oirla. Tardé unos diez segundos en acercarme y todavía me maravilla el complejo trabajo que ejecutó mi cerebro en ese corto lapso. Razonando en varios planos a la vez, preparé un plan para afrontar la compleja situación.

Quizás la desesperación acelera las funciones del cerebro. Me dije que mientras yo conversara con Zoila Amada los asesinos se abstendrían

de obrar. En efecto vi de reojo que el automóvil, que estaba casi a mi lado, retrocedía y se estacionaba a unos cien pasos de distancia. En otra circunvalación de mi cerebro surgió el comentario de que Zoila hacía bien en esconder sus facciones porque la naturaleza no había sido generosa con ella y en una tercera decidí que yo necesitaba seducirla para adueñarme de su buena voluntad y conseguir su ayuda. Simultáneamente, en un cuarto plano del pensamiento, elaboré el proyecto de utilizar la camioneta de Zoila que en esos momentos estaba junto a su casa, al fondo de un callejón pavimentado que comenzaba en la calle. Mi plan era un bosquejo de elementos principales y tendría que improvisar cada detalle sucesivo.

Saludé a mi amiga con una galante cordialidad que debía estar muy en desacuerdo con mis facciones trágicas, aunque muy poco podía observar ella porque la noche caía rápidamente. Zoila me había mostrado su rostro por un momento pero asimismo el avanzado crepúsculo había desdibujado los rasgos.

Zoila me contó muy alterada, como si el asunto implicara una ofensa personal a ella, que mi "tía", la señora Aurora, se había mudado esa tarde. Vino un camión de mudanzas con un par de mozos fornidos que en menos de una hora vaciaron la casa y se llevaron muebles y enseres. Contesté que estaba enterado de ello y añadí que venía precisamente para recoger algo que era mío y que Aurora había dejado en casa.

–A propósito, Zoila, estoy en un apuro y necesito tu ayuda urgente. Voy a contarte una historia muy confidencial y extraña. Entraré a charlar contigo por la puerta de atrás. No enciendas sino la luz del cuarto donde estás ahora.

Con la llave de la puerta de entrada entre mis dedos, me dí una vuelta brusca y avancé a pasos largos. Oí que se ponía en marcha el motor del automóvil japonés pero no con la premura esperada sino después de tres tentativas del arranque y ese pequeño retardo fue uno de los varios detalles que obraron en mi favor. Oí el chirrido de las ruedas que giraban quemando caucho y el automóvil se acercó con brusca aceleración. Cuando pasó frente a la casa yo había cerrado ya la puerta detrás de mí. El automóvil dio la vuelta en el redondel y volvió a estacionarse a cierta distancia como pude verlo levantando ligeramente una persiana. Encendí

después la luz de la sala.

Todos los aposentos estaban vacíos. Lo único que había dejado Aurora era el cajón en un corredor del segundo piso y dos dibujos a pluma en las paredes del cuarto de Irma. Fui al baño, me mojé la cara y bebí un trago muy largo de agua. Era todo lo que podía hacer contra la angustia y el cansancio. Luego bajé el cofre haciéndolo deslizarse sobre los peldaños y lo arrastré hasta la puerta que daba salida al patio trasero. Este patio y el de Zoila –que por tener árboles frutales merecía el nombre de huerto– estaban delimitados por una valla que no me atrevía a saltar porque podían verme desde la calle por encima del muro frontal. Así pues avancé arrastrándome y agrandé, cavando con las manos, una depresión del terreno para abrir paso a mi cuerpo.

Cuando llegué a la puerta de la cocina de Zoila ella todavía no estaba allí y me dio algunos minutos para recobrar el aliento. Finalmente se presentó: una silueta olorosa a agua de colonia recién puesta y una voz alegre, rebosante de perspectivas. Yo tenía que inventar un cuento verosímil capaz de despertar su simpatía y halagar su corazón romántico. Pensé que mi éxito sería mayor si creaba un ambiente de intriga y misterio. Ahora bien, recordando las normas de Dino de que no hay que mentir sino deformar la verdad a fin de tener una salida en caso de necesidad, mi cuento debía mencionar siquiera ametralladoras y contrabandistas. Sin dejarle encender ninguna luz, hice sentar a Zoila en una silla de su comedor y tomé asiento a su lado. Con el pretexto de que podía haber micrófonos escondidos, cubrí nuestras cabezas con el mantel y acerqué mis labios a sus oídos. Acariciándole el rostro y los brazos, dije algo que inmediatamente despertó su interés:

–Aunque no lo creas, me está persiguiendo el fantasma de Raimundo Encalada. Tú que eres especialista en ese individuo y le dedicaste un largo artículo en tu revista, podrás comprenderme. ¿Cómo andan ahora los sucesores del revolucionario?

Zoila se explayó en detalles, especialmente sobre las incógnitas creadas por la muerte del caudillo que ya figuraban en su artículo y que me habían servido para mis informes a Diez. Me contó que había dos grupos rivales, cada uno con su candidato.

Le dije que en un "momento de debilidad" había aceptado traer unas

ametralladoras para Encalada y que no había podido deshacerme de ellas porque, habiendo muerto él, ambos grupos las reclamaban y si yo las entregaba a un grupo, el otro se sentiría estafado y querría vengarse.

Zoila estaba interesadísima. En la oscuridad, cubiertos por el mantel, los cuerpos muy apegados, había surgido un escenario magnífico para fundir una correría ilegal con un romance.

Le propuse ir inmediatamente en la camioneta a su casa de campo. Ella me había mencionado muchas veces esta propiedad, a orillas de un lago, de la que estaba muy orgullosa. Yo alguna vez le había insinuado que me llevara allá a pasar un fin de semana.

–Ahora quiero que me lleves esta misma noche para arrojar el cajón al fondo del lago.

A manera de gracias anticipadas le estampé un beso en la boca que la inundó de emoción, eliminó cualquier titubeo y la puso incondicionalmente a mis órdenes.

Zoila aceptó el viaje nocturno con el entusiasmo de una adolescente que va a un picnic campestre con su enamorado. Mis apuros le parecían de poca importancia y esa noche más de una vez su voz adquirió modulaciones de maternal consuelo, como si tranquilizara a un muchacho tímido e inexperto que se hubiera metido por primera vez en cosas de hombres.

Conseguido el asentimiento de Zoila regresé a la otra casa para la difícil faena de llevar el cofre y mi maletín hasta la camioneta. Fuí empujando el cajón por el patio mientras yo me arrastraba, buscando además ángulos adonde no llegasen las luces de la calle, que ventajosamente eran débiles. Esta vez tuve que desclavar dos tablones de la parte inferior de la valla para dar paso a mi carga. Lo más árduo fue levantar el cajón y acomodarlo dentro de la camioneta haciendo el menor ruido posible, porque carecía de agarraderas y se resbalaba de mis manos. Tenía el cuerpo bañado de sudor y el corazón parecía golpear un bombo muy sonoro; y si cerraba los ojos, aunque solo fuese para un guiño, veía como una explosión de fuegos artificiales. El exceso de tensión había hecho que mi cuerpo empezara a doblegarse, rindiéndose al creciente agotamiento.

Cuando terminé de levantar y acomodar la caja, y dejé junto a ella

mi maletín, Zoila no salía aún. Pensé que había la posibilidad de que el cajón flotara en el agua y me dediqué a abrir rápidamente dos pequeños agujeros con mi cortaplumas. Finalmente Zoila, que se había tardado por cambiarse de ropa, tomó asiento junto al volante y yo me puse a su lado.

–No te apresures pero tampoco te detengas– le supliqué escurriéndome al piso del vehículo mientras éste salía a la calle y pasaba frente al automóvil estacionado. Al llegar a una vía principal me arrodillé sobre el asiento para mirar por la ventanilla trasera. Tuve la impresión de que el pequeño automóvil japonés nos seguía. En verdad no pude determinar si era ése u otro y para mayor seguridad –y también para avivar la aventura que estaba viviendo Zoila– hice que ella tomara una vía secundaria y entrara en una plaza de estacionamiento. Después, cuando creía haber despistado a cualquier perseguidor potencial, hice que Zoila pasara por unos suburbios antes de entrar en la carretera que iba a su casa de campo. Zoila me obedeció como si se tratara de un emocionante juego de muchachos aunque no dejó de insinuar que encontraba pueriles y hasta morbosos mis temores.

–Cálmate, Alejo. Nadie nos sigue. Mira, cuando se aproxima un vehículo disminuyo la velocidad hasta que me pase. Si miras hacia atrás, no alcanzarás a ver sino uno que está bastante lejos y no hace ningún esfuerzo por alcanzarnos.

Cuando comprobé que había despistado a mis perseguidores mi tensión disminuyó. Cerré los ojos, reduje mi atención y caí en profundo sueño. Zoila me despertó cuando ya estábamos a la puerta de su casa de campo. El intervalo sirvió para devolverme las fuerzas que tanto necesitaba todavía.

Había tanta oscuridad que Zoila tardó en atinar con el ojo de la cerradura. Ella quería entrar para prepararme una cena pero esa noche no había luz eléctrica en esa comarca. Y ella no tenía ni linterna ni fósforos.

Tuvimos que hacerlo todo prácticamente a tientas. Zoila insistió en acompañarme porque conocía bien el terreno. Además no quería perder un segundo de su gran aventura con el único hombre que posiblemente la había requerido en muchos años. Juntos estuvimos pues para la tarea de descargar el cajón y acomodarlo en mis hombros y para avanzar luego

por un terreno boscoso, sorteando ramas y malezas, hasta la canoa que Zoila tenía amarrada a un pequeño muelle. Ocasionales relámpagos alumbraban el paraje por una fracción de segundo. Cuando yo era muchacho. un compañero me aseguraba que esos fulgores eran chispas que se escapaban del infierno y se convertían en brujas. ¡Qué bueno sería, me dije, que una de esas brujas viniera a ayudarme en esta furtiva faena mía que parecía un rito de aquelarre!

Hubo un momento en que di un paso en falso y el cajón golpeó un arbusto y estuvo a punto de caer. ¿Habían venido algunas brujas a jugar conmigo? Les dirigí mentalmente improperios porque me había lastimado los nudos de los dedos contra un tronco.

Al fin llegamos a la minúscula plataforma que Zoila llamaba muelle y descargué el cajón. ¡Pobre Zoila!, con sus fláccidos brazos de oficinista me ayudó a embarcar mi carga en la canoa que no se veía y cuyas dimensiones tuve que calcular al tacto. Forcejeó con todas sus fuerzas sin resultado perceptible. Finalmente, por suerte más que por pericia, dejé el cajón en la mitad de la canoa y ayudé a Zoila a encontrar un sitio para sentarse a mi lado. Cuando empuñé los remos y traté en la oscuridad de seguir las direcciones de Zoila para avanzar al sitio más profundo del lago, apenas tenía conciencia de mis actos pero no dí a los músculos un instante de reposo. Cada minuto contaba.

Para echar el cajón al agua tuve primero que ponerlo sobre un borde de la canoa y luego dejarlo caer, en sincronía con una serie de movimientos corporales para que la embarcación conservara el equilibrio. Si yo también hubiese caído no habría tenido fuerzas para nadar y subir de nuevo.

Me senté y con el remo rocé la superficie del agua. Comprobé lo que temía: que el cajón flotaba. Y luego lo vi a la luz de un relámpago y tuve que esperar unos minutos demasiado largos hasta que un nuevo relámpago nos mostrara que iba hundiéndose. Finalmente las aguas nos dijeron en su idioma que estaban llevándose al fondo la extraña nave.

Fue un momento de alivio tan grande que juraría que solté una carcajada. Me dije: "Quiero que nada me importe desde este instante." ¡Adiós a las brujas conspiradoras, a las horas de sombra e indecisión, a las complicaciones insolubles! Estaba medio muerto por dentro pero

querfa vivir. ¿Debo avergonzarme de esa grotesca carcajada que sonó a vileza extrema? ¿O fue solamente la nota disonante de un organismo sometido a extraordinaria tensión? En realidad ese fue un instante para una lágrima y un responso. Dentro de esa cajón, o cofre, caja, baúl, pues todos esos nombres había tenido antes de adquirir su carácter de ataúd, estaba el cadáver de Irma quien se había suicidado la noche anterior tomando casi todas las tabletas de un frasco de barbitúricos.

*

* *

Ese sábado Aurora me había llamado a las diez de la mañana. Los sollozos y el aturdimiento hacían incoherentes sus palabras. Mas no tardó la verdad en perfilarse a pesar de las frases truncas y la embrollada dicción. Aurora, preocupada porque Irma no bajaba a desayunar, fue a verla en su cuarto y la encontró muerta. En el velador había un frasco del que habían desaparecido todas menos dos de las tabletas narcóticas. Sobre su pecho había una nota inconclusa que ella me leyó: "Si mi hijo ya no puede venir tengo que ir en busca de él. No quiero más estar en un lugar donde destruyo todo lo que toco y todo lo que creo. Alejo, quiero decirte..." Eso era todo. Aurora se recriminaba de haber ido a verla tan tarde. Si por casualidad hubiera entrado a las seis de la mañana, habría habido tiempo para salvarla.

–¿Fue usted alguna vez a verla a las seis de la mañana?

–¡Demonios, no trate de disculparme! Y no vaya usted tampoco a buscarse disculpas. Los dos tenemos la culpa de esa muerte porque ambos nos dimos buena cuenta de que ella pasaba por una crisis mental. Anoche yo debía haber sabido lo que Irma quería hacer porque estaba familiarizada con casos similares. Irma estaba muy tranquila, chocantemente

tranquila, contenta, exuberante, en contraste con su estado de ánimo de tantos días. Debí haber comprendido que había tomado una decisión y que esa decisión no podía ser otra cosa que suicidio. No más incertidumbre ni vacilación; los problemas han desaparecido, la solución está a la vista. Yo había estado hablando todos los días con un psiquiatra amigo mío y él me había advertido que en el caso de Irma siempre había la posibilidad de suicidio. ¿Recuerda usted que se lo dije? Yo había estado aprendiendo a querer a esa chica como a una hija pero cuando le llegó el momento más crítico la dejé abandonada.

–Aurora, usted hizo mucho más de lo que era su deber.

–Hice poco y usted hizo menos. ¡Se portó que es una vergüenza! En verdad toda la situación que usted había creado era una comedia embrollada y de mal gusto. Pero hablemos ahora de cosas inmediatas. Ambos estamos en una situación peligrosa, a punto de ir a la cárcel. No quiero complicaciones de esta laya para el resto de mi vida. He llamado a un camión de mudanza y me voy adonde nadie pueda encontrarme. No voy siquiera a darle mi dirección. No me busque ni me pida más favores. Una vez usted me hizo un gran servicio pero ahora he pagado esa deuda con creces. No quiero sufrir las consecuencias de tanto desatino de usted. Los enredos comenzaron por esa manía suya de tomar vacaciones. Algo que yo nunca hice cuando trabajaba para la organización porque lo consideré una traición y una estafa.

–Escuche, Aurora...

–Siga escuchando usted. Me voy antes que la policía se entere de los hechos, pues si me atraparan y descubrieran que he practicado medicina sin título ni licencia... usted puede imaginar las consecuencias. Me iría a podrir en un presidio. Ya tuve un susto hace una hora cuando alguien llamó a la puerta, pero no era sino MN, ese buen hombre que nos acompañó algunas veces y que ahora venía a llevarse el cajón de ametralladoras. El era el misterioso emisario que usted esperaba con ansia. Metió su automóvil en el garaje, cerramos la puerta y acomodamos las armas en el baúl, pero no el cajón porque que no cabía. Como Irma es tan pequeña, la he metido dentro de esa caja vacía. No sé, ni quiero saber, qué es lo que usted pueda hacer ahora.

–Gracias, Aurora, por tanta abnegación. Usted se portó admira-

blemente con Irma y no tiene nada de que recriminarse. Está bien que se haya ido. Escóndase por unos días. Le prometo que de alguna manera arreglaré todo sin comprometerle a usted. Si necesita algo escríbame a mi dirección permanente.

Le conté en pocas palabras mi conversación con Diez, mi inesperado ascenso, y por otra parte la posible llegada de dos asesinos enviados por el hermano Vélez sobreviviente. Para salvarme, Diez había decidido cambiarme de nombre y pasaporte.

–¿Más complicaciones todavía? Tiene usted una diabólica habilidad para... Está llegando el camión de mudanzas y no quiero perder más tiempo. Adiós.

Cuando Aurora cerró la comunicación, los problemas del día se habían multiplicado. El único asunto solucionado era la entrega de las ametralladoras, de tipo muy nuevo y secreto, pues eran pequeñas pistolas automáticas que, si se les ponía un aditamento de plástico liviano plegable que servía de culata, podían vomitar tiros a gran velocidad. Lo menos que quería Diez era que esas armas cayeran en manos de extraños. En verdad nunca habían estado destinadas a Encalada, como yo conté a Zoila, sino que iban a guardarse para protección de los miembros de la organización que pasaban por el país pues cada día se volvía más difícil viajar armado en avión. Ahora, años después, puedo apostar que la mayoría de ellas jamás han sido disparadas.

Ya no había necesidad del pasaporte de Irma, así que lo destruí sin mirar siquiera el nombre con el que ella habría tenido que viajar. Pero la pasajera estaba todavía en casa y había que llevarla a alguna parte. Obrar legalmente era imposible. Una notificación a las autoridades equivalía a engorrosas explicaciones, preparativos para el funeral, posible peligrosa intervención de Pantoral... y todo esto mientras me pisaban los talones dos sicarios. Añádase que esta noticia sensacional pondría el nombre de Alejo Henríquez en titulares de primera plana e incitaría a un escrutinio de su identidad, demoraría el viaje de José Robles –quien tal vez nunca comenzaría a existir– y desencadenaría la ira de Diez, quien acompañaría el anuncio de mi despido con un selecto surtido de epítetos.

¿Había otras opciones? ¿Enterrarla en el patio trasero junto a su hijo? Eso habría tenido que hacer si no hubiera encontrado otro recurso pero

¡qué peligrosa y agotadora tarea nocturna si por algún milagro eludía a mis perseguidores! ¿Alquilar un automóvil para llevar el cajón y arrojarlo en un lugar poco frecuentado? Equivalía a ofrecer a los asesinos un buen paraje para liquidarme y a permitir el descubrimiento eventual del cadáver.

La voz de Zoila me inspiró un plan más seguro y lo llevé a cabo gracias a ese amodorramiento de la sensibilidad que ocurre en trances desesperados. Te dices a ti mismo: "Hagamos esto y veamos lo que pasa." y de actor te conviertes en espectador de una improvisación pues has perdido la capacidad de dirigir la trama y el desenlace.

Antes de salir de mi oficina comprobé que había escrito todos mis informes, llamado a mis clientes para rematar los asuntos inconclusos, notificado al dueño de casa que ésta se iba a desocupar. Rebusqué los bolsillos de mis trajes, los cajones y hasta los rincones del piso para eliminar todo papel o apunte que pudiera conectarme con la organización aunque dejé intencionalmente otros relativos a mis actividades de agente viajero. Abandoné todo menos la famosa "araña" y lo que cabía en el maletín. Cuando eché la última ojeada eran las seis de la tarde y solo entonces me di cuenta de que había estado llorando todo el tiempo que llevé a cabo tanta diligencia.

*

* *

Sí, cuando la caja se hundió en el agua pareció haber terminado la pesadilla. Yo no quería otra cosa que salir de la canoa y tenderme en algún lugar para descansar y ordenar mis pensamientos tan dispersos e incoherentes. Aunque yo estaba emocionalmente destrozado, Alejo Henríquez tenía que desempeñar su papel en sus últimas horas de existencia.

Mientras remaba en la oscuridad Zoila estaba detrás de mí, abrazándome y besándome, liberada totalmente de sus inhibiciones.

–¿Sabes en qué dirección debo remar? –le pregunté.

–¿Qué apuro tienes? Estamos viviendo una aventura que recordaremos siempre con embeleso hasta en nuestra vejez.

Sí, ella vivía su aventura color de rosa donde el placer poemático se fundía con erotismo rejuvenecido. En esa noche sin estrellas, mientras el cielo nos regalaba migajas de luz para la avidez de nuestras pupilas agrandadas, me encontré de repente en un estado de alucinante ambigüedad. Sabía que Zoila Amada estaba conmigo pero yo estaba tan saturado de la presencia de Irma que era como si ésta me acompañara, o si a ella dirigiera mis palabras, o si con ella estuviera continuando un romance interrumpido. Ello no alteraba mi voluntad de ser un buen actor y preservar tanto la identidad de Alejo Henríquez como la impresión romántica que éste había dejado en la escritora. Como último acto tenía que compartir con actitud verosímil el mundo adolescente que a mi compañera de aventura le había tocado descubrir esa noche.

Aunque no tenía prisa por llegar a la orilla, Zoila, conocedora de los contornos, interpretaba mejor los perfiles de la laguna, más adivinados que vistos, y me indicaba adónde remar. Yo, mientras tanto, hacía bromas y decía tonterías poéticas con la voz del cubano Henríquez, como solía hacer cuando quería provocar la carcajada armoniosa de Irma.

De alguna manera, después de dos o tres falsos contactos con la orilla logré arrimar la canoa al muelle. Nos quedaba ahora la tarea de avanzar a la cabaña de Zoila través de un arbolado propicio para rasguños y tropezones.

He conservado frescos los recuerdos táctiles de esos momentos. Agarrado de los hombros de Zoila-Irma y manteniendo el ritmo de sus pasos llegamos a la puerta de la casita campestre. Zoila tantea la puerta para buscar la cerradura mientras yo saco de la camioneta una canasta de víveres que Zoila ha traído con la intención de preparar una cena. Dentro de la casa no hay fósforos y en mi entrenamiento nunca me enseñaron cómo hacer fuego frotando ramas secas. Comemos panecillos y galletas y renunciamos a lo que no podemos cocinar. Tras pacientes maniobras y la rotura de un vaso, Zoila me ofrece agua tomada de alguna

llave que hay en la cocina. Luego ella, muy vehemente, sedienta de besos y abrazos, me lleva a su dormitorio.

Mi ser depende del escapismo para la supervivencia y yo me escapo a confusas quimeras mezcladas de realidad. Mis ojos, privados de luz, están llenos de Irma, de su imagen aún muy nítida, de esos ojos de nuestro último diálogo, que yo encontré tan tranquilos y que estaban más bien nostálgicos de las nieblas de ultratumba. Es la imagen de esa última Irma la que persiste. Esa Irma diáfana, musicalmente razonable, sonriente y cariñosa. que antes había aparecido pasajeramente y que en nuestra postrer conversación se mostró tan real.

En ese aposento hecho todo de negrura, mi mente que está funcionando al borde del agotamiento se vigoriza con la alucinación. Logro resucitar a Irma, meterla dentro del ser que siento vibrar en mis brazos. A falta del sentido de la vista los otros sentidos se agudizan para propiciar la fantasía. Estoy con la Irma que yo habría querido, la Irma ideal; no aquella amante básicamente frígida a quien el orgasmo dejaba un regusto de pecado mortal, sino la mujer genuinamente enamorada que suda pasión por los poros del cuerpo y del alma, jubilosa, exuberante, liberada de la protesta y el tabú. La excelsitud sensual que parece existir más en el dominio de las fantasías diurnas se convierte de golpe en una realidad palpable. Sin la tiranía de la vista, la que nunca cesa de encasillar la atención e incita al análisis constante, la clasificación y la crítica, los dedos descubren con sutileza, los labios saborean con refinamientos de *connaisseur,* los oídos descifran el mensaje de los monosílabos y el suspiro. Pero más que el deleite físico se agranda la sensación de ser amado, la fiebre mutua, el mensaje de que uno es único, el más deseado, el irremplazable.

Hay intervalos de descanso en que agotamos los bocados comestibles pero pronto buscamos un nuevo éxtasis. Mi fuerza viril alcanza cúspides hasta entonces insospechadas, como si el acto que preserva la supervivencia fuera también el triunfo sobre la muerte, el recurso para retener una vida que ya se ha escapado o para anular el tiempo y desvirtuar el proceso de aniquilamiento. Cuando la muerte se acerca demasiado, el amor físico pide a gritos la eternidad. Esa noche amé apasionadamente a Irma, a la muchacha que yo quería para esposa, retrotrayendo en la

oscuridad una realidad desaparecida.

¿Hubo quizás al mismo tiempo una motivación más prosaica y egoísta? ¿Fue esa mi manera de celebrar la suerte de haber escapado de dos asesinos? ¿Necesitaba esa noche para proclamar mi presencia en la tierra, ese "todavía vivo" que festeja el plazo que aún no se vence?

Mas todo ímpetu va necesariamente hacia el reposo. El fermento que vigorizaba al amante se agotó al fin. Me vi obligado a retornar a la peripecia inmediata. Todavía me quedaban complicadas faenas y muy pocas horas para llevarlas a cabo. Era imposible ver el reloj pero calculé que se aproximaba la madrugada.

–¡Qué adoloridos tengo los brazos! –se quejó Zoila. ¿Sabes por qué? Por ayudarte a disponer de tus ametralladoras. Las personas que vivimos sentadas a un escritorio no tenemos fuerzas ni para alzar un diccionario.

Los dolores musculares de Zoila me dieron la oportunidad de improvisar una vez más para ir adelante en mi plan.

–Yo, por mi parte, tengo dolor de cabeza. Si no me equivoco, traje en mi chaqueta un analgésico que nos hará bien.

Lo que en verdad tenía en mi bolsillo era el frasco de barbitúricos. Irma había consumido todas las tabletas menos dos y estas dos eran dosis suficiente para producir un sueño profundo. Aurora había dejado el frasco y la nota inconclusa de Irma sobre el cajón y yo los había puesto en el bolsillo.

Ofrecí a Zoila un vaso de agua y las dos tabletas, después de asegurarle que yo había tomado las mías. Aceptó mi palabra de que eran aspirinas. Mas no durmió de inmediato y hasta que le venciera el sueño hablamos de política y economía nacionales, es decir del tema que más la fascinaba. Los comentarios de ella de esa noche y de tantas veces anteriores me sirvieron para un informe detenido que mi jefe calificó de "invalorable."

No utilicé las opiniones de Zoila como sugerencias inmediatas sino como parte de la enfermedad que había que diagnosticar. Para un forastero, la imagen de un país se deriva de una comparación con otros países y tiene algo de ficha estadística; para un nacional es una realidad circundante y excluyente, es como la concepción que tiene de la manzana el gusano que vive dentro de ella. Son pues estampas disímiles con muy

pocos puntos de contacto. Las deficiencias están a la vista para propios y extraños, pero éstos las notan en toda su crudeza por ser recién descubiertas, mientras que a los otros el espectáculo cotidiano les embota la percepción. Al extranjero, por otra parte, le falta la apreciación de lo nuevo e innovador quizás porque en otros países tales esfuerzos ya pertenecen al pasado; y ante los problemas inmediatos le falta la sensibilidad de quien siente picaduras en cuerpo propio. El nacional está circundado de su inmediata realidad, que es como los árboles que no dejan ver el bosque, y lo inmediato crece tanto que se apropia de los horizontes y quita la vista a las experiencias de otros países. El gobernante ideal sería aquel que pudiera verlo todo desde lejos y cerca al mismo tiempo, que amara a su país sin tomarle demasiado en serio y se propusiera extirpar atavismos e idiosincracias. Pero ¿donde encontrar ente tan incorporizable?

Zoila calló a la mitad de una frase y se quedó dormida. Salí de puntillas, con los brazos extendidos abriéndome camino en la oscuridad hasta dar con la puerta principal. Ventajosamente Zoila habia dejado la llave en la cerradura y pude salir sin dificultad, ir hacia la camioneta y regresar con el maletín que había quedado allí desde la noche anterior y que Zoila no había visto. Gracias a la prolijidad de Diez, encontré tijeras, maquinilla de afeitar, brocha, tinte negro para el cabello y la chaqueta de fabricación mexicana. Hice desaparecer mi barba, dejándome solamente un mostacho de buen tamaño y cuando di los últimos toques ya podía verme la cara en el espejo. Me teñí el mostacho y el cabello y cuando añadí una pomada que hacía muy lacios los pelos me pareció haber conseguido una razonable semblanza a la fotografía de José Robles en mi pasaporte.

Regresé al dormitorio, comprobé que Zoila seguía durmiendo profundamente, me puse pantalón, zapatos y la nueva chaqueta, dejando la otra en el espaldar de una silla. En mi chaqueta fabricada en México había venido una billetera con tarjetas de identidad y crédito a nombre de José Robles. Tranferí a ella mi dinero aunque dejé algunos billetes en la otra.

Antes de salir inspeccioné el baño para comprobar que había hecho desaparecer toda huella de mis actividades. Había amanecido ya y el cielo

estaba despejándose. Al guardar mi maquinilla de afeitar me hice un corte en el dedo índice y decidí aprovechar de las gotas de sangre que se escaparon para manchar un pedazo de papel y escribir en él un mensaje inconcluso destinado a Zoila. Dejé otras manchas en la billetera de Alejo Henríquez. Salí con esta billetera en la mano y después de alejarme unos cincuenta pasos, la dejé caer bien a la vista. Me abrí la herida del dedo para derramar unas cuantas gotas más de sangre en las piedras. Cuando observé que algunos campesinos transitaban por el camino que conducía a la carretera, me metí por una sementera contigua, luego por bosquecillos y zanjas, y cuando llegué a la carretera tuve la suerte de ver que venía un autobús en dirección al centro de la ciudad. Me embarqué en él, pagué, tomé asiento y me dormí al instante. Cuando el autobús terminó su recorrido el chofer vino a sacudirme porque yo era el único que no había salido. Tomé entonces un taxi para ir al aeropuerto y llegué con tiempo suficiente para embarcarme en el avión donde, después de servirme el desayuno, dormí hasta el momento del aterrizaje.

Meses después recibí, con retraso, una carta de Aurora enviada a mi dirección permanente. Me pedía disculpas por su rudeza en el teléfono. La impensada tragedia la había puesto nerviosa, asustada e impotente. Había llegado a querer a Irma, aunque poca oportunidad tuvo de demostrarlo, y el suicidio de ella había avivado una conciencia de culpa que aún no podía extirpar. Se había mudado a una pequeña población con un empleo permanente de pocas horas diarias, tal como había anhelado. Su última aventura en compañía mía había demostrado que su ánimo ya estaba viejo para piruetas y correrías. "Querido, amigo, fue demasiado para mí. Recuerde que no tenía, como usted, el respaldo de la organización. Me vi en la cárcel, acusada de asesinato".

Procedía luego a felicitarme: "Cuando vi la lista de pasajeros del avión que salió a las diez de la mañana, en la que figuraba el nombre de José Robles, comprendí que el novato de antaño se había convertido en maestro". Aurora no podía imaginar cómo me las había arreglado y esperaba encontrarse algún día conmigo para que le contara todo. Adjuntaba recortes de crónicas periodísticas sobre la misteriosa desaparición de Alejo Henríquez. Tal como estipula Dino en su capítulo V, yo había logrado crear la sensación de que el agente viajero había sido

asesinado, pero la noticia no mereció titulares de primera plana. "La prensa se olvidó del desaparecido en menos de una semana mas hubo suficientes crónicas para convencer a los forajidos que andaban buscándole que no les quedaba otro recurso que volverse a su patria. ¿Puede creer usted que se metieron en la casa que habíamos desocupado? Rompieron la cerradura y probablemente se pasearon por todos los cuartos. Al dueño le he mandado un cheque por el valor de la compostura pero el gasto fue pequeño y usted no tiene que molestarse en devolverme el dinero. Tengo conmigo un diario de Irma que es muy interesante y se lo voy a remitir después de unas semanas".

Nunca llegó ese diario a mis manos. Después de un par de meses, intrigado por el silencio de Aurora, hice gestiones para ponerme en contacto con ella y supe que había muerto de un ataque cerebral pocos días después de escribirme su única carta.

Mis misiones son ahora más movidas porque me mandan a países donde hay guerras o revoluciones, siempre con la consigna de observar y enviar informes. No he tenido oportunidad de meterme en trances difíciles y no he vuelto a disparar mi arma. (Solamente en mis sueños, con amedrentadora frecuencia, algún maleante se abalanza contra mí y no me queda otro remedio que disparar. Le veo caer, me acerco, descubro que es Irma y me despierto gritando. Otro sueño frecuente es el de un muchacho prisionero que me dice "Por favor, sáqueme de este infierno" y cuando me preparo a contestarle veo que es Irma).

Ahora que se ha derrumbado el imperio soviético y han cambiado las perspectivas políticas en el mundo entero, ahora que hay que descartar teorías y buscar otras, los viejos criterios están fuera de lugar. Tengo que estirar, remendar o revolver los patrones de mi pensamiento y hasta cambiar de vocabulario. Pero los problemas de antaño asedian a los países con igual intensidad y todavía hay lugar para mis opiniones y pronósticos que seguirán llenando páginas pero nada harán para cambiar la marcha de la historia, aunque me mantendrán inútilmente ocupado.

Ya no me interesan las vacaciones clandestinas. Desde que me divorcié las oficiales me bastan. Entregué mi casa a mi ex mujer y no tengo que regresar a hogares en crisis para temporadas de "presidio". Pero la soledad y despersonalización de que adolecí siempre en este oficio

se van acentuando. La triple entidad formada por mí mismo, el subalterno de Diez WX7P y el individuo de nacionalidad, edad y nombre supuestos que presenta su pasaporte, continúa vagando sin meta, haciendo amistades que no perduran y escribiendo informes que muchas veces nadie lee.

La sucesión de rostros, acentos y profesiones me ha fragmentado por dentro y fuera. Voy dejando huellas tan mínimas y obra tan anónima que bien pude nunca haber existido. ¿Podría servir de consuelo el hecho de que hay tantos que sienten algo parecido?

Cuando echo una mirada retrospectiva me detengo más en lo que pude hacer que en lo que hice. Uno desciende por la vida como por un río –¡cuán gráfica es esa vieja metáfora!– encontrando remansos y rabiones, deslizamientos quedos y corrientes impetuosas. Cuando se resbalan los días sin sacudones poco importa que uno haya hecho esto en lugar de lo otro porque es como buscar matices a lo incoloro. Pero hay temporadas en que las circunstancias te ofrecen un papel dinámico, en que tienes que tomar el timón si quieres salvarte y salvar a los que amas, como sucedió cuando Irma me buscaba de mil maneras, buscando ayuda. Y nunca puedes perdonarte el haber desperdiciado tu mejor ocasión.

Pude haber comprendido más pronto que mi corazón quería amar a Irma, que aún tenía oportunidad de definir mis aspiraciones. Y pude haberla salvado volviéndome un confidente comprensivo a fin de desentrañar las penas que iban destruyéndola. Pero ella y yo andábamos enredados en los rituales de la comedia social y en las minucias del existir diario. Desperdicié pues el tiempo que tuve para sacar a luz y exorcizar los secretos lacerantes que Irma quizás pudo compartir conmigo pero que nunca lo hizo.

De ella conservo una bella instantánea que llevo siempre en mi cartera y los dibujos a pluma que hizo en una de sus escapadas. Suelo poner estos dibujos en las paredes de mi cuarto cuando voy a permanecer algunos días en un hotel. En ambos está en primer término la cabeza de una mujer que mira a través de una ventana de gruesos barrotes. Uno de los dibujos, que consigue una viva sensación de movimiento, muestra un nubarrón huracanado que avanza sobre un tejado; el otro presenta un árbol caído en media calle que muestra su trágica inmovilidad.

Nunca ha dejado de asombrarme que a veces un visitante mire estos

cuadros, los observe largamente con fascinación, y comente que en cada uno hay un cuerpo de mujer que se adivina más que se ve; uno impelido por la espiral de la nube en movimiento, el otro cual estático núcleo de las ramas yacentes.

Ambos dibujos están firmados y titulados por Irma quien los llamó Autorretrato I y Autorretrato II.

No puedo resignarme a la pérdida de Irma. Es una sensación permanente de vacío, una amputación que desarmoniza mi marcha y me disminuye. ¿Se necesita perder algo definitivamente para descubrir que nos hace mucha falta? Conforme pasa el tiempo se ama menos al ser desaparecido que a la imagen posterior, mezcla de ideales y fantasía, que colocamos como una urna dentro del recuerdo. Junto a esta imagen existe otra, realzada por elementos antagónicos, que mantenemos en el reojo y tratamos de desplazar.

Siento un desborde de ternura protectora, ahora inútil y tardío, cuando rememoro a la Irma amedrentada que andaba en busca de alguien que la sacara de su laberinto. Amo con anacrónica fruición de adolescencia a la Irma que vi la última vez provocativa, esbelta, enaltecida por la serenidad que encontró en su ocaso y complementada con virtudes y ardores que descubrí cuando la reencarné en Zoila Amada.

Me intimida aquella otra, Irma torturadora y fría, que jugaba con corazones esclavizados. Y a veces la odio por haberme quitado, cuando estaba a punto de llegar, el hijo que iba a darme. Es injusto culparla por eso pero cuando mis devaneos me llevan a tocar este punto se reaviva mi peor frustración. He deseado un hijo con demasiada vehemencia y mientras pasan los años no puedo conformarme con la idea de que moriré sin haberle tenido.

Este libro se terminó de imprimir en el mes de junio de 1993 en los talleres de Gráficas San Pablo. El levantamiento de textos, diagramación y fotomecánica se realizó en los talleres de Editorial El Conejo con la contribución de: Cecilia Almeida, Carmen Muñoz, Luis Trujillo y Soledad Marcillo. El tiraje de este libro es de 1.000 ejemplares.

SE TERMINO DE IMPRIMIR
ESTE LIBRO EN EL MES DE
JUNIO DEL 1993